



LA PROMESA DE UN *nosotros*

PATRICIA BONET

CONTENTS

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

LA PROMESA DE UN *nosotros*

PATRICIA BONET

© Patricia Bonet

1ª edición, abril de 2024

Imagen de cubierta: Imagina Designs

Corrección: Mar Carrión

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los lugares que aparecen en esta novela son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Para Chelsea, Hailey, Scott, Shawn, Helena, Brad y TJ.

Siempre seréis una parte muy importante de mi vida.

I need your grace
To remind me
To find my own.

Snow Patrol
Chasing Cars

CAPÍTULO 1

Qué malas son las noches

~Brad~

Me despierto alterado y con el corazón latiendo a mil por hora contra mi pecho. He vuelto a tener una pesadilla. ¿Cuándo acabarán? ¿Cuándo voy a poder dormir una noche entera? Sin sobresaltos. Sin ver faros de coche acercándose. Sin notar cómo los cristales se clavan en mi piel.

Me paso una mano por el pelo, que lo tengo pegado a la frente y a la nuca, y miro la puerta esperando que se abra. A que mis padres entren corriendo por ella para asegurarse de que estoy bien. De que los gritos solo vienen por una pesadilla más, no porque me esté muriendo de verdad.

Pero tras más de un minuto con la vista fija en la puerta, compruebo que esta no se abre, y respiro aliviado. Por lo menos, ellos sí que van a poder dormir tranquilos una noche.

Me levanto de la cama y voy directo a abrir la ventana, dejando que el frescor de la madrugada se cuele por ella y refresque la habitación. Miro al cielo estrellado y entonces la noto. La lágrima. Me paso el pulgar por debajo del ojo y la recojo. Esa y unas cuantas más.

No he gritado, pero sí que he llorado.

Me las termino quitando todas con rabia y vuelvo a la cama, donde me dejo caer en ella cansado, derrotado, sobre todo cuando la rodilla me da un tirón y tengo que llevarme el puño a la boca y morderlo para no gritar de dolor.

Me la masajeo en movimientos circulares, tal y como me ha enseñado mi fisioterapeuta, pero no me calma. Solo consiguen aliviarme las pastillas, pero las odio, porque me dejan aletargado. Sin ganas de nada. Ojalá no me las tuviera que tomar.

Me coloco una almohada bajo la pierna para tenerla en alto, y miro al techo. Cuando tenía unos diez años, mi padre y yo decidimos decorarlo con estrellas que se iluminaran cuando fuese de noche. Entonces, me había dado por la astronomía. Me duró un trimestre. Más concretamente, hasta que mi padre me llevó a ver a mi primo Scott jugar su primer partido de *hockey* sobre hielo. Me enamoré de ese deporte. Me enamoré tan fuertemente de él, que cuando salimos del estadio ya me había apuntado y me esperaban la siguiente semana para mi primer entrenamiento.

A pesar de que abandoné por completo el mundo de las estrellas, no quitamos las pegatinas del techo. Nos daba pereza, eso es verdad, pero también porque me gustaba cómo quedaban. Me recordaban que, a veces, los sueños cambian. Que lo que hoy te gusta, mañana no, o viceversa.

Suspiro.

Pensar eso me lleva hasta Chelsea. La realidad es que pienso mucho en ella. Supongo que es un claro ejemplo de que lo que ayer te gustaba, hoy ya no.

Palpo la mesita de noche hasta dar con el teléfono móvil. Si Luke estuviera aquí me quitaría el aparato de las manos y lo tiraría al váter. O lo dejaría en el suelo y, con los patines puestos y asegurándose de tener las cuchillas bien afiladas, pasaría por encima y lo rompería. Según él solo me torturo leyendo una y otra vez nuestras conversaciones.

No se equivoca.

Pero, como Luke no está, puedo hacer lo que me dé la gana.

Busco el nombre de la chica que una vez fue mi novia y releo nuestra conversación. No la de hace unos días; esa es cortés y bastante banal. Sino que leo la de hace unos meses, cuando yo estaba dormido y ella... Ella me quería.

Chelsea:

Son las doce del día uno de enero y no estás aquí para celebrarlo conmigo. El cielo está iluminado y todos gritan, saltan y cantan, tal y como te conté que hacían todos los años. Son gente de costumbres, ¿qué le vamos a hacer? No estás aquí para verlo conmigo, pero ya lo veo yo por los dos y te juro que, en cuanto pueda ir a verte, te lo contaré todo. No me dejaré nada por decirte.

Chelsea:

Me duele el pecho y me cuesta respirar. Si sonrío, tengo la sensación de que te estoy traicionando, así que intento no hacerlo. Te echo de menos. Te echo terriblemente de menos. Pero sé que vamos a volver a estar juntos. Lo sé porque, aunque tengo el corazón roto en tantos pedazos que no sé si seré capaz de recomponerlo de nuevo, hay una parte que permanece intacta, esa en la que tú estás despierto, sonriéndome, diciéndome que todo saldrá bien. Esa en la que tú entras de mi mano en mi casa y mis padres se enamoran de ti a los cinco segundos, los mismos que yo tardé en enamorarme de ti. No cierres los ojos del todo, por favor. Te juro que no voy a tardar en ir a por ti. Solo, espérame.

Qué puta puede ser la vida a veces.

Dejo el móvil de nuevo en la mesita de noche y me levanto de la cama. Entro en el cuarto de baño y abro el armario que hay sobre el lavabo. Cojo una de esas pastillas milagrosas y me la trago, sin necesidad de agua.

Las odio, pero esta noche necesito algo que me adormezca.

Apago la luz y me tumbo de nuevo. Me quedo dormido en apenas unos segundos. No tengo pesadillas, aunque sí recuerdos, y no sé cuál de las dos cosas es peor.

CAPÍTULO 2

Un año de mierda

~TJ~

No sé cuánto tiempo llevo encendiendo y apagando el mechero. Es hipnótico ver cómo la llama aparece y desaparece. Pero sí sé que el dolor ya ha menguado, por lo que me levanto del suelo, me abrocho los pantalones, y guardo el mechero en el bolsillo trasero.

Estoy agotada. Las ojeras bajo los ojos así lo demuestran, pero es que he perdido la cuenta de las horas de sueño que tengo acumuladas.

No quiero que mi madre las vea, así que saco mi neceser y me pongo corrector, además de sombra de ojos rosa clarito y brillo de labios. Me pellizco las mejillas y me aliso la camisa, asegurándome de que están todos los botones bien abrochados. Me recojo el pelo en una cola de caballo y me miro en el espejo para practicar la sonrisa de: «Todo va bien», que sé que les gusta a las dos y que tanto me esfuerzo por mostrar cuando estamos las tres juntas.

Cada vez me sale mejor.

Paso por mi habitación para coger la mochila y los cascos y voy directa a la cocina. Me derrito al ver a mi madre y a mi hermana sentadas en la mesa esperándome para desayunar. La primera con su precioso pañuelo morado sobre la cabeza, y la segunda dibujando lo que creo que es un paisaje montañoso.

Si le dijeran a mi hermana que ya no puede volver a tocar un lápiz de colores en su vida, creo que se moriría.

Mi madre, que estaba inmersa leyendo su libro, se gira hacia mí. Cuando veo la sonrisa que me brinda, entiendo por qué merecen la pena las faltas de sueño acumuladas.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla, y, como todas las veces que estoy cerca de ella, aspiro para que su olor me acompañe durante todo el día.

Después me acerco a Ivy y le acaricio el lóbulo de la oreja. Levanta la cabeza del dibujo y me mira entrecerrando los ojos.

—*Tengo hambre* —me dice moviendo las manos.

—*Lo siento, patito* —le digo de la misma manera.

Le cojo la cara con ambas manos y se la lleno de besos. Su risa silenciosa es medicina para mí.

Por el rabillo del ojo veo a mi madre cerrar el libro y ponerse de pie. Sigo cada uno de sus pasos; cómo apoya las manos sobre la mesa, cómo se impulsa y, también, cómo arruga la nariz por culpa del cansancio. También cómo lo intenta disimular y cómo anda hacia la nevera a paso de tortuga. Pero no digo nada y me hago la tonta.

Dejo la mochila en el suelo, entre Ivy y yo, y espero a que mi madre se acerque con la caja de leche y los sobres de café. Le sonrío cuando me los acerca y puedo ver la gratitud en sus ojos; sabe que me he dado cuenta de cuánto le ha costado hacer este pequeño recorrido y me agradece no haberme levantado a ayudarla.

—¿Hoy trabajas todo el día?

—Sí. Por la mañana en la heladería y por la tarde en la librería. ¿Quieres que te traiga otro libro?

Odio trabajar en el primer sitio, pero adoro hacerlo en el segundo. Ya no solo porque el señor Radhi me deje llevarme todos los libros que quiera para mi madre gratis, sino porque la expresión: «Un ángel caído del cielo», nació por él. Es el hombre más bueno, dulce, cariñoso, respetuoso, servicial y comprensivo que he conocido en mi vida. A veces me pregunto cómo he podido tener tanta suerte, porque yo no soy de creer mucho en la suerte. A veces ni siquiera creo en la humanidad de las personas.

Mi madre niega con la cabeza y se sienta a la mesa.

—Aún no he acabado con este, la semana que viene.

—Vale. —Miro a Ivy, que ya se está poniendo crema de cacahuete sobre su tostada. Lo hace concentrada, con el ceño fruncido y media lengua fuera. Muevo las manos frente a su cara para llamar su atención.

—¿Quieres que te ayude? —le signo.

Niega con la cabeza.

—Es una chica mayor —murmura mi madre.

—Ya veo.

Yo también me preparo una tostada, además de una taza bien grande de café para aguantar el día. Desayunamos en silencio, aunque sé que mi madre no deja de echarme miradas de vez en cuando. Supongo que está intentando ver algún signo de cansancio en mi rostro, pero soy una experta en tapar imperfecciones. A lo mejor debería olvidarme de los dos trabajos y de las clases nocturnas y dedicarme al mundo del maquillaje.

Miro la hora en el móvil, que llevo colgado al cuello por una cuerda, y casi me atraganto con el trozo de pan que estoy masticando. O salgo ya o llegaré tarde.

Me bebo el café de un trago y me levanto para empezar a recoger.

—Déjalo —dice mi madre en cuanto me ve coger mi plato y mi taza.

—No pasa nada. —Lo dejo todo dentro de la pila—. Voy bien de tiempo. Recojo y me marcho.

Tendré que correr para coger el autobús, pero tampoco sería la primera vez.

—Son las ocho y media, vas a llegar tarde. Yo puedo recogerlo. Ivy me ayudará. —Eso lo sé, pero ni loca voy a dejar a mi madre con esta mesa llena de trastos. Niego con la cabeza.

—Hoy entro media hora más tarde —miento—. Tristan me ha pedido cambiar el turno.

Cojo la leche y la guardo en la nevera.

—Yo puedo guardar las cosas.

—Lo sé, mamá, pero termino en un minuto.

Miro de forma disimulada la hora en el reloj que tenemos colgado de la pared de la cocina. Se tarda media hora en llegar a la heladería, siempre y cuando al llegar a la parada esté el autobús y no me toque esperar al siguiente. Viendo el panorama, voy a tener que correr muchísimo.

—Tayra. ¡Tayra Jordan! —No sé si me sobresalto más por el hecho de que mi madre acaba de gritar o porque me haya llamado por mi nombre completo, porque nadie me llama por mi nombre completo. Soy TJ. Solo ella me llama así porque se niega a hacerlo de otra forma.

Dice que ese es el nombre que me puso en el registro civil al nacer, aunque yo los odie. Sobre todo, el de Jordan.

Ivy también me llama Tayra Jordan, pero en ella es diferente.

Suspiro y dejo lo que llevo en las manos otra vez sobre la mesa. Mi madre me mira entre cariñosa y cansada.

Me duele mucho que me mire cansada.

—Mamá, tengo tiempo —sigo justificándome, pero mi madre niega con la cabeza y me mira con decisión.

Me llevo una mano al bolsillo trasero del pantalón.

Ahí está.

—Vete. Me encuentro bien, cariño. —Se levanta de la silla, coge mi mochila del suelo y me la tiende—. Ya.

Me duele el corazón. Y el pecho. No quiero irme. No está bien, joder. Las dos sabemos que no lo está, aun así, es mi madre, la conozco y sé que para ella es importante que me marche y la deje hacer esto, así que sonrío, le cojo la mochila y le doy un beso en la mejilla.

—Llámame si pasa algo.

Ella suspira de forma melodramática.

—Soy yo la madre y tú la hija, ¿recuerdas?

Me acerco a Ivy y le doy un abrazo y un beso en la frente.

—Ayuda a mamá a recoger la cocina.

—Vale.

—Te quiero, patito.

—Y yo a ti. Con todo mi corazón

—Con todo mi cariño.

—Con todo lo que tengo.

—Con todo lo que soy.

Me cuelgo la mochila al hombro y me despido de las dos con la mano. Cierro la puerta de casa y bajo las escaleras casi de un salto. En cuanto mis pies tocan el asfalto, echo a correr. No quiero mirar qué hora es porque entonces me pondré histérica. Tampoco quiero mirar si me ha llamado mi jefe.

—Como vuelvas a llegar tarde, TJ, estarás despedida. —Esas fueron sus palabras de la semana pasada. Y le da igual que haga más horas extra que nadie y sin cobrarlas, que sea la única que limpie los váteres, que sea la única que sabe devolver el cambio sin equivocarme o que llegue tarde alguna vez porque necesito cuidar de mi hermana o de mi madre. Cualquier excusa es buena para deshacerse de mí, y es que me odia desde el primer día que pisé esa heladería. ¿El motivo? Porque es gilipollas.

O porque lo rechacé cuando me pidió una cita.

Pero necesito el dinero, y cuando la necesidad aprieta, el ser humano es capaz de comer mierda. Literalmente.

Casi lloro de alegría cuando, al llegar a la parada del autobús con la tostada a punto de salirme por las orejas, veo acercarse el autobús. Me subo en cuanto las puertas se abren y me dejo caer en uno de los asientos del fondo, el que está pegado a la ventana. Cojo los auriculares, los conecto al móvil y dejo la mochila en el asiento de al lado. Con suerte, nadie se sentará.

Cierro los ojos y dejo que *Bitter end*, de Rag'n'Bone Man, me amenice el trayecto de media hora hasta el trabajo. También intento dejar la mente en blanco y procurar relajarme, pero eso es imposible. Llevo más de un año sin conseguirlo. Un año en el que la cabeza me va tan rápido que tengo miedo de que un día me explote.

Un año desde que todo se fue a tomar por culo y mi vida cambió. Un año desde que vivo con miedo. En el que vivo tan aterrada que no sé si voy a ser capaz de volver a vivir normal. Un año desde que vivo pegada al teléfono móvil. Desde que siento que el corazón se me paraliza cuando suena. Un año en el que, cada vez que entro en casa, lo hago temblando y suplicando en voz baja

que todo esté bien. Un año llorando sola. Un año fingiendo la sonrisa que practico cada día frente al espejo. Vislumbro la cafetería a lo lejos, por lo que le doy al botón de «solicitar parada» y bajo cuando el autobús se detiene. Nada más entrar, miro en todas direcciones, buscándolo, pero no lo encuentro.

—Aún no ha llegado —me susurra alguien a mi espalda.

Me doy la vuelta.

—¿En serio?

—Sí. Ve a cambiarte, corre. Yo te cubro.

—Gracias.

Además del señor Radhi, mi compañero Tobias es de las pocas personas que valen la pena. No me molesto en mirar al resto de mis compañeros. No les caigo muy bien y, bueno, ellos a mí tampoco. Vengo a trabajar para ganar dinero, no para hacer amigos.

Ni quiero amigos ni tengo tiempo para tenerlos.

Entro en el almacén y no me molesto en pasar a los vestuarios. Me ato la redecilla al pelo, me cambio la camisa blanca por la camiseta negra con el logo de la cafetería en el pecho y me abrocho el delantal. Estoy rematando el nudo a la espalda cuando la puerta del almacén se abre. No hace falta que me gire para ver quién es. Su excesivo olor a colonia lo delata.

—Hola, Benjamin. —Me doy la vuelta y, en efecto, mi compañero Benjamin está en la puerta, mirándome con una sonrisita en la cara que le borraría de un plumazo.

—Llegas tarde. Y no me llames Benjamin, me llamo Ben. —Odia que lo llamen Benjamin, así que yo no pienso llamarlo de ninguna otra manera.

—¿Querías algo? ¿O has venido solo a tocar un poco los huevos? —Se ríe. Su risa sería graciosa si no fuera porque es capaz de ponerte los vellos de punta. Cierra la puerta y se apoya en ella con los brazos cruzados.

Si existiera el premio al más capullo recaería sobre él, y eso que he conocido bastantes. Es lo contrario a Tobias. Mientras este es buen compañero, comprensivo y amistoso, el ser que tengo delante es ruin, manipulador y no sabe lo que es la empatía.

Ah. Y es el mejor amigo del dueño.

Me paso las manos por el delantal.

—He entrado a por más helado de vainilla. —Ladea la cabeza y chasquea la lengua contra el paladar.

—Vamos, TJ, los dos sabemos que mientes. ¿Voy a tener que hablar con Charlie? Ya sabes lo poco que le gusta la impuntualidad.

«Pues cuando lo llames, dile de mi parte que llega tarde».

Me muerdo tanto la lengua que tengo miedo de que me salga sangre. Dejo la mochila colgada en el perchero y me dirijo a la puerta. Su mano sobre mi brazo me impide avanzar.

—Suéltame —le digo con los dientes apretados. Me ignora.

—¿Has oído lo de que voy a tener que hablar con Charlie?

—¿Y tú has oído que me sueltas?

No lo hace. Por el contrario, se acerca más a mí.

—Me ha contado un pajarito que sueles llamar a gente para, ya sabes, pasar un buen rato. ¿Quieres mi número? Esta noche estoy disponible.

Me debato entre romperle la nariz con el codo o con el puño, cuando la puerta vuelve a abrirse. Doy un paso atrás, consiguiendo soltarme de su agarre.

Tobias nos mira a los dos un segundo antes de centrarse en mí.

—¿Va todo bien?

No, nada va bien.

—Sí.

Mira a Benjamin y lo taladra con la mirada.

—Una mesa ahí fuera pregunta por ti.

Benjamin sonrío como si fuera la mejor de las noticias. Como si todas las mesas preguntaran por él.

—Por supuesto, ya salgo. —Me guiña un ojo—. No te olvides de mi propuesta, TJ. Seguro que te relajaría un poquito ese entrecejo.

Vuelvo a sentir una mano sobre mi brazo, pero este agarre no tiene nada que ver con el anterior.

—No merece la pena —masculla Tobias en cuanto nos quedamos solos. Me suelta enseguida porque sabe que no me gusta el contacto físico innecesario.

Aprieto los puños.

—Es un capullo.

—Sí que lo es.

—Odio trabajar en este lugar. —Me sonrío con cariño.

—Cinco horas y estás fuera.

Cinco horas.

Asiento y salgo con él. Cinco horas comiendo mierda. Puedo hacerlo. Lo hago todos los días, ¿no?

Me coloco tras la barra, pues no me apetece nada tener que atender mesas, y me centro en preparar los pedidos, lo que me ayuda a abstraerme. Pienso en Ivy. No estaría mal comprarle una caja nueva de lápices. Creo que han salido unos que puedes mezclar con agua.

—¿TJ? —Levanto la cabeza del café que estoy preparando para encontrarme con una de las personas que menos esperaba ver en estos momentos.

—Hola, Shawn. —El tío al que me tiraba y que ya no porque se enamoró de una chica, me mira entre sorprendido y contento de verme. Le pongo la tapa al vaso de cartón y lo dejo sobre una bandeja.

—No sabía que trabajabas aquí.

«Y yo no sabía que te volvería a ver, y mucho menos aquí. Esta cafetería está en la otra punta de la ciudad».

—Sí. —Le doy el vaso a la chica que lo había pedido y vuelvo a Shawn—. ¿Querías pedir algo? Te recomiendo el *affogato*. Es café con una bola de helado.

Shawn apoya los codos en el mostrador.

—Hace tiempo que no te veo. ¿Cómo te va todo? —Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco y ser cordial. No me cae mal. De hecho, es un buen tipo y nos lo pasábamos muy bien juntos, pero nuestros encuentros eran lo que eran y se acabaron. No somos amigos y las preguntas cordiales no me gustan.

Aun así, respiro hondo y le sonrío. O eso espero, porque no me extrañaría que, en vez de una sonrisa, me saliera una mueca.

—Muy bien. —Un alboroto a su espalda capta mi atención. Al echar un vistazo, veo que hay un grupo de chicos sentados en una mesa esperando a ser atendidos. No tardo en reconocerlos. Son del equipo de hockey sobre hielo de la universidad.

Sé que son ellos porque, bueno, es difícil no saber quiénes son Luke Fanning, Brad Hamilton y compañía en una ciudad como Burlington, pero también porque todos lucen camisetas con el logo del equipo como si fueran una manada. Todos menos Brad Hamilton. Él luce una camiseta

negra simple y una gorra también de color negro. Está con la cabeza gacha y no participa del alboroto de sus amigos. Tiene la visera ligeramente inclinada hacia delante, como si su intención fuera pasar desapercibido, algo que no debe de ser fácil si eres el capitán del equipo deportivo favorito de la universidad, además del chico que estuvo en coma y que sobrevivió a un accidente de coche.

No sé por qué mis ojos se quedan fijos en él. Tal vez porque es inevitable no hacerlo. No porque sea guapo, que lo es, sino por la tensión que emana de su cuerpo. Porque este grita, en silencio, que tiene las mismas ganas que yo de estar en esta cafetería. En serio, esa gorra no le oculta una mierda. Se le pueden ver perfectamente los ojos, que están apagados. O los labios, que frunce como si estuviera a un tris de salir corriendo o de mandarlos a todos a la mierda.

El chico que tiene al lado, cuyo nombre no me sé, se tira sobre él y le rodea el cuello con un brazo. Brad parpadea y se vuelve hacia él. En un primer momento lo mira como si quisiera darle un empujón y apartarlo de encima de él, pero su semblante cambia rapidísimo a uno de total falsedad, porque me juego mi sueldo de esta semana a que esa sonrisa es más falsa que un billete de treinta dólares.

—¿Quieres que les diga que se calmen? Se vuelven unos críos cuando van a meterse azúcar en el cuerpo. —Me lleva unos segundos darme cuenta de que Shawn me está hablando.

Me había olvidado de él.

Vuelvo mi atención a su persona y le paso una carta con todas nuestras bebidas.

—Si no sabéis lo que vais a tomar, podéis echarle un vistazo y luego Tobias irá a tomaros nota. Como te digo, te recomiendo el *affogato*. Aunque el *mocaccino* también es muy demandado, si te gustan las cosas dulces. Es café con leche, chocolate y nata por encima.

Creo que es la frase más larga que he tenido con este chico, a pesar de que he tenido su lengua en casi todas las partes de mi cuerpo. Ni siquiera sé si prefiere el dulce o el salado.

«Me ha contado un pajarito que sueles llamar a gente para, ya sabes, pasar un buen rato. ¿Quieres mi número? Esta noche estoy disponible». Las palabras de Benjamin de hace un momento me golpean igual de fuerte que si me acabasen de dar un bofetón, y me odio por ello, porque me duelen, y no debería dolerme nada que viniese de esa persona.

Mis ojos lo buscan. Está hablando con unas chicas. Supongo que será la mesa que Tobias le ha dicho que preguntaban por él. Su sonrisa me da ganas de vomitar.

No debería permitir que unas palabras de un ser como él me afectaran como lo hacen.

—Oye, ¿estás bien? —Regreso a Shawn. Me está mirando preocupado. Me recuerda a la última vez que estuvimos juntos, cuando llegué a su casa llorando después de una tarde horrible con mi madre. Necesitaba desahogarme y acudí a él. Necesitaba olvidar. Necesitaba no pensar en la cara desencajada de mi madre por culpa del dolor y sabía que con Shawn lo conseguiría.

Me acuerdo de sus ojos preocupados, como los de ahora. De que intentó serenarme, hablar conmigo, disuadirme de usar su cuerpo o, el mío, para escapar. Aun así, al final me dio lo que quería porque sabía que si él no me lo daba lo buscaría en otro. Recuerdo la delicadeza con la que me trató. Sus caricias.

Recuerdo que fue sexo con algo más. Amistad.

Por eso, supongo que luego me dejé convencer y dejé que me invitara a ese café. Aunque, bueno, ya sabemos cómo acabó. Apareció esa chica y yo supe que ya no volvería a verlo.

Trago saliva.

—Muy bien. Entonces, vas a...

—¡Porter! —Shawn se vuelve hacia sus amigos. Yo también miro. Lo ha llamado el chico que aún sigue cogiendo a Hamilton por el cuello—. ¿Ya has pedido? ¡Me muero de hambre! Pidas lo

que pidas, acuérdate de mi tarta de nueces y caramelo.

—Eres un coñazo, Jacob.

De repente, Hamilton gira la cabeza con gesto hastiado, y sus ojos se encuentran con los míos. Como suponía, están gritando que quiere largarse de aquí, pero finge. Finge que no. Finque que le gusta estar sentado a esa mesa. Finge que él también se muere de hambre. Finge que le gusta que ese chico lo esté abrazando.

Se me queda mirando ceñudo hasta que parpadea y entonces deja de hacerlo. Se recoloca la gorra y se repantinga hasta que su nuca toca el asiento.

Yo también parpadeo.

—Me ha gustado verte. —Shawn se vuelve hacia mí—. Ya nos veremos. —Sé que es poco probable que eso vaya a pasar, a no ser que vuelva a aparecer por aquí. Por ahora, él tiene que regresar con sus amigos y yo con este trabajo que adoro. Nótese la ironía.

Shawn se me queda mirando durante unos segundos muy largos, hasta que al final no le queda más remedio que asentir, entendiendo que poco más hay que hablar, y se despide con la mano.

—Cuídate mucho, TJ. Me ha gustado verte.

Sé que lo dice en serio.

Mientras se marcha con sus amigos, me permito una pequeña sonrisa interna. Supongo que por eso siempre me gustó acudir a él más que a cualquier otro, porque a pesar de ser solo dos personas que se acostaban juntas de vez en cuando, supo entenderme.

CAPÍTULO 3

Es hora de contar la verdad

~Brad~

Hay cosas que no ves venir y que te pillan por sorpresa. Los accidentes de coche son una de ellas, por ejemplo, pero yo sí lo hice. Yo vi los faros y supe lo que iba a pasar.

Lo que dicen es verdad; mi vida pasó ante mis ojos como si fuera la secuencia de una película y yo fuese un mero espectador. Los vi a todos; a mis padres, al entrenador Jenkins, a mis compañeros de equipo con Luke a la cabeza, a Chelsea... porque ella destaca siempre. Es imposible que no lo haga. Es de esas personas que iluminan cualquier estancia con su mera presencia.

Pero, sobre todo, destacó él.

Él destaca frente al resto porque es mi persona favorita.

Es mi compañero de equipo, mi capitán, mi amigo, mi confidente, mi primo y mi hermano. Una persona que es tantas cosas a la vez, ¿cómo no va a sobresalir sobre el resto? Es imposible.

Justo antes de estrellarnos, mientras gritaba el nombre de Chelsea hasta quedarme afónico, recuerdo que vi sus ojos, recordé su sonrisa, sus juegos cuando éramos niños, nuestras guerras de indios y vaqueros o la primera vez que probamos el whisky en esta misma habitación y pensamos que íbamos a morirnos. Sus escapadas de casa cuando la convivencia con su padre era insostenible y venía a refugiarse a la mía porque necesitaba escapar...

Lo recordé todo.

A lo mejor la gente piensa que es imposible que pensase todas esas cosas en tan poco tiempo, pues la distancia entre la aparición de los faros y el choque fue de apenas unos segundos. ¿Cinco? Ni idea. Pero juro que vi todo eso.

Como también juro que supe que nos íbamos a estrellar antes de hacerlo, o como que sé a qué ha venido Scott a mi casa después de más de dos meses ausente. Después de que me despertara del coma y él decidiese largarse a la puñetera San Diego.

La necesidad de partirle la cara a mi primo se apodera de mí, pero tengo que contenerme mucho para no hacerlo.

Dejo el mando de la *play* en el suelo y me levanto del *puff* en el que estoy sentado. Lo hago con una sonrisa y conteniéndome las ganas de gritar por lo que me duelen las rodillas, sobre todo la derecha. Sé que no debería sentarme en un sitio tan incómodo para mí, pero no pienso dejar que el accidente me robe nada más, y el *puff* siempre ha sido mi sillón favorito.

—¿Qué pasa, gilipollas? ¿Ya te has cansado del sol de San Diego? —lo digo sonriendo. Fingiendo. Porque llevo un tiempo que solo sé hacer eso y ya soy todo un experto.

Scott se me queda mirando entre confuso y avergonzado. Esas mejillas rojas y ese pequeño tembleque en la mano me lo dicen, pero no le voy a poner las cosas fáciles. Así que hago lo que menos se espera, lo acerco a mí y lo abrazo.

En teoría, era como castigo, para que se sintiera más avergonzado, pero la jugada me ha salido muy mal, porque lo único que siento son unas ganas enormes de aferrarme a él. De volver a jugar a indios y vaqueros y de robarle una botella de whisky a mi padre para bebérmola juntos, ahora

que ya sabemos beber, sobre todo cuando sus brazos me rodean y se aferra a mi con tanta fuerza que casi me deja sin respiración. ¿O soy yo el que está apretando tan fuerte? No tengo ni idea, solo sé que cuento hasta cinco, que me trago el nudo que tengo en la garganta y que me separo de él.

—¿Te apetece algo de beber? Te ofrecería una cerveza, pero no tengo. El médico me las ha prohibido mientras me medique, pero puedo ofrecerte una gran variedad de zumos; piña, manzana, tropical, melocotón... Creo que tengo hasta batido de fresa y de vainilla, por si te apetece más.

—Zumo de melocotón está bien.

Abro la nevera que tengo instalada en mi habitación y le paso el zumo antes de sentarme de nuevo en el puff. Se me queda mirando la pierna.

—Ya he visto que controlas el tema a la perfección. —Me la masajeo y asiento.

—Me mato a trabajar todos los días, más me vale. Aunque tú eso ya lo sabes, no sé de qué te sorprendes.

En realidad, quiero gritarle que me mato a trabajar con un fisio que no es él. Que tendría que estar conmigo todas las semanas ayudándome, haciendo conmigo los ejercicios y viendo mi progreso, pero no lo hago.

—Una cosa es que me cuentes tus progresos y otra verlos por mí mismo. Estoy muy orgulloso de ti. Sabía que lo conseguirías.

Las conversaciones banales me dan dolor de cabeza, y las que tienen que ver con mis sesiones de fisioterapia más todavía.

Dejo de masajearme la pierna.

—¿Has venido desde San Diego para ponerte en plan moñas?

—Eres idiota.

—Eso me gusta más.

Al temblor de la mano se le ha sumado que está sudando.

—Oye, ¿estás bien? Estás sudando como un pollo.

—Sí. Es solo que yo creía que en San Diego hacía calor, pero aquí... —Mira la televisión—. ¿Eso es el *Tekken*?

—Sí. Me aburro como una ostra todo el día aquí encerrado, así que me instalé la vieja play.

—¿No te dejan salir de casa?

—Salgo. Voy a la playa con estos, al cine o a cenar con Chelsea o Luke... Pero suelo pasar muchas horas entre estas cuatro paredes. Cada vez que salgo de casa mi madre se pone histérica.

—Por decirlo de forma suave—. Lo entiendo, así que le estoy dando unos meses para que se acostumbre a mí y a que estoy despierto.

Soy consciente de que he dicho el nombre de Chelsea en voz alta, de cómo lo he dicho y, sobre todo, de cómo se ha tensado Scott al escucharlo, pero me hago el idiota.

Últimamente, me hago mucho el idiota. Se me da fenomenal.

Le pregunto si quiere jugar un rato y acepta encantado. Yo sigo sin decir nada y él tampoco, aunque las gotas de sudor de su frente son cada vez más abundantes y ya no sé cuántas veces lo he visto tragar saliva. Ni siquiera sé si él es consciente.

Los minutos pasan y jugamos una batalla tras otra. En algunas pierde él y en otras yo. Nos reímos... Joder, nos reímos como siempre hemos hecho; juntos, sin problemas, libres. Como dos personas que se tienen confianza, que confían la una en la otra, y el nudo de la garganta crece tanto que llego a temer que me deje sin respiración. Suelto los *joysticks* y me quedo mirando la pantalla, y, como todo lo demás, lo sé. Sé que si yo no hablo él no lo hará, porque Scott ha

venido a decirme que está enamorado de Chelsea, pero no se atreve porque me quiere.

Me quiere tanto que le duele.

—¿La quieres? —le pregunto. Espero unos segundos a que Scott me conteste, pero sus personajes se siguen moviendo. ¿No me ha escuchado o no ha querido escucharme?

Lo miro de reojo y veo su sonrisa, y sé que ha sido lo primero. Entonces, como si intuyera que lo estoy mirando, deja de jugar y se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? ¿Por qué has dejado de jugar?

Ha llegado el momento.

Cojo aire y trago saliva. Maldito nudo.

—Llevas aquí media hora. ¿Cuándo vas a tener los huevos de decirme que estás enamorado de ella?

No tenía pensado decirlo así. Tampoco tenía pensado ser yo el que abriese la boca primero, pero así es la vida; no siempre pasa como nosotros la teníamos planeada.

—¿Quién te lo ha dicho? —Si no sintiera el nudo tan pesado, me reiría. Pero, joder, cómo duele...

Es una mierda saber las cosas porque, el hecho de saberlas, no las hace más fáciles. Cuando Chelsea me dejó dolió. Dolió porque yo ya lo sabía, aunque no me lo dijo. Dolió porque ella no me quería. Dolió porque, cuando la vi por primera vez en mi habitación al despertar, supe que las cosas habían cambiado; lo noté en sus ojos, en su beso o en la forma de abrazarme. Dolió porque veía su cara cada vez que la puerta de la habitación en el hospital se abría y no aparecía esa persona que ella estaba esperando. Dolió porque, entre todos los tíos que había en el mundo, tenía que ser él.

Pero, Scott... Scott duele en el pecho. Duele tan adentro que me cuesta respirar, así que me levanto, olvidándome incluso del dolor de rodilla, y voy hasta la nevera. Esta vez cojo dos zumos de piña. Le paso uno a Scott. No me siento. Me quedo de pie, mirándolo.

—¿Quién te lo ha dicho? —repite.

Es tan fácil la respuesta a esa pregunta.

—Tú.

Por cómo abre los ojos sé que no se esperaba mis palabras.

—¿Qué?

—Vamos, ¿de verdad me creías tan idiota? —Mi tono de voz es tan sarcástico que suena hasta divertido. Voy hasta la silla que tengo contra el escritorio y me dejo caer en ella, abatido. No sé si es por el dolor de rodilla, por la tensión, los nervios, la incertidumbre o los meses. Solo sé que todo pesa mucho.

Demasiado.

—Me quedé en coma, sí, pero no perdí la memoria, ni tampoco la vista —continúo—, y mucho menos la perspicacia. Me encantó verte llorar ese día, cuando entraste en la habitación. El día en el que desperté. Lo entendía, joder, era tu primo y acababa de despertar de un coma. Es fuerte la cosa. Pero luego te pregunté por ella y, aunque es cierto que estaba todavía aturdido y me quedaba dormido con más rapidez de la que me gustaría, tu cara al escuchar su nombre es difícil de olvidar.

—Quiero que sepas que claro que lloraba por ti, Brad. Estuve en ese hospital día y noche durante semanas, a tu lado, velando por ti y pidiéndole a un Dios en el que no creo que por favor despertases. Claro que lloraba por ti. No pongas eso en duda nunca, joder.

—Lo sé, ¿vale? —Me paso una mano por el pelo, frustrado—. No soy idiota, te lo acabo de decir. Sé que estuviste a mi lado día y noche y sé que te alegraste de que despertara. Como

también sé que te aterró que lo hiciera.

—Eso no es...

—¿Cierto? —Chasqueo la lengua contra el paladar y niego con la cabeza—. Te he dicho que no soy idiota. Es la tercera vez que te lo digo.

Mi tono de voz ya no se parece en nada al que usaba cuando ha entrado. Supongo que estoy cansado de fingir.

Se levanta y comienza a dar vueltas por la habitación, desesperado. Pues esto no es nada, Scott, porque creo que ha llegado la hora de las respuestas.

—¿Por qué te marchaste? —Se gira y me mira, y sé la respuesta que me va a dar.

Una por la que quiero romperle la nariz.

—Por ti.

Echo la cabeza hacia atrás y rompo a reír, y, nunca lo diría, pero me siento un pelín liberado.

—¿Por qué te marchaste? ¿Por mí... o por ti? —Me mira como si estuviese diciendo una gilipollez. Dejo el zumo sobre la mesa, me levanto y me acerco a él—. Deja de mentirte a ti mismo, Scott. No te marchaste por mí.

—Claro que sí. No quería hacerte daño.

—Ya me lo habías hecho.

—Pero no a propósito.

—Lo sé. No te estoy juzgando por ello. Entiendo que te enamoraras de ella. ¿Cómo no hacerlo? Es lista, divertida, tiene una sonrisa que es capaz de detener el mundo y un corazón demasiado grande, además de que es preciosa. No te culpo por enamorarte de ella, Scott, lo que te estoy preguntando es por qué te marchaste.

Y es cierto. No lo culpo por enamorarse de ella. Bueno, un poco sí, qué narices. Lo que más me duele es que se marchase y me dejase cuando más lo necesitaba. Lo que más me duele es que lo hiciese porque tenía miedo de que ella me eligiese a mí en vez de a él, y todos sabemos que eso es imposible.

—¿Quieres que te diga por qué te marchaste? Lo hiciste por ti, por cobardía. Te dio miedo enfrentarte a la realidad. Te dio miedo que me eligiera a mí en vez de a ti.

Estoy cansado de callarme. Si la caja tiene una fisura, ¿por qué no abrirla del todo?

Lo miro a los ojos y sé que he dado en el clavo. Sus ojos brillantes me lo acaban de confirmar, y me da pena él y me doy pena yo, pues una parte de mí se acaba de romper en tantos pedazos que ya no sé si me duele más eso o la pierna.

—Lo siento.

—Yo también. Porque te necesitaba y no te tuve.

Veo el dolor que mis palabras le están causando, pero a veces uno tiene que probar de su propia medicina. Porque lo necesité tantas, tantas, tantas veces...

Lo necesito tanto.

Estoy agotado, así que doy media vuelta y vuelvo a la cama.

—¿Por qué has vuelto? —digo sin mirarlo, porque ahora mismo me duele todo demasiado. Lo escucho coger aire.

—Por ella. Quiero recuperarla, decirle cuánto la quiero y que la vida es una mierda si ella no está a mi lado.

—¿Piensas suplicar?

—Sí.

—¿Te arrastrarás si ella te lo pide?

—Sí.

Levanto la cabeza y lo miro, porque lo que voy a preguntarle a continuación es tan importante que necesito verle los ojos cuando escuche su respuesta.

Necesito saber si va a decir la verdad o si se limitará a ser políticamente correcto.

—¿Pasarás por encima de mí si es necesario?

—Sí.

—¿Aún a riesgo de perderme?

Veo el dolor en sus ojos, pero también veo decisión.

—Sí.

Cómo duelen las verdades.

Relajo los hombros y asiento mientras suspiro.

—Eso está bien, porque si no tendría que partirte la cara.

Por primera vez desde que ha llegado se ríe, y me gusta su risa, pero ahora quiero que se vaya.

—Me encantará recibir un puñetazo tuyo si la cago.

No me tientes, Hamilton.

Lo veo venir hacia mí, así que me muevo para dejarle espacio. Estamos tan cerca el uno del otro que nuestras rodillas se tocan y, sin embargo, lo siento más lejos que nunca. Más, incluso, que cuando se marchó.

—¿Estáis juntos? —me pregunta. Esta sí que es buena.

Me coloco de lado para mirarlo. Scott, mientras, parece encontrar fascinante el parqué de mi habitación.

—Eres idiota, Scott Hamilton. Chelsea me dejó incluso antes de despertar. La quiero, siempre lo haré, y sé que ella también me quiere a mí, pero no es de mí de quien está enamorada.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No hablamos de ti. Creo que, desde que desperté, tu nombre no ha salido en una conversación nuestra.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

Ahora sí que me mira y, si no tuviera tantas ganas de romperle la nariz, me daría pena, porque en mi vida había visto a mi primo tan perdido y vulnerable como en este momento.

—Porque no hablamos de ti y, cuando tu nombre sale a la luz, aunque sea de pasada, sus ojos están llenos de tristeza. Intenta ocultarla con sonrisas, pero los ojos son el espejo del alma y los suyos siempre han sido demasiado transparentes.

Siento cómo su cabeza va a mil por hora. Lo veo elucubrando mil y una teorías, pensando en mil y un escenario. Deja el zumo sin tocar sobre la mesa, se levanta y se dirige a la puerta. Ya era hora.

Ya era hora de que se marchara de aquí y fuera a buscarla, aunque las ganas de partirla la cara no han desaparecido.

Justo antes de abrir la puerta, me echa un último vistazo.

—¿No estás enfadado conmigo?

Me río. ¿Enfadado? ¿No ha oído lo de que quiero romperle la nariz? Ah, no. Que no lo he dicho en voz alta.

—Claro que lo estoy. Solo tengo ganas de levantarme y partirte la cara. De todas las chicas que hay...

—¿Podrás perdonarme? —Quiero decirle que no, pero la verdad es que sí. Él lo sabe y yo también.

Es Scott, joder.

No puedo vivir sin Scott.

No quiero vivir sin Scott.

—Brad...

—Lo haré, ¿vale? —digo antes de que pueda decir nada más. Antes de que, por su culpa, las lágrimas que estoy reteniendo salgan. Trago saliva. Ojalá no costara tanto—. Pero no me pidas que lo haga ya. Estoy enfadado contigo, Scott, y no solo por lo de Chelsea. Te marchaste y me dejaste solo cuando más te necesitaba por no querer hablar conmigo y confesar lo que habías hecho. Si eras tan hombre para acostarte con mi novia, lo tendrías que haber sido también para enfrentarte a mí.

Lo veo dudar; dudar entre volver a entrar porque mis palabras le han dolido o marcharse a buscarla. Y yo quiero que haga lo segundo.

Necesito que haga lo segundo porque necesito llorar y no sé cuánto tiempo voy a poder retener las lágrimas.

—Ve a buscarla.

—Brad...

—Ve. Se me pasará. Solo necesito tiempo.

Con un último asentimiento de cabeza, Scott, mi primo, mi hermano, se marcha. En cuanto escucho el clic de la puerta, me cubro la cara con las manos y rompo a llorar como un crío. Por él, por ella, por nosotros, pero, sobre todo, lloro por mí, por mi accidente, por mi despertar, por la pierna que me duele, por la rehabilitación, que es una mierda y quiero dejarla porque no puedo más, por el *hockey*, al que no sé si voy a poder volver.

Lloro durante tantas horas que, cuando vuelvo a mirar por la ventana, el sol casi ha desaparecido.

Lloro porque estoy cansado de fingir, de las sonrisas, de los asentimientos de cabeza y de las preguntas absurdas.

Lloro porque, a pesar de estar rodeado de gente, no me he sentido más solo en toda mi vida.

Me acerco hasta el estante donde guardo todas las pastillas que tengo que tomarme y miro la caja con los relajantes musculares, esos que me dejan adormilado. Hacía unos días que no me los tomaba, pero hoy necesito uno.

Necesito algo que consiga relajarme durante unas horas. Que me ayude a mitigar este dolor de pérdida que siento en el pecho.

Me meto la pastilla en la boca y me tumbo en la cama.

No me da tiempo ni a desvestirme cuando el sueño me vence.

CAPÍTULO 4

La fiesta de despedida

~Brad~

Escucho el timbre de la puerta y sé lo que eso significa. Resoplo. No quiero levantarme de esta silla, no quiero salir de casa y, sobre todo, no quiero ir a esa fiesta.

Ya he socializado bastante estos últimos días. Incluso fui a la cafetería con todos la semana pasada y me quedé tres horas seguidas. Eso debería contar.

Escucho sus pisadas subiendo las escaleras porque es imposible no hacerlo. Luke parece un elefante intentando escapar de un ratón. A veces me pregunto cómo puede ser tan bueno patinando.

—¡Hola, cariño, ya estoy en casa! —saluda emocionado nada más abrir la puerta. Arruga el entrecejo y me mira como un padre miraría a su hijo si este se ha portado mal—. ¿Se puede saber qué cojones haces que aún no estás vestido?

—Me encanta cómo pasas del «cariño» al «cojones» casi sin parpadear. Solo tú tienes un vocabulario tan rico.

Luke se besa el dedo corazón y me lo enseña sonriente.

—Vístete —me ordena. Cierra la puerta y se acerca a mi nevera. Saca una botella de agua.

Suspiro.

—No quiero ir.

Luke le da un trago a su botella de agua y se encoge de hombros con total indiferencia.

—¿Sabes? Me importa entre una mierda y dos cojones que no quieras ir. ¿Te has duchado? Porque te meto con ropa y todo en la bañera. —Se acerca a mí y empieza a olisquearme—. Hueles bien.

Le doy un manotazo en el brazo y me levanto de la silla.

—¿Qué crees que haces?

—Pues olerte a ver si hueles a rata de cloaca, pero no, hueles a frutas del bosque con un toque de vainilla.

—Eres insoportable, Fanning.

Me sonrío encantado y me planta un beso sonoro en la frente.

—No te me pongas tontorrón o no saldremos de este cuarto, cariño. —Deja la botella en la mesa y se dirige a mi armario como si fuera suyo—. Vamos a por tu ropa, Hamilton.

No quiero ir a la fiesta de despedida de Shawn y Hailey porque... Bueno, no quiero ir y punto. Estoy en todo mi derecho y Luke debería entenderlo, pero también sé que no se va a ir de esta habitación hasta que no lo haga conmigo al lado. De hecho, lo conozco tan bien que sé que, si me niego a moverme, es capaz de trasladar la fiesta a mi casa, y por ahí sí que no paso. Por lo menos, si lo hacemos en el pub puedo largarme cuando quiera.

Miro a mi amigo, que está removiendo ropa en mi armario. Además de mis padres, Luke es la única persona que no se ha separado de mi lado desde que abrí los ojos en esa cama del hospital, y sé que solo por eso debería sentirme agradecido.

Y lo estoy, pero también siento un vacío, y eso es algo que no puedo evitar.

Siento como si ese accidente me hubiera robado cosas, y no solo físicas. A veces, creo que una parte de Brad se quedó pegado a esos cristales rotos del coche y que no he logrado recuperarla.

—Listo. ¿Te vistes tú solito o quieres que lo haga yo? —Sé que sería capaz, así que le quito la ropa de las manos y me encierro en el baño—. ¡Solo lo hago por ayudar!

Capullo.

Me pongo la ropa despacio. No porque esté intentado retrasar el momento de partir —que un poco sí—, sino porque necesito mi tiempo, sobre todo para pensar en lo que voy a encontrarme al llegar a esa fiesta, y es que será la primera vez que veré a Chelsea y a Scott juntos. Como pareja.

Un regusto amargo me recorre la garganta.

Sé que le dije a mi primo que estaba bien, que le di mi «beneplácito». Que le dije que solo necesitaba tiempo. Pero, joder, solo han pasado unos días. Esto no es tiempo, eso es una avalancha.

Me abrocho el botón de los vaqueros y me concentro en respirar. Puedo hacerlo. No voy a estar solo. Mis compañeros de equipo estarán allí. Gente de la universidad estará allí. Luke estará allí. Sé que mi amigo puede ser intenso algunas veces, pero también sé que es la persona más fiel y leal que conozco, por lo que no me va a dejar solo en ningún momento.

Aun así, ¿se me debería permitir estar intranquilo? Yo creo que sí.

Me lavo los dientes, me echo colonia y salgo. Luke está sentado en la silla donde yo estaba sentado antes dando vueltas como si estuviera en un tiovivo. Se levanta en cuanto me ve. El vistazo que me hecha haría sonrojar a cualquiera.

—Estás para comerte, capitán.

«Capitán». Yo no soy capitán de nada. Ya no. Pero entrar en esa batalla dialéctica con Luke es una pérdida de tiempo y de mucha energía, así que opto por coger las llaves de casa y el móvil, y salir por la puerta.

Nos encontramos con mi madre nada más bajar las escaleras y, aunque lo intenta disimular, puedo apreciar que sus ojos están emocionados por verme vestido como una persona normal que está a punto de salir de casa con sus amigos. Como cuando tienes tres años y tus padres te instan a jugar con todos los niños del parque.

—Diviértete mucho, ¿vale, cariño?

—Vale, mamá.

Me da un abrazo.

—Si necesitas algo nos llamas. Tu padre y yo estaremos despiertos.

Lo sé. No se duermen hasta que yo llego a casa sano y salvo.

—Tranquila, señora Hamilton. Pienso traerlo a casa antes de medianoche, como Cenicienta. Me aseguraré de que no pierda el zapato de cristal.

Mi madre se ríe y yo niego con la cabeza, aunque vuelvo a pensar que, por cosas como esta, sé la suerte que tengo de que Luke Fanning forme parte de mi vida. Subimos al coche. Me sudan las manos y tengo que agarrarme al asiento con disimulo mientras hago respiraciones profundas cuando se escucha el motor.

Luke me mira de reojo, fingiendo que no se da cuenta, y yo fijo la vista al frente, fingiendo que no sé que me está observando.

—¿Cuándo vas a venir a un entrenamiento? —Luke da marcha atrás y después avanza hasta salir por la pequeña verja que delimita mi casa—. Los chicos me lo han preguntado un par de veces y siempre les digo que pronto, pero ese pronto no llega.

—Jenkins estuvo ayer en casa hablando con mis padres.

—¿Y qué tal?

Me encojo de hombros.

No sé de qué hablaron, tampoco me interesa. Ahora mismo, el dolor de rodilla me impide poder jugar, así que prefiero no saber qué se cuece a mis espaldas.

—Jugáis contra Mercyhurst el próximo partido, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo lo lleváis?

—Jenkins solo hace que ponernos vídeos de sus partidos para que nos estudiemos a los jugadores y su juego. Son realmente buenos. Debemos tener cuidado con los laterales. Nos han dicho que Clark es joven, nuevo, y que corre muchísimo. Que el disco vuela con él. Vamos. Que, si lo pillas, estamos perdidos.

—Saca a Marcus. Si hay alguien que sabe correr en las pistas es ese tío. ¿Y cómo está Jacob? ¿Mejor de la muñeca?

—Hoy ha bajado emocionado a desayunar y nos ha dicho que se ha podido hacer una paja y que no le ha dolido. Así que sí, creo que la muñeca ya la tiene curada del todo.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada. Una como hacía tiempo que no soltaba. De hecho, ni siquiera sé cuándo fue la última vez que me reí así.

—¿Por qué cojones me das tanta información?!

La mirada de Luke es inocente.

—Porque esta información se comparte. No pretenderás que sea el único que sufra estas cosas, ¿verdad? ¿Tú sabes lo que es vivir con Watt, Marcus y Jacob todo el puto día? Me tienen hasta los huevos. Sobre todo, Jacob.

Los dos sabemos que eso no es verdad. ¿Son unos tocapelotas? Por supuesto. ¿Luke confía en ellos más que en él mismo? Por supuesto.

Llegamos a nuestro destino. Me desabrocho el cinturón y cojo el tirador para abrir la puerta, pero una mano en el hombro me lo impide. Cuando me giro hacia Luke, está serio. No hay ni una pizca de la diversión con la que ha llegado a mi casa.

—Sé por qué no querías venir —empieza a decir—, y lo entiendo. Te prometo que lo hago. Yo no sé qué habría hecho en tu situación. Bueno, sí que lo sé. Lo más probable es que le hubiese partido la cara a Scott, pero tú eso no lo has hecho porque eres mejor persona que yo. Siempre lo has sido, Hamilton. Pero lo que no pienso permitirte es que te regodees en la mierda y la autocompasión, que es lo único que sabes hacer últimamente, y te quedes en casa. Que te aísles del mundo, ¿me oyes? Y antes de que me digas que tienes todo el derecho a hacerlo, que, insisto, también lo entiendo, no lo voy a permitir porque creía que te había perdido, pero no lo he hecho. Estás aquí, Brad. Hay un montón de gente dentro de ese pub que te quiere y que quiere estar contigo. Contigo, no con el tío que despertó del coma, y mientras yo tenga dos piernas que puedan ir a buscarte y dos brazos capaces de levantarte, lo haré. Iré a buscarte y te llevaré a todas partes conmigo. Porque te quiero, Brad Hamilton, ¿me oyes? Te quiero más de lo que un toro quiere a una vaca o un gallo a su gallina. ¿Te ha quedado claro?

Sonrío, aunque lo que de verdad quiero es tragar saliva a ver si el pequeño nudo que me obstaculiza la garganta se disuelve.

—¿Puedo decir que tu analogía del toro y el gallo me ha dado miedo?

Luke ignora mi sonrisa. Me pasa una mano por la nuca y me acerca hasta que su frente toca la mía.

—¿Te ha quedado claro? —repite.

Tomo una bocanada de aire y asiento.

—Me ha quedado claro.

Me mira a los ojos, como asegurándose de que no estoy mintiendo y, por fin, me suelta y sale del coche. Yo lo hago después de soltar de golpe todo ese aire que he estado reteniendo.

La puerta del The Beat se abre, haciendo que la canción *Scream*, de CeeLo Green, junto a los gritos y las risas, lleguen hasta mis oídos. Me meto las manos en los bolsillos del vaquero después de pasármelas por la tela para secar el sudor.

Qué empiece la fiesta.

No tardo en divisar a los *Catamounts* nada más entrar. Están en el centro de la pista. No sé bien qué están haciendo, solo sé que Jacob está con una escoba en la mano mientras el resto lo vitorea. Ellos también me ven y, en cuanto lo hacen, aclaman mi nombre con gritos y aplausos, atrayendo la atención del resto de la sala. Los miro con odio, pero eso solo los alienta más, y cuando quiero darme cuenta estoy volando por los aires y dando vueltas como si fuera una peonza. Noto más de una mano sobándome el culo. Y no es un toquecito en plan: «Lo siento, tío, pero para pasarte de mano en mano hay que tocar». No. Es un toquecito en plan: «Me gusta tu culo. Si lo pellizcas está duro».

Cuando me dejan de nuevo en el suelo, no sé si abrazarlos o darles de hostias hasta en el carné de identidad. Aunque creo que no va a ser ni una cosa ni la otra, porque estoy seguro de que voy a vomitar.

—Hamilton está verde. ¿Alguien puede traerle un cubo? —No sé si es Watt el que lo dice o es Marcus, pero sea quien sea, agradecería ese cubo cuanto antes.

Me froto los ojos. Tengo la visión borrosa.

—Sois idiotas. Me he mareado hasta yo solo de verlo. —Esa voz sí que la reconozco. Se parece mucho a una que espero evitar esta noche—. Fanning, trae una botella de agua.

—Me encanta cuando te pones mandona, Wallace.

—Como sigas hablando te parto la cara.

—¡Porter está loquito por ti, Wallace! Míralo, meándote alrededor como un sabueso.

—A mí no me mea nadie, capullo.

—A mí tanta tensión me pone cachondo.

Se escucha un *ploff*. Estoy casi seguro de que es un capón, pero mi atención está puesta en mis pocas ganas de vomitar delante de todos. Y en poder enfocar la vista.

Cuando lo consigo, tengo tantos pares de ojos observándome que me cuesta un poco identificar quién es quién.

—Luke ha ido a por agua. —Parpadeo. Me centro en los ojos marrones que me miran escrutadores. ¿Cómo pueden ser tan iguales a los de ella y, a la vez, tan diferentes?

—Shawn le ha dado un capón, ¿verdad? —Hailey sonrío y asiento divertida.

—A este chico, un día esa lengua le traerá problemas.

—Siempre se lo digo y nunca me hace caso. —Me mira como pidiendo permiso, y yo asiento. Entonces me rodea el cuello con sus brazos y se pega a mí.

Me gusta Hailey. Es lo opuesto a su hermana. Es jovial, ocurrente y tiene un cierto toque alocado que me recuerda mucho a Luke. Por eso se llevan tan bien.

También me gusta porque respeta mis tiempos y mis silencios. No es intrusiva y sabe leer a las personas.

—¿Te has mareado mucho? —me pregunta al oído.

—¿Han dicho algo de un cubo? Porque no me vendría mal uno.

Se ríe, haciendo que mi cuerpo vibre con su risa.

Hailey me suelta y clava sus ojos marrones en los pies. Trago saliva. Es como si la estuviera mirando a ella, pero sin ser ella. Es absurdo que me sienta tan intranquilo, porque no es que no la haya visto en todo este tiempo.

Si hasta nos hemos ido al cine juntos. No los dos solos, sino el grupo entero. Pero sí que es la primera vez que la voy a ver junto a Scott y es demasiado para mí.

Creía que estaría preparado, pero no es así.

—¿Qué tal, Hamilton? —Shawn se coloca al lado de su novia, lo que me da la excusa perfecta para dejar de mirarle los ojos a Hailey. También para dejar de preguntarme dónde estarán.

—¿Cómo...? —carraspeo para aclararme la voz—. ¿Cómo lleváis el viaje? ¿Preparados para vivir juntos?

Creo que nunca he conocido a dos personas más alérgicas al compromiso que Shawn Porter y Hailey Wallace. Bueno, sí, a Luke, pero es que él es un caso de estudio. Sin embargo, Shawn y Hailey no es que estén juntos y muy comprometidos el uno con el otro, es que Shawn se marcha a vivir a Londres y Hailey se marcha con él.

Hailey, que no solo es la gemela de Chelsea, sino su siamesa. Jamás hubiera pensado que esas dos hermanas se separarían. Y menos aún, con tantos kilómetros de por medio.

—La tengo comiendo de la palma de mi mano —susurra Shawn entre risas. Hailey, por supuesto, lo escucha, así que Shawn se lleva un bonito manotazo en el hombro de regalo.

—¡Serás idiota!

—Hola. —Solo una palabra. Cuatro letras. Y me tenso como las cuerdas de un violín.

Shawn lo nota, porque no me pasa desapercibida su mano sobre mi hombro y el apretón que me da. Busco a izquierda y derecha. ¿Dónde se ha metido Luke?

No quiero girarme, joder.

Pero lo hago.

Claro que lo hago. Y el mundo se hace más pequeño. Claustrofóbico. Me sorprende al verlos, lo que es una soberana estupidez. Como si no hubiese estado pensando en este momento desde que Scott vino a hablar conmigo hace apenas unos días.

Mi hijo en sus manos. No van cogidos. ¿Eso es bueno o malo? Qué más da. Solo hay que verlos juntos para darte cuenta de la complicidad que hay entre ellos. La cercanía.

—Hola —saludo, por cortesía, cuando la realidad es que estoy a punto de sufrir un colapso.

El lunes, en el fisio, tendré que ejercitar la espalda. Estoy tan tieso que parece que lleve un palo metido por el culo.

No sé si son imaginaciones mías, pero juraría que el pub se ha quedado en completo silencio. No se escuchan murmullos ni tampoco las pisadas de la gente mientras baila. Es como si hubiesen dejado hasta de respirar. Quiero gritarles que dejen de mirarme y que vuelvan a lo suyo. Odio ser el centro de atención, pero supongo que eso es inevitable cuando eres el chico que despertó del coma y cuando eres el chico al que su primo le ha robado la novia.

—Hola, Brad. —El saludo de Scott me hace parpadear, regresar el presente y sonreír. Me recuerda que tengo que sonreír para que todos vean que no pasa nada, que estoy bien.

Scott acorta la distancia que nos separa y me da un abrazo mucho más fuerte que el de Hailey, porque él sí que consigue dejarme sin respiración. Aunque seguro que también tiene algo que ver el hecho de que me siento un pelín asfixiado.

Scott se hace un lado para dejar que Chelsea se acerque, aunque no se va muy lejos.

Puedo sentir su brazo rozando el mío cuando se acerca.

—Te veo muy bien —Chelsea me sonríe y lo hace con esa sonrisa que la caracteriza. Esa que te grita que nada puede salir mal.

«No me dejaré nada por decirte».

«Te echo terriblemente de menos».

«Te juro que no voy a tardar en ir a por ti. Solo, espérame».

Retazos de esos mensajes que me envió cuando estaba en coma me cruzan la mente como un tsunami. Y yo me acuerdo de sonreír, mucho, aunque por dentro el dolor del pecho sea casi igual de intenso que el de la rodilla.

A veces, no sé cuál de los dos duele más.

Nos fundimos en un abrazo y yo tengo que contenerme para no girarme hacia Scott y Chelsea, y pedirles que se vayan a la mierda.

Echo un vistazo en derredor. ¿Dónde están los baños? ¿Y la salida? ¿Cuál de las dos cosas me pilla más cerca?

—¿Cuándo te van a dejar volver al hielo? —pregunta Jacob con verdadero interés. Un sudor frío me recorre la espalda—. Te echamos de menos. Luke lo hace bien, pero es un capullo.

El aludido le da una colleja a Jacob, cortando así un silencio que, efectivamente, no me había inventado. Todos se ríen. Jacob se frota la nuca y Luke se sienta a mi lado. Tan pegado a mí, que no se sabe cuál es su brazo y cuál es mío.

—Eres un grano en el culo, y te has ganado tantas sentadillas, pesos muertos y empujes de cadera, que mañana sí suplicarás por un cambio de capitán —replica Luke. Jacob sonrío feliz, sin importarle lo más mínimo la amenaza que acaba de recibir.

Le dedica una sonrisa pícara y le lanza un beso, juguetón.

—Estás un poco obsesionado con mi trasero, *Luquitas*.

Mi mejor amigo odia los apodos, y su compañero de piso lo sabe.

—Pues yo lo he visto y tampoco es para tanto. —Jacob deja de sonreír y se vuelve hacia Hailey con una mano en el pecho aparentando estar ofendido.

¡Si hasta tiene los ojos brillantes! Si alguna vez deja el *hockey*, espero que se meta a arte dramático.

—¿Y este ataque tan gratuito? Creía que formábamos un buen equipo, morena.

Hailey se encoge de hombros.

—Pues tú estabas bastante obsesionada con él. —Casi como si fuéramos a cámara lenta, todos nos giramos para mirar a Helena, la mejor amiga de Hailey, que come cacahuets a puñados de un cuenco de plásticos. Se vuelve hacia Chelsea—. ¿Verdad, Chelsea?

Esta no contesta. De hecho, nadie hace ni dice nada. Estamos todos como si fuéramos estatuas, hasta que Jacob mira a Helena, después a Hailey y, por último, a Shawn. Entonces estalla en una carcajada que lo hace inclinarse hacia delante y agarrarse la tripa.

—¡¡Eres una embustera, Wallace!! ¡¡Lo sabía, joder!! ¡¡Mi culo os vuelve locas!!

Se ríe tanto que los ojos le lagrimean.

De hecho, no es el único que se ríe. Todos lo hacen, menos Hailey, que está roja como un tomate.

Nunca había visto a Hailey sonrojarse.

Shawn se ríe y Marcus también. Watt se ha caído del taburete en el que estaba sentado y Luke se ha tenido que apoyar en mi muslo para no correr la misma suerte que nuestro portero. Incluso Chelsea y Scott se ríen. Lo sé porque, aunque me estoy esforzando mucho por no mirarlos directamente, cosa ardua difícil, pues los tengo justo a mi lado, distinguiría la risa de los dos entre las de un millón de personas.

—¡Traidora! —Hailey se enfrenta a su amiga, que se muerde el labio intentando aparentar inocencia. Jacob se pone de espalda y comienza a masajearse el culo.

Les guiña un ojo a Hailey y a Shawn.

—¿Queréis tocar? Tengo una nalga para cada uno.

Escucho una risa. Es mía. Me estoy riendo...

Un brazo me rodea el cuello. Luke apoya su frente en mi sien.

—Dos en una hora. Las echaba de menos.

Lo miro de reajo.

—Yo también.

—¿Todo bien?

Me encojo de hombros.

—Me estoy riendo, ¿no?

CAPÍTULO 5

Buscando vías de escape

~TJ~

Cierro los ojos cuando noto sus labios recorriéndome el cuello. Hambriento. Con ganas. Sus manos, que se han colado por el bajo de la camiseta, trepan por mi costado hasta alcanzar uno de mis pechos y estrujarlo. Hasta pellizcarme los pezones por encima del sujetador.

Suelto un gemido, que lo sofoco mordiéndole el hombro, y, por un segundo, me siento culpable.

Culpable por estar encerrada aquí. Por estar haciendo esto.

Sacudo la cabeza y envío los malos pensamientos lo más lejos posible. No quiero pensar, solo actuar y dejarme llevar. Evadirme. ¿Qué hay de malo en eso?

Él conoce las reglas, yo también. Los dos queremos lo mismo.

Mis manos, que hasta ahora las tenía apoyadas en la pared, las llevo hasta el bajo de su camiseta y las cuelo dentro. Si él me toca, yo también puedo tocarlo.

Siento su sonrisa sobre mi piel.

—¿Te gusta? —Asiento, porque para qué voy a mentir.

Eso lo alienta y vuelve a pellizcarme los pezones. Jadeo y me pego más a él. Quiero sentirlo.

Necesito sentirlo.

La puerta se abre y los dos nos detenemos de golpe. Me mira, como pidiéndome permiso, y yo asiento.

No me importa que me escuchen. No soy la primera persona que mantiene relaciones sexuales en el cuarto de baño de un pub.

Me sonrío y pienso que tiene una sonrisa muy bonita.

No es mi prototipo de chico, porque tampoco sé qué prototipo tengo, la verdad, pero es guapo y, por lo poco que he hablado con él, me parece simpático.

Además, sabe besar. No es baboso, ni con la boca ni con las manos, y eso es importante, porque odio a los babosos. Odio cuando se creen que sacar la lengua y lamerte entera es bonito.

Lo que es, es asqueroso.

Escuchamos el agua correr. También risas. No estamos solos. No tengo ni idea de cuándo se van a ir nuestras compañeras, pero sí sé que necesito acabar lo que he empezado. Aprovecho que está momentáneamente distraído para colar la mano por el elástico de sus calzoncillos y tocarle la polla. Está dura y es enorme, más de lo que me había imaginado. Me mira con los ojos abiertos y una enorme o formándosele en los labios.

—Joder —masculla.

Le sonrío de forma ladina y comienzo a masturbarlo.

—¿Alguien está follando ahí dentro? —escucho decir a una de las dos chicas de fuera, y se ríen.

Sé que están intentando mirar por debajo de la puerta, pero la rendija es tan pequeña que no se ve una mierda.

Mi compañero de cama se lanza a mis labios y me los muerde. No lo he visto venir. Me aparto

y dejo de acariciarlo, aunque no saco la mano. Niego con la cabeza.

—Nada de besos en la boca. —Me mira sorprendido, pero, en contra de lo que creía que iba a pasar, asiente y ataca mi cuello sin hacer preguntas.

Yo saco la mano y le bajo el calzoncillo hasta las rodillas para que le hagan compañía a los vaqueros. Él abandona mis pechos y pasa a acariciarme los muslos mientras me sube la falda hasta la cintura. Las bragas hace rato que desaparecieron. Me agarra con fuerza y me levanta. Le rodeo la cintura con las piernas y suelto un suspiro.

—¿Tienes un condón?

—En el bolso. —Miramos el suelo. Lo he dejado ahí tirado en cuanto nos hemos colado en el cubículo y hemos empezado a tocarnos.

Me deja en el suelo, me agacho a por el bolso y lo abro. Le paso el preservativo. Cuando vuelvo a incorporarme, ya lo tiene puesto.

Rápido. Me gusta.

Vuelve a sujetarme de los muslos, me aúpa y lo rodeo de nuevo con las piernas. Entra en mí de una sola estocada.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Cuando lo he tocado con la mano me ha parecido grande, pero... joder.

—¿Estás bien? —me pregunta, preocupado—. ¿Te he hecho daño?

—No... Solo... Es enorme.

Se ríe de forma engreída. Supongo que no lo puedo culpar, pues acabo de elevarle el ego a la máxima potencia.

—Gracias.

Apoyo la frente en su hombro y cojo aire hasta tres veces seguidas. Entonces, me muevo, y él no tarda en seguirme el ritmo. Primero lento. De forma pausada. Después, cuando ya me he hecho a él, cuando los gemidos son cada vez más seguidos, me agarra con más fuerza de los muslos y me mueve sin descanso.

Es un sexo sucio. Duro. Rápido.

Es el sexo que busco y necesito.

No hay palabras bonitas ni miradas dulces. No me puedo permitir ninguna de las dos cosas.

Siento el hormigueo recorriéndome las piernas a la vez que me corro con fuerza. Me agarro a sus hombros y le clavo las uñas. Me tengo que morder el labio para no gritar.

Empuja unas cuantas veces más, haciendo que mi espalda se deslice por la pared y, entonces, se corre. Lo hace fuerte, con la frente apoyada en mi hombro y, estoy segura, dejándome la marca de sus dedos en la piel.

Nos quedamos en silencio. Un silencio roto por el sonido de nuestras respiraciones, que van casi a la par. No tengo ni idea de si las chicas siguen ahí fuera. Yo ahora mismo solo puedo pensar en recuperar mis bragas y en volver a casa.

Me pasa las yemas de los dedos con delicadeza por el trozo de piel que hace apenas unos segundos me estaba apretando y me tenso. No por la caricia. Que un poco sí. Sino por lo que pueda encontrarse al acariciarme. Por si las aprecia.

Pero la tensión desaparece en cuanto noto que deja de acariciarme. Me deja en el suelo, asegurándose de que mis piernas se sostienen solas, y me ayuda a bajarme la falda. Se sube la ropa interior junto a los pantalones vaqueros y se abrocha el cinturón. Yo busco mis bragas. Están en el suelo. Las recojo y me las guardo en el bolso. Ni de coña voy a ponerme unas bragas que han estado en el suelo del cuarto de baño de una discoteca.

Lo más probable es que las tire al llegar a casa, pero tampoco las puedo dejar aquí.

—¿Todo bien? —me pregunta el chico una vez ha terminado de adecentarse.

Le sonrío y digo que sí con la cabeza.

—Creo que voy a marcharme.

Me mira entre extrañado y decepcionado.

—¿No quieres tomar nada? Podemos quedarnos un rato y luego te acompaño a casa. O te vienes a la mía.

Se lleva una mano a la nuca y se rasca, nervioso.

Le coloco una mano en el pecho a modo de caricia.

—Sabes que eso último no es posible.

Asiente, no muy satisfecho. Arruga el entrecejo.

—Pero, al menos, deja que te lleve a casa.

—No hace falta, cogeré el autobús.

Voy a abrir la puerta, pero su mano sobre la madera me lo impide.

—Déjame acompañarte, aunque sea a la parada de autobús. Yo... Me quedaré más tranquilo si te acompaño. Eso es todo, te lo prometo.

Creía que había quedado claro, antes de meternos aquí dentro, de que esto era un «aquí te pillo, aquí te mato». Por favor, si ni siquiera recuerdo si su nombre es John o Steve, y eso que los dos nombres no se parecen en nada.

Pero no me apetece ponerme a discutir ni tampoco a dar explicaciones, así que opto por asentir, lo que lo alegra, a tenor de la sonrisa que me dedica.

Abrimos la puerta del cubículo y, por suerte, no están las chicas. Veo cómo tira el preservativo a la papelería y se lava las manos. Yo también me las lavo y me adecento un poco frente al espejo.

—Deja que me despida de los chicos con los que he venido y nos vemos en la entrada —me dice justo antes de darme un beso en la mejilla y desaparecer por la puerta. Cuando lo hace, la música se cuele en el cuarto de baño y yo siento un escalofrío.

Me llevo una mano a la frente y me la froto. Estoy sudando. Es hora de salir de aquí. Me escabullo del cuarto de baño. Lo hago intentando pasar tan desapercibida que no veo al chico que viene hacia mí. Está visto que él también va distraído, porque chocamos. Hombro contra hombro.

Roca contra pluma.

—Oh, mierda —mascullo frotándome la zona dolorida.

—Joder. —Su voz suena ronca y un poco borde.

Levanto la cabeza. El pasillo no es que esté muy iluminado, pero sí lo suficiente como para ver que se trata de Brad Hamilton.

Esta vez no lleva gorra que le tape la cara, por eso puedo verle los ojos. Son marrones y con unas pestañas largas y negras. Me parecerían bonitos si no fuera por lo apagados que están.

—¿Estás bien? —Podría parecer una pregunta cortés, pero ha sonado más a: «Mira por dónde pisas».

Dejo de frotarme el hombro y doy un paso atrás. Mi espalda choca con la pared.

—Sí.

—Vale.

Una conversación de lo más elocuente.

Podría preguntarle si él se ha hecho daño, pero no lo parece. Al menos, no físicamente.

Gruñe y murmura algo por lo bajo que no logro entender, aunque la verdad es que ni sé lo que es ni me importa. Cambia el peso de un pie a otro y se cruza de brazos. El otro día no le apetecía

estar en la cafetería y hoy parece que tampoco le apetece estar aquí.

Pues ya somos dos. Escucho unos pasos. Miro tras su espalda y veo aparecer a John. ¿Steve? ¿Oliver?

—TJ, ¿estás ahí? —Agacho la cabeza y me escudo tras lo que tengo más a mano, que no es otra cosa que el pecho de Brad.

—¿Qué haces? —murmura este por lo bajo.

—Shh. —Me llevo el dedo índice a los labios y agacho la cabeza, saliendo de su campo de visión. Joder, parezco Ivy con tres años, cuando jugábamos al escondite y ella se limitaba a cerrar los ojos. Recuerdo que decía: «Si yo no te veo, tú a mí tampoco».

Todo muy adulto.

—¿TJ? —Pues parece que John – Steve – Oliver sí que sabe cómo me llamo yo.

Brad debe de entender la situación —aunque es bastante fácil de entender—, y, contra todo pronóstico, porque, bueno, no nos conocemos de nada y solo tendría que moverse un milímetro para descubrirme, decide dar un paso adelante pegándose tanto a mí que, además de sentir su respiración sobre mi cabeza, es imposible que nadie pueda verme a no ser que se acerque hasta donde estamos. Incluso así dudaría, porque parecemos dos personas que se están dando el lote.

Aguanto la respiración unos segundos, hasta que escucho de nuevo los pasos, pero esta vez porque se alejan. Suelto un suspiro y, al hacerlo, un olor afrutado, fresco, me inunda las fosas nasales.

—Se ha ido. —Levanto la cabeza y miro a Brad a la cara. Esta no refleja nada. Ni siquiera aburrimiento—. Ya se ha marchado. Supongo que es hora de salir de tu escondite.

Puede que su rostro no refleje emoción alguna, pero su tono suena a acusación, y lo que menos necesito esta noche es que alguien me toque los ovarios.

Estoy a punto de preguntarle si hoy para desayunar se ha tomado doble ración de bordería, cuando recuerdo que me da exactamente igual, así que le regalo una sonrisa de condescendencia, un corte de mangas y me muevo hacia la derecha para pasar por su lado y largarme de una vez por todas de este sitio.

Por supuesto, él no se despide y yo tampoco.

Cuando salgo a la calle, el cabreo ha subido de nivel. Pero ¿de qué va? Sí, vale, me estaba escondiendo de ese chico, pero eso no le da derecho a hablarme en ese tono. Yo no le he pedido que me tapara. Si lo ha hecho, ha sido porque le ha dado la gana.

Como si el destino me estuviese diciendo que ya está bien, que me da una tregua, un taxi se detiene en la puerta del pub. De él bajan cuatro chicas. Me lanzo a coger la puerta abierta como si esta fuera mi escudo salvavidas.

Y casi lo es.

—A la avenida Flynn, por favor —indico en cuanto el conductor arranca. Me deslizo en el asiento hasta quedar medio tumbada y cierro los ojos porque los párpados me pesan.

La culpabilidad que he sentido hace un rato vuelve. Pero no la culpabilidad por irme sin avisar, sino la culpabilidad por lo que he hecho dentro de ese cuarto de baño. Como si estuviera mal, aunque he disfrutado. Aunque haga que me olvide de los problemas durante unos minutos. Que olvide lo que me está pasando.

Lo que nos está pasando.

Puede parecer una tontería, y sé que es difícil de entender, porque la verdad es que no lo entiendo ni yo, pero es... reconfortante. Perderme en los brazos de otra persona durante un rato; sin ataduras, sin preguntas, sin compromiso. Hacerlo solo por el placer de no pensar.

—Ya hemos llegado. —Estoy tan ensimismada en mis comeduras de cabeza que no me he

dato ni cuenta de que ya estoy en casa.

«Que todo esté bien, por favor. Que todo esté bien», suplico mientras subo por las escaleras y abro la puerta.

Una pequeña inquietud se apodera de mí cuando, al entrar, me encuentro con todas las luces apagadas. Son solo las nueve y media. ¿Qué hacen ya acostadas?

Veo luz saliendo del comedor, así que me dirijo hasta allí tras quitarme las zapatillas. La bilis se me sube a la garganta cuando veo a nuestra vecina sentada en el sofá.

—¿Señora Conway? ¿Ha pasado algo? ¿Va todo bien?

Miro a todas partes alarmada. Mi madre y mi hermana no están, solo la señora Conway. Escucho un bum, bum, bum sonando tan fuerte que estoy a punto de quedarme sorda. Es mi corazón.

La pobre mujer se levanta del sofá y se acerca a mí asustada.

—Tranquila, tranquila. No ha pasado nada. Todo está bien.

—¿Seguro?

Vuelvo a echar un vistazo a mi alrededor, pero es que mi comedor es enano. Ni siquiera pueden esconderse, aunque se lo propusiesen.

La señora Conway me sujeta por las mejillas y me obliga a mirarla. Me sonríe y eso a mí me tranquiliza un poco.

—He hecho pollo con ciruelas para cenar y he pensado en traeros un poco. Ivy y yo nos hemos puesto a ver una película, lo que pasa es que se ha quedado dormida hace un rato y la he llevado a su habitación. He pensado que estaría más cómoda en la cama que en el sofá.

—¿Y mi madre?

Sigue sonriendo. Con el tiempo, he desarrollado un superpoder, que es conocer el tipo de sonrisas de todo el mundo. Sé cuando son falsas, comedidas, de lástima y sinceras. La de la señora Conway es de estas últimas.

—Estaba leyendo y ha dicho que prefería hacerlo en la cama. —Se sonroja—. Supongo que ha sido porque me había enganchado a la película y no quería decirme que me largara a mi casa.

Siento como si me acabasen de quitar un peso enorme de los hombros. Tanto, que si pudiera me echaría a llorar.

—Muchas gracias por todo, señora Conway. De verdad.

La mujer me palmea la mejilla con cariño.

—Tienes pollo en el horno. —Me mira ceñuda—. Deberías descansar, cielo. Tienes ojeras. Ojalá lo único que tuviera fuesen ojeras.

Me despido de nuestra vecina y me acerco primero al dormitorio de Ivy. A pesar de que es verano, mi hermana se sube la sábana hasta la nariz. Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. Le cojo su peluche favorito, un pato, y se lo coloco bajo el brazo. Después, cierro la puerta y me voy al dormitorio de mi madre.

La mano me tiembla ligeramente cuando cojo el pomo y lo giro.

Está recostada en la cama con la espalda apoyada en una montaña de almohadas que descansan sobre el cabecero. Está la luz de la lamparita encendida y tiene sobre el regazo uno de sus libros.

Sus ojos están cerrados. Me fijo en su pecho. Respiro cuando lo veo subir y bajar. Le quito el libro de las manos y lo dejo sobre la mesita. Le acaricio la mejilla.

—Mamá —susurro—. Mamá.

Abre los ojos somnolienta, y cuando me ve me regala la sonrisa más bonita y sincera del mundo.

—Hola, cariño. Estaba leyendo.

—Lo sé, te he dejado el libro en la mesita. ¿No te has leído *Mujercitas* como unas veinte veces?

—Puede ser, pero es mi libro favorito. —La ayudo a moverse, le quito unos cuantos almohadones y los dejo a los pies de su cama.

—¿Quieres que te traiga un vaso de leche calentita?

—No. Pásame la botella. —Siempre duermo con una botella de agua cerca. Se la paso y le da un trago—. La señora Conway ha traído pollo.

—Lo sé, la he visto.

—Estaba riquísimo.

—Todo lo que cocina esa mujer lo está.

Dejo la botella en la mesita de nuevo y la arropo. Lleva su mano, que está fría, a mi mejilla, y me la acaricia.

—Tienes ojeras.

Me rio.

—Lo mismo me ha dicho nuestra vecina.

—¿Estás descansando? Tienes que descansar.

—Estoy descansando, mamá. No te preocupes.

Frunce los labios.

—Claro que me preocupo, eres mi pequeña.

Tengo que tragar saliva para no derrumbarme.

—Mañana descanso. Le prometí a Ivy que la llevaría al botánico. ¿Nos quieres acompañar?

—Me acaricia de nuevo la mejilla.

—Me encantaría.

—Genial. Pues a descansar, que mañana nos espera un día duro.

—Eso también va por ti. Dime que hoy no vas a estudiar.

—Hoy no voy a estudiar. —Me mira escéptica, pero el sueño puede con ella, así que al final no le queda más remedio que creerme.

—Vale.

Le doy un beso en la frente. Mi madre ya tiene los ojos cerrados cuando me aparto. No apago la luz, se la dejo encendida y me escabullo de su habitación. Tampoco cierro la puerta del todo.

Me doy una ducha rápida y me tumbo en la cama con el portátil en las rodillas y un puñado de papeles esparcidos por la cama. Sé que le he dicho a mi madre que no iba a estudiar, pero tengo que hacerlo si quiero terminar este año. En el último año he aprendido que no hay que dejar para mañana lo que puedas hacer hoy, porque la vida te puede cambiar en apenas un minuto. Además, el lunes tenemos médico y no sabemos cómo saldremos de allí.

Prefiero estar despejada por si me necesitan.

Antes de empezar a estudiar, abro el primer cajón de la mesita. Suspiro aliviada cuando veo que hay un mechero dentro. No creo que hoy vaya a necesitarlo, pero me gusta saber que está ahí, solo por si acaso.

Cierro el cajón y me concentro en las hojas que tengo delante.

Va a ser una noche larga.

CAPÍTULO 6

Nuevas oportunidades que dan esperanzas

~TJ~

Odio los hospitales. Me parecen el sitio más frío e impersonal del mundo. Un sitio en el que las personas no somos seres humanos, sino números lanzados al azar que nos regimos por unas normas absurdas e incertidumbres.

Odio los hospitales porque desde hace un año paso más tiempo en ellos que en mi propia casa.

—¿Evelyn Baker? —pregunta una chica con bata blanca a la que no he visto en mi vida. Por lo menos, el semblante de esta parece amable, no como el de la mujer que nos atendió la última vez, que tenía la misma cara de angustia que Selma Bouvier, la hermana de Marge Simpson.

Cojo la mano de mi madre y juntas nos levantamos de nuestros asientos. Tiene la piel helada, en contraste con la mía, que está caliente. Entrelaza nuestros dedos, me mira y me sonríe.

Mi madre siempre sonríe, aunque estén a punto de sacarle sangre y estemos esperando para que nos digan si puede o no volver a darse otra sesión de quimioterapia.

¿He dicho ya que odio los hospitales?

—Soy yo.

—Por aquí, por favor. —Quiero decirle a la enfermera que nos sabemos el camino de memoria, pero opto por sujetar bien a mi madre y seguir sus pasos.

En cuanto llegamos a la consulta de la doctora Margaret Fleming, la enfermera, que por la placa que lleva en la bata sé que se llama Julie, acompaña a mi madre tras un biombo para extraerle sangre y yo tomo asiento en una de las sillas que hay frente al escritorio.

Un año viniendo a este sitio y sigo sin acostumbrarme. Aunque, ¿quién se puede acostumbrar a una cosa así? Por las sombras, veo cómo mi madre se arremanga la manga de la camiseta. No la veo, pero puedo imaginarme su piel blanquecina en la que se le marcan tanto las venas. Otra cosa a la que sigo sin acostumbrarme, y eso que la he ayudado a vestirse esta mañana.

—¿Cómo está mi paciente favorita? —La doctora entra y lo hace como siempre, feliz. Como si no tuviera uno de los trabajos más duros del mundo. Solo por eso ya la admiro.

—Muy bien —contesta mi madre.

—Buenos días, doctora Fleming. —Me mira y chasquea la lengua con reprobación.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames, Margaret, TJ?

No quiero repetirle que no me siento cómoda tuteándola, pero sería inútil. Tan inútil como que las dos sabemos que, la próxima vez que nos veamos, volveré a llamarla «doctora Fleming».

—Ya está —anuncia Julie. Mi madre se levanta y viene a reunirse conmigo. Vuelve a entrelazar sus dedos con los míos.

—Bueno, Evelyn, dime la verdad. ¿Cómo te encuentras?

Margaret apoya las manos sobre la mesa e inclina el cuerpo hacia delante.

—No he vuelto a vomitar desde la última vez que estuve aquí. Eso es bueno, ¿no?

La sonrisa de la doctora es enorme y sincera.

—Eso es muy bueno, Evelyn. Muy, muy bueno. ¿Y los dolores?

—A veces me duele al levantar los brazos, pero por lo general puedo con él.

—No puede. Le duele mucho. Y se cansa —intervengo. Mi madre entornando los ojos. Me encojo de hombros—. La doctora ha preguntado, yo solo le estoy informando.

Margaret carraspea.

—Los mareos son normales y también que te duela. Te hemos extirpado los dos pechos y las sesiones de quimio que te hemos dado hasta ahora son muy fuertes, por eso las espaciamos tanto. Pero es genial que intentes hacer vida normal y que veas que puedes hacerlo.

—¿Eso significa que algún día podré volver a trabajar? —Miro a mi madre con los ojos abiertos de par en par.

—¿Trabajar? ¿Cómo se te ocurre pensar ni siquiera en eso?

Mi madre pasa de mí. Está centrada en la doctora. Aunque esta sigue sonriendo, sus ojos están más serios que antes.

—Evelyn, trabajar ahora no es una opción, y me temo que tampoco lo es a corto o medio plazo.

—Pero mi hija necesita un descanso. Tengo que ayudar en casa.

—¡Mamá!

Margaret le sonríe afablemente, como si la entendiera. Mi madre sigue ignorándome.

—¿Qué te parece si nos centramos en las sesiones de quimio que nos quedan y ya vemos cómo se suceden el resto de las cosas?

A mi madre no le hace mucha gracia, pero no le queda más remedio que claudicar. Margaret nos programa la sesión para dentro de un par de semanas, siempre y cuando las analíticas hayan salido bien. Nos dice que nos reservemos toda la mañana y me pregunta si la voy a poder acompañar, pues no es recomendable que los pacientes vengan solos, y le digo que sí, sin titubear. Mi madre me mira de reojo; sé que está pensando en mi trabajo en la heladería. Yo también. Pero no pienso dejarla sola. Ya veré qué hago con Charlie.

—¿Y cómo te van las clases, TJ? ¿Disfrutando de las vacaciones estivales? —Ahora la atención de la doctora está en mí.

Me remuevo incómoda en la silla. Sabe que estoy haciendo un curso de auxiliar de fisioterapia por las noches, cuando he terminado mi trabajo en la heladería y en la librería.

Cuando he terminado de ayudar a mi madre y la dejo tranquila en su cama, y cuando he terminado de bañar, dar de cenar, ayudar con los deberes y leerle un cuento a Ivy.

—Muy bien. Voy lenta, pero bien. Espero terminarlo este año, aunque, bueno, si no puedo, no pasa nada. —Las prioridades van variando y las mías han variado de forma considerable.

Aun así, me aplico al máximo por terminar este año para así hacer las prácticas y conseguir un trabajo mejor que los que tengo. Sobre todo, en uno que gane más dinero.

—Es muy trabajadora, Margaret. Más de una noche se ha quedado dormida sentada en la silla. ¿Y ves las ojeras que tiene? Eso es porque no descansa lo que debería. —La voz de mi madre se va apagando conforme habla.

—Yo era igual que tú, así que te entiendo, pero tienes que descansar. Es la base para que las cosas salgan bien.

Vuelvo a removerme incómoda. No me gusta que la atención esté centrada en mí. ¿Sería posible irnos ya?

—De acuerdo. Lo haré. —No lo haré, pero así dejo a las dos mujeres contentas. Margaret me mira muy seria.

—Oye, ¿y has pensado en las prácticas?

Niego con la cabeza, aumentando así la ansiedad que me produce el tema.

—La verdad es que no he pensado en ellas todavía. Con las clases y los dos trabajos, ahora

mismo no tengo mucho tiempo para pensar en hacer las prácticas. —Mucho no, no tengo ninguno—. Quiero acabar primero la parte teórica y luego ya veré.

—Este hospital tiene un acuerdo con la universidad de Massachusetts, por lo que podrías hacerlas aquí, si quieres. Las amoldaríamos a tu horario y a tus necesidades —dice esto último echándole un pequeño vistazo a mi madre—. ¿Qué te parece?

¿Que qué me parece? Maravilloso. Empecé a estudiar auxiliar de fisioterapia porque no tenía muy claro qué quería hacer con mi vida. Elegí esa carrera como podría haber elegido ciencias políticas o escritura creativa. Después del primer año, me enamoré.

Con el tiempo, como si el destino quisiera gritarme que había elegido la opción correcta porque, de una u otra manera, la iba a necesitar en casa, a mi madre le diagnosticaron cáncer de pecho.

Estudiaba en la Universidad de Vermont por las mañanas y trabajaba en la librería por las tardes, pero eso se volvió inviable. Mi madre no podía trabajar y necesitábamos dinero. Mucho dinero. Y estábamos las tres solas. Si mi madre no iba a poder aportar su parte, yo lo haría por ella, así que dejé la universidad y me puse a trabajar por las mañanas en el primer sitio que encontré.

Echaba de menos la carrera, pero me esforcé en que nadie lo notase.

Qué tonta. Nadie te conoce mejor que tu madre.

En una de las miles de charlas entre la doctora Fleming y mi progenitora, esta le contó lo que había pasado con mis estudios. La doctora Fleming me habló por primera vez de estudiar a distancia. Juntas miramos el programa de estudios, las becas, y me escribió una carta de recomendación. Habló con la universidad de Massachusetts y me confirmó que me convalidaban las clases dadas hasta ahora. Me lo puso todo tan fácil y tan bonito, que no pude decir que no, aunque sabía del sacrificio extra que conllevaba.

Así que sí, me encantaría hacer esas prácticas, pero no puedo. Necesitamos el dinero y, aunque la odie, no puedo dejar la heladería.

Me suelto del agarre de mi madre de forma disimulada, pues me sudan las palmas de las manos, y solo me sudan cuando estoy nerviosa, y observo a la doctora, complacida.

—Me encantaría, pero no puedo.

La doctora me mira como si ella supiera algo que yo no sé.

—Sabes que las prácticas son remuneradas, ¿verdad?

Se me escapa una pequeña carcajada.

—¿Me pagarían?

—Claro.

Miro de reojo a mi madre, supongo que para asegurarme de que no estoy entendiendo mal lo que me están diciendo.

Sus ojos brillan y siento su felicidad justo en el centro de mi pecho. ¿Podría la suerte estar de nuestro lado? ¿Nos está diciendo que no todo tienen que ser malas noticias? ¿Soy la única en esta habitación a la que le va el corazón tan rápido?

—¿Sería en este hospital?

—Sí. En el centro de rehabilitación. Además, necesitan gente y tu ayuda les vendría muy bien. ¿Qué me dices? Si me das el visto bueno, hoy mismo hablo con Gérard.

No sé quién es Gérard, pero ya lo quiero, y puedo asegurar que yo no quiero a otro ser vivo que no sean las dos personas que viven conmigo. Tengo ganas de llorar, y no es por nada relacionado con la palabra «cáncer».

—Te dice que sí —apunta mi madre por mí.

Busca de nuevo mis dedos.

—Yo... Sí, claro... ¡Acepto!

Cuando salimos de la consulta lo hacemos flotando. O, por lo menos, yo floto. Me siento tan bien. Es decir, creía que iba a ser un día de mierda, pero no, porque no solo voy a poder trabajar aquí de algo que me gusta, que me apasiona, sino que voy a poder decirle a Charlie que se meta todos sus helados por el culo.

Y a Benjamin. A su amigo Benjamin también voy a poder mandarlo a tomar por saco.

—Me alegro mucho por ti, cariño —murmura, emocionada, mi madre en cuanto nos paramos frente al ascensor. La ayudo a ponerse la rebeca porque, aunque estamos en julio y hace calor, ella siempre tiene frío.

—Yo también me alegro mucho por mí.

Nos carcajeamos.

—Vas a poder dejar ese trabajo que tan poco te gusta. —Cuando el ascensor llega, lo hace vacío, a excepción de un chico castaño con el pelo tan despeinado, que cualquiera diría que ha metido los dedos en un enchufe. Este mira la pantalla del móvil sin ver porque va pasando vídeos con el dedo más rápido de lo que estos aparecen.

Levanta la cabeza cuando entramos y lo reconozco al instante. Brad Hamilton. Otra vez.

¿Qué pasa con este chico? ¿De repente, se ha convertido en mi sombra? Tiene el ceño fruncido, también los labios, y su mirada es afilada y fija. ¿Siempre va a tener los ojos tan tristes?

Se supone que a este chico se lo conoce por su sonrisa, por su tono simpático, divertido y por ser muy sociable. Pues bien, en las tres veces que nos hemos cruzado me ha parecido de todo menos eso. En la cafetería parecía que se hubiese comido un limón podrido. En la segunda, fue un borde, y ahora... Ahora cualquiera diría que acaba de venir de practicar boxeo.

Aunque dudo que me reconozca porque ese pasillo estaba muy oscuro, agacho la cabeza intentando ocultar mi cara tras el pelo, y al entrar le doy la espalda. Mi madre comienza a hablarme de las prácticas, de lo emocionada que está y de no sé qué más. Me encantaría prestarle toda mi atención, pero el olor afrutado que, de repente, me inunda las fosas nasales me lo impide.

Huele igual de bien que el viernes en el pub. ¿Qué pasa, que el día que compró esa colonia tenían un dos por uno en el supermercado?

El ascensor pita y las puertas se abren. Brad pasa por nuestro lado como una exhalación, sin ni siquiera esperar a que nosotras salgamos primero, ya que estamos delante, y sin decir ni adiós. O algo.

Sí, desde luego, no es Míster simpatía.

—¿Qué te parece si hoy cenamos pizza? Me pregunta mi madre una vez en la calle, mientras esperamos al taxi.

La miro de reojo.

—No puedes comer pizza, mamá. Ya sabes la dieta tan estricta que tienes que llevar. No puedes comer... —No hace falta que me mande callar con palabras, la expresión de su cara ya me lo está pidiendo a gritos. Igual que me está pidiendo que, por una vez, deje que sea ella la madre y yo la hija, y acate su petición sin rechistar.

Ella mejor que nadie sabe la dieta tan estricta que lleva.

Saco el móvil de mi mochila y llamo a nuestra pizzería favorita.

—Tres pizzas. Una pequeña de queso y dos medianas, una de verduras y la otra carbonara. —Tapo el auricular con la mano—. Dicen que las tendrán listas en quince minutos.

—Ya verás qué contenta se pone Ivy. —Para un taxi y nos montamos. Se respira un ambiente

muy diferente al de esta mañana.

—¿Quieres helado Ben & Jerry's?

—Siempre quiero un helado de Ben & Jerry's.

—¿Crema de cacahuete?

—Por supuesto.

Me siento como cuando tenía cinco años y no existían los problemas. Estoy tan contenta por cómo está resultando al final el día que ni me acuerdo del mensaje de mierda que me ha enviado Charlie cuando le he dicho que esta mañana no podría ir.

Solo puedo sonreír cuando mañana vaya y le diga que se meta el trapo de cocina y su hostilidad por donde le quepa.

Una vez le cuelgo al restaurante, recuesto la cabeza sobre el hombro de mi madre y dejo que me acaricie el pelo.

Suspiro somnolienta.

Puede que detrás de tanta oscuridad haya un poquito de luz.

Puede que hoy me acueste sin necesidad de encender el mechero.

CAPÍTULO 7

Un trabajo nuevo

~TJ~

Hay pocas cosas que no tengan que ver ni con mi madre ni con Ivy que me hagan tremendamente feliz ahora mismo, así que ver la cara de desconcierto mezclada con cabreo de Charlie es algo que no lograré olvidar jamás.

Si saco el móvil y le hago una foto, ¿se enfadará?

—Estás de puta coña. —El veneno que escupen sus palabras solo me hacen sonreír más, lo que lo enerva más. Solo hay que ver la vena de su frente, está a punto de explotar.

Le lanzo el delantal y la puñetera redecilla que pica como un demonio al pecho, pero está tan cabreado y concentrado en mis ojos que no las ve y estas se caen al suelo.

—Me marchó —repito. Qué bien sientan esas dos palabras—. Te daría unos días para encontrar a otra, pero ni tú me quieres aquí ni yo, por supuesto, quiero pasar un segundo más entre estas cuatro paredes.

—¿Y dónde te crees que vas a ir?

—No te importa.

Aprieta los puños y da un paso hacia delante.

Siempre he pensado que, para tener solo veintiocho años, se conserva bastante mal, pero viéndolo así, con esa vena a punto de reventar, el pelo con tanta gomina, los ojos de loco y la mandíbula apretada, parece todavía más descuidado.

—Yo te contraté cuando ni siquiera sabías preparar un café. No puedes marcharte así. Me lo debes todo, ¿me oyes? ¡Todo! Eres una desagradecida.

—No te debo nada, así que déjame en paz. He venido a decirte que me marchó y ya lo he hecho, así que hasta luego.

Intento pasar por su lado, pero da un paso, impidiéndomelo.

—¿Dónde te vas? —repite. Sé que en realidad le importa una mierda lo que haga con mi vida, pero Charlie es de esos chicos que tienen el ego tan enorme, que el rechazo, en cualquier aspecto de su vida, lo llevan *regulinchi* tirando a *como el culo*.

—Te he dicho que no te importa y, ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. —Intento una vez más pasar por su lado, pero vuelve a impedírmelo. Esta vez es su mano sobre mi brazo la que lo hace. Intento zafarme, pero me agarra con fuerza, clavándome los dedos en la carne.

Lo miro a los ojos. Nunca había visto unos ojos tan rojos.

—Eres una ingrata, ¿me oyes? ¿A ti quién cojones te va a querer, si no sabes hacer nada? Solo eres una tía con buenas tetas y un pelo bonito. —Pega su cara a la mía y sonríe, enseñando los dientes, que están torcidos y amarillentos por culpa del tabaco—. ¿Les has dicho que te encanta tirarte a tíos en la parte trasera de los coches o en los baños públicos? Seguro que te han contratado por eso.

Me tensó, y él lo nota, porque su sonrisa se hace más amplia.

Creía que Benjamin era el ser que más asco me daba, pero ya no sé qué pensar. Aunque, bueno, teniendo en cuenta que son mejores amigos, es cierto eso que dicen que los cerdos suelen

ir en grupo.

—Suéltame —siseo, cabreada. Estoy apretando tanto los dientes que me duele la mandíbula.

—Vamos, TJ, no te enfades. —Pega su nariz a mi cuello y aspira. Siento un escalofrío y tengo que cerrar los ojos—. Burlington no deja de ser una ciudad pequeña. Aquí todos nos enteramos de todo.

—Suéltame. —Siento su sonrisa en mi piel.

—Si necesitas escapar del hecho de que tu madre se está muriendo, que lo entiendo, ¿eh?, solo tienes que decírmelo y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Se acabó. He intentado ir en plan civilizada, sin montar numeritos y sin partirle la boca o la nariz a nadie, pero este gilipollas no me lo está poniendo nada fácil.

Echo la cabeza hacia atrás y le asesto un cabezazo en la cara. Juro que escucho el *crack* cuando mi frente toca su nariz. También lo siento, porque empieza a palpitarme.

—¡¡¡Me cago en la puta!!! —El grito de Charlie me hubiera dejado sorda si no fuera porque siento la adrenalina corriendo por mis venas. Me suelta el brazo y se cubre la cara con los brazos —. ¡¡¡Me has roto la nariz!!!

No creo, aunque sí que le he hecho bastante daño.

La puerta del despacho se abre y Tobias aparece por ella.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirándome. Me llevo una mano a la frente. A lo mejor sí que se la he roto, la verdad es que le he dado con ganas y me duele.

—Me marchó —digo, a modo de respuesta. Me mira y luego mira a Charlie. Veo cómo Tobias abre los ojos.

—¿Estás sangrando?

Observo a Charlie de reojo. Anda, pues sí, le sale sangre de la nariz.

—¡¡Esta puta loca me ha roto la nariz!! —Coge un puñado de papeles que tiene sobre la mesa y se tapa la nariz con ellos mientras echa la cabeza hacia atrás. Este tío es tonto.

Salgo del despacho, voy al cuarto de baño y cojo un rollo de papel higiénico. Regreso. Tobias sigue en la puerta mirando a nuestro jefe, que ya no está de pie, sino sentado en su silla. Cuando paso por su lado, me coge de la mano, deteniéndome.

—¿Le has roto la nariz? —pregunta de nuevo, solo que esta vez lo hace bajito, para que solo yo pueda escucharlo.

Debería decirle que no, porque sé que esto me va a meter en problemas, pero, joder, qué bien me siento. Y es Tobias. No somos amigos, pero me cae bien. Es un tío decente.

—Puede —me limito a decir. Sin esperarlo, una enorme sonrisa se le dibuja en los labios.

—¿Se lo merecía? —Yo también sonrío.

—Puede. —Me guiña un ojo y me quita el papel higiénico de las manos.

—Vete, yo me encargo.

La que abre ahora los ojos soy yo.

—¿En serio?

—Ya no trabajas aquí, ¿no?

Si me gustaran las muestras de afecto, le daría un abrazo.

—Gracias.

Sonríe. Por primera vez, me fijo en la sonrisa de mi excompañero de trabajo y me doy cuenta de que es bonita. También sus ojos, ocultos tras esas gafas redondas y negras.

—Que te vaya todo bien, TJ. —Hay sinceridad en sus palabras. Asiento, agradecida.

—A ti también, Tobias.

Recojo mi mochila de la silla antes de echarle un último vistazo a mi jefe. Debería decirle que

nunca eche la cabeza hacia atrás ante una hemorragia porque se puede tragar la sangre, pero entonces recuerdo lo que ha dicho de mí y, sobre todo, lo que ha dicho de mi madre, y pienso que, si se la traga, que se joda.

Me despido de Tobias con un gesto de la mano y salgo de esa heladería con un chute de energía renovada.

Saco los auriculares que llevo siempre en la mochila, enciendo la lista de reproducción y, con las manos metidas dentro de los bolsillos del pantalón, enfilo hacia la parada del autobús que me llevará hasta mi nuevo trabajo.

En teoría no entro hasta dentro de dos horas, pero las ganas de mandar a Charlie y a su negocio a la mierda me picaba en las palmas de las manos, así como las ganas de empezar con las prácticas.

Al subir al autobús, voy al sitio que más me gusta, que es al fondo, pegada a la ventanilla, y me siento. Busco el teléfono con el propósito de llamar a mi madre para contarle lo que ha pasado, pero detengo mis pasos cuando caigo en la cuenta de que no querrá saber que le he roto la nariz a Charlie. Se preocupará y no tengo ganas de preocuparla más de lo que ya está. Además, cuando me he ido seguía dormida. No quiero molestarla.

Paso los dedos por el listín telefónico y no sé muy bien identificar la sensación que siento cuando me doy cuenta de que no tengo a nadie a quién llamar. No tengo a nadie a quién contarle que le he dado un cabezazo a mi exjefe y que le he roto la nariz.

Que voy a empezar en un nuevo trabajo.

Que, por primera vez en mucho tiempo, me siento ilusionada.

Para alguien que reniega de las relaciones sociales como yo, debería ser algo bueno. O normal. Sin embargo, me siento vacía.

En realidad, me siento extrañamente sola. Sobre todo, cuando recuerdo las palabras de Charlie: «¿Les has dicho que te encanta tirarte a tíos en la parte trasera de los coches o en los baños públicos?».

Como si el universo quisiera decirme algo —o reírse de mí después de la tregua que me dio ayer—, me entra un mensaje al móvil.

Ryan (El que nunca lleva condones encima):

¿Paso a recogerte esta noche? Estoy en la ciudad.

No sé si me molesta más que Ryan haya decidido enviarme un mensaje en este preciso momento, o que ni siquiera me haya enviado un hola o cualquier otro mensaje de cortesía antes de proponerme follar esta noche.

Me pican los ojos, así que parpadeo rápido, antes de dejar que algo que escapa de mi control haga acto de presencia. Porque puede que Charlie sea un gilipollas, pero esto demuestra que no mentía.

Dejo escapar un pequeño suspiro. No sabría decir el número exacto de tíos a los que me he tirado en la parte trasera de sus coches. De un baño público sí, pero de un coche no. Porque Charlie tiene razón; me gusta evadirme. Me gusta escapar, durante un rato, de las cosas que me pesan. De las cargas que llevo sobre los hombros. Y me gusta hacerlo con otra persona. Alguien que solo me da lo que necesito en el momento exacto que necesito. ¿Por qué eso tiene que ser malo? ¿Por qué no puedo disfrutar de aquello que me relaja y que me hace olvidar? Nunca me ha importado, ni tampoco lo que pensasen los demás sobre mí. Entonces, ¿por qué tiene que empezar a importarme ahora? ¿Dónde está esa adrenalina de la que estaba disfrutando hace tan solo unos minutos? ¿Cómo dejo que un tío que no me importa una mierda me mine la moral de

esta forma?

El autobús se detiene y yo guardo los auriculares y el móvil en la mochila. Me froto los ojos y me obligo a dejar en el autobús cualquier pensamiento dañino o sombrío, y me concentro en la oportunidad que se me ha presentado.

No tardo en encontrar el ala de fisioterapia.

Por primera vez desde que este lugar se convirtió casi en mi segunda casa, no me parece un sitio tan horrible. Siguen impresionándome sus paredes blancas, su olor, la tenue luz de algunas salas, las sonrisas ufanas y las que lo dicen todo sin decir nada. O su silencio. Odio el silencio que hay en los hospitales, roto a veces por sollozos, quejidos y algún lamento. Sigue impresionándome todo eso, pero parece que hoy lo hace de forma diferente.

A lo mejor, porque creo que hoy las cosas van a empezar a cambiar.

Respiro hondo un par de veces antes de animarme a abrir la puerta. La recepción no es muy grande, pero me llama la atención la cantidad de puertas que hay. Agarro con fuerza las asas de la mochila porque las manos me molestan y no sé qué hacer con ellas, y miro todas las puertas una a una. ¿No debería haber alguien en la recepción? A ver si he llegado antes de lo que pensaba.

¿Qué hago?, ¿pruebo con la puerta número tres y entro, a ver qué me encuentro? Hay un reloj sobre la puerta principal. Todavía faltan veinte minutos para la hora que me han citado. Sí, he llegado muy pronto. ¿Debería marcharme?

—Hola. ¿Tú eres Tayra? —El corazón se me acaba de salir del pecho. Me giro sobresaltada para encontrarme con un chico, de unos treinta y cinco años, que me mira, tras unas gafas de culo de vaso, con el ceño fruncido y una sonrisa torcida—. Te he asustado, ¿verdad?

—No, tranquilo.

Me quiero llevar la mano al pecho para comprobar si el corazón ha vuelto a su sitio. El chico cierra la puerta por la que ha salido y se acerca a mí con la mano estirada.

—Lo siento. Mi mujer siempre se queja de mí porque dice que soy excesivamente silencioso. No me gusta darle la razón, pero viendo tu cara voy a tener que dársela.

—Tranquilo, tampoco ha sido para tanto.

Creo que solo me ha quitado unos días de vida.

Me tiende la mano y yo se la estrecho.

—Me llamo Gérard.

—El Gérard de la doctora Fleming.

Se carcajea. Al hacerlo, las gafas se le escurren por el puente de la nariz. Se las sube con el dedo.

—Y tú eres la Tayra de Margaret.

Me sonrojo. ¿Me acabo de sonrojar?

—Supongo, aunque en realidad nadie me llama así. Prefiero TJ.

La sonrisa de Gérard se hace más amplia.

—TJ, entonces. Bienvenida. ¿Vamos? —Echa a andar y yo lo sigo. Abre la puerta número tres. Un enorme vestuario, lleno de taquillas, me da la bienvenida. Ni el vestuario de la universidad era tan grande.

Alguien se está duchando, porque se escucha agua correr.

—Como habrás adivinado, este es nuestro vestuario. —Se acerca a una de las taquillas que no tiene candado y la abre—. Esta es la tuya. ¿Te gusta? La he elegido porque está cerca de la puerta, pero podemos buscarte otra, si quieres.

¿Gustarme? Tengo mi propia taquilla. En la heladería tenía que dejar la mochila medio

escondida en el almacén y a la vista de todos, algo que odiaba. No me gusta que nadie toque mis cosas, y sé que Benjamin y Charlie... En fin. No quiero pensar más en ellos.

En la librería no tengo taquillas, siempre dejo la mochila bajo el mostrador, pero el señor Radhi no me preocupa lo más mínimo.

—Sí, es perfecta. Gracias.

—Fantástico. Pues deja tus cosas aquí y vamos a ver el resto de las salas. Nuestro próximo paciente tiene que estar a punto de llegar.

Dicho y hecho. Lo dejo todo dentro de mi taquilla y sigo a Gérard fuera de los vestuarios. Me enseña todo lo que se esconde tras las otras puertas. O casi todo, porque algunas están ocupadas con pacientes, hasta que llegamos a Narnia. O comúnmente conocida como la sala de ejercicios.

Es más grande que toda mi casa y tiene tantos aparatos que juro que hay alguno que no sé cómo se llama porque no lo he visto en mi vida. Gérard saluda a una chica con bata azul como la suya y a la chica que la acompaña, una joven que no debe de tener más de veinte años a la que le falta una pierna. Pero eso no es lo que me llama la atención, sino la felicidad que transmiten sus ojos y su boca.

También saluda a otra pareja que está más apartada y hace ejercicios frente al espejo, y a una chica que está sentada sola sobre una bola de *fitball* mientras sostiene una pesa.

—Aquí es donde pasarás la mayor parte del tiempo —empieza a decir mi nuevo jefe, atrayendo de nuevo mi atención. Mira de reojo a las dos primeras chicas que ha saludado—. Ella es Annie. Tuvo un accidente esquiando hace casi dos años y, como habrás visto, tuvieron que amputarle una de las piernas. Era esquiadora profesional y se estaba preparando para los juegos olímpicos. De un día para otro, su sueño, su futuro, desaparecieron. —Observo a Annie. Está en medio de las dos barras, de pie, mirando a su fisioterapeuta atenta, asintiendo a todo lo que le dice y sin que la sonrisa que le he visto al entrar desaparezca—. Creímos que se derrumbaría. Y lo hizo al principio, no te creas, pero luego nos dio una lección a todos. Dijo que quería vivir, que no quería autocompadecerse, así que ahora se está preparando para los juegos paralímpicos de invierno. No sé si los ganará, pero te puedo asegurar que esa chica ya le ha ganado la partida a la vida.

Joder.

A veces, cuando veo cosas así, me pregunto si yo tengo derecho a quejarme.

La puerta se abre con un fuerte estruendo tras chocar contra la pared, sobresaltándome a mí y a todos los demás presentes. Incluso Annie deja de reírse y dirige una mirada preocupada a la puerta. Me doy la vuelta para ver qué pasa y me encuentro con el chico cabreado al que no paro de encontrarme últimamente.

El pecho de Brad sube y baja tan rápido que temo que esté a punto de sufrir un infarto. Pero no es eso lo que más me llama la atención. Son sus ojos. Otra vez. Solo que esta vez están rojos e hinchados. ¿Ha llorado?

—Mierda —escucho susurrar a Gérard en un tono que nada tiene que ver con el jovial y distendido que lleva usando desde que nos hemos encontrado.

Brad desvía su atención un momento de Gérard y repara en mí. Achina los ojos y ladea la cabeza. Hoy el salón está demasiado iluminado como para esconderme. Y llevo coleta, por lo que el pelo tampoco me sirve.

Ahora que me está mirando tan fijamente puedo apreciar lo enfadado que está. Muy muy enfadado.

—Brad... —exclama Gérard, tratando de hablar con el deportista cabreado, pero por la mirada que este le echa yo diría que no es muy buena idea. Por suerte, ha dejado de mirarme a mí

para centrarse en el fisioterapeuta, que lo mira entre abatido y calmado.

Una mezcla rarísima.

—¿Lo sabías? —El tono con el que Brad habla es monocorde. De hecho, no pega nada con el cabreo que refleja su cara. Aun así, consigue que los pelos de los brazos se te pongan de punta. Sobre todo, porque si tiras un pelín, puedes apreciar que hay dolor en esa pregunta.

Yo no puedo dejar de mirarle los ojos.

Gérard no le contesta. En su defecto, da un paso al frente y se coloca justo delante de mí, haciendo que deje de mirar a Brad y tenga que mirarlo a él.

Me dedica una sonrisa un poco tirante.

—Hoy va a ser una mañana interesante. ¿Estás preparada? —Asiento, porque no sé qué otra cosa hacer. Señala a un armario que hay a su izquierda—. Allí hay batas. Coge una blanca y ven conmigo.

Vuelvo a asentir.

—¿Lo sabías?! —repite Brad, esta vez en un tono con una octava más elevada.

Veo a Gérard coger aire un par de veces antes de darse la vuelta y enfrentarse al chico enfurecido que sigue parado en la puerta y que agarra el pomo con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—Brad. —A Gérard no lo veo, a Brad sí, y los ojos ya no son lo único que tiene rojo—. No creo que ponerte a chillar desde la puerta sea la mejor solución a tus problemas.

—¿Mis problemas? —Suelta una carcajada carente de humor—. No me toques los cojones.

Lo dicho. Está muy muy enfadado.

Por fin suelta el pomo y se dirige hacia nosotros. No me pasa desapercibido que apoya más la pierna izquierda que la derecha, aunque intenta disimularlo.

—¿Lo sabías? —pregunta por tercera vez. Está tan pegado a Gérard que parecen uno.

El fisioterapeuta no se amedranta, y eso que Brad le saca media cabeza. Lo coge del brazo y lo arrastra unos metros hasta una esquina, alejados de los demás, donde se ponen a hablar en susurros, aunque al deportista se lo escucha bufar todo el rato.

Yo voy a por la bata que me han dicho. La situación que se está viviendo ahora mismo en la sala es de tensión y no da para sonreír, pero yo lo hago, porque llevo una bata blanca y eso me gusta.

Hacía tiempo que algo no me gustaba tanto.

Brad ha pasado de estar de pie a estar sentado en una silla con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre los brazos. Si buscara en Internet la foto de alguien derrotado, saldría la de este chico.

Me acerco a mi Gérard, que me sonríe cuando me ve.

—Bueno, TJ, él es Brad. Hoy no está teniendo un buen día. —El aludido bufa, pero no se gira a mirarme. Por lo visto, el suelo le resulta de lo más entretenido—. Brad, ella es TJ y será mi auxiliar, lo que quiere decir que trabajará codo a codo contigo. Por lo tanto, seremos amables con ella, ¿de acuerdo?

Brad se pasa las manos por el pelo y no dice nada. Me fijo en sus piernas. La izquierda está flexionada mientras que la derecha está estirada.

Gérard me da un dossier.

—Este es el historial médico de Brad —habla en susurros, aunque estoy segura de que el aludido nos está escuchando—. Tuvo un accidente hace... Bueno, luego lees el informe tranquilamente. Tiene una rotura de menisco que...

—Que no está curando como tocaría y que me está jodiendo la rodilla —termina de decir

Brad. Por fin levanta la cabeza. Mira a Gérard y luego a mí—. No hace falta que te leas el informe, ya te lo cuento yo. Voy a hacer los putos ejercicios.

Se levanta y se va directo al ergómetro de brazos. Se sienta sobre la carretilla, coloca los pies sobre el tronco y, tras coger el mando con las manos, empieza un ejercicio de estiramientos; dobla las rodillas con los brazos estirados y, tras desplazarse por el riel hacia atrás, flexiona los brazos y estira las piernas.

Gérard, que está a mi lado, suelta un largo suspiro.

—Es un buen chico —dice—. Ten paciencia con él.

CAPÍTULO 8

La nueva auxiliar

~Brad~

«La rotura es más pronunciada de lo que nos pensábamos y no está curando como toca. No sé si vas a poder jugar la próxima temporada, Brad. Es pronto para saberlo con exactitud».

«Lo siento».

«No puedes dejar la rehabilitación. He permitido que la reduzcas de cinco a tres días a la semana, pero no puedes dejarla. Esa opción ni se contempla».

«Lo siento».

«No he dicho que no puedas volver a jugar nunca al hockey, pero es una posibilidad. Una a la que tienes que hacerte».

«Lo siento».

«Sufriste un accidente muy grave. Tienes mucha suerte de estar vivo. Tienes las dos piernas, y los dos brazos. No has sufrido daños en la columna. Una rotura de menisco es lo menos que te podía haber pasado».

«Lo siento».

Las palabras del médico se suceden en mi cabeza sin parar. Como si alguien le hubiese dado al botón de repetir y hubiese tirado el mando que las detiene al fondo de un lago. No había escuchado tantos «lo siento» juntos en mi vida. Me han entrado ganas de decirle que no quiero ninguno. Que solo quiero recuperar toda la movilidad de la rodilla para volver al hielo. Para ponerme de nuevo unos patines y volar por la pista con el resto de los chicos de mi equipo.

Si me tiene que operar, que me opere. Que haga lo que quiera. Todo, menos decir de nuevo: «Lo siento».

Me quito con rabia la pesa que llevo atada al tobillo y la tiro al suelo. Por lo menos, esta vez, no grito, aunque ganas no me faltan. Unos dedos largos y delicados la recogen del suelo. Otra vez. Tal y como lleva haciendo desde hace media hora.

No quiero levantar la cabeza. No quiero mirar a TJ a la cara porque sé que me sentiría como una mierda porque en el fondo sé que estoy siendo un coñazo, pero no lo puedo evitar. Estoy enfadado, joder. Cabreado. Con el médico por sus palabras, con Gérard porque lo sabía y no me ha dicho nada, y con esta chica por estar tocándome las narices con las puñeteras pesas y con esa mirada de: «Sé lo que te pasa, y es una mierda, pero supéralo. Tienes suerte de estar vivo. Hay gente menos afortunada que tú».

Yo hoy quería hacer brazos. Tengo jodida la rodilla, sí, todos lo sabemos, pero para poder andar debo tener un tronco y unos brazos bien definidos, ¿no?

Y porque hoy la rodilla me duele muchísimo.

Pero no, en cuanto Gérard se ha marchado porque tenía que hacer no sé qué y me ha dejado a solas con ella, ha cambiado la máquina de remo por las pesas, para hacer ejercicios de resistencia progresiva, y a mí me está empezando a tocar las narices.

—Es la sexta vez que la tiras, Hamilton —me dice TJ, en tono monocorde. Menos mi apellido. Eso lo ha dicho con hostilidad.

—No la he tirado, se me ha caído.

Pone los ojos en blanco.

—Bueno, si hicieras el ejercicio con más ganas, a lo mejor no se te caería. ¿Lo has pensado? Levanto la cabeza y entrecierro los ojos para mirarla.

—Le estoy poniendo ganas —respondo molesto.

Se encoge de hombros con una indiferencia que me toca las narices.

—Si tú lo dices...

Es casi la hora de comer y estamos los dos solos. Todos han acabado ya sus ejercicios, incluida Annie, la única persona de todo este circo que merece un poco la pena. Hoy se ha marchado sin despedirse. Supongo que mi predisposición a entablar una conversación civilizada la ha persuadido.

—Estás muy hacia atrás —sigue diciendo TJ. ¿De qué vendrá TJ? ¿Taylor James? ¿Tessa? ¿Julieth? O a lo mejor la T es nombre y la J apellido. ¿Tessa Jackson?—. Siéntate más en el borde y no subas la pierna tan rápido. Si lo haces, te cansas. Si te cansas, te duele y, si te duele, sueltas la pesa y tienes que empezar de cero.

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula cuando siento sus fríos dedos sobre mi piel. Aparto la pierna y me inclino hacia delante hasta quitarle la pesa de las manos.

—Sé ponérmela yo solo —mascullo—. De todas formas, no sé por qué estoy con esto cuando yo me había puesto con el remo.

—Porque lo pone en tu planning semanal y porque Gérard me ha dicho que llevas muchos días sin hacer ejercicios de rodilla.

Me mira con una ceja arqueada, retándome a contradecirla, y yo me encuentro pensando en que esa mirada iracunda le queda muy bien. Y en que es guapa. Muy guapa, de hecho. No me había dado cuenta hasta ahora. Habría que estar ciego para no darse cuenta. Yo no es que estuviera ciego, estaba enfadado, y la ira hoy me impide ver las cosas con claridad. Pero es un poco difícil no fijarse en lo guapa que es cuando la tengo a un palmo de mi cara. También es difícil ignorar el hecho de que sé que no le gusto mucho, a tenor de cómo me mira y de cómo arruga la nariz cada dos por tres.

¿Será por lo de hoy o por lo del otro día en el pub? ¿Sabrá que era yo el que le hizo de escudo de ese tío? Supongo que sí. No creo que vaya por ahí haciéndole un corte de mangas a todo el mundo.

O tal vez sí.

Ignora mi comentario anterior y me quita la pesa. Me inmoviliza una pierna con una mano mientras que con la otra me rodea el tobillo.

—No estás haciendo los ejercicios porque te duele. —No suena a pregunta. Coge un taburete y lo pone bajo mi pie.

—No me duele —miento. No me gusta nada la sonrisita que se le forma en los labios.

—Si tú lo dices...

—¿Es lo único que sabes murmurar? —Hoy no estoy teniendo un buen día y lo que menos necesito es que alguien que no conozco de nada me toque las narices—. Y no me duele —repito, por si acaso.

TJ se coloca tras el taburete y lo agarra con las manos. Me mira fijamente.

—Vamos a jugar a un juego, Hamilton.

—No me gustan los juegos.

—Este te va a encantar.

En realidad, me encantan los juegos, pero este dudo que me guste, porque no me gusta nada

cómo me está mirando.

Parece una sádica.

—Intenta levantar la pesa estirando la rodilla por completo y mantenla así durante quince segundos seguidos. Solo quince. Si lo consigues, no volveré a insinuar nunca más que te duele la rodilla. ¿Qué me dices? ¿Trato hecho?

Esto no es un juego, es un reto, y a mí no me gusta que me reten y tampoco que me echen un pulso, y esta chica acaba de hacer las dos cosas.

Supongo que ve la decisión en mis ojos, porque aparta el taburete un poco, lo justo para dejar mi pierna suspendida en el aire. Me agarro a la camilla con ambas manos para hacer fuerza y me concentro en dejar la rodilla completamente estirada. Son quince segundos.

Solo quince.

Cuando voy por el cuarto, la pierna empieza a temblarme. Por el seis, siento fuego en la rodilla. Por el diez, la pesa está de nuevo en el suelo.

—¡¡Joder!! —grito.

Doy una patada al taburete, tirándolo al suelo con un fuerte *ploff*.

La miro, y juro que lo veo todo rojo cuando diviso su sonrisa de sabelotodo.

Me levanto de un salto de la camilla, ignorando la punzada de dolor que me atraviesa como un cuchillo, y la apunto con un dedo.

—No tienes ni puta idea de nada, ¿vale? ¡Ni puta idea! ¿Te crees que por llevar una bata blanca eres una experta? Pues déjame decirte una cosa. No, no lo eres. Solo llevas aquí dos horas. ¡Dos horas! Y no me conoces de nada.

Sé que estoy gritando. Sé que estoy pagando con ella mi frustración. Sé que me estoy comportando como un capullo. Pero que lo sepa no exime que deje de hacerlo.

Se cruza de brazos.

—Que no te conozca no significa que no sepa qué te pasa. —No grita. No eleva la voz. Utiliza un tono sosegado, tranquilo, y eso, en vez de calmarme, me enfurece más—. Puede que no sepa cuál es tu color favorito o si eres más fan de *Star Wars* o de *El señor de los anillos*, pero sé que cuando has llegado cojeabas, aunque intentaras disimularlo. O que ahora, al levantarte como lo has hecho, has sentido un tirón. O que estás tan enfadado y encerrado en tu ira que no te concentras, y por eso estás haciendo los ejercicios tan mal.

Lo peor de cuando alguien te dice la verdad a la cara es que no quieres oírla, así que te vuelves doblemente capullo.

Aprieto los puños y doy un paso adelante.

—Te lo repito, no tienes ni puta idea de nada. ¡Ni puta idea! —Acerco mi rostro al suyo—. Que te hiciera de guardaespaldas no quiere decir que me conozcas.

TJ cuadra los hombros y levanta la cabeza. Segura. Confiada. No ha dejado de mirarme a los ojos en ningún momento mientras me sermonéaba, como si no le importaran ni mi tono ni mis formas.

Tampoco ha apartado la vista ante mi último golpe de gracia.

—¿Qué está pasando aquí?

Resoplo. Lo que faltaba.

Gérard está en la puerta, pero no está solo. Mis padres lo acompañan. Mi padre me mira preocupado y mi madre...

No puedo mirar a mi madre.

—Me marchó —anuncio. Recojo mis cosas y me voy, pasando de TJ, de Gérard y hasta de mis padres.

—Brad, espera... —me pide mi madre al pasar por su lado. Por un segundo estoy tentado de parar, pero no puedo, necesito salir de aquí, por lo que aprieto los labios hasta que son una fina línea para no derrumbarme, y agacho la cabeza. Lo que sea para que la voz dolida de mi madre no me afecte.

—Déjalo, Emily. —Es lo último que le escucho decir a mi padre antes de cruzar la puerta y desaparecer.

CAPÍTULO 9

Brad Hamilton

~TJ~

—¿Qué está pasando aquí? —Brad resopla y yo dirijo la vista hacia la puerta. Gérard está parado en ella y nos mira serio, ceñudo. Ahora sí que nada tiene que ver con el chico jovial y alegre que me ha recibido al llegar.

Mira a Brad y sacude la cabeza, pero no en un gesto de reproche, sino más bien de inquietud. Yo diría que incluso de dolor.

Aunque para dolor, los ojos de la mujer que lo acompaña. Brillan más que cualquier bola de discoteca. Hay un hombre junto a ella que la abraza por los hombros. Su semblante también es serio, aunque parece que muestra más preocupación que dolor.

No hace falta que nadie me diga quiénes son. El hombre es idéntico a Brad.

—Me marcho —dice este de repente, dando media vuelta y recogiendo sus cosas. Yo me centro en su espalda. En lo rígida que la tiene. En la tensión de sus hombros.

Pasa por mi lado sin ni siquiera mirarme, aunque tampoco mira a Gérard o a sus padres.

—Brad, espera...

—Déjalo, Emily —dice el hombre. Tiene la voz tomada, aunque lo disimula con un carraspeo.

La puerta se cierra en cuanto Brad desaparece por ella y yo me quedo quieta, mirándola. No sé cómo clasificar mi primera sesión, si productiva o un desastre. Solo sé que ese chico está más perdido de lo que nadie se imagina, incluso más perdido de lo que él se cree.

Y roto. Sé mucho de personas rotas, y ese chico lo está.

—¿Qué ha pasado, TJ? —me pregunta Gérard, acercándose a mí.

Miro a los padres de Brad. La madre sigue mirando la puerta y el padre me mira a mí.

Trago saliva.

—No ha pasado nada, tranquilo.

—Te estaba gritando.

—Lo sé, pero no ha sido nada, de verdad. Como tú has dicho antes, ha tenido un mal día.

Se pasa una mano por el pelo, cansado, y se sube las gafas.

Se vuelve hacia los padres.

—Está enfadado conmigo. Lo llamaré y hablaré con él.

El padre sacude la cabeza.

—Está enfadado con el mundo, Gérard. No es culpa tuya.

—No se lo conté.

—Tampoco tenías por qué hacerlo.

No sé de qué están hablando, aunque puedo hacerme una idea. No hay que ser Pitágoras para aprender a sumar dos más dos.

Brad es jugador de *hockey*. Y no uno cualquiera. Si estudias en la universidad de Vermont sabes quién es Brad Hamilton, y no porque sea el chico que despertó del coma, sino porque en Burlington el *hockey* sobre hielo es algo así como la realeza para Inglaterra, así que es casi una

obligación conocer a su capitán incluso aunque odies el deporte. O excapitán, no sé muy bien cómo funciona el tema.

Por eso no hay que ser un lumbreras para saber que toda esa frustración contenida que tiene... Todo ese enfado... Toda esa rabia... Viene provocada por el *hockey* y su imposibilidad de jugar.

Porque nadie en su sano juicio le dejaría ponerse unos patines y correr con ellos con la rodilla como la tiene. Eso solo le provocaría dolor y un daño que, entonces, sí que podría ser irreversible.

Ahora cuadran muchas cosas. Su cara de mustio en la cafetería, sus ojos tristes siempre que lo veo, su cara de cabreo ayer cuando me lo encontré en el ascensor... ¿Le acabarían de decir que no iba a poder jugar este año? De todas formas, ¿es que él no se daba cuenta?

«Que no queramos darnos cuenta de algo, no quiere decir que no sepamos que está», me grita una vocecilla interior.

—Deberíamos ir tras él —dice la mujer por primera vez desde que Brad se ha ido.

Me muerdo la lengua para no hablar.

Me gustaría decirle que su hijo, lo que ahora mismo necesita, es estar solo. Si se está encima de él se encerrará más en sí mismo y será peor. No sé qué relación tiene Brad con sus padres, pero estoy segura de que es buena, pues no ha querido mirarlos a la cara cuando ha pasado por su lado y eso es solo porque no quería derrumbarse delante de ellos.

Más de lo que ya está.

Su marido niega con la cabeza. Abre la boca, supongo que para rebatirle a su mujer, pero entonces esta lo mira a la cara y él ve sus ojos, porque es imposible no hacerlo. Es imposible no ver la súplica que hay en ellos, y acaba asintiendo.

—Claro, vamos a buscarlo.

El matrimonio se acerca a Gérard. Este les sonríe y les ofrece la mano.

—¿Qué os parece si nos vemos el jueves? Así le damos un día para que se relaje.

Los dos asienten.

—Gracias. —Se vuelven hacia mí.

—Lo siento mucho. —La mujer está tan hecha polvo que solo me dan ganas de acercarme y darle un abrazo.

¿Qué me pasa a mí hoy con los abrazos?

Le regalo la mejor de mis sonrisas. Una que no es muy falsa.

—No pasa nada. Todos tenemos días malos.

Que me lo digan a mí.

Cuando los padres de Brad se marchan, me vuelvo hacia Gérard. Parece cansado. Miro la hora en el reloj que hay sobre la puerta. Es muy tarde. Ni siquiera me he dado cuenta de que ya ha pasado la hora de comer.

—¿Has comido? Puedo traerte algo. —Gérard también mira la hora y suelta un suspiro.

—No te preocupes. Aún tengo que terminar una cosa aquí y luego ya me marchó. Tú turno es hasta las tres, ¿verdad?

—Sí.

Las gafas no paran de resbalarle por el puente de la nariz

—Pues ya es hora de que te marches. Nos vemos mañana.

—Claro. Hasta mañana, Gérard.

—Hasta mañana, TJ.

Menudo primer día.

Me quito la bata y la guardo de nuevo en el armario del que la he sacado. Voy a las taquillas y

recupero mi mochila.

No puedo dejar de pensar en Brad Hamilton en todo el camino hacia la librería.

CAPÍTULO 10

Cuando el día empieza mal, acaba peor

~Brad~

Comienzo a andar sin rumbo fijo bajo el sol abrasador de Burlington. Necesito que este verano se termine. Necesito frío. Sentir que me falta el aire al respirar.

Caminar por sus calles nevadas mientras miles de copos de nieve me empapan la cara y el pelo.

Sacudo la cabeza y sigo andando. Lo hago durante un buen rato, con la cabeza gacha, sin mirar a nadie a la cara y sin rumbo fijo. Hoy no me apetece ver a nadie. No tengo ganas de saludos y, mucho menos, de fingir sonrisas o hablar de cosas que, en estos momentos, me importan entre nada y muy poco.

—Brad. —Me sobresalto al oír la voz de mi padre. Iba tan ensimismado que ni siquiera me he dado cuenta de que un coche paraba a mi lado. Detengo mis pasos y sacudo la cabeza.

—Sube, por favor. —Me pide mi madre en apenas un susurro. Como si tuviera miedo de elevar la voz por si eso me molesta.

Quiero decirles que prefiero caminar, pero entonces miro sus caras, preocupadas, y un sentimiento de culpabilidad se adueña de mí, por lo que abro la puerta de atrás y me siento.

Mi padre arranca.

Apoyo la cabeza en el respaldo con la esperanza de que hagamos el viaje en silencio, pero sé, antes de mi padre abra la boca, que no voy a tener tanta suerte.

—Brad...

Suspiro.

—No quiero hablar, papá.

—Pero tienes que hacerlo.

—¿Y tiene que ser hoy?

Miro por la ventanilla. A lo lejos, se puede ver la universidad.

Allí está el estadio de los Catamounts.

Allí están mis compañeros entrenando.

Allí es a dónde no voy a poder volver este año.

Siento un nudo en el estómago.

—Hoy y todos los días mientras pienses que este es el final, porque no lo es. Todo tiene solución, cariño.

—Es solo un bache que acabarás sorteando como has sorteado todos los demás.

Aprieto los dientes.

—Por favor, hoy no.

—Hoy sí —insiste mi padre. Me pinzo el puente de la nariz.

—Papá, por favor.

—Estás vivo —sigue diciendo, pasando de mi súplica. Sus palabras me hacen sentir peor de lo que ya me siento—. ¿Es una putada lo que te ha pasado? Sí. Pero el doctor no ha dicho que sea algo definitivo, ha dicho que es una posibilidad. Volveremos a las sesiones diarias en el

centro. Nosotros te ayudaremos en casa. Lo conseguirás, hijo. Concluirás jugar de nuevo al *hockey* igual que has conseguido despertar de ese coma.

Soy una mierda de hijo. ¿Quién no se emocionaría con algo así? Hay que estar vacío por dentro para no hacerlo. A lo mejor yo lo estoy.

Por suerte, llegamos a casa y no tengo que decir nada. Bajo del coche y voy directo a mi habitación.

Mis padres me dejan hacer.

Al entrar, vacío los bolsillos y me tumbo en la cama con la vista fija en el techo.

«La rotura es más pronunciada de lo que nos pensábamos y no está curando como toca. No sé si vas a poder jugar la próxima temporada, Brad. Es pronto para saberlo con exactitud».

No es verdad, papá. El médico ya lo sabe, solo que ha preferido tantear primero el terreno antes de decírmelo de forma tan clara.

No voy a poder jugar otra vez al *hockey*.

Si no juego, ¿qué coño voy a hacer con mi vida? Nací para jugar al *hockey*. Nací para llevar un *stick* en la mano.

Siento cómo una lágrima se me escapa y comienza a recorrerme la mejilla y de ahí a la boca. Está salada. Me la limpio con rabia antes de que empiecen a salir las demás, y me levanto. Me pongo un chándal con el que estar cómodo y cojo los casos. Si escucho música no tendré que pensar en nada más. Al abrir el cajón donde los guardo me encuentro con un disco de *hockey*. Me lo coloco en la palma y cierro los dedos en torno a él con fuerza.

«No he dicho que no puedas volver a jugar nunca al *hockey*, pero es una posibilidad. Una a la que tienes que hacerte».

Cierro el cajón de golpe, bajo las persianas hasta dejar la habitación casi en penumbra, iluminada solo por la tenue luz de la mesita, me pongo los cascos y vuelvo de nuevo a la cama. Jack Johnson comienza a sonar. Primero lo hace con *Better Together* y luego con *Sitting, Waiting, Wishing*. Miro el disco que tengo en la mano y comienzo a jugar con él. Le doy vueltas entre los dedos y después paso a lanzarlo hacia arriba y a cogerlo.

No sé si estoy más calmado, pero por lo menos ya no tengo ganas de gritar ni de darle un puñetazo a la pared.

O no muchas.

De pronto, siento un peso caer sobre mi estómago. Cuando miro, veo que es el casco de una moto. El disco de *hockey*, que lo estaba lanzando al aire, me cae en la cara. Me quito los cascos de las orejas y me giro hacia el intruso que, por supuesto, no podía ser otro que Luke, mi tocapelotas oficial.

—¿Qué narices haces?

—Me gusta lo que escuchas. Tienes buen gusto. —Luke ignorando mis preguntas, como siempre. Va hasta el rincón donde tengo la televisión con la *play* y deja una bolsa que, por el olor, deduzco que es comida—. ¿Te apetece echar luego una partida?

—Es de un solo jugador.

—Pues yo juego y tú me miras. —Apago la música y me levanto de la cama. Al hacerlo, siento un pinchazo en la pierna, pero me limito a apretar los dientes y a ignorarlo—. ¿Por qué la apagas? Me gusta.

—¿Qué haces aquí, Luke?

Voy hasta la bolsa que acaba de dejar y la abro. Efectivamente, es comida. Se me hace la boca agua.

Ni siquiera me acuerdo de cuándo ha sido la última vez que he comido.

—¿No puedo venir a pasar la tarde con mi mejor amigo? Tu madre ha dicho que luego nos subirá pastel de calabaza.

—Vale.

Con una de las cajas en la mano y los palillos, me dejo caer en uno de los sillones y empiezo a comer casi sin respirar. Primero, porque tengo mucha hambre y, segundo, porque conozco a mi amigo, conozco sus tipos de miradas y sus técnicas, y sé que va a empezar a hablar de cosas de las que no quiero hablar, así que me adelanto y le pregunto por sus nuevas clases de francés.

Espero que Helena lo ayude porque tiene que aprobar esa asignatura. No puede perder la beca. Sé cuánto ama el *hockey* porque yo lo amo igual, de la misma manera.

No puede dejar de jugar.

Él no.

Sigo comiendo y lo miro de reojo. Mierda. Quiere hablar. Quiere preguntarme cosas, pero yo no quiero. Aunque sé que, si no lo dejo hacer, no va a parar de mirarme como lo hace y no me gusta que nadie me mire así, y mucho menos Luke.

—Suelta lo que tengas que decir de una vez. Te escucho pensar y no quiero que acabes dándome dolor de cabeza. —Me pasa una cerveza.

—Tu madre me ha dicho que le has gritado a una chica esta mañana. —TJ. Gruño y dejo la caja vacía en el suelo. Abro la cerveza. No debería, pero hoy no he tenido un buen día y me la merezco—. Puedes respirar.

Me limpio la boca con el dorso de la mano. Había olvidado lo bien que entra.

—No le he gritado a nadie.

—¿Seguro?

—Puede que no le hablara muy bien, pero no le he gritado.

—¿Y puedo saber por qué no les has hablado muy bien a esa chica?

Pienso en TJ. ¿Luke la conocerá? Shawn está claro que sí, por cómo interactuaron en la cafetería, pero nunca antes lo he visto con ella. ¿Qué relación tienen? No se pueden conocer de clase porque no estudian lo mismo. ¿Entonces?

Suspiro.

Claro que le he gritado. He sido un auténtico capullo, para ser sinceros, pero no me ha gustado lo que me ha dicho. No me ha gustado que me hablara como si me conociera. Como si supiera por lo que estoy pasando y qué es lo que siento, porque no tiene ni idea.

No tiene ni idea de lo que es que te roben tus sueños. Que los tengas delante, al alcance de la mano, y no puedas llegar hasta ellos.

No sabe lo que es ver cómo cada vez se alejan más y más.

—Porque es exasperante y me pone de los nervios —razono pasados unos minutos—. Se cree la dueña del centro y solo es una chica que está ahí ayudando a los tullidos como yo.

No miro a Luke al decir esa palabra. No quiero ver la decepción en sus ojos.

—Tú no estás tullido, Brad.

—Lo que sea. —Me termino la cerveza y la lanzo a la papelera. Por supuesto, fallo el tiro. Estiro el brazo y le pido otra a mi amigo. Veo la indecisión en sus ojos. Suspiro, cansado—. Entonces, ¿Helena te va a dar clase lo que queda de verano?

Se me da muy bien cambiar de tema y a mi amigo se le da muy bien tocarme los huevos.

—Estás cambiando de tema.

—Evidentemente.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece hablar de mí. ¿Me vas a dar ya la cerveza?

Estiro de nuevo la mano para que me dé la puñetera cerveza y, al final, claudica.

—Tú no eres borde. —Tiene razón, pero últimamente es el rasgo que más me caracteriza.

—No lo estoy siendo.

—¿Quieres cambiar de tema? Perfecto. ¿Cómo llevas lo de Chelsea y Scott?

Gilipollas.

¿Tengo que recordarle la tensión del otro día en la fiesta de despedida de Shawn y Hailey? Ya hablamos allí del tema. ¿Por qué tenemos que volver a hacerlo?

«Porque a Fanning se le da especialmente bien tocarme los huevos», me recuerdo.

—Me alegro por ellos, ya lo sabes. —No estoy mintiendo. Me alegro por ellos. Son Chelsea y Scott. Son una parte esencial de mi vida, ¿cómo no voy a querer que sean felices? Aun así—. Que me incomode estar delante de ellos es otra cosa y, sinceramente, creo que se me está permitido.

Luke ladea la cabeza.

—Entonces, esta aura de negatividad que flota en el aire no tiene nada que ver con ellos.

—No hay ninguna aura de... —Me callo de golpe porque es inútil. Es Luke. Nadie me conoce mejor que él. Bueno, Scott, pero ahora... Sacudo la cabeza, haciendo a un lado cualquier pensamiento sobre mi primo, y me miro la rodilla—. Estoy cansado de esto. Es agotador. Y una mierda. Todo es una puta mierda, Luke.

Las ganas de llorar, de gritar... De patatear me queman la garganta.

TODO ES UNA PUTA MIERDA.

—¿Qué te han dicho?

Sería mejor preguntar qué no me han dicho.

Cierro los ojos y me concentro muy mucho en no romperme. Y me cuesta horrores, porque creo que hoy estoy más roto que el día que tuve el accidente.

—Que no es seguro que pueda volver al equipo la próxima temporada. —Ya está. Ya lo he dicho en voz alta. Ya es más real que nunca.

Me paso las manos por el pelo, reprimiendo las ganas de arrancármelo, y miro a mi amigo.

Veo la lástima en sus ojos y eso me destroza más que cualquier otra cosa.

No quiero que nadie sienta lástima por mí.

No puedo soportar que mi mejor amigo sienta lástima por mí, así que sonrío de esa forma que tan bien me he aprendido frente al espejo.

—Brad...

—No tienes que decir nada.

—Pero quiero hacerlo.

—Si vas a decir que todo tiene solución y que esto no es más que un bache, te lo puedes ahorrar. Es lo que me han estado diciendo mis padres durante todo el camino de vuelta a casa y he estado a punto de arrancarles la cabeza de un bocado, y me siento fatal por ello.

—Pero tienen razón. Lo que te ha pasado es una putada, y no me quiero ni imaginar por lo que estás pasando, y tampoco creo que pueda, porque eso solo lo puede sentir gente que esté en la misma situación que tú, pero lo único que yo sé es que poca gente creía que ibas a despertar de ese coma, médicos incluidos, pero lo hiciste. Le diste en los morros a todos ellos y abriste los ojos. ¿Que te duele la rodilla y te molesta cuando andas? De eso nos hemos dado cuenta todos, y puede que sea así durante un tiempo, pero estás vivo, Brad. Vivo. Y creo que eso es lo único que importa aquí.

Pienso en TJ. Me ha dicho exactamente lo mismo y yo le he respondido con gritos. Me siento como un cretino.

Flexiono la rodilla.

Me duele.

—A veces me siento un desagradecido. —Al principio, creo que lo he dicho en mi cabeza, pero al ver la cara de Luke sé que lo he dicho en voz alta.

Porque es verdad y es una de las cosas que más me carcomen por dentro y de la que más culpable me siento.

—Estoy aquí quejándome por no poder jugar al *hockey* cuando la realidad es que estoy vivo. Hay gente que no puede decir esto último.

Ahí está. ¿Cómo puedo quejarme de que no voy a volver a jugar al *hockey* cuando hay gente que ni siquiera se despierta del coma?

Luke se inclina hacia delante, hasta que sus pies tocan los míos. Hasta que tengo su cara lo suficientemente cerca para no perderme nada de lo que tenga que decirme.

—Tienes todo el derecho del mundo a quejarte de lo que te dé la puta gana, ¿me oyes? Puedes quejarte de los médicos, del *hockey* y hasta del cambio climático. No tengo ni idea de qué pasará al final con tu rodilla, ni si volverás a ponerte unos patines, pero yo solo sé que te conozco lo suficiente como para saber que vas a luchar hasta el final y que, si al final no lo logras, no será porque no lo hayas intentado o porque te hayas rendido, será porque el destino te tenía preparada otra cosa.

—¿Y si lo que el destino me tiene preparado es no volver a jugar al *hockey* jamás? —En cuanto esa palabra sale de mi boca me termino de romper. Las lágrimas, esas que llevo intentando contener todo el día, comienzan a deslizarse por mis mejillas.

Luke no duda en tirarse al suelo y sujetarme. En rodearme con sus brazos y dejar que me desahogue con él.

En dejar que me rompa con él.

Y yo me dejo llevar y lloro tanto que, por un momento, temo no ser capaz de parar.

—Escúchame bien, Brad Hamilton. —Tardo un segundo en darme cuenta de que Luke se ha separado de mí y me está sujetando la cara con las manos—. Da igual lo que pase al final. Siempre vamos a estar a tu lado, apoyándote. Incluso esa chica a la que has gritado esta mañana estará a tu lado.

—Si ni siquiera sabes quién es.

—¿Y qué? Estoy seguro de que nadie se puede resistir a esa sonrisa con hoyuelos y a esos ojos marrones.

—¿Ni siquiera tú?

—¿Yo? —Se señala el pecho y me pone ojitos. Es todo lo que necesito para sonreír. A Luke siendo Luke.

Me pega a él y me da un beso en los labios que haría ruborizar a cualquiera. Cuando se separa, me guiña un ojo.

—A mí hace años que me tienes en el bote, chaval.

Intento mirarlo serio, pero acabo estallando en una carcajada que hace que me sienta vivo. Vivo.

Hacía mucho que no decía esa palabra como algo positivo.

La puerta se abre justo en el momento en el que Luke vuelve a su sitio. Es mi madre.

—Os he... Os he traído un trozo de bizcocho a cada uno.

Me mira sorprendida y después se muerde el interior de la mejilla, prudente. Me levanto, le cojo el plato de las manos y la abrazo. Es tan pequeña... Y tan frágil...

—Gracias, mamá. —Mi madre se aferra a mí con todas sus fuerzas. No soporto verla sufrir.

Ya ha sufrido bastante.

—Te quiero, cariño —me susurra, y yo tengo que luchar para no romper a llorar de nuevo. Me acaricia la mejilla cuando nos separamos y se marcha. Dejo el plato sobre la mesa, cojo un trozo de bizcocho y le doy un mordisco.

—Cuéntame algo gracioso —le pido a Luke—. Necesito reírme durante un rato. —También necesito pedirle perdón a TJ, por lo de hoy y por mi comentario del otro día en el pub, pero supongo que eso tendrá que esperar.

CAPÍTULO 11

Conversaciones

~Brad~

Saco la cabeza para coger aire y la vuelvo a meter. Estiro los brazos y nado de una punta a la otra, primero en forma de crol y después de espalda. Nado durante tanto tiempo que, cuando paro y me miro las palmas de las manos, tengo los dedos arrugados como pasas.

Pero no me importa. Me encanta el agua. Si pudiera recrearme en algún animal, sería en pez. Nada de perros, gatos o caballos. En pez. Y, para ser más exactos, en un pez mandarín. Es uno de los más bonitos del mundo. Y no porque sus aletas parezcan plumas, sino por los colores tan vibrantes que tiene, que parecen fosforescentes.

Me apoyo en el borde de la piscina y cierro los ojos mientras dejo que los últimos rayos de sol me calienten la cara.

Me encanta nadar cuando el sol está desapareciendo. Primero, porque la estampa que te regala el cielo, en tonos naranjas y rojos, es preciosa. Y, segundo, por el silencio que hay.

Es sanador.

—¿Hoy cenas en casa? —Mi padre aparece en la piscina con dos vasos en una mano y una jarra de limonada en la otra.

Adiós a mi momento de silencio y paz.

Inmediatamente, me siento como una mierda por pensar así.

Es agotador sentirte cada minuto de una forma diferente.

Nado hasta la escalera y salgo. Me tumbo en la hamaca que hay junto a la que se ha sentado mi padre y cojo el vaso que me ofrece.

—Gracias. Y sí, hoy ceno en casa —digo, contestando así a su pregunta de antes. Lo que tendría que preguntarle es cuándo no ceno en casa. O como. Porque lo hago todos los días. Pero supongo que con esta contestación tibia y sencilla es suficiente.

Le doy un trago a la limonada y me tumbo de espaldas, dejándome secar al sol.

Me encanta el verano y, a la vez, estoy deseando que termine. Soy una contradicción con patas. Aunque, bueno, últimamente soy una contradicción con patas en casi todos los aspectos de mi vida.

—¿No viene Luke? Me he acostumbrado a ver a ese chico por aquí. Es un buen amigo. —Yo también me he acostumbrado a tenerlo por aquí. Y sí, es un buen amigo, y lo echo de menos. No pienso decírselo porque se pondría insoportable y ese ego suyo se hincharía, y no le viene nada bien que se hinche, pero sí, joder, lo echo de menos.

Ladeo la cabeza.

Mi padre también se ha tumbado, solo que él va vestido con pantalón de pinza y camisa de lino.

No pega nada en la piscina.

—No está. Se ha ido a Los Ángeles. —Me mira con una ceja levantada—. Es una larga historia.

Una historia que espero que acabe bien, porque tiene que aprobar ese examen. De verdad

espero que esté más centrado en el francés que en Helena. No podemos dejar los dos a los Catamounts la próxima temporada.

Cierro los ojos.

La punzada que me acompaña desde que salí de la consulta del doctor el pasado martes me aplasta. Debería estar acostumbrado, pero supongo que nadie se acostumbra a algo así.

Al menos, yo no sé.

—¿Ya sabes qué optativas vas a elegir el próximo curso? Cada vez queda menos para que termine el verano.

Mi padre se rellena de nuevo el vaso mientras yo debato conmigo mismo en si eso es algo bueno o malo.

—El Decano Morris me ha dicho que puedo tomarme este año con calma. Que no hace falta que termine todos los créditos, dada mi situación. —¿He dicho lo último con retintín? Todos los que estamos en esta piscina sabemos que sí. Me termino el líquido y me limpio la boca con el dorso de la mano—. Así que no lo sé todavía. Tal vez me decante por la bioquímica. Me gusta.

No me gusta una mierda, pero es que informática, que es lo que estoy estudiando, tampoco me gusta una mierda, así que no sé. Si cojo optativas tan dispares, a lo mejor me motivo.

Al hecho de que no voy a poder jugar al *hockey* se suma el que voy a tener que repetir curso. Al menos, repetir las asignaturas de después de Navidades. Las de después del accidente.

Me tapo los ojos con el antebrazo y me maldigo mentalmente por no haberme bajado las gafas de sol.

—Nos ha llamado Gérard. Quiere saber si ya has dejado de autocompadecerte y piensas volver por el centro en algún momento. Le hemos dicho que sí.

Si mi tono de antes ha sido de retintín, el de mi padre de ahora ha sido de entrar a matar. Y eso que parecía toda inocencia con sus pantalones de pinza y su camisa de lino.

Me aparto el brazo de los ojos y me vuelvo hacia él. Bebe de su vaso como si nada.

—No me estoy autocompadeciendo.

—Lo haces. —Él también se vuelve hacia mí. Hay cierta furia en sus ojos—. Llevas haciéndolo toda la semana.

—Que no haya ido a rehabilitación no significa que me esté autocompadeciendo.

Se suponía que me habían dado un día para «relajarme» y que el jueves regresaría. Pero ayer no fui. Y hoy tampoco.

—Entonces, ¿puedo saber qué significa? Ilumíname.

Adoro a mi padre, pero a veces olvido que puede llegar a ser un poco capullo. Supongo que eso lo he heredado de él.

Aprieto los dientes y dejo el vaso sobre el suelo con un poquito más de fuerza de la que pretendía. Cómo no se ha roto, es todo un misterio.

—No me apetece hablar de esto.

—Pues fíjate por dónde que a mí sí que me apetece.

Se incorpora hasta quedar sentado. Hasta quedar frente a mí y mirarme con esos ojos que son tan parecidos a los míos y que, ahora sí, puedo asegurar que están llenos de furia.

—Te hemos dado estos días para autocompadecerte porque tu madre así me lo ha pedido, y bien sabes cuánto me cuesta negarle nada, pero se acabó. Lo entiendo, ¿vale? Es una putada lo del *hockey*, pero no es el fin del mundo porque, encima, no es algo que sea definitivo ni permanente. No tienes ni idea del miedo que pasamos tu madre y yo cuando nos llamaron por teléfono y nos dijeron que habías tenido un accidente. Ni mucho menos cuando escuchamos la palabra coma. Así que no, Brad, no puedes seguir quedándote en casa haciendo nada. ¿Quieres

volver a jugar al *hockey*? Demuéstralo. Levántate de esta puta hamaca y vete a las clases de rehabilitación. Olvídate de hacerlo tres veces por semana porque serán cinco. Te permito seguir con ese ceño fruncido, pero nada más. ¿Me has entendido?

Estoy apretando tanto los dientes que temo romperlos.

—¿Me has entendido? —repite.

Bufo y asiento con un golpe seco de cabeza.

—Sí.

—Bien. —Se levanta y se alisa la camisa, como si tuviera alguna arruga, cuando la verdad es que está impoluto.

Bordea la tumbona.

—Y, cuando vuelvas, no se te olvide pedirle perdón a esa pobre chica. No se merecía tus gritos —me dice esto último mirándome por encima del hombro y después se marcha.

Lo hace como ha llegado. Con la espalda recta y en silencio. Solo le faltan los vasos y la jarra de limonada.

Me vuelvo a tumbar en la hamaca y me tapo los ojos con el brazo. Adiós a mi momento de paz y silencio. Ha sido mancillado y puesto patas arriba.

No me estoy autocompadeciendo, simplemente me estoy dando un respiro. Sé lo mal que lo han pasado mis padres con todo esto, no soy ningún insensible, pero tengo derecho a lamentarme de vez en cuando y a tener mis tiempos. Ellos llevan sufriendo esto más de seis meses, yo llevo apenas dos. No me ha dado tiempo a asumir mi nueva vida, ¿es que nadie puede entender eso? No soy un puto robot al que se le maneja con botones y cuerdas.

Mi móvil pita y solo tengo ganas de lanzarlo a la piscina y ver cómo se hunde hasta el fondo. En cambio, lo cojo y veo quién me ha escrito. Suspiro cuando veo que es Luke y no Scott.

Hablar con Scott es lo último que me apetece hacer.

Luke:

¿Cómo llevas la rehabilitación?

Mierda. Tendría que haber tirado el móvil a la piscina. Echo un vistazo a la casa. ¿Le habrá escrito mi padre?

Suelto una carcajada por lo bajo.

No me extrañaría.

Como no tengo ganas de hablar, y mucho menos decirle que llevo tres días sin ir, le escribo algo banal y carente de importancia.

Brad:

Bien.

Luke:

¿Ya está? ¿No vas a decirme nada más?

Debería haber supuesto que esa contestación no le iba a bastar a mi mejor amigo.

Brad:

¿Qué quieres que te diga?

Luke:

¿Hoy te ha dolido menos que ayer? ¿Habéis vuelto a hablar de lo de jugar al *hockey*? ¿Le has

gritado a alguna otra enfermera?

Me seco el sudor de la frente y entrecierro los ojos mirando al sol. Sé que Luke solo se preocupa por mí, pero no quiero tener que hablar con él de lo de estos días. Con el discurso de mi padre tengo suficiente. Así que miento.

Brad:

No, me duele igual. No, no hemos vuelto a hablar. ¿Para qué? Ya me ha dicho que no voy a poder jugar en un futuro próximo, así que prefiero no tocar el tema durante una temporada. Y no era enfermera. Era una ayudante con muy mala leche. Y hoy no le he gritado porque no ha venido. ¿Te lo puedes creer? Me ha dejado plantado.

Luke:

Eso tiene pinta a que le gritaste más de lo que te piensas. A lo mejor deberías disculparte la próxima vez que la veas.

Luke:

Seguro que eso te hace estar mejor contigo mismo y te ayuda a ver la vida con otros ojos.

Brad:

¿Helena? ¿Le has robado el teléfono a Luke y eres tú la que estás hablando? ¿O es que el gurú de la felicidad se ha adueñado del cuerpo de mi amigo?

Luke:

¡Ha vuelto! ¡El Brad gracioso ha vuelto!
Te he echado demasiado de menos, cariño.

Brad:

Sí, eres Luke. Solo tú eres tan gilipollas.

Luke:

Si sigues diciéndome cosas tan bonitas voy a terminar enrojeciendo.

Una ligera sonrisa se me dibuja en los labios.

Sí, desde luego que es Luke el que está hablando.

Cambio de tema porque no quiero seguir hablando de mí. Necesito saber que está estudiando. Que se está esforzando con las clases.

Brad:

¿Te dejas de tonterías y me cuentas qué tal te va por Los Ángeles?

Brad:

¿Cómo van las clases?

Luke:

Bien.

Un mal presentimiento me hace cerrar los ojos y chasquear la lengua contra el paladar.

Lo mato.
Juro que lo mato.
Si lo tuviera delante, le daría una colleja.

Brad:
No estás estudiando una mierda, ¿verdad?

En vista de que no recibo respuesta alguna por su parte, me siento en la hamaca y me pongo a escribir como un loco.
¿Una colleja?
Si lo tuviera delante le metería la cabeza en el váter y tiraría de la cadena.

Brad:
Joder, Luke. Como Jenkins se entere te cruje. Tienes que aprobar ese examen. Lo sabes, ¿verdad?

Luke:
Lo sé, lo sé. Y lo voy a aprobar.

Brad:
¿Cómo? ¿Tostándote al sol de California?

Brad:
Solo quiero que te centres en el *hockey*. Eres el capitán de esos chicos, Luke. No les puedes fallar. Y tampoco te puedes fallar a ti.
El *hockey* es tu vida. No lo pierdas.

Brad:
Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

Luke:
Punto número uno, el único capitán que hay aquí eres tú. Yo te estoy calentando la placa para que no te la encuentres demasiado fría cuando vuelvas, y, punto número dos, tú no has perdido nada. Lo tienes todo al alcance de tu mano. Sí, vale, puede que las cosas estén a un poquito más de altura que el resto, pero si alguien puede alcanzarlas eres tú.

Trago con fuerza cuando me doy cuenta de que empiezo a ver la pantalla borrosa. La idea de tirar el móvil a la piscina sigue tentándome.

Brad:
¿Por qué hemos dejado de hablar de ti y hemos pasado a hablar de mí?

Luke:
Porque mi vida es demasiado aburrida ahora mismo.
La tuya es mucho más interesante.
Yo me dedico a bañarme en playas desiertas, medio desnudo, y a tirarle zumo de naranja a pijas insoportables.

Brad:

¿Pregunto?

Luke:
No hace falta.

Brad:
Mejor.

Brad:
Oye, Luke.

Luke:
Sí, lo sé. Voy a aprobar ese examen.
Te lo juro, capitán.

CAPÍTULO 12

Disculpas aceptadas

~TJ~

—Llegas pronto. Otra vez. De hecho —Gérard mira la hora en el reloj de muñeca que lleva—, esta vez has llegado media hora antes.

—Me gusta ser puntual. Y no quería perder el autobús.

El viernes lo perdí y tuve que coger el siguiente. Llegué al centro por los pelos y sudando por los nervios. No quiero que me vuelva a pasar.

Gérard entrecierra los ojos y se acerca a mí despacio. Me pasa un brazo por los hombros y yo me tenso. No porque él me haga sentir incómoda. Todo lo contrario. En estos pocos días me ha demostrado que es un chico amable y atento al que le apasiona su trabajo y que siente un cariño especial y sincero por todos y cada uno de sus pacientes. Me tenso porque no me gusta el contacto físico.

Tampoco que me miren como él lo está haciendo.

—Te voy a dar un consejo, aunque sé que no me lo has pedido. Este trabajo es apasionante. Ayudar a los demás a que puedan avanzar cuando creen que lo han perdido todo, es precioso. Te aporta autoestima y confianza. Te hace creer que eres alguien importante y que puedes con todo lo que se te ponga por delante. TJ, si este trabajo te gusta, lo vas a disfrutar muchísimo, pero también se sufre. Puede, incluso, llegar a convertirse en una droga para ti. Por eso es muy importante que no pierdas de vista tu objetivo y, sobre todo, que no dejes que te absorba.

Algo en su forma de hablar me dice que habla desde la experiencia.

No sé qué decirle. ¿Que gracias?

¿Que tiene razón?

¿Que intentaré no implicarme tanto?

Por suerte, no me pide que diga nada. Me manda a los vestuarios y yo huyo de allí como una niña pequeña a la que su madre acaba de pillar con la mano metida en el tarro de las galletas.

Cuando voy a la sala de entrenamiento, veo que está más concurrida que otras veces. Echo un vistazo alrededor. Hay muchas caras nuevas, aunque no está la chica que siempre trabaja con la *fitball* ni tampoco Annie. O el hombre ese que no se quita la boina en toda la sesión.

Sigo mirando. Por supuesto, tampoco está Brad. El jueves no apareció, ni tampoco el viernes. Pienso en su rodilla, en cómo no pudo aguantar con la pierna estirada solo quince segundos. En su cara de dolor. En el sudor resbalándole por la frente por culpa del esfuerzo. En sus ojos.

¿Habrá dejado la rehabilitación? No puede ser. No creo que sea tan estúpido como para hacer algo así. A lo mejor, se ha ido a otro centro. En la universidad también tienen rehabilitación. Si no estoy mal informada, su primo Scott es fisioterapeuta. No sería extraño que hubiese acudido a él. Pero ¿dejarla? No, imposible. Por muy enfadado que estuviera sé que no la dejaría.

Dicen que los ojos son el mejor medio para expresar las emociones, y es totalmente cierto. Los suyos el lunes gritaban dolor, frustración e ira. Mucha ira contenida. También cansancio, pero ya no solo físico, sino mental. Y yo sé mucho sobre cansancios mentales. Brad estaba hecho polvo. Pero no gritaban que fuese un estúpido, tampoco que se hubiera rendido.

¿Y si le pregunto a Gérard? Tampoco sería tan extraño. A fin de cuenta, se trata de un paciente.

—¿Preparada? —me pregunta este, apareciendo de repente a mi lado, como si lo hubiese invocado. Es mi oportunidad de preguntarle por Brad. Sin embargo, no abro la boca. Si no ha vuelto, sus motivos tendrá.

—Preparada. —Me miro la ropa—. Solo me falta ir a por la bata.

—Hoy no va a hacer falta. Ven, acompáñame.

—Ah. —Siento una pequeña decepción. Adiós a eso de sentirme poderosa con ella puesta. Lo sigo hasta una puerta que está entornada. Cuando la abre, descubro que es un almacén. Uno lleno de cajas y trastos envueltos en polvo.

Montones de cajas y montones de montañas de polvo.

Aprieto los labios para que la mandíbula no toque el suelo.

—Aquí guardamos todas las cosas que necesitamos para trabajar. Gasas, bolas de *fitball*, mancuernas, sacos, pesas, colchonetas de látex y un largo etcétera. Supongo que estarás familiarizada.

Llevo una semana trabajando con todas esas cosas.

—Sí, por supuesto.

Cabecea, satisfecho.

—Genial. Aquí también guardamos las cremas, las sales o los productos medicinales que utilizamos en las sesiones. Es muy importante llevar un seguimiento constante y, sobre todo, asegurarnos de que tenemos stock. También de que el material que hay está en buen estado. Esto último es muy muy importante. —Saca del primer cajón del único escritorio que hay una carpeta marrón. Me la entrega. Señala el ordenador que hay justo encima—. Necesito que, a partir de ahora, todas las semanas dediques una mañana a revisar esto. A llevar un control.

Sigo apretando los labios. No quiero que la desilusión se refleje en mi cara. Sé que estoy estudiando para auxiliar de fisioterapia y que una de las labores de una auxiliar es llevar el control del material, pero me gustaba estar con los pacientes. Trabajar con ellos.

¿Será por lo que me ha dicho al entrar? Lo de que no dejara que me absorbiera. ¿Será una especie de... lección?

—¿Estás familiarizada con el control de stock? —Asiento con la cabeza mientras sigo apretando los labios.

—Trabajo en una librería, así que es muy parecido al control de inventario que hago allí. Solo que, en vez de clasificar libros, clasifico mancuernas. No hay problema.

Se acerca a mí y me pone una mano en el hombro.

—Sé que te gusta más todo lo que estuviste haciendo la semana pasada. Salir ahí fuera y trabajar con los pacientes —pues parece que voy a tener que mejorar mi cara de póker—, pero te prometo que esto es igual de importante que lo otro. ¿Emocionante? Bueno, no te voy a mentir. No es emocionante, es un coñazo, pero necesito que lo hagas.

Mirándolo a la cara, confirmo algo que ya sé. Me gusta Gérard. Es franco, directo y agradable. Me dio buena sensación cuando lo vi la primera vez y creo que no me he equivocado.

No sé si Margaret le habrá contado quién soy. Si le habrá dicho que mi madre es su paciente. Que tiene cáncer de pecho. Que empezó en uno y se le extendió al otro a los seis meses. Que llevamos un año prácticamente viviendo en este hospital. Que me sé las paredes de este sitio mejor que las de mi casa. No tengo ni idea, porque, ahora que lo pienso, no me he sentado con Gérard en ningún momento a hablar de mí, y eso me gusta. Odio que me hagan preguntas, que intenten psicoanalizarme. Gérard no lo ha hecho, y esa es otra razón para confirmar que me gusta

y confiar en él.

Me llevo la carpeta al pecho.

—Te prometo que llevaré el mejor inventario que se ha llevado jamás en este sitio. —Se ríe y se sube las gafas por el puente de la nariz.

—Esa es la actitud. —Me acompaña al ordenador y lo enciende. Pone su contraseña y me enseña brevemente el programa.

Tengo que esforzarme mucho para no resoplar o poner los ojos en blanco. No es que yo sea la mejor persona en temas de organización, pero Ivy llevaría mejor este sitio que la última persona que tocó este programa. Es un desastre.

—¿A que te arrepientes de haberle dicho que sí a Margaret?

Se nota que no ha trabajado con Benjamin o Charlie.

—Me encanta trabajar aquí, así que estoy segura de que valdrá la pena. Además, dicen que para ser bueno en tu trabajo tienes que aprender a hacer de todo.

Eso es algo que decía mi padre. Me tenso y aprieto los dientes. No sé por qué narices acabo de pensar en mi padre.

Ignoro el pinchazo en mi corazón y me deslizo hasta quedar sentada en la silla que hay frente al ordenador. Me abro una hoja de Excel nueva. Gérard me da un apretón en el hombro.

—Veo que lo tienes todo controlado. Me voy y te dejo, no vaya a ser que te arrepientas. Hoy tengo tres reuniones. Si a las tres no he venido a echarte, vete.

—De acuerdo.

Me vuelvo hacia el ordenador.

No sé bien por dónde empezar.

—Oye, TJ —me llama. Su semblante es más serio y tiene el entrecejo un poco fruncido—. Sé que no llegamos a hablar sobre lo que te pasó con Brad. Te prometo que es un buen chico. Siento mucho que te gritara.

Sacudo la cabeza, quitándole importancia.

—No te preocupes. Estoy segura de que yo, en su situación, también gritaría.

—Quiero que sepas que no será la última vez que te pase. No me refiero a Hamilton, me refiero a cualquiera. Hasta los que tú crees que son más fuertes acaban derrumbándose en algún momento del camino. O en muchos.

Pienso en el mechero que siempre llevo conmigo. Ese que ahora está guardado en el bolsillo interior de la mochila. También pienso en mi madre. Es la persona más atenta y serena del mundo. Sin embargo, la he visto perder los papeles este último año más veces que en toda mi vida.

—Puedo hacerme una idea.

Me observa complacido y agradecido una última vez, y por fin se marcha. Yo centro mi atención en el ordenador. Esta es la parte menos satisfactoria de este trabajo, pero ya que lo tengo que hacer, lo voy a hacer perfecto.

Busco una lista de reproducción aleatoria en el móvil y, en cuanto Linkin Park comienza a sonar por el pequeño altavoz, empiezo con mi tarea de ordenar y limpiar.

No sé cuánto tiempo llevo encerrada aquí. ¿Una hora? ¿Tres? Solo sé que estoy tan ensimismada clasificando cajas de cinta kinesiológica sentada en el suelo y con tanto polvo en el pelo que voy a necesitar tres duchas, que no escucho los toques en la puerta. Tampoco el carraspeo. Solo soy consciente de que alguien acaba de entrar cuando unas deportivas aparecen en mi campo de visión. Levanto la cabeza y abro los ojos sorprendida.

—¿Hamilton? —Brad, con las manos metidas dentro de los bolsillos del pantalón, me observa

con una sonrisa comedida. No se parece mucho al chico de los últimos días. Bueno, sí, tiene ojeras y sus ojos siguen estando cansados y tristes, pero no hay ira en ellos. Ni rencor. No tiene el ceño fruncido y no mira como si quisiera chasquear los dedos y hacer que todo desapareciera.

—El mismo. Espero no molestarte. —Su tono de voz no tiene nada que ver con el del otro día.

Me pongo de pie torpemente y me sacudo el polvo de las manos y de los pantalones, aunque es una tarea inútil. Cuanto más polvo intento hacer desaparecer, más aparece, así que al final opto por cruzarme de brazos.

—No, tranquilo.

—Vale. —Mira en derredor y yo aprovecho y lo miro a él. Sí, desde luego, no es el Brad Hamilton de la semana pasada. Este no tiene los hombros en tensión ni la espalda tan rígida que parece que lleve una prótesis.

Mis ojos se desvían hacia su rodilla. ¿Cómo la tendrá? ¿Habrà hecho ejercicios estos días? Un momento, ¿eso que le asoma bajo la manga de la camiseta es un tatuaje? El otro día no me di cuenta.

—¿Día de limpieza? —Parpadeo y desvió la vista de su hombro.

Estoy nerviosa. ¿Estoy nerviosa? ¿Por qué estoy nerviosa? No tiene sentido. Me descruzo de brazos y, como él, meto las manos en mis bolsillos

—Eso parece. Estoy haciendo inventario.

Se acerca a las estanterías y comienza a pasearse entre ellas.

Vuelvo a fijarme en su rodilla. Está evitando apoyarse en el pie derecho. Sí que le duele. Me apuesto lo que sea a que, si le quito el pantalón para examinarle la rodilla, me la encontraré hinchada.

Siento que me arden las mejillas. ¿He dicho quitarle el pantalón? Quiero decir, subirle la pernera. ¡La pernera!

—Eres consciente de que hace meses que no pasan el plumero por aquí, ¿verdad? —Me llevo las manos a las mejillas intentando ocultar el rubor que me he provocado yo solita.

—Sí. Un poco. —Puedo decírselo a mi pelo, que en vez de rubio es blanco.

Sigue dando vueltas un rato más, analizando el material como si eso fuera lo más fascinante que ha hecho nunca. Lo hace en silencio. Un silencio que empieza a ser un pelín incómodo. ¿Qué hace aquí? ¿Puede entrar en el almacén?

Juraría que en la puerta he visto un cartel de: «Solo personas autorizadas».

Él, desde luego, no es persona autorizada.

—Oye —carraspeo—, creo que Gérard tenía hoy varias reuniones, pero puedo ir a buscarlo, si lo necesitas.

No quiero sonar borde, pero quiero que se vaya.

En serio, ¿por qué estoy nerviosa?

Mierda, ¿me están empezando a sudar las manos?

—No vengo a buscar a Gérard. —Se detiene y se da la vuelta. Me mira tan fijamente que tengo que tragar saliva—. He venido a buscarte a ti.

Su respuesta me pilla tan de sorpresa que, cuando quiero darme cuenta, estoy boqueando como un pececillo.

Brad se pasa la mano por el pelo para después dejarla descansar sobre su nuca mientras se acerca a mí. Tanto, que las puntas de sus zapatillas tocan la mía. Tengo que elevar la cabeza para poder mirarlo a la cara.

—Sé que me comporté como un idiota el otro día contigo y lo siento. No tendría que haberte gritado.

—No, no tendrías que haberlo hecho. —Ni siquiera sé cómo he conseguido que la voz me saliera normal.

—Sé que no es excusa, pero estaba teniendo un día de mierda.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Frunce el ceño.

—Bueno, tu entrada triunfal me lo dijo. Aunque no sé qué te delató más, si el portazo o el rojo de tus ojos.

Contra todo pronóstico, suelta una carcajada. Una que le hace echar la cabeza hacia atrás y que la nuez de su cuello se mueva arriba y abajo. Es hipnótico. El movimiento de su nuez. Y su risa.

Bueno, su risa no es hipnótica. Es bonita. Muy muy bonita. También los dos hoyuelos que se le acaban de formar en las mejillas.

—Te juro que normalmente no soy así. O no era así —rectifica una vez ha conseguido serenarse—. Solo quería decirte que lo siento.

—Disculpas aceptadas.

Por su forma de hablar y los gestos de su cuerpo, sé que está siendo sincero, y tengo que admitir que le honra que haya venido a pedirme disculpas. No es algo que todo el mundo haría.

Yo, estoy segura, no lo haría.

—También quería pedirte perdón por lo del otro día. —Lo miro sin entender. Resopla—. Por lo del pub. Cuando estabas huyendo de ese tío. No quería sonar borde, lo siento.

Vaya. Entonces sí que sabe que era yo.

Me remuevo incómoda. No me esperaba esta conversación.

—No estaba huyendo. Yo solo...

—No tienes que darme explicaciones. —Sacude la cabeza—. Solo quería decirte que siento mucho cómo te hablé. Estaba siendo una noche un poco... tensa para mí y lo pagué contigo. No es excusa, lo sé, pero es la única que tengo. Lo siento mucho, TJ.

Creo que ha dicho tensa por no decir algo mucho peor.

Extiendo la mano. Él la mira extrañado, pero después me la acepta con una sonrisa.

Ignoro la calidez que siente al tocarlo porque es una estupidez. El lunes nos tocamos mientras hacíamos los ejercicios y no sentí ni calidez ni hostias. Creo que llevo muchas horas encerrada entre estas cuatro paredes.

—Disculpas aceptadas.

—Gracias.

—De nada.

Nos soltamos y meto la mano en el bolsillo del pantalón. Él también mete la suya en su bolsillo.

Bajo la vista y me fijo en su rodilla. Tengo que preguntárselo.

Una, porque quiero saberlo. Dos, porque necesito un tema neutral.

—Si te hago una pregunta, ¿me morderás?

Hace un mohín, haciendo que tenga que morderme el interior de la mejilla para no sonreír. Sí, no tiene nada que ver con el gruñón del otro día.

Sé que no le hace mucha gracia mi pregunta, aun así, asiente.

—Intentaré que no.

Le señalo la rodilla.

—¿Hoy te duele más o menos que el lunes?

No le ha gustado mi pregunta: ha abierto las fosas nasales y ha resoplado. No hay que ser muy

inteligente para darse cuenta de que a Brad Hamilton no le gusta hablar de su accidente ni de las consecuencias de este, pero supongo que no le queda más remedio que aguantarse. Estamos en un centro de rehabilitación y eso es primero de carrera.

—Digamos que me molesta.

Una mosca es molesta. Una rotura de menisco no es algo que se puede clasificar como molesto.

—¿Y por eso no has venido en toda la semana?

Brad gruñe y se da golpecitos en la rodilla «buena» con los dedos.

—Estaba descansando.

Las ojeras de debajo de sus ojos no confirman ese hecho. Nótese la ironía.

Espero unos segundos a que añada algo más, pero no lo hace, lo que confirma que sí, que no le gusta hablar. Bueno, a mí tampoco me gusta hablar de muchas cosas, así que, ¿quién soy yo para juzgarlo?

Es hora de volver al trabajo.

Sacudo la cabeza y me alejo de él para dirigirme de nuevo a las cajas medio abiertas que he dejado antes en el suelo, cuando ha llegado. Me siento en el suelo y comienzo a revisar el listado.

Su presencia es demasiado apabullante para pasar desapercibida.

—Tengo que volver al trabajo, Hamilton. —No me molesto en levantar la cabeza mientras hablo, como si estuviera tan concentrada en la lista que me es imposible apartar la vista de ella.

Pero lo siento detrás de mí. Merodeando. También siento su olor. Es fuerte y dulce con un ligero toque afrutado. Me gusta. ¿Qué colonia utilizará?

Me doy una cachetada mental: no me puedo creer que esté pensando en la colonia de Brad Hamilton.

Decido hacer como si no estuviera y seguir a lo mío, pero es difícil concentrarse cuando sabes que hay un jugador de *hockey* dando vueltas alrededor de ti. Una zancada suya es como cinco pasos míos.

Si es que en tres zancadas se recorre la habitación de punta a punta.

Los minutos pasan y ahí sigue, al acecho. ¿Y yo? Yo es la quinta vez que leo la misma línea.

—Oye, Hamilton —apunto, cansada de este silencio que está empezando a ser raro y denso—. En serio, ¿necesitas que llame a Gérard?

—¿Ya has pasado toda esa lista a limpio? —masculla, ignorando por completo mi pregunta. Levanto la cabeza y, como suponía, me lo encuentro pegado a mi espalda y mirando el listado que llevo en la mano con atención. Como si fuera un mapa y estuviera intentando averiguar dónde está el tesoro.

Lo tengo tan cerca que puedo verle los pelillos de la nariz.

—¿Se puede saber qué haces?

Echa un vistazo a nuestro alrededor, con la vista fija durante unos segundos en el ordenador, y luego vuelve a centrarse en la hoja.

—¿Has visto todo lo que hay aquí? Tienes mucho trabajo. ¿Sabes lo que te vendría bien? Ayuda.

Perdón, ¿qué?

—¿Qué? —verbalizo en voz alta.

Me rodea y se coloca frente a mí. Se lo agradezco. Como siguiera mucho más tiempo con la cabeza echada hacia atrás, terminaría cogiendo tortícolis.

—Que te vendría bien una ayuda. Mi ayuda, para ser exactos.

—Tu ayuda.

—Sí.

—¿En qué?

—En esto. —Estira los brazos, como si intentara abarcar toda la habitación.

Ladeo la cabeza.

—Creo que no termino de seguirte.

Mentira, sí que lo sigo, pero no puede estar sugiriéndome lo que creo que me está sugiriendo.

—¿Te importa si me quedo y te ayudo?

Lo miro de hito en hito con los ojos muy abiertos. Perdón, ¿qué?

—¿Has dicho que quieres quedarte a ayudarme? —No estoy siendo elocuente con mis preguntas, es como si solo me dedicara a repetir lo que él dice, pero es porque quiero estar segura de que he escuchado bien.

Se saca las manos de los bolsillos y se cruje los dedos. Señala las estanterías.

—Aquí hay mucho trabajo que hacer. Mira esa lista que llevas en la mano, es interminable. Y seguro que luego tienes que pasarlo todo al ordenador y clasificarlo, por no hablar de ordenar las estanterías. ¿También tienes que quitar el polvo? Podría ayudarte.

Me reíría, si supiera por qué.

—¿Acabas de decir que quieres ayudarme a quitar el polvo?

Brad arruga la frente y se cruza de brazos. El repiqueteo del pie contra el suelo indica que se está impacientando.

—Sí, no se me van a caer los anillos por quitar el polvo. No soy ningún inútil.

—Yo no he dicho que seas un inútil.

—No, solo me estás mirando raro.

—Es que, todo esto, es raro. —Y me estoy quedando corta.

Sé que debería levantarme, me siento ridícula hablando con él aquí sentada en el suelo, pero es que sigo asimilando sus palabras.

Suspira y juro que, a pesar de la distancia, siento su suspiro en mi flequillo.

—Solo te estoy preguntando si te importa que me quede y te ayude. Aquí hay muchas cosas que hacer e irás más rápido si me quedo. —Se acerca al escritorio y se sienta en la silla—. Mira, yo tengo una caligrafía horrible, en serio. Y la tuya es bonita. Tú solo tendrías que ir dándome las cosas y yo las introduciría en el ordenador. Sencillo.

¿Sencillo? Ja. Esto no tiene nada de sencillo.

—No puedes ayudarme con el inventario —digo despacio, pero con convicción.

—¿Por qué? —Me mira ceñudo, como si de verdad no entendiera por qué no puede ayudarme.

—Porque es... raro.

—Eso ya lo has dicho antes y, la verdad, no entiendo muy bien por qué.

—Porque tú eres el paciente y este es mi trabajo.

—Pero hoy no tengo sesión y eso que has dicho es una tontería. Técnicamente. —¿Cómo que hoy no tiene sesión? ¿Se la ha dejado? ¿O es que se ha ido a otro centro? Tiene que ser eso. ¿Y qué ha querido decir con técnicamente? Y sigo sin saber si puede o no entrar en esta habitación. Si Gérard viene y lo encuentra aquí, ¿me echará la bronca? No quiero meterme en problemas por su culpa.

Estoy tan ensimismada divagando, que cuando parpadeo se ha levantado de la silla, me ha quitado la lista de las manos, ha vuelto tras el escritorio y ha encendido el ordenador.

—No puedes estar aquí, Brad.

Me mira por encima del hombro y la sonrisa que me regala... Mierda. ¿Cómo alguien va a

decirle que no a esa sonrisa?

—¿Qué?

—Me has llamado Brad y no Hamilton. Me gusta, eso es que empieza a haber cierta familiaridad entre nosotros. —Frunce el ceño—. Por cierto, ¿por qué TJ?

—Porque sí. —Asiente.

—Vale.

Como si supiera lo que tiene que hacer, qué aplicaciones son las que tiene que abrir y qué información incluir, empieza a teclear en el ordenador. Lo hace rapidísimo y muy concentrado en la tarea.

Yo sigo quieta como una estatua sentada en el suelo.

Los segundos pasan y no me muevo porque, en serio, me he quedado bloqueada, y yo no me bloqueo. Nunca.

Cuando por fin reacciono y me levanto, me acerco a él y pongo una mano sobre los papeles, sobresaltándolo.

—¿Qué pasa?

—Que no puedes estar aquí. —Parezco un disco rayado, pero qué se le va a hacer.

A Brad se le borra la sonrisa y pone los ojos en blanco.

—No va a pasar nada, créeme.

—No es porque vaya a pasar algo, es porque no puedes y punto.

Vuelve a poner los ojos en blanco. Como los ponga una tercera vez, le clavo el bolígrafo en el entrecejo.

Cruza los dedos y los apoya en la mesa. Me mira como miro yo a Ivy cuando quiero explicarle algo y necesito que me preste toda su atención.

—Tú tienes trabajo que hacer y ya hemos quedado en que mucho. Yo no tengo nada que hacer más que tocarme los huevos en casa y, créeme, estoy aburrido hasta de hacer eso. —Coge aire y lo suelta poco a poco. Su semblante cambia de forma radical a uno serio. Muy serio—. Si lo que quieres que te diga es que no tengo ganas de volver a esa casa grande y vacía en la que mis padres me miran como si fuera de cristal todo el rato, ni tampoco ir a buscar a mis compañeros de equipo o al entrenador para que me pregunten qué me ha dicho el médico sobre la rodilla y yo les tenga que decir que estoy jodido, te lo diré. O si quieres que te diga que hoy no me apetece ver tampoco a Gérard y que me dé otro de sus sermones, también te lo diré. Incluso te diré, si así me lo pides, que estoy buscando algo que me bloquee la mente durante unas horas porque estoy cansado de pensar y no sacar nada claro. Que estoy cansado de estar enfadado. Así que, mientras no me enseñes un cartel con luces de neón o cualquier mierda similar que diga que este lugar es radioactivo y que por eso debo abandonar el edificio o moriré, me voy a quedar aquí sentado pasándote estos listados a limpio. ¿Puedo?

Podría decir que claudico gracias a sus palabras desesperadas. O a su forma de hablarme, que ha sido pausada y casi suplicante. O a los tres suspiros que ha ido soltando mientras hablaba, como si le faltara el aire. Podría decir que claudico por todo eso, aunque no sería verdad. O no toda la verdad.

Claudico porque he visto en sus ojos lo mismo que veo en los míos cuando me miro en el espejo: unas ganas de huir de algo tan grande que nos engulle enteros. De salir corriendo. De desaparecer durante un rato. De olvidarse del mundo.

Quito la mano de encima de la carpeta.

—No te equivoques, Hamilton, o tendré que despedirte.

Su carcajada me hace sonreír, solo que sonrío cuando no me ve.

Sonrío cuando estoy sentada de nuevo en el suelo con la cinta kinesiológica en la mano y él no puede verme.

CAPÍTULO 13

Cuando ves los sueños desvanecerse

~Brad~

Brad:

He quedado con los chicos.

Ya llegaré a casa.

Me guardo el móvil en el bolsillo y vuelvo a centrar toda mi atención en la pantalla del ordenador.

Odio tener que estar dándole explicaciones a todo el mundo de todos los pasos que doy; a mis padres cada vez que pongo un pie fuera de casa; a mis compañeros sobre cómo estoy, cómo me encuentro o cómo llevo la rehabilitación; al entrenador por tres cuartas partes de lo mismo; a la gente del campus que ha decidido no largarse este verano de vacaciones y, o bien me miran con lástima y susurran: «Ese es el chico del coma, ¿verdad?», o: «¿Es al que su novia lo dejó por su primo?». No sé cuál de las dos cosas me toca más las narices; odio tener que darle explicaciones a Gérard porque tengo la sensación de que, cuanto más le digo que me duele, más me aprieta; incluso odio tener que dárselas a Luke.

Aunque lo eche de menos, me gusta que se haya ido a Los Ángeles. ¿Eso me convierte en un mal amigo? Probablemente.

Suspiro.

Me siento la peor persona del mundo y, sobre todo, el peor hijo del mundo por mentirle a mi madre, pero para ella es importante que continúe con mi vida tal y como la dejé antes del accidente, solo que no entiende que ya no soy ese chico. Ya no soy ese Brad Hamilton. Ese chico quedó atrapado bajo un montón de escombros.

Lo que sí soy es lo que dicen las habladoras: soy el chico del coma y soy el chico al que su novia ha dejado por su primo.

Pensar en Scott me duele tanto que tengo que apretar los dientes para no morderme la lengua. Como si lo hubiese invocado, el móvil me pita con un mensaje suyo. Fantástico.

Scott:

¿Cómo estás? Hace días que no sé nada de ti.

Si la cosa no tuviera ni puñetera gracia, me reiría.

¿Que cómo estoy? ¿De qué exactamente, Scott? ¿De la puta rodilla? ¿Del accidente? ¿De que te largaras cuando más te necesitaba? ¿De lo tuyo con Chelsea?

Estoy fenomenal, mejor que nunca. Si quieres, podemos irnos los tres juntos al cine. O podéis venir a casa y pasamos la tarde en el jardín. Seguro que mi madre nos hace una limonada.

Aprieto el móvil con fuerza. Tanta, que me hago daño en la palma.

Nunca he sido una persona rencorosa. Jamás. Pero supongo que esa cualidad es una de las que se quedó atrapada en el coche, porque ahora el rencor me bulle por todo el cuerpo, quemándome, como si fuese lava.

Releo el mensaje hasta que pierde todo su sentido, bloqueo el teléfono y lo dejo boca abajo sobre la mesa.

TJ gruñe con rabia y eso me hace sonreír, aunque lo hago sin que ella se dé cuenta. Todo sea por salvaguardar mi integridad física, y es que llevamos más de dos horas los dos aquí sentados y hay varias cosas que he aprendido; TJ gruñe mucho, se frustra constantemente, porque resulta que es muy perfeccionista, y arruga la nariz cuando algo no le sale.

También que es guapa. Guapísima. Que tiene unos labios muy finos, una nariz respingona y unos ojos marrones, tirando a miel, preciosos. Que cualquiera sería capaz de quedarse embobado durante horas mirándolos y que no le hace ni puñetera gracia que esté yo aquí, lo que solo hace que tenga más ganas de quedarme.

Otra cosa que he aprendido es que me gusta.

Me gusta porque es la primera persona que he conocido que no me mira con lástima ni con pena. Que no me mira como si fuese un juguete roto al que hay que reconstruir.

No voy a mentir. El lunes me tocó las narices cuando me retó a que sostuviese la pesa con la pierna estirada cuando los dos sabíamos que no lo iba a conseguir. Pero eso hizo que me gustara más, aunque mi reacción no diera muestras de ello.

Me gustó que me desafiara. Que me mirara altiva y con dureza. Que, aun sabiendo que la iba a pifiar, me obligase a hacerlo. Que le diese igual que me pudiera hacer daño. Que me pusiese a prueba.

Gérard también me reta, pero con él es diferente, porque él sí que me mira con lástima.

—¿Te ayudo? —me ofrezco cuando la escucho gruñir de nuevo.

—No. —No me esperaba para nada esa respuesta.

Me pongo de pie y me acerco a ella.

—Me encantan tus garabatos.

Levanta la cabeza. Está muy graciosa mirándome desde el suelo.

—¿Qué?

Señalo el folio que hay en el suelo.

—Tus garabatos. Creo que vas a tener que pasarme a limpio esa hoja antes de dármela para que la introduzca en el ordenador. Soy listo, pero para entender qué has escrito voy a tener que sacarme un máster. —Sigue la dirección de mi mirada y refunfuña cuando se da cuenta de lo que le estoy señalando.

En la hoja de inventario hay más números que en una tabla numérica. Además de tachones, círculos, anotaciones a los márgenes y rayas varias.

—No sé cuándo fue el último inventario decente que hicieron en este sitio. ¿Gasas? Aquí pone —levanta el folio en alto—, que hay quinientas cajas. Pues me faltan treinta. ¿Cremas y geles conductores? Se las han comido, porque de ciento veinte botes hay setenta y dos. ¿Cajas de guantes? No me hagas reír. Incluso me faltan camillas. ¡Camillas! Fuera hay tres, más cinco que hay repartidas en el resto de las salas suman ocho, si es que sé sumar. Pues aquí me señala que tendría que haber diez. ¿Se han roto las otras dos y no lo han indicado? —Se levanta y va hasta la última estantería de todas. La sigo intentando mostrarme serio y empático con su frustración. Aunque es una tarea un pelín difícil, porque está muy enfadada y eso es gracioso—. Hasta el papel de camilla está mal contado porque, ¿sabes qué? ¡No hay! Se supone que tendría que estar aquí, pero ¡sorpresa! Aquí no hay nada. Solo polvo, porque de eso hay un montón. —Me mira con pánico—. Por cierto, ¿eres alérgico al polvo?

—No, que yo sepa.

—Mejor.

Se pasa una mano por el pelo y, por supuesto, una pequeña humareda de polvo sale flotando de él.

—¿Sabes lo que te animaría? —No espero a que me conteste—. Música.

—¿Música?

—Sí. Creo que estás estresada porque esto está muy silencioso. La música ayuda a relajarnos. Reduce la ansiedad y el estrés, entre otras muchas cosas. O nadar. Me encanta nadar. ¿A ti te gusta nadar? Si quieres, podríamos ir a la playa, aunque ese agua siempre está congelada. También puedes venir a mi casa, tengo piscina.

Estoy seguro de que, si me hubiese quitado la ropa y me hubiese quedado desnudo delante de ella, no me estaría mirando tan flipada.

Ladea la cabeza y me observa tan en silencio y durante tanto, tanto, tanto rato, que tengo miedo de que se haya convertido en piedra.

—¿Me...? ¿Me acabas de invitar a tu casa para bañarme en la piscina?

Me llevo el dedo índice a la barbilla.

—Puede.

—¿Puede?

Sí, lo he hecho. No era mi intención ni de lejos hacer algo así, me ha salido solo. Pero, ahora que lo he dicho, pues la verdad es que podría ser interesante. ¿Por qué no? No somos amigos, pero podríamos llegar a serlo. Es decir, hemos pasado dos horas y no ha estado mal. De hecho, acabo de caer en la cuenta de que he estado bastante relajado. No he pensado en mis mierdas.

¡Incluso el tiempo se me ha pasado volando!

Miro a TJ. Es obvio que ella no piensa como yo. Está horrorizada.

Me cruzo de brazos.

—¿Sabes? Estoy a muy poco de empezar a sentirme ofendido.

Pestañea, como si mis palabras la hubiesen sacado de algún trance, y da un paso atrás.

—No puedes invitarme a tu casa a bañarme en la piscina.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque es raro!

—Utilizas mucho esa palabra.

—Tú me haces usarla.

La puerta del almacén se abre, poniendo fin a nuestra conversación.

—¿TJ? —La voz de Gérard llega hasta nosotros. TJ me mira y me señala con el dedo.

—Si dice algo de por qué estás aquí, es por tu culpa.

—Por supuesto. —Me hago la señal de la cruz sobre el corazón y levanto la mano derecha con la palma hacia arriba.

TJ pone los ojos en blanco, aunque juraría que también le veo una pequeña sonrisa antes de darme la espalda y empezar a andar hacia la puerta.

—Estoy aquí.

—Perfecto. Ya son las tres y... —Gérard frunce el ceño y deja de hablar en cuanto me ve. Mira a TJ y después a mí—. ¿Qué haces aquí?

—Ayudar —contesto, como si fuera obvio.

Gérard niega con la cabeza.

—No puedes estar aquí, Brad.

Ya lo sé. Hay un cartel en la puerta que pone «Solo personal autorizado», y está claro que yo no soy personal autorizado. Pero, bueno, tampoco creo que me eche. O que me despida. No trabajo aquí.

Me encojo de hombros.

—Eso le he dicho —digo, señalando a TJ—, pero ha insistido en que me quede. Por lo visto, tenéis esto que es un desastre. Solo hay setenta y dos botes de cremas y geles conductores y os ha dado por jugar al escondite con las camillas. Os faltan dos.

TJ gira la cabeza tan rápido que juro que temo que se haya dislocado el cuello. Abre los ojos de par en par. Puedo ver la chispa brillando en sus pupilas. Si le dejaran, estoy seguro de que me daría con una de esas camillas en la cabeza.

Un momento, ¿tiene las mejillas sonrosadas?

Sí, tiene las mejillas sonrosadas.

—¡Eso es mentira!! —vocifera, nerviosa. Se vuelve de nuevo hacia Gérard—. Eso es mentira. Le he dicho que no podía estar aquí, pero no me ha hecho ni caso. Capullo. —Lo último lo dice tan bajito que finjo no escucharlo.

Gérard me mira serio.

—Solo lleva una semana aquí, no la asustes. El otro día ya la asustaste bastante. —Se me borra la sonrisa de golpe. Gérard se da cuenta, y no sé muy bien si le importa que me haya molestado su comentario o se la suda. Echa un vistazo a la habitación—. ¿Te ha dado tiempo a arreglar algo?

—Sí. Aunque... —TJ coloca ambas manos en la espalda y entrelaza los dedos—. No me ha dado tiempo a terminar.

—Claro que no. Tengo que admitir que había un poco de descontrol. —¿Un poco? Es una pena que se haya perdido el momento de histeria de TJ de hace unos segundos. Mira la hora en el reloj que lleva en la muñeca—. Son las tres. ¿Has parado a descansar un poco?

—Sí. —La miro de reojo. Me juego mi *stick* a que eso es mentira.

Gérard sonríe satisfecho.

—Fantástico, pues es hora de irse. Deja esto como está, nadie va a entrar aquí esta tarde. —Tampoco creo que pudieran. Tardarían más tiempo intentando sortear cajas que otra cosa.

—¿Seguro? —pregunta TJ—. No entro en la librería hasta las cuatro y media. Puedo recoger por aquí un poco.

Un momento. ¿Librería? ¿También trabaja en una librería? Y está terminando el curso de Auxiliar de fisioterapia. ¿Esta chica descansa en algún momento?

Doy un paso al frente y le echo un vistazo de forma disimulada. Tiene unas profundas ojeras bajo los ojos. ¿Las tenía ahí cuando he llegado o le han salido por culpa de las camillas y las cremas desaparecidas?

Se percata de que la estoy mirando. Me mira con odio, lo que me parece adorable.

Me da la espalda y se acerca a Gérard.

—¿Podría darme una ducha? Estoy llena de polvo.

—Claro. Puedes disponer de las duchas del vestuario siempre que quieras. No hace falta ni que lo preguntes.

—Gracias. —Se acerca a la mesa, recoge todas sus cosas y se reúne con Gérard en la puerta—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, TJ.

¿No se va a despedir de mí?

—¡Hasta mañana, compañera! ¡Ha sido un placer ayudarte! ¡De nada! —De espaldas como está, levanta la mano y me enseña el dedo corazón. No puedo evitar soltar una carcajada. Es el segundo corte de mangas que me dedica. No he mentido al decir que, de esto, puede surgir una bonita amistad.

En cuanto dejo de reírme, me doy cuenta de cuánto me ha gustado. De cómo echo de menos reírme así.

Me he reído con mis padres y con Luke. Incluso me reí el otro día en la fiesta de Shawn, pero ninguna de esas risas era como esta. Esta es... diferente. Es reparadora. Es de esas risas que te salen sin buscarlas. De las que no haces preguntas ni buscas dobles sentidos.

Mi fisioterapeuta y yo nos hemos quedado solos, y eso no me gusta. Sobre todo, cuando lo miro a la cara y veo esa lástima que tanta rabia me da mezclada con preocupación y unas enormes ganas de darme un sermón, así que yo también empiezo a recoger mis cosas.

Intento bordearlo para poder así alcanzar la puerta, pero la jugada me sale rana, porque me bloquea el paso.

Gérard es más bajito que yo. Mucho más bajito. Pero sabe intimidar cuando se lo propone.

—Tenemos que hablar. —Lo sabía.

—No tengo muchas ganas, la verdad. Ya me han sermoneado mis padres y también mi mejor amigo. No me vas a decir nada que ellos no me hayan dicho ya.

—Llevo esperándote desde el jueves.

Por lo visto, sí que va a haber sermón.

—Lo sé.

—¿Por qué no has venido?

—Estaba descansando.

—¿Te estás tomando las pastillas para el dolor?

Vaya, no me esperaba esa pregunta.

—Sí —miento. No me las estoy tomando porque me dejan atontado, y atontado no puedo hacer nada. Nada.

Las odio.

Espero unos segundos, por cortesía, y cuando veo que no dice nada más, intento pasar de nuevo, pero vuelve a bloquearme el paso.

—Brad, he hablado con tu médico. —Cierro los ojos. Tengo que admitir que he disfrutado mucho del rato que he pasado aquí. Me he quedado porque lo que le he dicho a TJ es verdad, estoy aburrido de estar en casa y necesitaba escapar de las palabras de consuelo y las miradas tristes. Por eso no quiero tener esta conversación. Quiero quedarme con el buen sabor de boca que estar con TJ me ha dejado.

Cierro los ojos un segundo y luego lo miro a la cara.

—Gérard, por favor, hoy no me apetece tocar el tema. Si quieres, lo hablamos mañana, pero hoy no. Por favor.

Gérard me coge de la muñeca y me mira con fijeza. Va a hablar. En estos dos meses que llevamos trabajando juntos he llegado a conocerlo lo suficiente como para saber diferenciar sus miradas, o como para saber que nunca se va a quedar sin nada que decir. Es de esas personas que, si creen que tienen que hablar, lo harán, así que no me queda otra que mirarlo de forma suplicante y rogarle que esta vez, solo por esta vez, lo deje pasar.

Para mi total asombro, parece que funciona, porque me suelta y da un paso atrás.

—Prométeme que nos veremos mañana.

—Te lo prometo.

Salgo del hospital como no había salido en todo este tiempo; ligero. Como si esa carga que siempre llevo sobre los hombros hubiese decidido darme una tregua.

Por eso me quedo paralizado en cuanto llego a la calle y me doy cuenta de que ya no puedo postergar más mi vuelta a casa. No me quedan excusas. Y no quiero. No me apetece.

No puedo decir qué me apetece exactamente hacer porque no tengo ni idea, pero volver a esa jaula dorada, no, así que empiezo a andar sin rumbo fijo.

Echo de menos mis cascos para escuchar música. Porque, cuando los llevo, me es más fácil dejar la mente en blanco y no pensar en mí y en todo lo que me está pasando y me ha pasado. Me es más fácil no sentirme mala persona por pensar que vivo en una jaula dorada. Por quejarme de que no puedo jugar al *hockey* esta temporada cuando Annie, por ejemplo, no va a recuperar su pierna jamás.

Como si el destino se estuviera riendo de mí diciéndome que, si creía que me estaba poniendo intenso, es que no conocía la magnitud de esa palabra, me llega un nuevo mensaje al móvil.

Scott:

He ido a tu casa, pero tu madre me ha dicho que habías salido. También me ha contado lo que te dijo el médico. ¿Quieres hablar? Sigo parado con el coche en la puerta de tu casa. Dime dónde estás y te recojo. ¿Te acuerdas del *Bluebird*? Hace mucho que no vamos. ¿Te apetecen unas alitas de pollo?

La tripa me ruge, como si la mera mención a las alitas le hubiese recordado que no he comido nada desde el desayuno. Aun así, no tengo hambre. Solo quiero seguir andando.

Me guardo el móvil en el bolsillo y dejo el mensaje de Scott sin contestar, tal y como he hecho con el primer mensaje que me ha enviado esta mañana, pero esta vez me cuesta seguir andando pues siento una presión en el bolsillo, como si el teléfono, en vez de pesar ciento cincuenta gramos, pesara diez kilos.

Lo saco de nuevo y me detengo mientras releo los mensajes de mi primo. No quiero contestarle, pero tampoco puedo no hacerlo.

Odio esta puñetera encrucijada.

Lo desbloqueo y escribo.

Brad:

Ahora me pillas ocupado. A la próxima.

Siento el regusto de la desazón en la punta de la lengua y vuelvo a sentirme jodido, y es una mierda. Quiero volver a la despreocupación de antes. A cuando no me sentía un ser horrible por mentirle a mi primo. Por pasar de él. ¿Y si doy media vuelta y voy a ver si TJ sigue en el hospital? Podríamos volver a discutir lo de la piscina.

Mis pies se detienen cuando estoy a punto de chocarme con un árbol. Al mirar al frente, me doy cuenta de que estoy parado delante del estadio de los Catamounts.

El corazón se me detiene. La última vez que estuve aquí fue antes del accidente.

Un sudor frío me recorre la columna vertebral. Uno que me eriza la piel y me hace hasta tiritar. Apoyo las palmas de las manos en la rodilla e inclino el cuerpo hacia delante mientras le ordeno a mi cuerpo que coja aire y lo expulse muy despacio por la nariz.

Estoy en el estadio de los Catamounts. En mi estadio.

El sudor se vuelve cada vez más frío y mi respiración mucho más irregular. Debería dar media vuelta e irme de aquí lo más rápido que pueda, pero lo que hago es echar un vistazo alrededor, por si hubiera alguien conocido, pero no reconozco a nadie. A lo mejor es porque la visión estoy empezando a tenerla un poco borrosa.

Necesito salir de aquí.

Estoy en el estadio de los Catamounts. En mi estadio.

Miro las puertas y me lanzo a por ellas. No sé cómo sentirme cuando tiro de ellas y estas se

abren sin problemas. Sin candados. Sin cerrojos. Como si me estuvieran esperando.

Los pulmones se me vacían de golpe para volver a llenarse al notar el frío entrándome por la nariz. Un frío que me recuerda a casa. A cuál es mi sitio. A quién soy.

Los ojos se me empañan y dudo en si dejar salir lo que siento o retenerlo porque tengo miedo de empezar y ser incapaz de parar.

Estoy en el estadio de los Catamounts. En mi estadio.

Agudizo el oído para ver si escucho algo, pero no hay nadie. Está todo en calma. Mejor, porque no sé si podría enfrentarme a alguien ahora mismo.

Mis pies tienen vida propia porque, sin que yo les diga nada, comienzan a moverse en pequeños pasos. Uno detrás de otro. Recorriendo el pasillo, que es larguísimo, hasta llegar a la pista.

El corazón se me vuelve a detener. ¿Cuándo empieza a considerarse paro cardíaco?

Avanzo hasta poner la mano en la mampara que separa la pista de las gradas. Está helada y eso me hace sonreír. También sollozar.

Me miro los pies. Llevo zapatillas, no voy preparado para entrar en el hielo, aun así... Busco la entrada y me deslizo por la pista. La piso. La siento desde el dedo gordo del pie hasta el último pelo de la cabeza. Sabía que la había echado muchísimo de menos, pero no tenía ni idea de cuánto hasta que la he sentido bajo mis pies. Está resbaladiza, pero es tan mía.

Tan yo.

—Estoy en el estadio de los Catamounts. En mi estadio —balbuceo en voz alta, haciéndolo más real. Me agacho y pongo la mano abierta sobre ella, asegurándome de que las cinco yemas la tocan. Cierro los ojos e inspiro—. Estoy en casa.

—Ten cuidado no te resbales —me sobresalto. Menos mal que estaba de cuclillas o me hubiese dado de bruces contra el suelo.

Una de esas personas con las que evitaba encontrarme está detrás de mí. Reconocería esa voz entre un millón.

Me levanto y me sacudo el frío de las manos en los pantalones.

—Hola, entrenador.

He estado en constante comunicación con el entrenador Jenkins. Lo he visto en el hospital y también en casa. Pero verlo aquí, en nuestro sitio, en nuestra casa, es diferente. Es...

No sé si voy a poder con esto.

—No decía en broma lo de que tuvieras cuidado a ver si te resbalas, acaban de pasar la máquina. ¿Has comido? Iba a por un sándwich de esos fríos de la expendedora. ¿Quieres uno?

No, no quiero ningún sándwich.

—Claro. —Jenkins sonríe y me hace gestos con la mano para que lo siga.

Salgo del hielo con cuidado y, por supuesto, lo sigo.

Jenkins, como Gérard, es otra de esas personas a las que obedeces por todo, hasta cuando no te está dando una orden directa. Tiene un superpoder que muchos quisieran. Es autoritario y tenaz, pero supongo que tienes que serlo si entrenas a un equipo como el nuestro.

Nuestras pisadas son lo único que se escucha. Llegamos hasta las máquinas y Jenkins saca unas monedas del bolsillo.

—¿Crema de cacahuete y mermelada de fresa?

—Sí.

Están malísimos todos los sándwiches de este sitio. Todos. Sin excepción. Pero son adictivos y nos han salvado en más de una ocasión. Son como un paquete de pipas. En cuanto te abres uno, sabes que te vas a comer la bolsa entera.

Los dos envoltorios caen y el entrenador me pasa uno. Lo abro y le doy un mordisco. Lo dicho; asqueroso, pero buenísimo. Otra contradicción más.

—Siempre digo que no voy a comerme ni uno más —murmura el entrenador con la boca llena —, pero acabo cayendo todos los días. ¿Crees que le pondrán algo al relleno para crear esta necesidad?

—Probablemente. —Me lo termino y me chupo los dedos. Sigo teniendo hambre—. ¿Otro?

—¿Lo dudas?

Esta vez yo saco las monedas. Escojo dos vegetales.

—Este nos lo comeremos en mi despacho. —Salir corriendo. Quiero marcharme. Pero, de nuevo, le obedezco y lo sigo hasta su despacho.

Siento un puño apretándome la garganta cuando pasamos por la zona de entrenamiento.

El entrenador Jenkins no se sienta en su silla. Lo hace en una de las butacas que hay en su oficina, en esas en las que tantas veces nos hemos sentado Luke y yo con él después de un partido. O Scott y yo cuando jugaba con nosotros. Antes de lesionarse. Antes de tener que dejarlo.

Me llevo por instinto una mano a la rodilla. ¿Es la maldición de los primos Hamilton?

¿Los dos vamos a tener que dejar el *hockey*?

La diferencia entre mi primo y yo es que, para él, era un hobbie. Para mí, era mi forma de vida.

Es. Es mi forma de vida.

—¿Agua? —Sí, por favor. Parece que el sándwich vegetal se me esté haciendo bola.

—Sí.

—Tienes en la nevera, detrás de ti. Acércame una.

Esta conversación tan banal está consiguiendo que el sándwich parezca una bola de cemento intentando pasar por mi garganta.

—Así que Fanning se ha ido a Los Ángeles. —Luke, vale. De eso sí que puedo hablar.

Comienzo a jugar con el papel que envuelve la botella.

—Helena le va a dar clases de francés.

—¿Están liados?

—No, que yo sepa. —El entrenador asiente no muy convencido.

—No sé quién es Helena, pero espero que lo haga aprobar o te juro que lo mato. Como Fanning la cague, lo mato. —Cualquiera pensaría que es una amenaza vacía, sin fundamento, si no conociera al entrenador—. Tiene que venir al partido de Boston.

Le da un trago al agua y la deja sobre la mesa, ignorando la punzada que me ha provocado en la boca del estómago la idea de que hay un partido en Boston. Un partido que, por supuesto, yo no voy a jugar.

Cómo pica, joder.

El entrenador se cruza de brazos y se vuelve hacia mí. En cuanto me mira, sé que ha llegado el momento de dejar atrás esta superficial conversación porque viene la de verdad.

La que hace pupa.

Enderezo la espalda, mostrándome todo lo sereno que puedo.

—Entrenador, no quiero ser...

—Quiero que entres a los junior la próxima temporada —dice, cortándome de sopetón.

Lo miro desconcertado. ¿He escuchado bien? ¿Ha dicho que quiere que entre a los junior la próxima temporada?

Como si estuviera viendo mi asombro porque, bueno, es difícil no verlo, el entrenador se

levanta, va hasta su escritorio y coge un archivador de ella. Me lo pasa antes de volver a sentarse.

—El equipo se ha quedado sin entrenador para la próxima temporada. Me han preguntado si conocía a alguien que pudiera entrenarlos y he pensado en ti.

Abro lo que me ha pasado. Hay un montón de hojas con un montón de fichas, con un montón de fotos, con un montón de garabatos y con un montón de jugadas anotadas.

Hay un montón de todo.

—¿Yo? Pero...

—Eres el mejor jugador que tengo, Hamilton —lo dice sin titubear. Como si fuera la cosa más obvia del mundo y yo fuera un necio por no saberlo.

No sé si me sorprende más lo que ha dicho o que haya hablado en presente. Porque ha dicho: «ERES el mejor jugador que tengo» en vez de «ERAS el mejor jugador que he tenido. O que tenía».

Muchas preguntas se amontonan en mi cabeza con ganas de salir a la superficie, pero no consigo concentrarme lo suficiente para poder pronunciar alguna.

Miro de nuevo el archivador.

A los jugadores. Me suena alguna cara de haberlos visto en los partidos. O entrenando en el hielo.

Soderberg. Este es bueno. Luke y yo lo vimos jugar el año pasado y el tío corre, aunque no sabe jugar en equipo, y eso es un problema.

Vuelvo la hoja. Brantley. Hay unas líneas escritas junto a su nombre: «Su mano dominante es la izquierda. Ponerlo en el extremo derecho. De esta manera, su ángulo de tiro es mayor».

Me quedo un rato pasando las hojas y viendo los perfiles de todos los jugadores. No sé si lo hago porque estoy retrasando el momento de llegar a casa o porque me ha picado la curiosidad.

Entrenador. Nunca se me había ocurrido.

¿Me gusta la idea? No lo sé.

—Martel es bueno —dice Jenkins. Estaba tan distraído que me había olvidado de él—. Es ágil y muy rápido. Si se le entrena bien, puede ser un gran portero.

Se levanta de la butaca.

—Léelo con calma, no tienes que darme una contestación ahora mismo, tampoco mañana. Piénsatelo. —Uno sabe cuándo es hora de retirarse. Yo también me levanto y le entrego el archivador. Niega con la cabeza—. Tendrás que estudiarlo para darme una contestación.

Entrenador del equipo junior.

Si la idea me hace sonreír, aunque sea una sonrisa tan minúscula que ni se ve, es porque mi respuesta es sí, ¿no?

—Me marcho. Gracias por el sándwich, entrenador.

Me guiña un ojo.

—Bienvenido al equipo, Hamilton. Que pases un buen verano.

Nos despedimos con un apretón de manos y, tras un largo día, llamo a un Uber y pongo rumbo a casa.

Estoy contrariado. Hoy nada ha salido como esperaba. Me he levantado con la idea de ir a pedirle perdón a TJ y ya está. Sin embargo, he acabado quedándome en el hospital para ayudarla con el inventario. He conseguido centrarme tanto en la tarea que no solo la he disfrutado, sino que he conseguido olvidarme de los problemas que acarreo durante un buen rato. He tocado el hielo otra vez, aunque solo fuera por un segundo, y eso ha hecho que recuerde lo que es respirar. He visto al entrenador en la pista, en nuestra casa, y no he terminado vomitando. Y, por último, me han ofrecido ser entrenador el año que viene y... No me ha parecido mala idea. Joder, ¿si me

ha hecho hasta ilusión! Entonces, ¿por qué siento que hay algo que se me escapa? ¿Por qué tengo la sensación de que esto es un puzle y me faltan algunas piezas?

Por suerte, mis padres no están cuando llego a casa. No sé qué pienso exactamente de lo de ser entrenador y no tengo ganas de discutirlo ahora con ellos. Tengo que analizar mucho este archivador antes de comentarlo con nadie.

Por la nota que han dejado en la cocina, se han marchado a una barbacoa en casa del socio de mi padre. Me han dejado la dirección por si quiero acercarme, aunque los tres sabemos que eso no va a pasar.

Dejo el archivador sobre mi cama y voy directo a la ducha. Es ahí, bajo el chorro de agua caliente, cuando encuentro las piezas que faltaban y termino de completar el puzle.

Que sea el mejor jugador que tiene no es justificación suficiente para elegirme a mí. Porque, si soy entrenador, tendré menos tiempo para entrenar.

Porque, entonces, eso significa que...

Mierda. Pues claro. ¿Cómo no me he dado cuenta enseguida? Si el año que viene soy entrenador, eso significa que no puedo jugar en el equipo. Al menos, no como titular, por lo que no puedo optar a jugar en la NHL y el entrenador Jenkins lo sabe. ¿Por eso me ha pedido que los entrene? ¿Por la puñetera lástima? ¿Por mantenerme ocupado? ¿Porque conmigo tiene su obra de caridad cubierta?

Golpeo el azulejo blanco con el puño cerrado con rabia y exasperación hasta hacerme daño.

—¡¡Joder!!

CAPÍTULO 14

No debería sentirme cómoda con él

~TJ~

Aunque estoy encerrada en este cuartucho con el puñetero inventario que, menos mal, queda poco, puedo escuchar los gruñidos y las quejas de Brad sin problemas. Lleva así desde que ha llegado y juro que no sabía que Gérard podía tener tanta paciencia. Pero, vaya si la tiene, y solo por eso se merece toda mi admiración.

—¡¡Joder!! —escucho gritar a Brad otra vez. Creo que es el noveno joder en lo que va de mañana—. No puedo hacerlo.

—Sí que puedes.

—¿No ves que no?

—Lo que veo es que te estás rindiendo.

—No me toques los cojones.

—Los cojones te los tocas muy bien tú solo, no necesitas ayuda para eso.

Aunque nadie puede verme, porque estoy sola, reprimo una sonrisa. Me gusta el tono de Gérard, cómo le habla a Brad. No se amedrenta ni se pone a su altura, y sé que eso está sacando de quicio al deportista. Cuando estás enfadado, no hay nada que te toque más las narices que el hecho de que te hablen con calma y de forma sosegada.

Creía que hoy estaría más receptivo y de mejor ánimo, pero juraría que está más enfadado que la semana pasada. Estos días de reposo no le han venido muy bien, y eso que ayer parecía estar mejor. Parecía otro. Y no solo físicamente, sino por dentro. Incluso hizo alguna broma y sonrió. Se lo veía relajado y hasta contento.

¿Qué ha podido pasar en solo veinticuatro horas para este cambio? ¿Tanto le duele la rodilla que solo se relaja cuando no está haciendo los ejercicios? No creo que sea eso. Tampoco que tenga bipolaridad. No nos conocemos mucho, pero sé calar a las personas. Solo me bastó medio segundo con Charlie para saber que sería un jefe horrible, y no me equivoqué. Por eso sé que Brad Hamilton no es un chico borde o arisco. Solo es alguien al que la frustración y el cansancio le puede.

Sacudo la cabeza y relajo los hombros. No debería estar pensando en Brad. Lo que debería hacer es terminar con todo esto que me tiene agotada. Él es solo un paciente de la clínica en la que estoy haciendo las prácticas.

—Coge el elástico y te colocas boca abajo —dice Gérard. Otro gruñido de Brad. Esto es como un partido de tenis, pero sin pelota.

—¿No podemos hacer algo para fortalecer el tren superior? Llevamos toda la mañana con esto. Estoy agotado.

—Contéstame a una pregunta y te dejaré en paz. ¿Quieres volver a ponerte unos patines?

Lo que acaba de soltar Brad no es un gruñido. Es un rugido. Como los que hacen los leones antes de lanzarse a por su presa.

—No puedes preguntarme eso.

—Claro que puedo. Contéstame. ¿Quieres?

Aunque tengo clara cuál es la respuesta, agudizo el oído para escucharla, pero Brad no dice nada, solo hay silencio.

¿Me la habré perdido? No puede ser. Estoy tan pendiente de lo que sucede en la otra habitación, que podría escuchar hasta si se cae un alfiler.

—Sabes que sí —contesta por fin. Sonríe y asiento con la cabeza, como si pudiera verme y necesitara mi aprobación para que sepa que esa es la única respuesta válida.

—Pues coge el elástico y colócate boca abajo. Pásalo por la tibia de la pierna izquierda, o a la altura del tobillo, lo que te sea más cómodo, y la coges con ambas manos. —El tono de Gérard sigue siendo serio y monocorde, aunque también me parece percibir de fondo un pequeño deje cariñoso—. Estira la pierna, haciendo presión hasta cinco segundos, y sueltas, flexionando la rodilla poco a poco, como si quisieras que el talón te tocara el glúteo, y vuelta a empezar. Así un minuto. Cuando lo tengas, nos iremos con la otra pierna.

Otro gruñido, pero nada más. Esta vez no hay quejidos ni insultos. Supongo que Gérard ha conseguido domar a la bestia. O que la bestia se ha dado cuenta de que no le queda más remedio que hacer los ejercicios que le mandan.

Yo sigo con mis cosas y, cuando quiero darme cuenta, ya son las dos y media y he acabado por fin.

No sé muy bien cuándo ni cómo ha sucedido porque, en serio, en este sitio no había entrado nadie desde hacía meses y estaba hecho un desastre.

Con mucho descontrol.

Pero, cuando miro alrededor y lo veo todo bien colocado, limpio y aseado, me siento tan realizada que solo puedo sonreír como una niña pequeña cuando empiezan las vacaciones de verano y sabe que durante muchos días no tiene que volver al colegio.

Lo guardo todo en su sitio y agarro mi mochila, lista para irme. Hoy hay cuentacuentos en la librería y le prometí a Ivy que la llevaría, así que aún tengo que pasar primero por casa para recogerla.

Al acceder a la sala de ejercicios, no hay ni rastro de Gérard, pero sí hay un chico de pelo castaño que está de pie frente al espejo mientras trabaja con unas mancuernas. Todo sería normal si no fuera porque va sin camiseta, lo que debería ser un dato sin importancia ya que he visto millones de cuerpos masculinos desnudos, pero he de decir que Brad engaña con ellas puestas, y mucho. Con las camisetas, digo.

Engaña mucho cuando las lleva puestas.

Me fijo en el tatuaje, ese que ayer le asomaba bajo la manga de su camiseta. Es enorme, pues le cubre todo el hombro. Es un tatuaje maorí, si no me equivoco. No conozco mucho la cultura de este tipo de tatuajes, pero las líneas, los contornos de los dibujos, son una pasada. Achino los ojos. ¿Eso que tiene en medio del hombro es un sol? ¿Qué significa? Porque eso es un sol, ¿no?

Aparto la vista de su hombro y continúo inspeccionando el resto de su cuerpo. Tampoco lleva zapatillas. Ni calcetines. Tiene un pie muy largo. ¿Qué número calzará? ¿Por qué estoy pensando en el número de pie de Brad?

Le miro las piernas. Por lo menos, lleva pantalones, aunque estos son cortos, nada que ver con los largos del otro día, y se le ajustan perfectamente al culo que...

Pues eso, que está bien.

¿Empieza a hacer calor o soy solo yo?

Mis ojos se desvían a su rodilla. Está hinchada, tal y como me temía que estaría, aunque sí que es verdad que no tanto como sospechaba. Eso es bueno.

—Mierda —farfulla justo antes de dejar caer la pesa al suelo. Inclina el cuerpo hacia delante

con las manos apoyadas en las caderas. El pecho le sube y le baja, y lo escucho jadear.

Miles de gotitas de sudor le caen por la espalda hasta desaparecer por el elástico del pantalón. Murmura algo, pero no entiendo bien qué es. De repente, temo que se dé cuenta de que estoy aquí, parada como una idiota, mirándolo, así que carraspeo para hacerme notar. Levanta la cabeza y mira al frente.

Sus ojos conectan con los míos a través del espejo.

Siento el calor subiéndome por el cuerpo hasta llegar a mi cara.

Por favor, que no me ponga roja. Por favor.

—Hola —me dice, con la voz entrecortada. Agotado.

—Hola. —Tiene el pelo pegado a la frente y de él le caen también gotitas de sudor—. ¿Estás bien?

Brad se agacha hasta coger las mancuernas del suelo y devolverlas a su lugar. Me obligo a no seguir sus movimientos. Ni a seguir fijándome en su pecho. Ni en el tatuaje, que cada vez me parece más impresionante. Ni en cómo mueve los dedos de los pies mientras anda.

—¿Gérard aún te tiene esclavizada tras esa puerta?

No ha contestado a mi pregunta.

—Sí, pero ya he terminado.

—¿En serio? —lo pregunta con incredulidad. Ladeo la cabeza y lo miro entrecerrando los ojos.

—¿Y ese tonito?

Sonríe y comienza a caminar hacia mí.

Mi primer instinto es echarme hacia atrás, pero luego pienso que eso no tendría ningún sentido ni ninguna justificación y decido quedarme donde estoy.

—No saques ya las uñas. Era una pregunta en plan: «Vaya, estoy impresionado».

Aguanto la respiración cuando Brad pasa por mi lado para entrar en la habitación del caos. No porque crea que huele mal. Que, dicho sea de paso, debería. Cualquiera en su situación olería a tigre de Bengala. Aguanto la respiración porque, conforme se ha ido acercando, ha vuelto ese olor dulce y afrutado que olí ayer.

—Guau —apunta Brad, atónito—. Esto está muy bien.

—Pues claro que está bien, lo he organizado yo. —Suelta una carcajada. Se vuelve y me mira divertido.

Yo tengo que concentrarme muy mucho en que mis ojos no se desvíen a su pecho que, como le pasaba a la espalda, está perlado de sudor. ¿Qué me pasa? Esto no es normal en mí.

—Ya veo que no tienes problemas de autoestima.

Se cruza de brazos. Mi concentración comienza a hacer aguas por todas partes.

—No es cuestión de autoestima, es cuestión de confiar en una misma y de saber qué se te da bien y qué no. A mí organizar se me da muy bien.

Vuelve a reírse.

—Deberías hacer camisetas con esa frase. Es una frase motivacional cojonuda. —Lo vuelvo a mirar entrecerrando los ojos. ¿Se está riendo de mí? Brad debe de leer en mi cara mis dudas, porque levanta las manos y me mira como Asno mira a Shrek—. ¿Siempre estás tan a la defensiva? Era un cumplido, te lo prometo.

¿Dónde está el chico que le gritaba y gruñía a Gérard?

Me quedo callada, observándolo en silencio e intentando ver en la expresión de su rostro si me está diciendo la verdad o no. Solo me hacen falta unos segundos para darme cuenta de dos cosas: de que me está diciendo la verdad y de que puede, solo puede, que esté un pelín a la

defensiva. Supongo que es porque solo recibo elogios de mi madre. Se me hace extraño que otra persona alabe mi trabajo.

Relajo el cuerpo, aunque sigo agarrada al asa de la mochila.

—Gracias, supongo.

—De nada.

Me sonrío de nuevo y me guiña un ojo.

No sé si me cortocircuita más su pecho desnudo, el sudor que le resbala por este —y que, puntualizo de nuevo, debería resultarme asqueroso y no sexi de la hostia—, el brillo que desprenden sus ojos o esa media sonrisa que ha acompañado al guiño.

—Pero, sabrás que parte del mérito es mío, ¿verdad?

¿Ese *ploff*? Ha sido mi mandíbula, que se me acaba de desencajar.

—¿Cómo que parte del mérito es tuyo?

Pone los ojos en blanco y resopla, haciendo que el flequillo se le mueva. Tiene el pelo largo. Debería cortárselo un poquito.

Señala la habitación y sonrío pagado de sí mismo.

—Si yo ayer no hubiese insistido en quedarme, hoy no habrías terminado ni de coña. Así que, de nada.

¿Acaba de hacer una reverencia?

A ver, tiene razón. En parte.

Es decir, ayer me quitó mucho trabajo pasando todas esas cosas al ordenador, pero ni de coña lo pienso admitir. Su sonrisita de engreído no me lo permite.

—Punto número uno, no pienso admitir eso nunca. Jamás. Y punto número dos, me gustabas más antes, cuando gruñías y te quejabas todo el rato. Te hacía más humano.

Por lo menos, acabo de borrar cualquier pensamiento lujurioso de un porrazo, sobre todo cuando, en vez de contestarme, rompe a reír, como si lo que acabo de decirle fuera supergracioso. Como si yo fuera la hostia de divertida.

Estoy segura de que hasta tiene lágrimas en los ojos.

Vale, ha llegado el momento de largarme. Ivy me está esperando y se pone nerviosa si llego tarde.

—Adiós, ya nos veremos por aquí.

No espero a que él también se despida. Salgo de esa habitación y de esa sala que, de repente, me parecen minúsculas, mientras sus carcajadas me acompañan. Cuando llego a los vestuarios, estoy jadeando. Tenía pensado salir corriendo, pero decido que es mejor darme una ducha y, si el agua está un poquito fría, mejor.

No me molesto en secarme el pelo. Me lo dejo suelto, haciendo que los tirabuzones se deslicen por mi espalda, empapándome la camiseta. Me pongo unas mallas a la altura de las rodillas, las deportivas, y abandono el centro.

No me vuelvo a ver si veo a Brad.

Miro la hora en el reloj cuando estoy esperando el ascensor y casi me da un paro cardíaco. Es más tarde de lo que creía. Voy a llegar tarde a la librería y soy yo la que cuenta el libro.

Paso del ascensor y voy directa a las escaleras. Las bajo a la carrera, saltándome dos y tres escalones a la vez mientras rezo para no hacerme una torcedura por el camino o abrirme la cabeza. Es lo último que necesito. Enfilo directa hacia la parada del autobús en cuanto salgo a la calle. El alma se me cae a los pies cuando lo veo salir de la parada, marchándose.

Alejándose de mí.

—¡¡¡Alto!!! —grito con todas mis fuerzas, con la mano en alto y corriendo como si me fuera

la vida en ello, pero es inútil. El autobusero no me escucha y el vehículo desaparece de mi vista al girar la esquina.

Aprieto los puños y le doy una patada a una piedra, como si esta tuviese la culpa de que acabe de perder el autobús. Miro en la aplicación del móvil cuándo pasa el siguiente y me entran ganas de gritar de nuevo cuando veo que faltan veinte minutos.

—¡¡Mierda!! —Me paso una mano por el pelo mojado y suelto un suspiro lastimero. Pienso en Brad y en que él tiene la culpa. Si no me hubiese hablado, yo no habría perdido tiempo. Ni en la sala de ejercicios ni en la ducha.

Me vuelvo a pasar la mano por el pelo y reprimo las ganas de estirar de él. No puedo ir a por Ivy. Si voy a por ella llegaré muy tarde a la librería. Si no hubiese cuentacuentos, no pasaría nada, porque el señor Radhi podría encargarse de ella hasta que yo llegase, pero cuando tenemos algún evento tenemos que ser puntuales porque los clientes están esperando, sobre todo si soy yo la que tengo que realizar ese evento.

Podría llamar a mi madre para ver si se encuentra lo suficientemente fuerte para acercarla ella a la librería, pero eso hace que sienta un nudo en el estómago, porque sé que me dirá que por supuesto, que ella la acerca, aunque se encuentre fatal.

Podría llamar a la señora Conway, aunque sé que eso molestaría a mi madre. No porque no le guste la señora Conway, sino porque, de nuevo, estaría tomando una decisión por ella y dando por sentado cosas que no ha dicho. Pero es que las dos sabemos que a veces miente. O no mentir, porque odia esa palabra; omite cosas.

Estoy debatiéndome conmigo misma cuando escucho el claxon de un coche. Tardo unos segundos en darme cuenta de que los pitidos van dirigidos a mí y de que hay un coche parado en el mismo sitio donde tendría que estar parado el autobús que me lleva a casa.

Se baja la ventanilla de la parte trasera y aparece la cara de la persona que menos necesitaba ver en estos momentos.

—¿Hamilton? —Brad, que estaba sonriente, finge un puchero.

—Ayer me llamaste Brad. ¿Podríamos volver a eso? Creo que me gusta más.

Ya no tiene el pecho desnudo —menos mal—. Ahora lo tiene cubierto por una camiseta gris de manga corta por la que asoma ese tatuaje que tanto me gusta. Lleva el pelo mojado. No soy la única que se ha dado una ducha.

—¿Qué haces aquí?

—Te has ido sin despedirte.

—Sí que me he despedido. Te he dicho: «Adiós, ya nos veremos».

—Vale, pues no has dejado que yo me despidiese.

—He supuesto que no podrías, estabas demasiado ocupado riéndote de mí.

—No me reía de ti.

—Sí que lo hacías.

Apoya la barbilla en las manos y adopta un semblante serio, borrando cualquier atisbo de guasa o diversión.

—No te gustan mucho las bromas, ¿verdad? —No me lo está preguntando en plan burla, lo hace completamente en serio. Abre la puerta y sale del coche. Se apoya en él con los brazos cruzados—. No me estaba riendo de ti, te lo prometo. Me estaba riendo contigo, que es muy diferente. Pero, si te ha sentado mal, te pido perdón.

Ahora me siento un poco estúpida. O muy estúpida.

No es que me moleste la risa de la gente, es que no me gusta la gente, en general, y creo que detrás de las risas siempre suele haber burlas o favores velados.

Pero sé que Brad no es así, porque la risa de Brad sí que me gusta, y ese es el problema. Le echo un vistazo a la parada del autobús y la señalo con el dedo.

—Tengo que irme. Debo coger un autobús.

—Yo te llevo. —Lo miro sin comprender—. No hay que ser un lumbreras para darse cuenta de que has perdido el anterior y de que vas a llegar tarde a donde sea que vayas. Yo tengo un coche, así que puedo llevarte.

¿Acaba de ofrecerse a llevarme en coche?

Está claro que este chico no deja de sorprenderme. También está claro que quiero decirle que sí. Si tengo que esperar el autobús, lo más probable es que no llegue a por Ivy, y solo de pensar en su cara de decepción cuando llegue esta noche a casa hace que se me parta el alma. Pero ¿estar encerrada en un coche con Brad? No sé si es buena idea en estos momentos. Cuando estoy cerca de él, me siento otra persona. Como si la coraza que siempre llevo conmigo se resquebrajara, y eso me hace sentir vulnerable.

Y a mí no me gusta sentirme vulnerable.

Además, todos sabemos que, cuando alguien te hace un favor, luego tienes que devolvérselo, por lo que es mejor no pedirlos.

Sonrío, aunque sé que más una sonrisa es una mueca, y declino su ofrecimiento con un movimiento de cabeza.

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Puedo preguntar por qué?

Inspiro con fuerza. ¿Por qué me está resultando tan difícil?

¿Podría, el destino, ponérmelo fácil y que el autobús aparezca quince minutos antes? Me ahorraría muchos problemas.

—Porque no me gusta deberle favores a la gente, así que prefiero decirte que no. No quiero deberte nada. —No esperaba decirle la verdad, y mucho menos la última frase, que encima ha sonado muy borde, pero ya está dicha y no puedo rectificarme. Además, mejor dejar las cartas sobre la mesa cuanto antes, antes de que esto se transforme en algo que no es.

La expresión de Brad muta de la incredulidad a algo parecido al dolor. El tiempo pasa y empiezo a sentirme observada y juzgada, y no me gusta. No creo haberle dicho nada malo, solo lo que pienso.

No me gusta que me miren más de lo estrictamente necesario.

Empiezo a ponerme nerviosa y noto cómo las palmas de las manos me sudan. Me palpo los laterales y maldigo para mis adentros cuando me doy cuenta de que no tengo bolsillos donde esconderlas. A qué mala hora me he puesto mallas.

Brad descruza los brazos y los deja sueltos a ambos lados del cuerpo. Se aproxima a mí.

—He salido del hospital y me iba a casa cuando te he visto correr y gritar «alto» intentando parar el autobús. Al ver tu cara cuando no lo has conseguido, he deducido que lo habías perdido y que tenías prisa. Se me ha ocurrido parar y ofrecerte mi ayuda. Sin más, no porque buscara favores. Te aseguro que puedo hacer cosas de forma desinteresada. —Me habla de forma pausada y muy formal, aunque se nota a leguas que mi comentario le ha molestado. Bueno, pues lo siento, pero tampoco he dicho nada que no fuese cierto. Si te hacen favores, luego tienes que devolverlos. Punto.

Pero está claro que Brad no opina igual que yo.

«Te aseguro que puedo hacer cosas de forma desinteresada». Miro la hora en el teléfono móvil. Solo han pasado cinco minutos, siguen faltando quince para que llegue el autobús. Todo si no se producen retrasos. A lo mejor tiene razón. A lo mejor, por una vez, he encontrado a

alguien que le hace un favor a otro sin luego querer cobrárselo.

Si lo pienso, la doctora Fleming me ha hecho un favor y no me ha pedido nada a cambio. A no ser que hacerlo bien sea pedir algo a cambio. Sé que mis reticencias se han esfumado cuando me doy cuenta de que estoy divagando, y cuando pienso en Ivy y en cómo se quedará si no voy a por ella.

Enderezo los hombros.

—Si no te importa, me vendría genial que me acercaras —le digo.

Brad asiente y se aparta para dejarme pasar.

Cuando paso por su lado, siento como si una corriente muy fría se hubiese interpuesto entre los dos. Cierro los ojos un segundo y cuando los abro entro dentro del coche. Solo cuando se sienta a mi lado y cierra la puerta me percató de que va en la parte de atrás y no delante, conduciendo, porque delante va un señor de pelo corto y canoso. No nos presta atención, pues la tiene toda puesta en el móvil que lleva en las manos.

—¿Tienes chófer? —En cuanto formulo la pregunta, me doy cuenta de que ha sonado a acusación. Me vuelvo hacia él y lo miro en tono de disculpa—. No quería que sonara como ha sonado. Es decir, que me parece muy bien que tengas chófer. O no. Vamos, que me da lo mismo.

¿Por qué tartamudeo siempre y hago el ridículo cuando estoy delante de este chico?

Me paso una mano por la frente.

—No es que me dé igual, sino que me parece bien. —Soy un dechado de virtudes en cuanto a vocabulario se refiere.

Me entra un tic en la pierna. ¿Por qué estoy nerviosa? ¿Por qué me pone nerviosa que Brad me mire de esa forma? ¿Por qué no parpadea? ¿Por qué no habla? ¿Por qué no dejo de hacerme preguntas?

El conductor, que nos escucha, nos mira por el espejo retrovisor y nos sonríe.

Deja el móvil y agarra el volante.

—¿Listos?

Brad carraspea y se vuelve hacia él.

—Sí, Héctor. Gracias. —Se gira de nuevo hacia mí—. ¿Dónde te llevamos?

Con tanta tontería me he olvidado de dar una dirección.

—A la avenida Flynn, por favor.

—¿Lo has oído, Héctor?

—Sí.

El coche se mueve y yo aprovecho para desviar la atención hacia la ventanilla y centrarme en Burlington y sus calles, porque hay una tensión silenciosa flotando en el ambiente, como si fuera la tercera pasajera en este viaje.

Miro de reojo a Brad. También mira por la ventanilla, aunque puedo verle el perfil y sé que tiene el ceño fruncido. No sé si por lo del chófer o por lo de antes. Me gustaría decirle que me considero una persona solitaria. No es que no me guste la gente. Me gusta, pero a cierta distancia. No me siento cómoda cuando me invaden mi espacio personal ni tampoco las sonrisas y los cumplidos falsos, y de estas dos cosas hay a montones, por eso prefiero ir a mi aire. Además, la hipocresía me pone enferma.

No confío en casi nadie porque he tenido que aprender a base de golpes a hacerlo. Todo el mundo va a la suya, y si te pueden poner la zancadilla para conseguir sus objetivos te la ponen. Por eso prefiero guardar las distancias.

Eso no quiere decir que no crea que existen las buenas personas. La doctora Fleming lo es. Y el señor Radhi. Y Tobias. Nunca hemos sido amigos y no creo que nos volvamos a ver ahora que

ya no trabajamos juntos, pero es un buen tipo, y cuando le dije que esperaba que todo le fuese bien al despedirnos lo decía en serio. No como a Charlie o a Benjamin, que espero de verdad que se les caiga la polla a trozos.

Por eso sé que Brad Hamilton también es una buena persona, aunque a veces intente disimular. Tiene fantasmas, pero ¿quién no los tiene? Yo tengo un puñado escondidos en el armario.

Y creo que ese es el mayor problema de todos. Ese, y que me he abierto a Brad más de lo que me he abierto a nadie que no sean mi madre o Ivy, y eso me descoloca. Me deja fuera de juego y tengo que recular. Debo reorganizarlo todo para volver a lo de antes.

Porque ayer me gustó que se quedara a ayudarme. E incluso sentí una pequeña chispa en el pecho cuando me propuso ir a su piscina a bañarme, sobre todo porque lo decía en serio, y eso es una estupidez.

—No me gusta conducir. —La voz de Brad me llega en apenas un susurro. Uno que me hace volverme hacia él y detener mis pensamientos. Cuando lo miro, creo que me he inventado que ha hablado, porque sigue en la misma posición que hace unos segundos. Tiene los labios igual de apretados. Pero entonces se vuelve hacia mí y lo que veo en sus ojos me produce un ligero escozor en el pecho.

En serio, ¿cómo unos ojos tan bonitos como los suyos pueden albergar tanto sufrimiento? Quiero decirle que no tiene que contarme nada que no quiera, y mucho menos justificarse, pero no llego a hacerlo porque vuelve a hablar.

—Me subo a los coches, pero no los conduzco. No desde que tuve el accidente. Pero se supone que tengo que acostumbrarme a ellos si quiero ir de un sitio a otro, ¿no? —Se encoge de hombros y sonríe con tristeza—. Héctor no es mi chófer, es el chico del Uber que he contratado. La verdad es que ya me ha llevado varias veces, me cae bien y no me habla mientras conduce.

Siento que he dejado hasta de respirar. Me siento como una idiota. Me paso la vida criticando a los que juzgan sin saber y yo acabo de hacer lo mismo.

—No quería... —empiezo a decir—. No quería que sonase a que no puedes tener chófer.

—No lo tengo.

—¡Lo sé, lo sé! Solo... Que si lo tienes estaría bien. —Escondo las manos bajo mis piernas y dejo escapar el aire de mis pulmones en un único suspiro—. Lo siento.

Brad abandona el rictus serio y un tanto taciturno y me regala una sonrisa. Es pequeñísima, solo un ligero estiramiento de las comisuras de sus labios hacia arriba, pero es una sonrisa, es real, y es preciosa.

Se coloca de lado, con una pierna flexionada bajo el cuerpo.

—No te he dicho de llevarte para que luego tengas que hacerme ningún favor. Yo no soy así.

—Lo sé. No tengo nada en contra de ti. —Me muerdo el labio inferior y me debato conmigo misma sobre si ser sincera o no con Brad. Me estoy quejando de que me he abierto más con él que con nadie. Que eso no me termina de gustar. Que tengo que poner distancias. Volver a levantar los muros que con tanto ahínco me esfuerzo por tener levantados. Sin embargo... Sin embargo, no puedo dejar de mirar a Brad a los ojos y perderme en ellos porque, mierda, tiene unos ojos preciosos—. Me cuesta confiar un poco en la gente.

—En mí puedes confiar.

—¿Por qué debería hacerlo? —Sus ojos se desvían un segundo a mis labios antes de volver a mis ojos.

—Porque yo confío en ti.

CAPÍTULO 15

Tiempo de conocernos

~TJ~

Me ha dejado completamente descolocada y fuera de juego. Como si sacaras a un delfín del mar, lo dejaras en medio de una pradera y le pidieses que nadara.

Me reiría por las gilipolleces en las que pienso si no estuviera tan desconcertada.

Brad se lleva las manos a su regazo y es entonces cuando me fijo en sus nudillos. Tiene heridas en tres de ellos. Pero heridas feas.

Las heridas que haces cuando le das un puñetazo a algo duro.

Ayer no las tenía cuando apareció en el almacén. ¿Se habrá pegado con alguien y por eso estaba esta mañana de un humor tan malo? Pero ya no está de ese humor. Es como si ese humor nunca hubiera existido.

—Podríamos jugar a algo. —Aparto la vista de sus heridas y la dirijo a su rostro—. Nos hacemos preguntas el uno al otro. Ya sabes, para conocernos mejor.

Un sudor frío me recorre la espalda.

No sé si me gusta este juego.

No sé si es bueno jugar a este juego.

—No tengo nada que preguntarte. —Mentira. Tengo un millón de cosas que preguntarle. Para empezar, cómo se ha hecho esas heridas.

—¿No? Una pena. Yo tengo una, así que empiezo. —No me gustan las preguntas, y menos si vienen derivadas de una encerrona. Porque esto es una encerrona. Pero de nuevo lo miro a los ojos y...

—Vale, tú ganas. Dispara.

Me gustaría tener un borrador mágico a mano para borrarle la sonrisa de la cara.

—¿De dónde viene TJ? —Me tenso. Si Brad se da cuenta, no dice nada.

Mi nombre es Tayra Jordan. No es feo. Tayra significa «aquella que vive en las alturas». No es que sea relevante, pero es un dato. Y Jordan significa «alguien con descendencia». Tampoco es relevante, pero ahí está. Lo que no me gusta no es por lo que significa, sino por la persona que comparte nombre conmigo. No el de Tayra, sino el de Jordan, porque pensar en Jordan es pensar en mi padre, y no quiero pensar en él. No quiero nada que me recuerde a él. Por eso supongo que tampoco quiero que me llamen Tayra, porque me encantaba cuando él lo pronunciaba y ahora... Ahora si lo oigo solo siento náuseas, y es un sentimiento muy desagradable. Por eso soy TJ.

Brad sigue en silencio, esperando a que le conteste. Sin presionarme, algo que le agradezco, pero no puedo decirle la verdad. No porque crea que va a juzgarme, que sé que no, sino porque no quiero que puedan surgir preguntas sobre mi padre. Preguntas sobre las que ni puedo ni, mucho menos, quiero contestar.

Me gustaba el silencio que había entre nosotros cuando nos hemos subido al coche.

¿No podemos volver a él?

—Porque me gusta. ¿Por qué Brad? —Mi contestación es ambigua y estoy cambiando de tema. Yo lo sé, él lo sabe. Todos lo sabemos.

Lo miro, esperando a que haga alguna alusión al respecto. Sin embargo, sonrío y resopla.

—Por mi padre, y mi abuelo, y el padre de mi abuelo, y el padre del padre de mi abuelo, y...

—Puedo hacerme una idea —le corto, riéndome.

Brad me mira un tanto boquiabierto, como si mi risa lo hubiera sorprendido. A mí también.

—¿Por qué auxiliar de Fisioterapia?

—¿Por qué tantas preguntas?

—No te quejes ya, que solo he hecho dos. Venga, contesta.

Me coloco de lado como él para quedar cara a cara.

Ignoro que nuestras rodillas se tocan y que eso me produce un cosquilleo.

Lo ignoro porque es una completa estupidez.

—Porque no sabía qué estudiar y fue lo primero que encontré, aunque tengo que decir que me gusta bastante. En realidad, me gusta muchísimo. —Y es completamente cierto. Si cierro los ojos e intento imaginarme haciendo otra cosa, no lo consigo—. ¿Qué estudias tú?

—Informática.

—¿Y te gusta?

Me apunta con el dedo.

—Eso son dos preguntas, Sherlock.

—Tú me has hecho tres preguntas.

—No es verdad.

—Mi nombre, qué estudio y si me gusta. Eso son tres. —Tiene razón. Chasquea la lengua contra el paladar, satisfecho.

Se repantinga en el asiento, apoyando la espalda en la puerta, y adopta una postura chulesca.

No queda nada del chico taciturno con el que me he subido en el coche. Ni el que le gruñía a Gérard. Ni el que fruncía el ceño aquel día en la cafetería.

¿Me produce cierta satisfacción pensar que conmigo es diferente? ¿Que parece más relajado y tranquilo? No pienso contestar a eso.

—Peeero, te voy a contestar igual porque soy un tío que mola.

—Luego dices de mi autoestima.

Achina los ojos y me mira superserio.

—Lo mío no es autoestima, lo mío se llama ego. —Estallo en una carcajada que no he visto venir. En una que hace que mis hombros vibren y rebote en el asiento.

Me llevo una mano a los labios, silenciándola, aunque es difícil porque intenta escapar de entre mis dedos.

Brad desvía sus ojos a mi mano y a mí me entra un calor que no había sentido nunca y que no sé muy bien de dónde viene. Sobre todo, cuando veo sus ojos cambiar y volverse más brillantes. Ha sido un milisegundo, pero lo he visto.

También cómo la nuez le sube y le baja.

—Estudí informática porque me apasionan los videojuegos y siempre he pensado que, si al final no me podía dedicar al *hockey* de forma profesional, me decantaría por ahí —termina de decir. Aunque ha hablado en un tono normal, incluso diría que neutro, no me ha pasado desapercibida la pequeña mueca de dolor al decir: «si al final no me podía dedicar al *hockey* de forma profesional».

No quiero que vuelva la melancolía a sus ojos, así que suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Nunca he jugado a ningún videojuego. —Quería decir algo con lo que desviar su atención, y vaya si lo he conseguido, porque agranda los ojos y me mira como si acabase de transformarme

en un oso enorme y peludo.

—¿Nunca has jugado a ningún videojuego?

—Nunca.

—¿Jamás?

—Jamás.

—¿Nunca has tenido un mando de ninguna consola en las manos?

—Nunca, pero los he visto en los centros comerciales.

Ahora el oso se mueve por la pista con un enorme tutú rosa.

—No puedes estar hablando en serio.

—Te lo puedo jurar sobre la biblia, si quieres.

—Por lo menos, habrás jugado en alguna recreativa.

—No me gustan.

—¿Las recreativas?

—No les veo la gracia. —Arrugo la nariz—. Solo están ahí para jugar con los sentimientos de los niños y robarles su dinero.

Se lleva una mano a la frente y suspira de forma melodramática.

—Por lo menos, dime que has probado una máquina de gancho. Todo el mundo ha probado una máquina de gancho. Ya sabes, son esas máquinas en las que mueves un *stick* y tienes que intentar cazar un peluche con un gancho.

—Sé lo que es una máquina de gancho. —Suspira satisfecho, como si acabase de quitarse un enorme peso de encima. Yo sonrío de oreja a oreja—. La he visto en *Toy Story*. Es la que sale en Pizza Planet, ¿no? Ya sabes. Cuando esos muñequitos verdes y pequeños gritan: «¡El gancho! ¡El gancho!».

Por cómo me mira, me da la sensación de que no sabe si reír o echarse a llorar.

Se lleva una mano al pecho, justo a la altura del corazón, y me mira haciendo un puchero.

—No me puedo creer que no hayas jugado nunca a una máquina de gancho. ¿Qué clase de infancia has tenido?

Está sorprendido de verdad. Como si el hecho de que no haya jugado nunca a una de esas cosas sea un hecho imperdonable. Como si fuera un caso perdido.

Está monísimo.

Una alarma gigante empieza a dar vueltas en mi cabeza. ¿Monísimo? ¿Desde cuándo considero que alguien es monísimo? Solo los gatos son monísimos, y eso que los odio.

—Ya hemos llegado.

La que suspira ahora aliviada soy yo. Pero aliviada de verdad. Menos mal que Héctor ha hablado y me ha dado una excusa parairme corriendo de aquí.

Echo un vistazo por la ventana. Ni siquiera me había dado cuenta de que el coche se había detenido. ¿Llevamos mucho tiempo aquí parados? Miro la hora. El próximo autobús sale en siete minutos. Tengo que hacerlo todo corriendo si quiero llegar a tiempo.

Me aparto el pelo de la cara y cojo la mochila de entre mis piernas, que abrazo fuerte contra el pecho. Las ganas de salir de este coche se acaban de elevar a la máxima potencia.

—Muchas gracias por traerme, la verdad es que me has hecho un gran favor. Si hubiera tenido que esperar el autobús, no hubiese llegado a todo ni de coña.

¿Por qué sigo hablando, si lo que quiero es marcharme?

—¿Y eso? ¿Pasa algo? —me pregunta preocupado, lo que me provoca una sensación cálida en el pecho.

Aprieto fuerte la mochila. En serio, tengo que irme. Sin embargo, le contesto. ¿Por qué? Pues

no tengo ni idea.

—Tengo que recoger a mi hermana para llevarla a un cuentacuentos que hay en la librería en la que trabajo. Como he perdido el autobús, ya se me hacía tarde y no sabía si iba a poder venir a por ella. Así que gracias, de verdad. Odio tener que romper las promesas que le hago.

Esto último es muy cierto. Por eso, si sé que no voy a poder cumplirlas, no digo nada. Odio muchas cosas en esta vida y en mi top tres está la cara de Ivy cuando ve que una promesa que le han hecho se rompe. No quiero ser la culpable de ese sufrimiento.

Cojo aire y lo suelto muy poco a poco. Le estoy dando a Brad más información de la que jamás le he dado a nadie.

Esbozo una sonrisa, aunque por la rigidez que siento en la cara sé que es un poco tirante, y agarro el tirador de la puerta.

—Ya nos veremos, Hamilton. Gracias de nuevo.

Estoy a punto de abrir la puerta y escapar, cuando siento sus dedos rodeándome la muñeca. También su pecho rozándome la espalda. ¿Ese airecillo que siento en la nuca es su respiración?

Por favor, no me digas que mi cuerpo acaba de sentir una pequeña descarga.

—Os espero.

CAPÍTULO 16

Viajes en coche

~Brad~

TJ se vuelve hacia mí a la velocidad de la luz y se me queda mirando atónita. Ni siquiera parpadea. Decir que está sorprendida sería quedarme corto.

Empiezo a inquietarme cuando cuento hasta sesenta y la cosa sigue igual. Joder, que lleva un minuto sin mover esas pestañas tan bonitas que tiene.

—¿TJ? —Quito la mano de su muñeca y la coloco sobre mi regazo. Carraspeo mientras echo la cabeza hacia atrás—. Oye, ¿estás bien?

Por fin reacciona. Pestañea y suelta el tirador de la puerta.

—¿Cómo que nos esperas?

—Ve a por tu hermana y yo os espero aquí en el coche. Seguro que es mucho más cómodo y rápido que el autobús.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Que por qué nos esperas.

Luego me culpa a mí de hacer preguntas, pero ella no para. Se pasa la vida cuestionándolo todo. Lo de que no confía en la gente es quedarse muy corta. Creía que iba a tener que hacerle un juramento de sangre cuando le he dicho que la acercaba en el coche a donde fuera. ¿Y ahora? Ahora me mira como si acabara de decirle que he descubierto la cura contra el Alzheimer.

Mentira. Si le dijera que he descubierto la cura contra el Alzheimer me miraría con fascinación.

Pienso en su pregunta. ¿Que por qué quiero acercarlas?

Sencillo.

Porque, como el otro día con el inventario, lo único que tengo que hacer ahora es irme a casa y eso me produce ansiedad. Porque, aunque pueda parecer ilógico, he disfrutado este viaje en coche contigo. Porque me ha gustado el juego de las preguntas, ya que el silencio me estaba matando. Y es que, si estoy en silencio, pienso en mi rodilla. Si pienso en mi rodilla, pienso en la propuesta del entrenador. Si pienso en la propuesta del entrenador, pienso en el *hockey*. Si pienso en el *hockey*, pienso en la nueva temporada que empieza en apenas un mes. Si pienso en la nueva temporada, pienso en que no la voy a jugar y, entonces, es cuando me pregunto si la volveré a jugar alguna vez. Y así hasta formar una bola tan grande que es imposible detenerla cuando se pone a dar vueltas, por lo que prefiero hablar. De lo que sea. Como si tengo que hablar de si el tomate es una fruta, una verdura o una hortaliza.

Además, y aquí va un pequeño secreto del que me acabo de dar cuenta, me gusta hablar contigo. A lo mejor porque eres hermética o porque no me das coba. O porque no estás todo el rato psicoanalizándome o preguntándome cómo me encuentro. Mirándome con lupa y esperando el momento en el que me rompa. O porque no tienes nada que ver con mi vida anterior. O porque me gusta tu sonrisa. Y tus ojos. Porque me has hecho reír de verdad y no he tenido que fingirlo. Porque cuando me río contigo, la risa no me sale rasposa. Porque las preguntas se me han

quedado cortas y quiero saber más cosas sobre ti. Porque necesito saber por qué desconfías así de la gente.

Porque soy un egoísta y tú me haces olvidar.

Suspiro. Ni de coña pienso soltarle todo eso. No sé si saldría corriendo o si me daría una patada en las pelotas. Tal vez, las dos cosas.

Sea como fuere, ella necesita un coche y yo tengo uno. Puedo agarrarme a esa respuesta.

—Mira, no sé a qué hora tienes que estar en esa librería, pero sí sé que, como sigas mucho más tiempo ahí sentada, te digo yo que vas a llegar tarde. —Levanto la mano izquierda con los dedos índice, corazón y anular en alto—. Palabra de scout que esto no es un favor y que no te voy a pedir nada a cambio. Solo soy un buen samaritano ayudando a una chica en apuros.

Como viene siendo ya habitual en ella, se queda un rato en silencio y quieta, mirándome. Como si estuviera analizando mis palabras y debatiendo consigo misma si puede fiarse de mí o no. Prefiero cuando hace preguntas a cuando está en completo silencio. Relaja los hombros mientras suelta un suspiro y vuelve a coger el tirador de la puerta.

—No te debo nada. Es decir, solo lo haces porque eres un buen samaritano.

Asiento.

—Soy un buen samaritano.

—Vale.

Abre la puerta y sale del coche. Yo también salgo. Esperarla aquí sentado me parece ridículo.

La veo enfilar hacia el portal frente al que hemos parado mientras echa miradas disimuladas a su espalda. ¿Se está asegurando de que no me muevo? ¿Qué le ha podido pasar para ser tan desconfiada?

Lo intento. Prometo que lo intento, pero mis ojos se desvían sin querer hacia sus piernas y de ahí a su culo. Pero no es mi culpa, es que es imposible no fijarse en el culo de TJ. Le quedan muy bien esas mallas. Demasiado. Mucho mejor que los pantalones anchos que se pone para trabajar. Aunque esos también le quedan bien.

Hasta el polvo en el pelo le queda bien.

Es preciosa, y estoy seguro de que no lo sabe. O que le da completamente igual.

Me mira una última vez antes de sacar las llaves de esa mochila protectora que siempre lleva encima y que usa como escudo, y entrar en el portal. Yo la saludo con la mano y puedo jurar que la veo poner los ojos en blanco.

En cuanto desaparece, apoyo la espalda en el coche y me cruzo de brazos, dejando escapar todo el aire que ni siquiera me he dado cuenta de que estaba reteniendo.

Qué tarde más rara. O qué días más raros, más bien.

Raros, pero diferentes.

La alarma del móvil suena y la apago sin ni siquiera leer para qué es. Me la sé de memoria. Es la alarma que me avisa de que tengo que tomarme la maldita pastilla, esa que me relaja y me deja tan atontado que puedo pasarme toda la tarde durmiendo o, simplemente, vegetando en mi cama, así que también la odio y por eso he decidido prescindir de sus servicios durante una temporada. No quiero, a todo lo que me está pasando, añadirle también la sensación de letargo, porque es horrible. Me deja fuera de juego. Y sé, porque no soy idiota, que dejármela no me va a ayudar en mi recuperación, pero es lo que hay.

Me pinzo el puente de la nariz y me paso una mano por el pelo al que, por cierto, le hace falta ya un buen corte.

Sé que odio muchas cosas últimamente, pero, bueno, es lo que tiene el hecho de haber sufrido un accidente y que tus sueños se hayan hecho trizas.

Y que tu primo se haya acostado con tu novia. Eso escuece lo mismo que cuando te pica una abeja y te deja ahí el aguijón. Con el tiempo sana, pero al principio duele de la hostia.

Aprieto los puños al pensar en Chelsea y Scott. A ellos no los odio. Lo que le dije a Luke era cierto. Me alegro de su felicidad. Si quieren estar juntos, que lo estén, pero puedo ignorarlos durante unos días, ¿no? Y quien dice días puede decir también semanas. O meses.

Me entra la risa. Cualquier terapeuta se pondría las botas conmigo. Tengo tantos frentes abiertos que podría empezar por el que le diese la gana. Por ejemplo, con el entrenador Jenkins. ¿Por qué me ha ofrecido el equipo junior? No lo había hecho nunca. Jamás habíamos hablado de la posibilidad de ser entrenador. ¿Por qué ahora sí? ¿Porque ha hablado con mis padres y estos le han dicho lo de mi rodilla? ¿Porque sabe que Luke será su capitán hasta que lo fiche un equipo de la NHL y se marche a jugar a Seattle o, incluso, a Vancouver? ¿Porque siente la necesidad de darme algún premio de consolación?

Aprieto todavía más los puños, hasta que los nudillos se me vuelven blancos y me clavo las uñas en las palmas.

Pues que sepa que no necesito premios de consolación, como tampoco necesito esas pastillas.

La puerta del edificio se abre y me aparto aliviado del coche al ver aparecer a TJ. Por esto odio los silencios, porque no encuentro el puñetero botón que detiene a la rueda que da vueltas sin parar.

Me saluda con la mano y me dedica una sonrisa comedida cuando nuestras miradas se encuentran. Me da la sensación de que no estaba muy segura de que fuera a seguir aquí cuando volviese. A su lado, va una niña de pelo negro muy oscuro que la agarra de la mano y me mira con los ojos achinados. No sé si porque me está estudiando o porque me tiene miedo. Le da un tirón a TJ, que detiene el movimiento. La mira y después se agacha hasta quedar a su altura, de espaldas a mí. No sé qué se están diciendo, solo puedo ver que TJ mueve mucho los brazos y que la pequeña asiente con la cabeza a cada una de las cosas que su hermana mayor le dice. Al final, esboza una ligera sonrisa y vuelve a cogerse de la mano de su hermana.

Cuando las tengo delante, me fijo en que no se parecen en nada.

Y no solo por el color del pelo, sino en que TJ, por ejemplo, tiene la nariz respingona y los labios finos y, su hermana, por el contrario, tiene la nariz más ancha y el labio inferior grueso.

¿Y los ojos?

Los de TJ son marrones y los de la pequeña azules. Pero muy azules. Son como la noche y el día.

—¿Todo bien? —le pregunto a TJ. Le suelta la mano a la pequeña y le acaricia el pelo de forma tierna.

—Se llama Ivy. Es un poco tímida.

Me agacho hasta que mis ojos quedan a la altura de los de Ivy y extendiendo la mano.

—Hola, Ivy, yo soy Brad, encantado de conocerte.

La niña mira mi mano y después a su hermana. Esta asiente, en señal de aprobación, y entonces Ivy me la agarra, rodeándomela con sus deditos. No dice nada, pero su apretón es seguro y fuerte. Todo lo fuerte que puede ser para una niña de ¿seis? ¿Siete años?

Siempre he sido muy malo intentando adivinar las edades de los demás.

Miro su camiseta. Es blanca y está llena de dibujos de comida; helados, patatas fritas, hamburguesas, donuts... Hasta hay un aguacate y un trozo de melón con ojos. Me parece muy original y divertida.

—Me encanta tu camiseta, ¿sabes? La mía no tiene dibujos. Es de color gris, muy sosa y aburrida. —Espero unos segundos a ver si me dice algo, pero la pequeña solo me mira—. ¿Vas a

acompañar a tu hermana al trabajo? Deberías decirle que te trajese un día al centro. También es divertido.

Mentira.

Es una mierda, y espero que TJ nunca la traiga, pero es lo primero que se me ha ocurrido. Sigue en silencio.

Tengo un público difícil.

—No sé qué te ha dicho tu hermana sobre mí, pero te juro que soy simpático —se lo digo susurrando, como si fuese un secreto. Pero nada, sigue sin mostrar ningún tipo de interacción. TJ le pasa un brazo por los hombros y la pega a ella.

—Oye, ¿te importaría si nos vamos ya? No me gustaría llegar tarde.

Me incorpore.

—Sí, claro. Perdón, pasad. —No sé muy bien si ha pasado algo y, si ha pasado, el qué, pero tengo la sensación de que me he perdido algún capítulo.

Ivy pasa primero y después lo hace su hermana mayor. Sé que debería sentarme delante con Héctor. Aunque se trata de un BMW X3, lo que significa que no es un coche pequeño, iremos más cómodos si ellas van detrás y yo delante, pero entro después de TJ y me siento a su lado.

—¿Estás cómoda? —le pregunto a TJ en un último intento de que me diga que no y tenga que moverme. Pero asiente, y yo pues me quedo y cierro la puerta—. ¿Dónde vamos?

—Ah, sí. Perdona. —Coloca una mano en el asiento del copiloto y se inclina hacia delante, hacia Alfred—. Es la librería que está en la calle Church, pero es peatonal, así que puedes parar en la calle Pearl donde te venga bien. Gracias.

—¿Trabajas en Crow? —TJ vuelve a su sitio. Al hacerlo, no calcula bien y apoya su mano en mi muslo. Puedo sentir cómo su toque me electrocuta. También cómo va directo a mi entrepierna.

Su mano no, la sensación.

La aparta enseguida, como cuando metes sin querer el dedo en el aceite hirviendo. Las mejillas se le tiñen de rojo y se muerde el labio inferior, avergonzada. De repente, quiero soltarle el labio de entre los dientes y acariciárselo.

—Perdona —murmura.

Si no fuera porque estoy intentando por todos los medios no empalmarme —o que no se me note mucho el empalme a través de la tela del pantalón de chándal—, apreciaría más ese sonrojo, porque me parece adorable.

Sobre todo, viniendo de una persona que intenta aparentar que es seria y un poco fría.

—Entonces, ¿trabajas en Crow? —Recupero la pregunta inicial intentando así ir a lo seguro. También recito mentalmente el nombre de todos mis compañeros de equipo, porque necesito olvidarme de que esas mallas que lleva son finísimas y le hacen un culo de infarto. Cosa en la que, por supuesto, no me he fijado cuando se ha inclinado para hablar con Héctor.

—Sí. —La mano que había puesto en mi muslo ahora la tiene escondida entre sus piernas. Con la otra sujeta la de Ivy, que mira distraída por la ventana—. Llevo casi un año trabajando allí. ¿La conoces?

—¿Estás de broma? Es mi librería favorita. Cuando era pequeño, mi primo Scott y yo íbamos muchos sábados a pasar allí la mañana, al salir de entrenar, porque siempre tenían alguna actividad para niños. El señor Radhi nos daba piruletas.

Sonrío, pasando por alto la punzada que he sentido en el pecho al pensar en mi primo.

—¿Te gustaba leer?

—Me gusta leer —la corrijo, en presente. Frunce los labios y entrecierra la mirada. ¿Le

sorprende? Me llevo una mano al pecho, ofendido—. ¿De qué te sorprendes tanto?

—No me sorprende —miente.

—Has fruncido los labios y me estás mirando así. —La imito.

Relaja el semblante, aunque juro que sigue habiendo incredulidad en sus ojos.

—No es verdad.

Bufo.

—También decían que lo de Kim Kardashian y Kris Humphries era para toda la vida y, mira, setenta y dos días les duró el amor.

TJ se me queda mirando como si me hubiese salido nariz de elefante de repente, antes de estallar en una carcajada. Una que le hace vibrar todo el cuerpo y, como estamos tan pegados, tan, tan, tan pegados, el mío también vibra, y es una sensación que me gusta.

Por lo menos, que me hace sentir bien.

Cuando deja de reírse, aprieta los labios y se muerde el interior de las mejillas.

—¿En serio acabas de nombrar a Kim Kardashian? —Agito la mano en el aire con desdén.

—No te desvíes del tema. —Me toco el pecho—. ¿Tengo pinta de que no me gusten los libros?

—Yo no he dicho eso.

—Claro que lo has dicho. —Acerco despacio mi rostro al suyo y clavo mis ojos en los suyos. Sin parpadear. Retándola—. Dime que estoy mintiendo. Pero dímelo sin apartar la mirada.

Intenta aguantármela, pero solo dura unos segundos. Al final, resopla y pone los ojos en blanco.

—Vale, confieso. Puede que lo pensara. ¡Pero muy poco!

Sacudo la cabeza con fingida indignación.

—Tienes un concepto de mí pésimo —sonríó—. Aquí donde me ves, podría recitarte el principio de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen de memoria.

—Demuéstralo. —No sé si me pone más lo que ha dicho, cómo lo ha dicho o cómo me ha mirado mientras lo decía. Solo sé que, de repente, tengo su cara tan cerca de la mía que nuestras narices se rozan.

Un olor dulzón y suave me atraviesa las fosas nasales. Trago saliva ante el impulso repentino de acercar mi nariz a su cuello y aspirar.

—«Es una verdad reconocida universalmente que a todo hombre soltero que posee una gran fortuna le hace falta una esposa. Por poco que se conozcan los sentimientos o las opiniones de un hombre tal a su llegada a una comarca, esta verdad está tan bien fijada en las mentes de las familias de los alrededores, que al hombre se le considera propiedad legítima de alguna de sus hijas».

Me callo y no digo nada más. No porque no sepa cómo continúa el libro, que me lo sé de memoria, sino porque no puedo, y no puedo porque los ojos de TJ no me dejan. Porque me miran asombrados. Pero no es un asombro intentando ocultar una incredulidad. Es un asombro disfrazado de admiración. Mi estómago tampoco me deja seguir hablando. Ni mis manos, que han empezado a hormiguearme.

TJ deja de morderse el interior de las mejillas y relaja los labios, y yo los miro, y me encuentro preguntándome a qué sabrán. Si me dejará probarlos. Porque, no sé cómo, probar los labios de TJ se ha convertido en una necesidad básica que tengo que cumplir.

—Jane Austen es la autora favorita de mi madre. —Me encuentro diciendo, supongo que por los nervios de hacer algo para no sucumbir a lo que de verdad quiero hacer. La voz me sale ronca. Espero que no se dé cuenta. O sí. No sé muchas cosas ahora mismo—. Mientras que a los

otros niños les leían cuentos sobre dragones o astronautas antes de irse a dormir, mi madre me leía algún fragmento escrito por Jane Austen. *Orgullo y prejuicio* es su libro favorito. Y el mío.

TJ sigue sin decir nada, solo me mira, y eso no sé si es bueno o malo. Estoy nervioso.

Joder, estoy nervioso.

¿Acaba de pasarse la lengua por el labio inferior? ¿Eso significa algo? ¿Se habrá dado cuenta, siquiera, de que lo ha hecho? ¿Cuántos segundos más puedo quedarme mirándola y no parecer un salido?

¿Puedo besarla?

—Hemos llegado. —La voz de Héctor me llega lejana, como si estuviera a miles de kilómetros de aquí. Solo soy capaz de reaccionar cuando escucho el sonido de un claxon. Y cuando veo los ojos de TJ abrirse de par en par, horrorizados.

Parpadea y se echa hacia atrás.

Su nariz ya no roza la mía. Su olor dulzón ya no me golpea en las fosas nasales. Se ha tirado tan hacia atrás que ya ni siquiera nos rozamos. Mira a todas partes menos a mí.

—¿Hemos llegado? —balbucea. Eso debería alegrarme, porque significa que no soy al único al que este momento de «no sé qué narices es» le ha afectado, pero mi cabeza solo puede quedarse con los ojos horrorizados con los que me ha mirado un segundo antes de apartarse. Y de que evita, a toda costa, mirarme a la cara.

—Sí —responde Héctor.

—Gracias. —Se estira por encima de su hermana y abre la puerta. Esta sale y TJ lo hace tan pegada a Ivy que juro que no sé cuál de las dos se baja antes del coche.

Salgo y de una zancada me coloco delante de las dos, que ya han rodeado el coche, bloqueándoles el paso. TJ se detiene en seco. Evita el contacto visual. De hecho, mis zapatillas de deporte le deben de parecer fascinantes, o a lo mejor son las baldosas del suelo.

—Muchísimas gracias por traernos. Supongo que ya nos veremos por el centro. —Usa un tono educado y formal que no le pega nada. Me meto las manos en los bolsillos porque no sé qué hacer con ellas.

—No has comido nada. ¿Quieres que vayamos a por un bocadillo o alguna otra cosa? —Aún no he terminado de hacer la pregunta que ya está negando con la cabeza.

—Tengo que prepararlo todo, pero muchas gracias.

Con la mano de la pequeña bien cogida a la suya, ambas me rodean y se marchan a paso rápido. Cualquiera que las viera pensaría que se ha desatado un fuego.

Ivy aún se gira y me dedica una pequeña sonrisa.

TJ, nada.

Me quedo mirando la calle y una sensación rara me pinza la boca del estómago. Una sensación llamada desazón. Porque sí, me molesta esta mierda de despedida que hemos tenido. Me molesta la forma en la que TJ ha salido corriendo. Puede ser irracional, no digo que no, pero me molesta y punto.

Me acerco a la ventanilla del copiloto y le pido a Héctor que se vaya, que yo me quedo aquí. Le pago y, en cuanto se va, enfilo hacia la librería con una parada técnica en Dunkin porque, no sé TJ, pero yo me muero de hambre.

Encargo una caja de seis donuts, uno de fresa, otro de chocolate, de dulce de leche, de manzana y canela, de coco y avellana y, por supuesto, de galleta *lotus*, mi preferido. También pido tres limonadas, dos de frutas del bosque y otra de maracuyá.

Espero que ni TJ ni su hermana sean diabéticas o estoy jodido.

Al entrar en Crow me doy cuenta de dos cosas. Bueno, de tres. La primera, que huele igual

que siempre; a libro nuevo mezclado con algo antiguo. Segunda, que no ha cambiado nada. Siguen estando las mismas estanterías y las mismas mesitas rodeando y decorando los distintos pasillos. Todo lleno de libros. Y, por último, que no cabe ni un alfiler. Está llena.

Intento hacer memoria, pero juraría que nunca la había visto tan abarrotada de gente, nunca. Soy alto, aun así, me pongo de puntillas para ver si veo la cabellera rubia de TJ por algún lado, pero ni rastro.

—Mamá, corre, que ya va a empezar —escucho gritar a un niño, emocionado.

Lo mejor cuando estás perdido es seguir a la marabunta, y eso hago. Me adentro con el niño emocionado y su madre hasta el fondo del local, donde me encuentro con un pequeño escenario decorado con telas, retales y dibujos de un monstruo en distintos colores.

Estoy admirándolo todo cuando la veo aparecer. TJ se sube a la pequeña tarima y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas. Se ha recogido el pelo en dos trenzas, que le caen a los lados, y lleva un gorro rojo que acaba en punta. Pero lo que más me llama la atención es la sonrisa que le ilumina el rostro. Una cargada de pasión. De felicidad. Desvía la atención hacia su derecha y saca la lengua a la vez que arruga la nariz y se pone bizca, juguetona. Cuando miro, veo que es a su hermana a la que le está dedicando ese gesto, que le responde de la misma manera.

Si la sonrisa de TJ es bonita, la de Ivy estoy seguro de que sería capaz de derretir hasta el corazón más frío. No había visto jamás tanta ilusión acumulada en una sola sonrisa. Ahora entiendo por qué era tan importante para TJ recoger a su hermana.

—¿Cómo estáis? —pregunta, mientras se lleva los pulgares al pecho, que suben por este, para después moverlos hacia delante con los pulgares hacia arriba y una expresión interrogativa. Los señala a todos con los dos dedos índices.

—¡Bien! —contestan algunos, contentos, mientras que otros, con la palma de la mano bien abierta, se la llevan al pecho y se lo señalan con el pulgar.

—¿Y tenéis ganas de escuchar una nueva historia? —pregunta de nuevo, moviendo las manos.

—¡Sííí! —Muchos niños cierran la mano en un puño y la mueven hacia delante y hacia atrás, imitando el movimiento de la cabeza al asentir.

—¿Y sabéis cuál he elegido hoy?

—¡¡¡La historia del monstruo de los colores!!!

Todo son risas, exclamaciones y gritos a mi alrededor, pero yo no puedo dejar de mirar a TJ. Está hablando, la escucho, pero no solo habla con sonidos, también lo hace con las manos.

Entonces caigo. TJ está hablando con lengua de signos y lo hace con la misma soltura con la que habla inglés. Por supuesto, no es la única que se comunica de esta manera. Muchos de los niños y de las niñas que hay en la librería se están dirigiendo a ella de la misma manera. Entre ellas, su hermana.

Ivy es sorda.

Pienso en cuando TJ se ha parado frente a ella, antes de acercarse a mí, y le ha hablado moviendo las manos. O cuando nos hemos conocido y no ha contestado a ninguna de mis preguntas.

En su silencio en el coche.

De repente, me siento idiota. ¿Cómo no me he dado cuenta? ¿Y por qué TJ no me ha dicho nada? Sé que no tiene por qué ir por ahí pregonando que su hermana es sorda, pero podría habérmelo dicho.

No se ha dado cuenta de mi presencia, así que aprovecho para irme a una esquina de la librería y observarla. Por supuesto, me olvido de los donuts, del batido y del hambre que, hasta

hace unos minutos, tenía. Todo es por culpa de TJ, de su sonrisa, de sus ojos brillantes y de la pasión con la que está contando el cuento. De las expresiones de su cara cuando muestra tristeza, alegría o miedo. De las risas de los demás. De las miradas que cada cinco segundos le dirige a su hermana. Del cariño y la ternura que muestra en todas y cada una ellas.

Puede que se haya dado cuenta de que le gusta ser auxiliar de fisioterapia, pero le apasiona lo que está haciendo en este momento. Desde que la conozco, ni una vez la he visto tan radiante como está ahora.

Estoy debatiéndome conmigo mismo sobre todo lo que, parece, he descubierto en un solo día de TJ, cuando sus ojos me encuentran y... No tengo ni idea de qué pasa a continuación. Solo sé que, de repente, deja de hablar y las mejillas se le ponen tan rojas que hacen juego con el gorro que lleva sobre la cabeza.

Levanto la mano en la que llevo los batidos y la agito en el aire a modo de saludo, pero, ella, lejos de devolvérmelo, gira la cabeza y vuelve a la lectura del libro. Sigue sonriendo, pero no es la misma sonrisa que antes. Está más apagada. ¿Tanto le molesta mi presencia?

No entiendo nada.

Sigo mirándola un rato más, pendiente de si vuelve o no a dirigir su atención en mi dirección, pero no lo hace. Ni una sola vez. De hecho, es como si estuviera intentando, con todas sus fuerzas, mirar a cualquier parte menos a mí. Como en el coche.

Está claro que no soy bienvenido en esta librería. ¿La habré presionado demasiado? El otro día no quería que me quedase con ella y la ayudase con el inventario. Hoy tenía reticencias a que la acercara a casa en coche. También a que la esperase cuando ha ido a por su hermana. A lo mejor sí que me he extralimitado.

Pienso en la cercanía que he sentido en el coche con ella. En la conexión. A mí me ha gustado, me ha hecho sentir cómodo. Relajado. Me he reído, e incluso ha hecho que me olvide de los problemas que llevo atados a la cintura y que me persiguen hasta en sueños. Pero que yo haya sentido todo eso no significa que ella deba haberlo sentido también. Que a mí su compañía me sirva como vía de escape no significa que tenga que servirle también a ella.

Me aparto de la estantería en la que estoy apoyado y, disculpándome con la gente que tengo a mi alrededor y sin volver a mirar ni una vez hacia el escenario, salgo de la librería para regresar a casa.

CAPÍTULO 17

Ryan, que no Brad

~TJ~

Subo las escaleras con Ivy en brazos. Se ha quedado dormida en el autobús y me ha dado mucha pena despertarla, pero llegará un momento en el que tendré que hacerlo porque cada vez pesa más y a mí me deja las lumbares hechas polvo.

Metó la llave en la cerradura y abro la puerta. Está todo en silencio y a oscuras, a excepción de la lamparita que hay en la entrada. Supongo que mi madre la ha dejado encendida para nosotras.

Cierro la puerta con el pie con mucho cuidado para no hacer ruido y voy hasta la habitación de Ivy para dejarla en su cama. Le quito los zapatos y la arropo con la sábana. Le aparto el pelo de la frente y me quedo mirando su carita, en la que hay una sonrisa preciosa. Ivy siempre sonríe, y está claro que lo hace hasta dormida.

Hoy ha sido un día emocionante para ella. Le encanta acompañarme a la librería, pero más le gustan las actividades, y los cuentacuentos son su actividad favorita. Lo vive todo con tanta intensidad que es imposible no quedarte embobada mirándola mientras leo los cuentos. Porque por ella, por esos ojitos tan emocionados y llenos de vida, por esas risas silenciosas que me regala, todo vale la pena.

Le doy un beso en la mejilla y me marcho de su habitación.

Me llevo una mano al pecho cuando, al cerrar la puerta y darme la vuelta, me encuentro a mi madre parada en mitad del pasillo.

—¿Te he asustado?

—Un poco. —Casi se me sale el corazón por la boca, pero no pasa nada—. ¿Qué haces ahí parada? Creía que estarías durmiendo.

—Estaba en la cama leyendo. Quería esperar a que vinieseis.

Le echo un rápido vistazo de la cabeza a los pies. Escucho su suspiro lastimero.

—Estoy bien —masculla, cansada. Sé que está cansada de que me pase la vida inspeccionándola, y juro que puedo entenderla. Conociéndome, en su situación yo estaría igual o más cansada que ella de que siempre me mirasen como si estuviera a punto de romperme, y sé que a ella le duele el doble porque yo no dejo de ser su hija y ella mi madre, y no para de repetirme que debería ser al revés; los padres preocupándose por sus hijos. Y repito, juro que la entiendo, pero no lo puedo evitar y tiene que entenderlo.

Necesito comprobar que está bien. Y no solo por ella, por mí.

Se acerca hasta quedar frente a frente y me pone la mano en la mejilla. Siempre las tiene demasiado frías, pero hoy está caliente, y ese calor me reconforta y me sacude por dentro, así que cierro los ojos y me permito, durante unos segundos, solo unos, que mi madre me acaricie la mejilla y las cejas con cariño y mucha delicadeza.

—¿Os lo habéis pasado bien esta tarde?

—Aja. —Abro los ojos, aunque me cuesta. Que bien está una cuando se deja mimar—. ¿Y tú? Me enseña el libro que lleva en la otra mano.

—He estado leyendo un poco. Creo que nunca me cansaré de leer este libro.

Tengo que parpadear varias veces seguidas para comprobar si es cierto lo que están viendo mis ojos, porque no puede ser. No puede ser. *Orgullo y prejuicio*. ¿Mi madre está leyendo *Orgullo y prejuicio*? ¿No había otro libro? ¿Esto es una broma?

Comienzo a marearme y me llevo una mano al estómago.

—Tayra, ¿estás bien? —Asiento, porque no quiero que mi madre se preocupe, pero no, no estoy bien.

Ver el libro de *Orgullo y prejuicio* me lleva a pensar en Brad, aunque, ¿a quién quiero engañar? Llevo todo el día pensando en él. Y no porque me haya salvado al recogerme y llevarme a la librería. Llevo todo el día pensando en él porque tengo la sensación de que me he abierto más a él de lo que me he abierto nunca a nadie.

Llevo todo el día pensando en él porque no puedo quitarme de la cabeza la amargura que había en su tono de voz cuando ha confesado que no puede conducir, como si le doliera solo con pensarlo.

Llevo todo el día pensando en él porque solo me han entrado ganas de acercarme a él y abrazarlo, y yo no abrazo, joder. Nunca.

Llevo todo el día pensando en él porque aún tengo sus ojos calentándome el cuerpo, y es un tipo de calentamiento que no tiene nada que ver con el que he sentido cuando mi madre me ha acariciado la mejilla.

Llevo todo el día pensando en él porque aún tengo su risa haciéndome cosquillas en el pecho. Y la mía. Aún tengo mis carcajadas reverberándose en el pecho. Ni siquiera me acuerdo de cuándo solté una así, tan despreocupada, tan natural, por última vez. Una que no tuviera como protagonistas a mi madre o a mi hermana.

Llevo todo el día pensando en él porque no he podido quitarme de la cabeza su aliento haciéndome cosquillas mientras me recitaba el primer párrafo de *Orgullo y prejuicio*. Ni mi piel de gallina.

Llevo todo el día pensando en él porque no puedo dejar de verlo en esa librería, mirándome, descubriendo un secreto mío. No es que Ivy sea un secreto, pero es una parte de mi vida a la que no dejo acceder a nadie porque no soporto la lástima, la incompreensión de sus miradas, las preguntas...

Llevo todo el día pensando en él porque no me han pasado desapercibidos los donuts que llevaba en la mano. Ni los batidos. Tres batidos. Y a cualquier otra persona puede parecerle una estupidez, pero a mí no. Porque eso significa que, de alguna manera, le importas lo suficiente a alguien como para que vaya a buscarte algo de comer porque se ha dado cuenta de que no has comido en todo el día, y yo no quiero importarle a nadie hasta ese punto.

Llevo todo el día pensando en él porque he odiado, por un segundo, tener que bajarme de ese coche y no poder seguir hablando con él.

Llevo todo el día pensando en él y sintiendo cosas a las que no sé ponerle nombre y que me asustan, porque no me gusta y no quiero sentir las. No quiero distracciones. No puedo permitírmelas. No cuando son distracciones que te llevan a pensar en ellas durante todo el maldito día.

Dejo que el aire salga de mis pulmones en una única exhalación y le sonrío a mi madre, que sigue con el ceño fruncido y un surco de arrugas en la frente y los ojos por culpa de la preocupación.

—Perfectamente —digo, contestando a su pregunta—. Estoy cansada. Los niños son agotadores.

No me cree mucho, su mirada me lo dice, pero aun así asiente con un movimiento lento de la cabeza y me da el libro.

—Dile al señor Radhi que muchas gracias. ¿Me traerás otro mañana? No tengo preferencia. Siento que el libro me quema en las manos.

—Claro, mamá. Voy a darme una ducha y a dormir.

—Yo también. —Me da un beso antes de entrar en su habitación.

Yo debería ir al baño a darme esa ducha que tanto necesito, pero, por el contrario, voy hasta mi cuarto y me siento en el suelo con la espalda apoyada en la cama. Flexiono las rodillas y escondo la cabeza entre ellas. Todo eso tras soltar el libro nada más entrar y dejarlo tirado por ahí.

No sé qué me pasa. Me siento rara, desubicada, como si hubiera perdido el control de algo y ni siquiera sé muy bien de qué, y eso no está bien.

No me gustan las distracciones. No las que son a largo plazo, pero sí que me gustan las cortas, las que me hacen olvidar, por un momento, que he tenido un día raro que prefiero no recordar, así que cojo mi teléfono móvil de la mochila y busco entre mis contactos a una persona que me pueda hacer olvidar. Es entonces cuando me acuerdo del mensaje de Ryan. Un mensaje que no llegué a contestar.

Suspiro.

Necesito hablar con Ryan porque necesito sacarme a Brad de la cabeza.

TJ:

¿Sigues en la ciudad?

Me siento aliviada cuando su mensaje me llega apenas pasados unos segundos. Ryan viaja mucho. No sé por qué ni tampoco me importa. Lo que me importa es que sigue en Burlington.

Ryan (El que nunca lleva condones encima):

Sí.

TJ:

Pásame la dirección de donde te alojes.

Ryan (El que nunca lleva condones encima):

No estoy en mi casa. Dime la dirección y voy a buscarte.

Me gusta que no me haga preguntas banales, como preguntarme por qué no le contesté el otro día y ahora sí. O a qué viene esto. Ambos sabemos a lo que vamos y todo lo demás sobra. Pero ni de coña voy a darle la dirección de mi casa. Eso le daría cierto poder, o ventaja, de dónde buscarme, y yo no quiero que me busquen.

Por supuesto, eso me lleva a pensar de nuevo en Brad. A él no tuve problemas en darle mi dirección. Ni siquiera me paré a pensar en los inconvenientes que eso podría ocasionarme. Me digo que fue por Ivy, por llegar a tiempo, pero es una manera de envolver el hecho de que, independientemente de que eso fuera verdad, estoy a gusto con él.

Brad Hamilton me hace sentir cómoda.

TJ:

Te espero en el parque Oakledge

Me levanto, voy al cuarto de baño y me lavo la cara con agua fría. La ducha tendrá que

esperar. No le digo nada a mi madre, ya debe de estar dormida. De todas formas, no es la primera vez que salgo de casa mientras ella duerme. Las patillas que se toma la dejan fuera de combate la mayoría de las noches.

Salgo de casa sin nada más que las llaves y el teléfono móvil, y ando a paso rápido hasta la entrada del parque. Los faros del coche de Ryan no tardan en aparecer. O estaba muy cerca o tiene muchas ganas. Cualquiera de las dos opciones me vale.

Aparca el coche y sale. Lo hace con una sonrisa sincera, y yo me siento mal un segundo por utilizarlo. Pero solo un segundo. Porque entonces recuerdo que esto es algo que buscamos los dos y se me pasa.

—Cuánto tiempo —me dice al llegar hasta mí.

—Sí, mucho.

No me da la mano, ni dos besos ni, por supuesto, un pico. Un saludo y una sonrisa. Punto para él. Señala el coche a su espalda.

—¿Nos vamos?

No quiero ir a su casa. No cuando sé de un sitio al que podemos ir y que está aquí al lado.

—No hace falta coger el coche, sé de un sitio que está aquí al lado. Sígueme. —Su risa llega a mis oídos cuando me doy la vuelta y entro en el parque. Hay gente paseando, charlando, incluso haciendo *footing*. Yo me centro en no perder de vista mi objetivo.

—¿Lo vas a hacer en el parque? ¿Dónde vamos? —me pregunta. No contesto—. Oye, que a mí no me molesta el exhibicionismo, pero no sé hasta qué punto esto es legal.

Lo miro de reojo. Lleva las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y mira a su alrededor con ojo analítico.

No me acuerdo de cuándo fue la última vez que nos vimos. ¿Tres meses? ¿Cuatro? No ha cambiado mucho, a excepción del corte de pelo y la cicatriz que tiene sobre el ojo derecho. Una cicatriz que ya está curada porque está claro que se la hizo hace tiempo, pero que tuvo que ser profunda, por el tamaño. Sé que debería preguntarle, al menos, cómo se la ha hecho, ya sea solo por educación, pero estoy tan concentrada en olvidar que no puedo pensar con lógica.

Diviso mi objetivo a lo lejos y eso me hace soltar un suspiro y relajar un poco los hombros. Veo a Ryan seguir mi mirada y entrecerrar los ojos.

—¿Eso es una casa en un árbol? —Asiento.

—La encontré aquí un día que salí a correr. Está abandonada y, las veces que he venido por aquí, nunca me he cruzado con nadie.

—¿Y es segura? —Nos detenemos debajo de la casa y Ryan mira su estructura con preocupación—. No me gustaría que el suelo se desplomara bajo nuestros pies.

Me acerco a la escalera, que está pegada al tronco del árbol, y empiezo a subir.

—Yo nunca me he caído. —Y es verdad, aunque también es cierto que solo estaba yo. No tengo muy claro si aguantará el peso de los dos. Aun así, sigo subiendo. Escucho suspirar a Ryan, pero también lo siento subir detrás de mí—. Ten cuidado con el segundo peldaño. Está un poco suelto.

Entro dentro de la casa y me pongo de pie. No es como la típica casa del árbol que ves en las películas en la que solo cabe un niño menor de diez años y un adulto encorvado. En esta casita de madera caben dos adultos sin problemas.

Siento unas manos rodeándome la cintura y unos labios recorriéndome la nuca.

—Aunque temo por la integridad de este suelo, tengo que reconocer que el sitio es una pasada.

Apoyo la espalda en su pecho, cierro los ojos y dejo que Ryan me siga besando la piel y

juegue con el borde de mi camiseta.

No quiero pensar, solo quiero sentir. Y olvidar.

Sobre todo, quiero olvidar.

Ryan termina de besarme una parte del cuerpo y pasa a la siguiente. Escucho cómo inspira. Suelta un jadeo al tiempo que baja una de sus manos por mi costado hasta llegar al muslo y apretar.

—Había olvidado lo jodidamente bien que hueles siempre.

No me importa que me hablen durante el sexo. De hecho, algunas veces hasta lo pido. Pero hoy no quiero cháchara.

Llevo una de mis manos a su nuca y con la otra le cojo la mano que tiene en mi muslo y la subo hasta colarla en el elástico de mis mallas y de ahí a mi sexo. El jadeo de Ryan me hace cosquillas en el oído.

—Tócame —suplico. Ryan me obedece sin rechistar y tres de sus dedos comienzan a frotarme. Al principio más suave, pero cuando mi respiración se vuelve irregular lo hace más deprisa.

—¿Puedo quitarte las mallas? —Me pide—. Me dificultan el movimiento.

Yo misma lo ayudo a quitármelas y, de una patada, las mando lejos. Estoy desnuda de cintura para abajo. A otra persona, ese hecho la haría sentir vergüenza. A mí, solo me dan ganas de querer más.

Ryan cuela un dedo en mi interior y yo pego un brinco. Esto es lo que necesitaba.

Justo esto.

Lo mete y lo saca con tanta rapidez que voy a correrme más rápido de lo que creía.

—¿Te gusta? —Me muerde el hombro y cuela otro dedo—. ¿Te gusta esto?

—Sí. —Cierro los ojos y me abandono a la sensación. Joder, voy a correrme—. No pares, Brad. No pares.

Saca los dos dedos y comienza a frotarme el clítoris.

—Me llamo Ryan, aunque puedes llamarme como te dé la gana.

Lo miro por encima del hombro.

—¿Qué? —Saca los dedos de mi interior, me pellizca el clítoris y después me lo acaricia con la palma abierta.

—Que me has llamado Brad —puedo sentir como una corriente fría me hiela las venas—, pero que a mí me da igual. Que puedes llamarme como quieras.

Sonríe y vuelve a masturbarme, pero yo solo puedo mirarlo. No lo he llamado Brad. No puedo haberlo llamado Brad, ¿verdad?

«No pares, Brad. No pares». El corazón se me detiene dentro del pecho y deja de latir. Sí que lo he hecho, lo he llamado Brad.

Mierda.

Cierro los párpados cuando Brad vuelve a cruzarme la mente como un tsunami. Sus ojos, su dolor, su forma de mirarme, su nariz rozando la mía, su forma de hablar, su risa, su sonrisa, su olor, cuando me ha tocado, el calor, su sarcasmo...

Echo la cabeza hacia atrás y entonces me corro. Lo hago tragándome un grito porque temo volver a gritar su nombre. Me muerdo el labio tan fuerte que siento el sabor metálico de la sangre acariciándome la lengua. Levanto los párpados y la siento. Una lágrima.

¿Qué cojones hace aquí una lágrima?

El cabreo reemplaza a lo que sea que me ha hecho llorar y me doy la vuelta. Basta ya de juegos.

Ryan me mira y abre los ojos de par de par. No sé qué ve en mi cara, pero parece que le gusta, porque se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones tan rápido que en otra ocasión me hubiese parecido hasta un pelín exagerado. Antes de lanzar el pantalón de cualquier manera al suelo, saca un condón del bolsillo trasero. Lo abre con los dientes y se lo pone.

—Túmbate —le ordeno. Su sonrisa es de auténtico goce.

Me siento a horcajadas sobre sus caderas y me introduzco su polla en mi interior casi de golpe.

Olvidar. No pensar.

Me muevo arriba y abajo a un ritmo rabioso. No hablamos. Todo son jadeos y el golpeteo de nuestros cuerpos al chocar. Y eso de no pensar se me da un poco como el culo, porque vuelvo a pensar en Brad, en nuestras conversaciones en el coche, en sus preguntas y mis respuestas, en su sonrisa, en mi carcajada... Y una sensación de calidez me pellizca el estómago. Sobre todo, cuando recito en mi cabeza el inicio de ese libro que descansa tirado sobre el suelo de mi habitación. Cuando recuerdo su nariz pegada a la mía.

El segundo orgasmo llega tan fuerte que me ciega. Apoyo las palmas sobre el pecho de Ryan y sigo moviéndome hasta que él también se corre. Estoy exhausta.

En otro momento esperaría un poco a que nuestras respiraciones se ralenticen, pero hoy siento una necesidad tan grande de salir corriendo que, cuando quiero darme cuenta, ya me estoy vistiendo.

Miro a Ryan tumbado en el suelo. Él no se ha movido ni un ápice. Ni siquiera se ha quitado el preservativo. Tiene un brazo sobre la frente y la otra mano en su pecho, que le sube y le baja agitado. Me mira con un ojo abierto y otro cerrado.

—Te echaba de menos. —No lo dice a modo sentimental ni mucho menos romántico. Aun así, no quiero que lo diga.

Me termino de subir las mallas y cojo el móvil y las llaves, que no sé en qué momento dejé caer al suelo. Me paso el pelo por detrás de las orejas.

—Tengo que irme. —Sueno fría, lo sé y lo acepto, pero es lo que hay. Ryan se incorpora hasta apoyar los codos en el suelo y me mira con el entrecejo fruncido.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? Podemos ir a tomar una copa. Recuerda que tengo el coche aquí delante.

Ryan y yo nunca hemos ido a tomar una copa. Jamás.

Fuerzo una sonrisa.

—No puedo, pero gracias.

Giro sobre mis talones y salgo de la casita del árbol como si quemara, dejando al pobre Ryan tumbado en el suelo desnudo de cintura para abajo y con cara de incertidumbre, pero no puedo preocuparme por eso ahora.

Si le molesta, que la próxima vez no me conteste al mensaje.

Cuando llego a casa, tengo el corazón que se me va a salir por la boca. Parece que acabe de llegar de correr una maratón.

Esta vez, voy directa al cuarto de baño, me cierro con pestillo y abro el grifo de la ducha. Me desnudo y me agacho en el suelo. Meto la mano bajo el mueble del lavabo, que está casi a ras de suelo, y lo palpo con los dedos. Suspiro porque tenía miedo de que no estuviera. Siempre llevo uno encima y este es el de repuesto.

Quito el celo y saco el mechero.

Dudo. Por un segundo, dudo, pero lo enciendo y mis ojos se van directos a la llama, que me incita como el canto de las sirenas a los pescadores. La apago. Me siento en el suelo, con la

espalda apoyada en la pared, y lo vuelvo a encender, y entonces sí. La acerco a mi muslo hasta que siento su escozor. Primero es un escozor que duele, pero pronto pasa a ser uno que alivia. Que entumece. Son solo seis segundos los que tengo la llama sobre mi piel, pero son suficientes para quitarme esta sensación rara que tengo.

Una lágrima me cae por la mejilla y dejo que llegue hasta mi boca. Cuando está a punto de caer la segunda, cierro los ojos con fuerza, evitándolo.

Apago el mechero y estiro las piernas mientras cuento despacio hasta cincuenta. Cuando llego, el cuarto se ha sumido en un vaho caliente que me hace sudar.

Cojo otro trozo de celo del cajón y vuelvo a pegar el mechero bajo el mueble. Me meto por fin en la ducha y dejo que el agua se lo lleve todo por el desagüe.

Al salir de la ducha, ni siquiera me molesto en secarme el pelo. Enrollo mi cuerpo en una toalla y me marchó a mi habitación. Me tumbo en la cama y me unto la quemadura con la crema que saco del cajón mientras llego a la conclusión de que no puedo abrirme a Brad Hamilton más de lo que ya lo he hecho. No puedo dejar que vea partes de mí que no le he querido enseñar nunca a nadie.

Con ese pensamiento, apago la luz y me quedo dormida.

CAPÍTULO 18

Te prometo que se me pasará

~Brad~

Si hoy no es el día más caluroso del verano, está cerca de serlo, así que cojo la gorra. Miro la aplicación del móvil y compruebo que a mi conductor le quedan apenas tres minutos para llegar, por lo que decido esperarlo fuera.

Mala idea.

Al abrir la puerta me encuentro el coche de mi primo aparcado en la puerta y a él apoyado en el mismo. Tiene las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y la vista fija en la pantalla del móvil. Teclea a toda velocidad lo que, está claro, es un mensaje de texto. Se me revuelve el estómago porque sé que es para Chelsea. No creo que con nadie más se le ponga esa sonrisa de idiota en la cara.

A lo mejor no lo he superado como le he hecho a todo el mundo creer que sí.

No tengo ni idea de qué hace aquí.

No lo esperaba. Achino los ojos y lo observo unos segundos. Cada vez sonrío más y yo solo quiero partirle la cara. No me ha visto, por lo que sería el momento perfecto para dar media vuelta y entrar de nuevo en casa. Pero, entonces, levanta la cabeza y sus ojos conectan con los míos.

Me siento como un miserable cuando, al hacerlo, se le forma una sonrisa digna de anuncio en esa cara que quiero partir de un puñetazo.

—Hola —me saluda, consiguiendo que una bola cargada de plomo se me asiente en la base del estómago. Cierro la puerta y también le sonrío, aunque mi sonrisa no es, ni de lejos, tan grande como la suya. Ni tampoco tan real.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba. —Scott bloquea el móvil y lo lanza al interior del coche por la ventanilla del copiloto. Abre la puerta y me señala el interior.

—Hoy soy tu chófer —lo dice como si acabara de anunciar el número ganador de la lotería—. Si no lo he entendido mal, tienes rehabilitación a las diez.

—Sí.

—Pues perfecto, porque yo te llevo.

Enarco una ceja.

—¿Te ha dicho mi madre que hagas esto? ¿O mi padre? Porque no hace falta.

A Scott se le borra un poco la sonrisa y niega con la cabeza.

—Solo he pensado que podría estar bien. —Su voz suena apagada, lo que hace que me sienta como una puta mierda.

Me quito la gorra y me paso una mano por el pelo antes de volver a ponérmela. ¿Por qué todo me hace sentir como una puta mierda?

—Ya he pedido un coche. —Saco el móvil y busco la aplicación. Dos minutos para que llegue Sebastian. Levanto el teléfono, con la pantalla hacia él, y me encojo de hombros—. Si me hubieras avisado antes...

Probablemente me habría inventado alguna excusa para rechazar su propuesta, pero no creo

que deba decirle eso.

—Claro. La verdad es que no lo he pensado. —Deja caer los hombros en un gesto de derrota y ahora sí que se le borra la sonrisa del todo. Agacha la cabeza y se pinza el puente de la nariz, y yo solo puedo pensar en nosotros. En todo lo que hemos sido el uno para el otro. En lo que él ha sido para mí.

La bola del estómago se empieza a hinchar y temo que termine haciéndose tan grande que me asfixie. La pena se mezcla con la rabia, y esa es una combinación muy peligrosa.

Pena porque siento que hay un océano tan grande entre nosotros que ni el mejor de los yates es capaz de cruzarlo de punta a punta, y rabia porque ahora mismo es mi persona menos favorita del mundo y eso me duele más que el propio dolor de rodilla.

Aun así... Aun así, me duele muchísimo verlo tan derrotado.

Sebastian aprovecha ese momento para aparecer. Scott deja de mirar la gravilla para mirar el coche que se acerca y...

Mierda.

Bajo los tres escalones del porche y me acerco al conductor que acaba de llegar, que está bajando la ventanilla.

—¿Brad Hamilton?

—Sí, soy yo, pero al final no voy a necesitar el coche. —Abre la boca, pero levanto un dedo para interrumpirle—. Lo siento mucho. Le pagaré el doble.

Eso parece gustarle, porque relaja el semblante. Hago la transacción y despido a mi vía de escape. Me vuelvo hacia Scott.

—¿Todavía puedes llevarme? Parece que me acabo de quedar sin medio de transporte.

Juro que si fueran otras circunstancias grabaría su sonrisa en vídeo, pero ahora mismo solo me dan ganas de llorar.

—Claro. Además —mete medio cuerpo dentro del coche. Al salir, lo hace con un vaso de cartón en cada mano—, he traído café.

Ya me he tomado dos esta mañana, pero mi nivel de negación está bajo mínimos ahora mismo, así que cojo el vaso que me ofrece y le doy un sordo.

—Café con una bola de helado —afirmo.

—Del helado ya solo queda el regusto y la intención, pero sí. Es café con una bola de helado.

¿Se puede, de repente, tener frío en pleno verano?

Entramos en el coche y baja las ventanillas. Cuando arranca, se enciende la radio, y *Take me to church*, de Hozier, empieza a sonar. Ya está empezada, pero me concentro igualmente en ella porque la alternativa, que es hablar, no me llama especialmente.

Scott parece entender cuáles son mis intenciones, porque sube el volumen. Tampoco sé de qué me extraño, sigue siendo la persona que mejor me conoce en el mundo.

Le doy otro trago al café y cierro los ojos tras apoyar la cabeza en el respaldo. Como siempre que me subo a un coche, las palmas me sudan y mi corazón comienza a latir a una velocidad un poco más rápida que la normal. Es solo durante un minuto o dos, pero me pasa siempre, y es horrible.

—¿Cómo te está yendo? —La pregunta de Scott acaba con el silencio. Lo miro de reojo. Me está mirando la rodilla.

Me he tenido que poner esta mañana un vendaje bajo el pantalón porque hoy me duele horrores.

—Bien.

Me concentro en la canción que está sonando ahora. *I love you so*, de The Walters. Ni siquiera

me he dado cuenta de cuándo ha cambiado. Esta no me gusta tanto como la anterior, pero igualmente me concentro en ella.

—¿Te gusta la fisioterapia del hospital? En la universidad también hay un centro. —Me esfuerzo mucho por no resoplar. Parece que al final no voy a poder concentrarme en la canción.

—Lo sé, pero así voy bien. —Claro que lo sé. Iba a ir allí para que tú fueras mi fisioterapeuta, pero te largaste.

—Vale. —Sube el volumen y a punto estoy de sonreír.

Tamborilea el volante con los dedos y sé que es porque está buscando qué decir. Pues, a lo mejor, mi primo no me conoce tan bien como yo creo y no es consciente de que quiero silencio, sobre todo, ahora, que el ambiente parece haberse enrarecido un poco, pero ¿acaso no es lo normal?

—No conozco personalmente a Gérard, pero me han dicho que es bueno. Acabó el primero de su promoción y ha ayudado a muchos deportistas de la universidad.

Lo miro de reojo.

—Sí, no está mal. —Sigo enfadado con él porque no me dijera lo de la rodilla. Mi parte racional sabe que ese no es su trabajo y que no estoy siendo justo, pero hace tiempo que mandé a mi parte racional a por tabaco y aún no ha vuelto.

Scott suspira y asiente. Agarra el volante con más fuerza, aunque no tanta para que los nudillos se le pongan blancos.

Miro por la ventanilla. Estamos cerca, menos mal.

—¿Has pensado en la propuesta de Jenkins? —Mi cabeza se mueve tan rápido que no sé cómo no me disloco el cuello.

—¿Cómo sabes tú que Jenkins me ha hecho una propuesta? —Ni siquiera se la he comentado a mis padres o a Luke.

Scott parece avergonzado. Se le han coloreado ligeramente las mejillas y se está mordiendo el interior de las mismas.

Se cruje el cuello antes de coger aire.

—Me llamó ayer. Me dijo que te había propuesto hacía unos días ser entrenador de los junior y que no sabía nada de ti. Supuso que yo sabría algo.

—¿Y por qué tendrías que saber nada? —Mi tono está entre tosco, borde y hostil.

Se encoge de hombros.

—Porque somos primos. —Parece más una pregunta que una afirmación. Me mira de soslayo—. Porque somos familia y siempre nos lo hemos contado todo.

Una risa seca corta el ambiente. Una que ha salido de lo más profundo de mi pecho. El suspiro de Scott, por su parte, es tan largo en el tiempo que llego a pensar que es capaz de quedarse sin aire en los pulmones.

Diviso el hospital cuando gira la esquina y el alivio que siento es tan grande que estoy por alzar los puños al aire y cantar victoria.

Sé que mi comportamiento de hoy dista mucho del que tuve cuando vino a decirme que estaba enamorado de Chelsea. Ese día estuve medio simpático y hoy estoy borde. Supongo que es cosa de la vida, que es impredecible.

—Brad... —me llama Scott cuando estoy a punto de abrir la puerta. Cierro los ojos. Quiero irme, pero me quedo. Lo hago porque el tono de Scott me duele tanto que no puedo no hacerlo. Suelto el tirador y junto las manos sobre mi regazo.

—No me digas nada —pido en apenas un murmullo—. Ni del entrenador, ni de mi rodilla, ni de... Ni de Chelsea, por favor.

No los veo, pero siento los ojos tristes de mi primo sobre mí. También siento su mano acercándose a mí, pero no me toca.

—No te hablaré de nada de eso, te lo prometo. Solo... Te quiero, Brad. Te quiero muchísimo. Necesito que lo sepas.

Vuelvo a cerrar los ojos y esta vez lo hago porque es imposible no hacerlo cuando el dolor quema tanto.

—Scott, no...

—Espera, por favor —carraspea. Estoy a punto de echarme a llorar y sé que no soy el único—. La cagué. La cagué de tantísimas maneras con la persona más importante de mi vida que no sé qué hacer para solucionarlo. Se me escapa de las manos. Pero necesito que sepas que encontraré la manera de que vuelvas a quererme y a confiar en mí.

Aprieto los puños.

Si hablo, me rompo.

Si abro los ojos, me rompo.

Si respiro, me rompo.

Siento su frente sobre mi hombro y me tensa, y sé que él lo nota, pero no se aparta.

—No te rindas conmigo, ¿vale? No me dejes al margen.

Nos quedamos en silencio unos segundos y, por fin, se aparta. Cojo el tirador y abro la puerta. A la pregunta de antes, la respuesta es sí; se puede tener frío en pleno verano, porque yo ahora mismo estoy tiritando. Salgo del coche y cierro la puerta dando un portazo. Comienzo a andar hacia la entrada sin mirar atrás, pero la bola del estómago no me deja continuar.

Tampoco la congoja.

Me doy la vuelta y vuelvo sobre mis pasos. Cuando abro la puerta del coche, veo que mi primo tiene los ojos rojos.

—No he dejado de quererte. No podría dejar de hacerlo, y te juro que lo he intentado. Tampoco te odio, pero estoy enfadado contigo. Te marchaste, Scott. Te fuiste y me dejaste solo cuando más te necesitaba y eso... —Me llevo una mano al pecho—. Me duele aquí cada día. Cada maldito día. Pero no he dejado de quererte.

No puedes dejar de querer aquello que amas.

Se escucha un sollozo, y no sé si es suyo o mío.

Chasing Cars, de Snow Patrol, se escucha a través de los altavoces del coche. Todo es intenso y electrizante. Todo es demasiado.

Scott sonríe. Lo hace de forma tímida, pero es una sonrisa que demuestra gratitud. Asiento y, por fin, cierro la puerta. Esta vez, cuando comienzo a andar hacia el hospital, lo hago mucho más ligero.

CAPÍTULO 19

Cuando eres borde porque lo necesitas

~TJ~

Finjo que no lo veo entrar por la puerta. Ni que tiene el semblante serio y los ojos rojos y perdidos. Ni que repara en mí en cuanto da un paso hacia delante. Ni que aparta la mirada tan rápido que podría afirmar que no sabía que estaba aquí si alguien le preguntara. Ni que me gusta la gorra que lleva. Y los pantalones. Y la camiseta. Es de un concierto de Harry Styles. No sabía que le gustara Harry Styles.

No le pega.

O sí. No lo sé.

Lo que sí sé es que le gusta *Orgullo y prejuicio* y que se sabe el primer párrafo de memoria. Que lo recita sin apartar sus ojos de los tuyos y con una voz que provoca cosas. Cosas peligrosas.

También puedo fingir que mi estómago no ha sentido una sacudida al recordar todo lo de ayer. Tanto lo del coche como lo de después. En el parque. Con Ryan. Cuando intentaba olvidar a Brad y conseguí todo lo contrario.

Me muerdo el labio inferior y sigo fingiendo que no sé que está a apenas unos metros de distancia mientras reviso la tabla de ejercicios de Mery, una señora con párkinson.

—¿Qué tal, Brad? —lo saluda Annie.

—Se supone que no me puedo quejar. —Su sarcasmo hace reír a la chica, a mí hace que me suden las palmas de las manos. Sujeto la carpeta con las rodillas y me las seco en los pantalones.

—Tenemos que dar gracias por seguir vivos —resopla Annie, fingiendo que hacerlo le supone una tortura.

—Eso parece.

Sé que están los dos de broma. Aun así, que sean capaces de hacer este tipo de comentarios respecto a sus accidentes hace que sienta un ligero escalofrío. No porque piense que esté mal y lo censure, porque hay que pasar por un trauma para llegar a detectar lo que se esconde tras el sarcasmo y la ironía, sino por eso mismo; porque hay que pasar por un trauma para llegar a detectar lo que se esconde tras el sarcasmo y la ironía.

Entre las muchas cosas que me vienen a la cabeza de ayer, no puedo parar de recordar la aflicción y tristeza que había en los ojos de Hamilton cuando confesó que no conducía. Me dio la sensación de que era la primera vez que lo pronunciaba en voz alta, y eso tiene que ser muy duro. Muchos piensan que destacar eso que te hace vulnerable es malo, pero es todo lo contrario.

Te hace ser valiente.

Me atraganto con mi propia saliva y me doy golpecitos en el pecho hasta que dejo de toser.

Si Brad se «confesó» ayer conmigo, eso quiere decir que esa conexión que me ha hecho enloquecer, de alguna manera, no solo la sentí yo, él también, y por eso tengo que poner distancia.

Mi madre va a empezar con la quimio en breve y eso es en lo único en lo que me tengo que preocupar. Todo lo demás no deja de estar en un segundo plano.

Además, no está bien cotillear conversaciones ajenas, sobre todo cuando te distraen de tu

trabajo, y está claro que a mí me están distrayendo porque ya he leído el mismo ejercicio seis veces.

Me vuelvo a secar el sudor de las manos y le presto toda mi atención a Mery y a Diana, su fisioterapeuta, con la que trabajaré hoy. Algo que, para mí, es un alivio. No sé cómo hubiera podido ignorar a Brad si Gérard me hubiese puesto a trabajar con él. Casi que prefiero volver al caos del inventario.

Que la presencia de Brad me perturba, es un hecho. Que tengo que ignorarla, una realidad. Así que me paso las siguientes dos horas sin volverme hacia donde está él y sin fijarme en si hace bien los ejercicios o no. En si le cuesta levantar la pierna o en si gruñe cuando lo hace. Tampoco en si él se vuelve en algún momento hacia mí o también me ignora, porque eso sería una estupidez.

—Es muy duro para ellos —me dice Diana una vez hemos terminado con Mery y su hija ha pasado a recogerla. Doblamos entre las dos la camilla con la que hemos trabajado y la llevamos hasta una habitación fuera de la sala de rehabilitación—. Para ellos y para sus familiares. Saber que quieres hacer cosas, pero no puedes, es horrible y cruel. Sobre todo, porque sabes que poco a poco vas a poder hacer menos y vas a tener que depender de los demás para casi todo. Pero, aunque cueste, es importante ser realista con la enfermedad que tienes para poder llevarla lo mejor posible.

Apagamos la luz y nos vamos a los vestuarios. Mi jornada ha terminado por hoy. No he sudado tanto como otras veces y, como hoy no tengo que ir a la librería, prefiero salir ya hacia casa. Hace un par de noches que no estudio nada y quiero ponerme al día. Además, mamá está de buen humor y hemos quedado en que esta tarde echaríamos una partida a algún juego de mesa y que haríamos galletas con Ivy. Lo llamaremos «La noche de las Baker».

—¿Y qué tal te va? ¿Te gusta esto? —Diana cierra su taquilla y se apoya en ella mientras espera mi respuesta. Saco las zapatillas de deporte de mi casillero y me siento en el banco para cambiármelas.

Asiento.

—Sí, mucho. Le estoy muy agradecida a la doctora Fleming por la oportunidad, y también a Gérard por todo lo que ha hecho por mí. Y a ti. Hoy ha sido un día muy especial. —Creo que hay ciertas enfermedades sobre las que da mucho miedo hablar, pero que sería necesario hacerlo, y el párkinson es una de ellas—. Ha sido maravilloso ver a Mery intentando superarse a sí misma con cada ejercicio.

Dejo los zuecos en mi taquilla y la cierro.

—Tendrías que haberla visto cuando empezó. Creo que no me tiró una silla a la cabeza porque le costaba mucho levantarla. Por eso te digo que es muy importante aceptar lo que tenemos y lo que somos.

Me cuelgo la mochila que siempre llevo conmigo al hombro y nos dirigimos a la puerta.

—No todo el mundo puede hacer eso. Es muy duro. —Voy tan distraída hablando con Diana que, al abrir la puerta, no veo el muro que hay frente a ella, por lo que me doy de bruces contra él. Un muro que tiene brazos porque me sostienen para no caerme. Y que huele bien. Demasiado. Y que me provoca cosas que intento bloquear.

Y que gruñe.

—Joder.

—Auch.

—TJ, ¿estás bien? —me pregunta Diana. Me tengo que llevar las manos a la cara porque los ojos han empezado a lagrimearme.

No hace falta levantar la cabeza para saber que me acabo de estampar contra el pecho de Brad. Me lo ha dicho su olor, su gruñido y su joder. ¿Cómo puede tener el pecho tan duro? No me lo esperaba. Ni el golpe ni que pareciera una roca.

Abro y cierro la boca mientras siento alguna lágrima escapándose de mis ojos. Esto es vergonzoso.

—Sí, sí. Gracias. —No sé bien si ese gracias va para Diana para contestar a su pregunta o para Brad por sostenerme.

Me aparto esas lágrimas traicioneras de las mejillas y bajo las manos. Las tuyas siguen sobre mis brazos y mi nariz continúa peligrosamente cerca de su pecho, así que doy un paso atrás y me suelto de su agarre. Lo hago evitando de forma deliberada mirarlo a los ojos, pero fracaso en el intento, porque los míos parecen tener vida propia y hacen lo que les da la gana.

Mierda.

Al hacerlo, he viajado de golpe a esa casita del árbol donde Ryan me robaba gemidos y jadeos mientras yo pensaba que era Brad.

—Oye, ¿seguro que estás bien? —insiste Diana—. Estás muy roja.

Brad no ha abierto la boca todavía, a excepción del joder. Solo me mira. Si se pudiese abrir ahora mismo un agujero en el suelo lo agradecería.

Aparto la mirada y me centro en la fisioterapeuta. Me limpio alguna que otra lágrima traicionera y sonrío con una de esas sonrisas tan falsas que he terminado perfeccionando con el tiempo.

—Sí. Ha sido más el susto que otra cosa.

Diana asiente y se vuelve hacia Brad.

Lo palmea en el pecho con fuerza. Si eso mismo me lo hace a mí, me deja un moretón seguro.

—Muy bien, Hamilton, se nota que tienes el pecho ejercitado. Y muy buenos esos reflejos. —Nos mira a los dos—. Yo me voy a marchar que llego tarde. Hasta luego, TJ.

Y así, sin más, se da media vuelta y se marcha, dejándonos a los dos solos e incómodos. Brad sigue sin abrir la boca. Que tampoco es que necesite que la abra, pero...

Me toco la nariz y la muevo. El dolor ya ha remitido, aunque no la vergüenza, claro indicio de que tengo que largarme. Me obligo a mirarlo para despedirme y no parecer infantil, y me arrepiento en el acto. Qué guapo está. Qué guapo es. Y, aunque ya no tenga mi nariz pegada a su pecho, sigue oliendo demasiado bien. ¿Y sus ojos? Qué bonitos son. Busco el hoyuelo en sus mejillas. Por supuesto, no está, porque solo aparece cuando sonrío, y ahora no está sonriendo. Me está mirando como... Ni siquiera sabría explicar bien cómo me está mirando.

Señalo la puerta que tengo a mi espalda.

—Gracias por sujetarme.

—De nada —responde seco. ¿Qué mosca le ha picado? Parece enfadado y no sé por qué. ¿Este chico será bipolar?

—Iba hablando con Diana y no te he visto —añado, justificándome. Cosa que sé que no debería, pero que me veo en la obligación de hacer—. Has tenido buenos reflejos.

Su respuesta es encogerse de hombros. En serio, ¿qué le pasa?

Cambio el peso de un pie a otro. Si esta va a ser la conversación que nos espera, adiós. No tiene sentido seguir parados en medio del pasillo. Cabeceo y agito la mano a modo de despedida.

—Pues nada, que muchas gracias y eso. Supongo que ya nos veremos. —Sé que puedo parecer antipática, pero me toca las narices que esté tan serio. Y que me mire de esa forma. No le he hecho nada.

No espero que me diga nada, paso por su lado y comienzo a andar hacia la salida.

—¿Por qué no me dijiste lo de Ivy? —suelta de pronto, pillándome por sorpresa. No me esperaba una pregunta como esa.

Detengo mis pasos y me vuelvo despacio. Sigue parado en el mismo sitio, solo que ahora tiene los brazos cruzados.

—No sé qué tenía que decirte. —Pestañea, incrédulo.

—¿Por qué no me dijiste que era sorda?

—¿Y por qué tenía que hacerlo? No es algo que vayas diciéndole a la gente cuando haces las presentaciones. —Me llevo el índice a la barbilla—. Hola, Brad. Ella es Ivy, mi hermana. Por cierto, es sorda. ¿Nos llevas? Llámame rara, pero no lo veo.

No sé definir muy bien su semblante ahora mismo. No sé si está confundido, conmovido o aterrado. Supongo que no es la respuesta que se esperaba.

—Porque fuimos a recogerla, porque estuvo en mi coche, porque tú y yo nos llevamos bien. —Suelto una risa por lo bajo.

—Perdóname, ¿eh?, pero sigo sin ver muy bien dónde está ahí la relación. De todas formas, déjame decirte que tampoco creo que sean motivos suficientes para contarte nada que tenga que ver con mi hermana pequeña.

Da un paso hacia delante. O a lo mejor he sido yo. Solo sé que estamos más cerca que antes. Lo escucho respirar y su respiración suena arrítmica.

Desacompasada.

—No es que sean razones suficientes. Es que... —Se pasa una mano por el pelo, alborotándose, y deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo—. Si me lo hubieras dicho, yo habría...

—Tú habrías ¿qué? —lo corto, sin dejarlo terminar—. ¿La habrías mirado raro? ¿Con lástima? ¿Con compasión? ¿Te hubieras puesto a hablarle de forma exagerada porque crees que así se le pasará la sordera y te escuchará?

Abre los ojos desconcertado, y enmudece.

—Pero ¿tú te estás escuchando? ¿Por quién me tomas? No habría hecho nada de eso. —La incredulidad es patente en su pregunta, como si de verdad le horrorizara cómo pienso.

Puede que esté sonando irracional —otra vez—, pero soy así, sobre todo cuando se trata de Ivy. Me prometí, y esa promesa es la única que sí que cumplo, que no dejaría que nadie la hiciera sentir que es diferente a los demás. Que su discapacidad la haga sentir un bicho raro.

Brad se me queda mirando tanto tiempo sin decir nada y con el dolor reflejado en su mirada que empiezo a sentirme inquieta.

Me coloco el pelo por detrás de la oreja y doy un paso atrás, intentando poner algo de distancia entre él y mi cordura negativa. Respiro hondo un par de veces y sacudo la cabeza.

—Mira, lo mejor es que lo olvides, ¿vale? Tengo que irme, llego tarde y no me gusta llegar tarde a ningún sitio.

Ni me gusta hablar de esto.

Voy a darme la vuelta, pero me lo impide agarrándome del brazo. Tiene la mano fría. Helada. Mi cuerpo siente un estremecimiento, pero lo achaco al acaloramiento de la situación y a la temperatura de su cuerpo, que contrasta con el mío, que está caliente.

—Somos amigos. Te conté mi miedo a conducir —añade con cierto deje de vulnerabilidad en su voz.

Cierro los ojos medio segundo y me vuelvo.

—Yo no te pedí que lo hicieras, lo hiciste porque te dio la gana. Y, de todas formas, que tú hicieras eso no te da derecho a exigirme que yo tenga que contarte nada de mi vida y, mucho

menos, de la de mi hermana. Y no somos amigos. —Algo parecido al dolor le cruza la mirada. Me siento mal porque sé que lo que acabo de decirle es injusto. Sí, yo no le pedí expresamente que me lo contara, pero lo hizo. Se abrió a mí. Dejó caer una de esas barreras que sé que se esfuerza por mantener levantadas y fue valiente. No debería reprocharle nada al respecto, pero no lo puedo evitar porque se trata de Ivy. Si le hubiera contado algo, la habría mirado rara de primeras y con lástima después, como hacen todos. Y no lo habría podido soportar.

Sacudo la cabeza y trago con fuerza.

Brad me suelta el brazo y se aleja. Se aleja tanto que cabría una fila de diez personas entre nosotros.

Yo espero unos segundos a que diga algo. No sé muy bien por qué ni qué es exactamente lo que espero que me diga, pero por suerte —o por desgracia—, no dice nada. Solo se me queda mirando, y lo hace durante tanto rato que me pregunto si no le picarán los ojos de tenerlos tan abiertos durante tanto tiempo, y eso me molesta más que si me hubiera soltado un insulto, así que aprovecho y por fin me marchó. Lo hago a grandes zancadas. Casi parece que esté intentando vencer el récord en salto de longitud de lo grandes que son los pasos que estoy dando.

Por suerte, el autobús llega justo cuando mi última zancada pisa la parada. Como siempre, me siento al final del todo y dejo la mochila en el asiento vacío que tengo al lado para que no se sienta nadie y ser lo más antisocial posible. Apoyo la frente en la ventanilla y me permito sentirme como una mierda solo veinte minutos, lo que dura el trayecto a casa.

Porque hasta yo sé cuándo me he pasado y hoy, con Brad, lo he hecho, pero a veces tienes que hacer cosas así si necesitas protegerte y, sobre todo, proteger a la gente que te importa.

«Y no somos amigos».

Cuando entro en casa, ya he dejado a un lado los remordimientos y sonrío porque el olor a chocolate ha inundado toda la casa, y es un olor delicioso. Me relamo los labios mientras me quito las zapatillas y me acerco a paso ligero a la cocina, persiguiendo el olor. Al llegar, me encuentro a mi madre frente a los fogones y a Ivy subida a una silla y con las manos metidas en un bol en el que hay una masa amarillenta.

—¿Qué hacéis? —Mi madre se gira y me sonrío. Yo solo puedo fijarme en la sonrisa tan amplia, real y bonita que tiene.

—Estamos haciendo galletas de vainilla y chocolate caliente para cenar. —Suelto una carcajada. Es la cena menos sana y más buena que podrían preparar.

Ivy mira a mi madre y se gira cuando se da cuenta de que hay alguien a su espalda. Si la sonrisa de mi progenitora es bonita, la de mi hermana pequeña es la sonrisa de la inocencia y la felicidad absoluta.

La típica sonrisa por la que vale la pena protegerse.

—*Huele fenomenal.*

Ivy asiente con la cabeza y me señala el horno. Me acerco. Tiene la luz encendida y por el cristal puedo ver que hay una hornada de galletas listas para sacar y dejar enfriar.

—¿*Las saco ya?*

Ivy asiente de nuevo. Me pongo la manopla y aparto la cara cuando el calor me quema al abrir el horno. Saco la bandeja con las galletas y las dejo sobre el banco de la cocina. Acercó la cara y aspiro. Huele a infancia. A cuando solo estábamos mi madre y yo, y hacíamos estas galletas las dos juntas para la feria de repostería del colegio.

Ivy saca las manos del bol y se baja de la silla.

—¿*Puedo comerme una?* —Arruga la naricilla y los ojos le brillan de la emoción. La cojo por los hombros y la empujo hacia el fregadero, pues tiene las manos llenas de trozos de masa de

galleta.

—*Queman mucho, hay que esperarse un poco* —signa mi madre. Apaga el fuego y aparta el cazo. Mi hermana y yo inspiramos con fuerza a la vez. Somos unas adictas al chocolate.

Le seco las manos a Ivy y me acerco a mi madre, a la que le doy un abrazo. Se separa para mirarme a la cara y me aparta un mechón de pelo de la frente.

—*Hola, cariño. ¿Todo bien en la clínica?*

Me había permitido sentirme mal durante los veinte minutos del trayecto en autobús, ahora que ya estoy en casa no puedo sentirme mal. No me lo permito, y menos aún si estoy frente a mi madre.

—*Muy bien. Hoy he estado con una señora que tenía párkinson. Ha sido maravilloso hacer los ejercicios con ella.*

Mi madre y yo hablamos en lengua de signos porque nos prometimos, en un acuerdo tácito, que siempre lo haríamos cuando Ivy estuviera delante.

—*¿Qué es párkinson?* —Ivy alterna la mirada entre nosotras y las galletas.

—*Es una enfermedad degenerativa del cerebro que hace que las personas tengan problemas para controlar los movimientos de su cuerpo. Les cuesta ponerse de pie, caminar, sus manos le tiemblan mucho...*

Cojo a Ivy en brazos y me la cargo a la cadera. Sé que dije que un día de estos terminará con mis lumbares, pero a veces necesito que sea esa niña que se acurrucaba en mi pecho para quedarse dormida.

Me pasa los brazos por el cuello y me da un abrazo de oso. Yo me refugio en él unos segundos antes de soltarla y dejarla de nuevo en el suelo.

—*¿Si habéis hecho chocolate y galletas es que hay película esta noche?* —Ivy tuvo que aprender a leer desde muy pequeña para poder ver películas con nosotras por los subtítulos. Es una niña increíble.

Mi parte racional me dice que tengo que estudiar, pero mi parte sentimental me dice que ya tendré tiempo para ello.

—*Vamos a ver La Sirenita. La de personas.*

—*Me encanta La Sirenita. Y las personas.*

Mi madre le desabrocha el delantal a Ivy y le limpia un pegote de chocolate que tiene en la punta de la nariz.

—*¿Por qué no vas a darte una ducha, que llevas masa en el pelo, mientras Tayra se cambia de ropa y yo termino la hornada de galletas que nos quedan?*

—*No me gusta lavarme el pelo.* —Ivy resopla y pone los ojos en blanco, como la drama de siete años que es, pero se marcha.

Me vuelvo hacia mi madre.

—*Deberíamos apuntarla a teatro. Esta niña lleva el drama en las venas.*

—*No me hagas reír, que yo sé de otra que era igual que ella a su edad.*

Mi madre se lava las manos, las mete en el bol y empieza a hacer bolitas con la masa. Yo debería ir a cambiarme, pero me coloco a su lado y hago bolitas con ella tras lavarme las manos.

—*Yo no me ponía tan dramática.*

Mi madre suelta una carcajada.

—*Tayra, me hacías lavarte el cuerpo por un lado y el pelo por otro... ¡Con un cazo!*

—*Porque no me gustaba que el agua me tocara la cara* —me justifico. No me gustaba nada que el chorro de agua me impactara en la cara. Hoy en día tampoco me gusta mucho, pero quedaría de loca si me limpiara la cabeza con un cazo.

Seguimos haciendo bolitas en silencio y poniéndolas en la bandeja. Decoramos algunas con coco, otras con pepitas de chocolate y las metemos al horno.

—El lunes empiezo de nuevo la quimio —mi madre lo dice de pasada, como si fuera un dato insignificante y no uno importante. Uno que tengo a bolígrafo rojo en cualquier calendario que tenga a mi alcance, incluso el mental.

Cinco días. Solo cinco días.

Un sudor frío me recorre la espalda.

No hace falta que ninguna diga lo que eso significa. No es la primera vez que la quimio pasa por esta casa. Las dos somos conscientes de los cambios tan bruscos que vamos a sufrir, sobre todo ella. Del cansancio, de las náuseas, de los vómitos, de los moretones que le pueden salir... De que se acabaron las noches de chocolate y galletas.

Somos conscientes de todo.

Me coge de las manos.

—¿Te encuentras bien? —Me asombro de lo serena que me ha salido la pregunta.

Si tiene dolores agudos, no puede hacerse el tratamiento. Si tiene anemia, no puede hacerse el tratamiento. Si tiene fiebre, no puede hacerse el tratamiento. Si tiene... Aparto cualquier pensamiento negativo de mi cabeza. No tiene nada de eso. Está fuerte, lo sé porque solo hago que vigilarla.

Se lleva mis manos a los labios y me besa los nudillos uno a uno. El esfuerzo que hago para no derrumbarme es inhumano.

—Me encuentro muy bien. —Sonrío tanto que me duelen las mejillas—. Pero, Tayra, escúchame...

Ya estoy negando con la cabeza y aún no ha terminado de hablar.

—No hay peros, mamá. Si cuando dices una frase luego sueltas un «pero», todo lo que has dicho antes se invalida.

Se ríe, pero es verdad. No puedes decir algo y luego soltar un «pero». Todo lo anterior deja de tener sentido.

Me da un apretón en las manos.

—Tienes que escucharme. —Me muerdo el labio y asiento, aunque lo que de verdad quiero es taparme los oídos—. El lunes empezaré la quimio y va a ser duro. Para mí, para Ivy, para ti...

—No te preocupes por mí, mamá. Ni por Ivy, estaremos bien.

—Me preocupo porque os quiero y me preocuparé por vosotras toda mi vida. Y ahora quiero que me escuches. Déjate ayudar por los demás. Por la señora Conway, por Margaret. No es tu responsabilidad y no tienes que cargar tú sola con todo. Pide ayuda si hace falta, ¿me oyes?

—Pero...

—Pero nada. Pide ayuda si hace falta, Tayra. Por favor. ¿Me lo prometes?

El esfuerzo por no derrumbarme está bajo mínimos.

No quiero prometerle eso. Ya ha quedado más que claro que no me gusta hacer promesas, pero esta tengo que hacerla. No puedo seguir mirándola a los ojos y no decirle que se lo prometeré.

—Te lo prometo.

Suelta un suspiro tan largo que me pregunto cuánto tiempo llevaría reteniendo el aire en los pulmones.

Me rodea el cuerpo con sus delgados brazos y yo le devuelvo el gesto sin dudarlo. Podría quedarme en este abrazo para siempre.

—Todo va a salir bien. —No sé si se lo digo a ella o a mí. Supongo que a las dos.

Mi madre se aparta y me acaricia las mejillas con los nudillos.
—Lo sé.

CAPÍTULO 20

Yo necesito al mejor

~Brad~

La asociación de *hockey* hielo de la Universidad de Vermont, junto con la NCAA, organiza todos los veranos una serie de campamentos deportivos para niños y adolescentes en distintas partes de Estados Unidos. Aquí en Burlington tenemos campamentos de baloncesto, fútbol, natación, *lacrosse* y *hockey*, tanto sobre hierba como hielo.

Cuando Scott y yo éramos adolescentes nos apuntamos algún verano al campamento de *hockey* hielo. Con ello dejamos de manifiesto, por si alguien tenía alguna duda, que amábamos ese deporte.

Aún recuerdo lo que sentí en el pecho cuando puse un pie por primera vez en el hielo del Gutterson Fielhouse, el estadio de los *Catamounts*. Mi padre nos había llevado a mi primo y a mí alguna vez a ver jugar al equipo de nuestra universidad, pero siempre estábamos en las gradas. El día que pusimos un pie en ese hielo... En el mismo hielo que Dave Reece o Tim Thomas habían pisado... Juro que tuve ganas de llorar. No lo hice porque tenía doce años, estaba en un campamento, y los niños pueden ser muy crueles, pero hubiera sido capaz de ponerme de rodillas y besar el suelo.

Ese día, mientras jugábamos, juro que sonreí como no había sonreído en mi vida. El dolor de las mejillas me duró semanas.

Suelto un suspiro y me paso una mano por el pelo mientras tomo asiento en las gradas, en la última fila, y miro al grupo de chavales que hay en la pista jugando al *hockey*. No sé muy bien qué hago aquí. Puede que sea porque ya ha quedado claro que las paredes de la casa se me caen encima, o porque quiera huir de la mirada inquisidora de mis padres, como la de esta mañana, mientras desayunábamos. O porque la carpeta que me dio el entrenador, y que descansa desde entonces sobre la mesa de mi escritorio, me pese como si se tratase de una montaña de ladrillo. O porque todavía me escuezan las palabras de TJ del miércoles. Y su forma de mirarme. Y el desprecio que destilaba su voz. O que me doliera la poca importancia que le dio a mi confesión. Porque es a la única a la que le he verbalizado mi miedo a ponerme tras el volante. O la manera en la que dijo que no éramos amigos, como si fuese antinatural o la cosa más horrible del mundo. O la indiferencia de estos últimos días; su forma de esquivar mi mirada. De hacer ver que no compartíamos espacio. Que no nos conocíamos.

Sea como fuere, aquí estoy un sábado por la tarde, sentado lo más alejado posible de la pista viendo al grupo de chavales que, supuestamente, me han pedido que entrene, y que tanto se divierten en ese campamento.

Como yo hice cuando tenía su edad.

Aspiro con fuerza y el frío que siempre hace en este sitio me reaviva los pulmones.

Es un frío que simboliza casa.

Que me hace sentir que estoy vivo.

Inclino el cuerpo hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y me centro en los jugadores. Concretamente, en el jugador con el número treinta y uno; Soderberg.

Me hace gracia que para venir al campamento vistan con la ropa reglamentaria de los entrenamientos. Aunque, a quién quiero engañar, Scott y yo también lo hacíamos.

Es rápido, como ya nos percatamos Luke y yo cuando lo vimos jugar, aunque le falla ligeramente el movimiento al pasarse el *stick* de una mano a otra. Es como si le pesara más el brazo derecho que el izquierdo. Por eso, al lanzar, falla. Tira con demasiada fuerza y, a veces, la fuerza no nos hace ganar, sino la dirección en la que se tira el disco. Sin contar con que intenta hacer todas las jugadas él solo sin pasarle ni una sola vez a algún otro jugador. Si yo estuviera ahí bajo, lo dejaría sentado en el banquillo el último periodo sin dudarlo, por muy bueno que fuese. La arrogancia nunca es buena.

El portero de los que van con el peto rojo, Martel, es lento porque duda a la hora de actuar. Es solo una milésima, pero es esa milésima la que le da todo el rato la ventaja a los azules de meter gol. Jenkins me lo dijo. Me habló de él: «Si se le entrena bien, puede ser un gran portero». Toda la razón. Solo tiene que trabajar la técnica y los reflejos. Al portero de los del peto azul eso no le pasa. Es como si supiera anticiparse a la jugada de sus adversarios. Se lanza a por el disco antes incluso de que este toque el *stick*.

Soderberg tiene de nuevo el disco. Se lo acaba de robar al número siete con ferocidad. Está rodeado, pero en vez de pasar el disco a cualquiera de sus compañeros, sigue corriendo con él por la pista. Eso no es bueno, joder. En un deporte de equipo, lo primero que tienes que aprender es a jugar en equipo. Es algo fundamental. Por muy bueno que seas, no estás solo. Tienes a cuatro patinadores a tu alrededor más el portero. Úsalos.

Tienes que hacerlo.

Apoyo la espalda en el respaldo de la silla y estiro las piernas, ignorando la punzada que siento en la rodilla, y sigo observándolos. No tengo ni idea de cuánto tiempo me quedo aquí sentado mordiéndome la lengua para no gritar faltas o jugadas. Solo sé que, cuando me quiero dar cuenta, han acabado y están recogiendo para marcharse.

—Muchos de ellos tienen potencial, ¿verdad? —Giro la cabeza hacia la izquierda y me encuentro con el entrenador Jenkins. Va vestido de chándal, como siempre, y con la gorra del revés. Me sorprende al verlo. O no. En realidad, con Jenkins nunca se sabe.

Camina hacia mí con paso ligero y se sienta a mi lado, adoptando la misma postura que yo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto tras unos segundos de silencio y en un tono que sé que ha sido un pelín hosco, pero se supone que me había sentado arriba del todo para que nadie me molestase.

Jenkins ladea la cabeza y me mira alzando una ceja.

—Esa pregunta debería hacértela yo a ti. ¿O te has olvidado de que yo organizo este campamento?

—Creía que estarías de vacaciones con la familia.

Se encoge de hombros en un gesto que intenta aparentar desinterés, pero no me pasa desapercibido que ha apretado ligeramente la mandíbula.

—¿Tienes el teléfono roto? —pregunta, en un intento por desviar el tema. Maravilloso. Todos tenemos temas sobre los que no queremos hablar.

Me lo saco del bolsillo y se lo enseño.

—No.

—¿Y por qué no respondes a ninguna de mis llamadas? —Cualquiera que no lo conociera pensaría que su tono al formular la pregunta ha sido inocente y rutinario, pero en realidad ha destilado hostilidad e indignación.

Me vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y me cruzo de brazos.

Empiezo a arrepentirme de haber venido. Tendría que haber previsto que este hombre me interceptaría.

—Si te digo que no las he escuchado, ¿me creerías?

—¿Tú en serio te podrías creer que eso colaría como excusa? —replica sin ni siquiera mirarme.

Dirijo la vista al frente, a la pista ya vacía, y me vuelvo a llenar los pulmones de aire.

—¿Quién te llamó para decirte lo de mi rodilla? ¿Mi padre? ¿O es que estás en contacto con mi fisioterapeuta? —No me extrañaría que esto último fuese cierto. De hecho, estoy sorprendido de que no se me hubiese ocurrido antes.

Puesto que está claro que vamos a hablar, vamos a hacerlo sobre el tema en cuestión que a ambos nos preocupa.

Andarse por las ramas no va con el carácter de ninguno de los dos. Supongo que por eso siempre hemos congeniado tan bien.

Jenkins se recoloca la gorra y se masajea el mentón.

—Estoy en contacto diario con tus padres desde el mismo día del accidente, Hamilton. Me ofende que puedas, si quisiera, pensar que eso no es así.

—Por eso me ofreciste el puesto de entrenador, ¿verdad? Porque no crees que pueda recuperar la movilidad total de mi rodilla. Porque no crees que pueda volver a jugar.

Me he repetido mil veces esa pregunta en la cabeza. Y sus respuestas. Me las recito antes de irme a dormir y después de levantarme. Incluso haciendo algo cotidiano como lavándome los dientes. Pero siempre que pienso en ellas, siempre, duele como si las dijese por primera vez.

Jenkins suelta un suspiro.

—Tuviste un accidente que te dejó en coma. Casi te mueres.

—Lo sé. Estaba ahí. —Me mira por fin y lo hace con algo parecido al fuego en los ojos.

—No seas condescendiente conmigo, muchacho. Yo sé qué es perder aquello que ansías, así que no te atrevas a ser borde conmigo porque te puedo. —Cuando quiere, sabe dar miedo.

Jenkins fue jugador antes que entrenador, eso no es ningún secreto, lo que nadie sabe es por qué no jugó en la NHL. Por qué acabó entrenando a un equipo universitario. De hecho, ni siquiera sé si es de Burlington o, simplemente, aterrizó aquí.

—Lamentarte no te hace más valiente —continúa diciendo—, ni muchos menos hace que recuperes lo que has perdido. O lo que tú crees que has perdido. Porque déjame decirte una cosa. Yo soy el entrenador de este equipo, yo soy el que decide quién juega los partidos y quién no. Tú no hace ni seis meses que despertaste de un coma. Necesitas rehabilitación, mucha rehabilitación, por lo que, si piensas que, aunque los médicos hubiesen dicho que sí yo te habría dejado jugar, es que no me conoces en absoluto. —Se levanta. Se sacude los pantalones y mete las manos en los bolsillos—. Te he dicho que seas entrenador porque esos chicos tienen potencial y necesitan alguien bueno que los guíe, y tú eres el mejor jugador que tengo, y estoy hablando en presente. No tengo ni puta idea de si la siguiente temporada jugarás o no. Tu rehabilitación me lo dirá, así como ese dolor de rodilla que tanto te esfuerzas por ocultar, pero ten por seguro que las ganas y el deseo no lo son todo. Los sueños pueden cambiar y no pasa nada. —Quiero replicarle. Decir cualquier cosa. Sin embargo, me quedo callado y mirándolo con los ojos abiertos y sin saber qué decir. Me apunta con un dedo—. Voy a darte un último consejo y es gratis, para que veas lo generoso que soy. Ese comportamiento de capullo que crees que tan bien te queda no te va a ayudar lo más mínimo. Tampoco esta soledad autoimpuesta que crees que te favorece. En el *hockey* se juega en equipo tanto dentro como fuera del estadio, no lo olvides.

Dicho lo cual, se da media vuelta y comienza a andar entre los asientos, sin ni siquiera esperar

a que le diga algo, o como si pensara que no tengo nada que decir, hasta llegar a los escalones. Me mira por encima del hombro.

—Dile a Fanning que espero que apruebe el examen o juro que lo mandaré de vuelta a su casa de una patada en el culo que le dolerá el resto de su vida. Que tengas un buen día, Hamilton. No te olvides de coger el teléfono la próxima vez que suene.

Abro la boca, pero no me sale ningún sonido, y juro que quiero decir algo. Cualquier cosa. Pero ni siquiera tengo muy claro el qué. ¿Algo con lo que pueda defenderme? ¿Cabrearme? ¿Replicarle?

No puedo seguir divagando mucho más porque, cuando parpadeo, el entrenador ha desaparecido y estoy completamente solo en este estadio que siempre ha estado tan abarrotado de gente. Hasta los jugadores han desaparecido.

Me pongo los casos, que esta vez sí que he llevado conmigo, y cierro los ojos cuando Glass Animals empieza a cantar *Heat Waves*.

Esta vez el silencio no es tan doloroso ni denso. Ni siquiera me hace querer salir corriendo en sentido contrario. De hecho, mientras tarareo el estribillo en mi cabeza, me encuentro preguntándome si sería tan malo entrenar a esos chicos. Es un secreto a voces que no voy a poder jugar en una buena temporada, y negármelo es absurdo, pero, si fuera entrenador, podría estar en contacto con el hielo. Con la pista.

Podría seguir respirando.

Saco el móvil del bolsillo y mando un mensaje. Sonríe cuando la respuesta me llega en menos de un minuto.

Brad:

¿Karaoke esta noche en The Beat?

Jacob:

Tú invitas a la primera ronda, capi.

Creo que es la primera vez que la palabra capi no hace que me entren ganas de liarme a puñetazos con alguien.

Jenkins tiene razón. No puedo quejarme de que Soderberg no sabe jugar en equipo cuando yo estoy haciendo exactamente lo mismo. Y es cierto lo que ha dicho. En el *hockey*, el equipo no es solo el que se forma dentro de la pista mientras juegas, también es el de fuera. Y, si voy a convertirme en entrenador —cosa que todavía no he decidido si voy a hacer o no, es solo una posibilidad que está ahí, flotando sobre mi cabeza—, lo primero es predicar con el ejemplo.

¿Qué daño puede hacerme una salida con los chicos?

CAPÍTULO 21

No puede ser, por favor

~TJ~

—*Me gusta más la camiseta blanca, la negra es muy seria.*

—*Pero voy a trabajar a un sitio serio, tengo que ir elegante. De todas formas, llevo bata, no se me va a ver.*

—*Te vas a ver tú. Te tendrás que ver guapa, ¿no?*

Miro a mi hermana pequeña, sorprendida. A veces, me deja un pelín alucinada las cosas que me dice para ser tan pequeña, pero tiene razón. Da igual cómo te vean los demás, lo importante es cómo te veas tú, y la verdad es que la camisa blanca es mucho más bonita que la negra.

Dejo esta de vuelta al cajón y me paso la blanca por la cabeza. Cuando me vuelvo hacia Ivy, me guiña un ojo, conforme. Me acerco a ella, le revuelvo el pelo y se tapa la boca mientras se ríe.

Me llevo el dedo índice al pecho, cruzo ambos brazos, con los puños cerrados, y la señalo. «Te quiero».

Su sonrisa es gigante cuando imita mis gestos, solo que ella los acompaña con un: «y yo más».

La miro elevando los ojos al techo, como si lo que ha dicho fuera algo absurdo —porque, en verdad, lo es, ya que yo a esta niña la quiero con toda mi alma—, y le saco la lengua.

—*¿Me podrás llevar contigo algún día?*

Arrugo la nariz.

—*No creo.*

—*A veces me llevas a la librería.*

—*Porque hacen actividades para niños. En el centro te aseguro que no hacen actividades para niños.* —Le revuelvo el pelo—. *Además, el señor Radhi mola.*

—*Siempre me deja llevarme un libro a casa, y tiene piruletas. El otro día eran azules.*

—*¿Ves? Mola.*

Un sonido corta el silencio. Uno que no procede de esta habitación, sino de otra estancia de la casa. Uno que hace que se me ericen hasta los pelos de la coronilla.

Me giro alarmada hacia la puerta. No puede ser.

Escucho cómo Ivy se baja de la cama y me vuelvo hacia ella. La detengo sujetándola del brazo.

—*¿Dónde vas?* —le pregunto moviendo los labios. No quiero soltarla. Si lo hago, saldrá corriendo, y ahora mismo no quiero que salga de esta habitación.

Me mira con los labios fruncidos.

—*Pasa algo.*

—*No pasa nada.*

—*Sí que pasa. Ha puesto esa cara.* —Frunce más los labios, también el entrecejo, y abre los ojos de par en par. Creo que me está imitando. Relajo la cara.

Sí, me estaba imitando.

Me obligo a sonreír mientras rezo para que no haya aprendido a leer las expresiones de los

ojos, porque los míos deben de reflejar pánico en estos momentos.

—*Han sido los vecinos, creo que se les ha caído un mueble.* —Se cruza de brazos y niega con la cabeza, molesta. Me inclino hasta quedar a su altura—. *De verdad.*

Vuelvo a oír el mismo sonido y el corazón se me encoge en el pecho. No puede ser, joder. Que haya escuchado mal, por favor.

Porque no son los vecinos y no es ningún mueble que se ha caído.

Es mi madre, y está vomitando. Puedo escuchar las arcadas y sus jadeos. Son altos y claros.

Pero no puede estar vomitando. Aún no. Hoy empieza la quimio. ¿Por qué está vomitando? Pienso en las últimas horas. Estaba bien, no había indicios de nada. Anoche se rio mientras veíamos la película y se fue a la cama sin mayores contratiempos. Incluso fuimos por la tarde a dar un paseo y probó del helado de Ivy. ¿Será eso, que le habrá sentado mal el helado?

Que sean los nervios, rezo. Que sean los putos nervios.

Le paso una mano a Ivy por el pelo, asegurándome de que mi cara siga sin reflejar absolutamente nada, y la acerco a mí hasta que tiene la cabeza apoyada en mi estómago.

Es tan pequeña... No hay derecho a que alguien tan pequeño tenga que pasar por esto. No hay derecho.

—Todo va a salir bien —me digo en voz alta, sintiéndome mal porque sé que ella no puede escucharme, pero necesito decírmelo.

Necesito decírmelo a mí.

Escucho la cadena del váter y los pies de mi madre arrastrándose por el suelo del pasillo, pesados. Cansados.

Tengo que llegar hasta ella para ver cómo está, pero no puedo hacerlo con Ivy agarrada a mi cintura. No puede ver a nuestra madre hasta que no sepa qué está pasando.

Estoy sudando y tengo la camisa blanca pegada al cuerpo. ¿Cómo hemos podido pasar de estar riéndonos a querer gritar?

Me trago el nudo de las lágrimas que amenaza con salir y busco en mi habitación algo con lo que distraer a Ivy, pero no se me ocurre nada.

—¿Tayra? —me llama mi madre, y lo hace con voz pastosa. Urgente. El pulso se me acelera y la bola de las lágrimas amenaza con hacerme pedazos.

—¡Ya voy, mamá!

Me centro en Ivy. Me sigue mirando preocupada, así que me esfuerzo mucho por no dejar de sonreír, aunque me duelan las mejillas.

Veo mi ordenador encima de la mesa y se me ocurre una idea.

—¿*Te acuerdas de que quería que me hicieras unos dibujos para el ordenador?* —le signo. Asiente—. ¿*Me los podrías hacer ahora? Quiero llevarme el ordenador para estudiar esta tarde en la librería y me encantaría enseñárselos al señor Radhi. Seguro que le encantan.*

Ivy me sigue mirando ceñuda. Tiene siete años, pero es la niña más lista que conozco y es muy difícil engañarla. Aun así, termina asintiendo tras echarle un pequeño vistazo a la puerta de mi habitación.

Me da la espalda y se dirige a mi escritorio cabizbaja. Trago con tanta fuerza que me duele la garganta y salgo corriendo de mi habitación. Me topo con mi madre en el pasillo, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. Está blanca y tiembla como un flan. Me acerco a ella y la sujeto con firmeza por la cintura.

—Eh, mamá, ¿qué pasa?

—No me encuentro muy bien. —Su voz es tan débil que pasaría por un susurro.

Le pongo una mano en la frente y ahogo un grito.

Está ardiendo.

—Vamos a la cama. —Me esfuerzo por sonar fuerte y segura, pero me cuesta horrores.

Apoya su cuerpo, menudo y delgado, contra el mío y se deja arrastrar hasta quedar tumbada sobre la colcha. Sé que está ardiendo y que es contraproducente taparla, pero está temblando muchísimo.

Tengo ganas de llorar. Hoy era el día en el que empezaba el nuevo tratamiento. Hoy era el día de la esperanza. Pero si está así, si tiene esta fiebre... No lo quiero pensar. No lo puedo pensar.

La tapo hasta el pecho y le aparto el pelo pegado de la frente.

—Voy a por la medicación, tenemos que bajar la fiebre. —E ir al hospital, pero no me la puedo llevar así. No puede casi ni andar.

Salgo de la habitación de mi madre y derrapo cuando llego a la cocina. Cojo los analgésicos y lleno un vaso con agua. Regreso con mi madre y la ayudo a incorporarse. Machaco las aspirinas y se las toma. No dejo de echarle pequeños vistazos a la puerta, por si aparece Ivy, pero no lo hace. Es lo suficientemente madura como para saber que tiene que quedarse en mi habitación.

—Tengo que ir a buscar a la señora Conway. —Mi madre me mira con ojos brillantes y a mí se me parte el alma. Si a mí me preocupa que tenga fiebre ahora, no me quiero ni imaginar cómo le tiene que preocupar a ella. Aun así, se las apaña para sonreírme y me palmea la mano.

—Gracias, cariño.

Cuando salgo de casa, tengo que apoyarme un momento en la pared para coger aire y cerrar los ojos porque empiezo a verlo todo borroso y no es momento de sufrir un desmayo.

Esto no es lo que tenía que pasar hoy. Lo tenía todo preparado; iría a trabajar al centro, saldría una hora antes, recogería a mi madre en casa y nos iríamos juntas al hospital. Había preparado libros, crucigramas y hasta me había descargado unos capítulos de *The morning show* para verla juntas. Regresaríamos a casa, pasaríamos a por Ivy y, juntas las tres, celebraríamos el primer día de quimioterapia con éxito.

Así que no, esto no tenía que pasar.

Me seco los ojos con rabia, obligándole a mi cuerpo a no desmoronarse, y bajo los dos pisos hasta la casa de nuestra vecina. Llamo con los nudillos, aunque lo que yo quiero, en realidad, es aporrear la puerta.

Cuando me abre la señora Conway, lo hace ya con los zapatos puestos y las llaves de su casa en la mano.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mientras empezamos a subir de nuevo las escaleras. Saco el teléfono y pido un taxi.

—Tiene mucha fiebre. Necesito... —Cojo aire un par de veces—. Necesito que se quede con Ivy.

La miro por encima del hombro y asiente.

No sé qué habríamos hecho todo este año sin ella.

Tenía razón mamá. Si necesito ayuda, tengo que pedirla, y ahora necesito a la señora Conway.

Le indico a mi vecina que Ivy está en mi habitación. Se dirige hacia allí mientras yo vuelvo a buscar a mi madre. Tiene los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. Su respiración es irregular.

—Mamá. Mamá. —Abre los ojos con pesadez. La cojo de la mano—. Tenemos que irnos al hospital. He llamado a un taxi y tiene que estar a punto de llegar.

Va en pijama, pero eso ahora es irrelevante.

No puedo dejar de mirarla en todo el rato. Ayer estaba bien, joder. Vimos la película y nos reímos las tres juntas en el sofá como hacía tiempo que no hacíamos. Si se hubiese encontrado

mal, aunque fuese lo más mínimo, yo me habría dado cuenta. ¿Cómo ha podido empeorar tan de golpe en apenas unas horas?

Al pasar por la puerta de mi habitación, vemos a Ivy, que sigue sentada frente a mi escritorio con el cuaderno en las manos. Nuestra vecina está sentada en la esquina de mi cama viendo cómo dibuja. Miro a mi madre de reojo. Mi primer pensamiento es marcharnos sin decirle nada a Ivy. No quiero que la vea así, se preocupará y no quiero que lo haga. Pero la realidad es que mi hermana ya ha visto a su madre así varias veces y no quiero ni imaginarme la decepción que sentiría si se da cuenta de que nos hemos ido y no le hemos dicho nada.

No puedo hacerle eso.

—Voy a decirle a Ivy que nos vamos, ¿de acuerdo? —Veo en los ojos de mi madre que tiene el mismo debate interno que yo. Pero, como yo, sabe que no podemos irnos sin avisarla.

—Claro, cariño. —No le hago caso a lo rota que le ha salido la voz porque, si lo hago, me voy a volver loca.

—Señora Conway, ¿puede venir un momento? —Me esfuerzo mucho por sonar serena. La mujer se levanta y ocupa mi lugar junto a mi madre, que antes de soltarme me da un apretón en la mano.

Sé que es imposible, pero podría jurar que siento su mano más delgada que ayer.

Sacudo la cabeza. Lo dicho, voy a terminar volviéndome loca.

Me acerco a Ivy y la toco con suavidad en el hombro. No quiero asustarla, no más de lo que ya lo está. Miro su dibujo.

—Bluey y Bingo. *Me encanta.* —Está obsesionada con esa serie de dibujos.

Me mira, pero pronto sus ojos se desvían hacia la puerta.

El semblante le cambia a uno de susto.

—¿*Mamá, estás bien?* —Mi madre asiente. Tengo que admirar la enorme sonrisa que tiene y cómo ha estirado espalda y cuello. No hay ni rastro de la mujer encorvada que se sujetaba de mi brazo. Aunque la palidez sigue estando ahí.

Cojo a mi hermana de la barbilla y la vuelvo hacia mí.

—*Tengo que acompañar a mamá al hospital, ¿te acuerdas? Te lo contamos anoche.* — Técnicamente, no le estoy mintiendo. Hoy teníamos que ir al hospital. Lo único que estamos haciendo es adelantar la hora de llegada.

Y el motivo. Porque no vamos a que empiece la quimio. Es que ni siquiera sé si va a poder darse las sesiones y, si no se las da, sería como dar un paso enorme hacia atrás y es algo que no nos podemos permitir. No cuando hemos dado tantos hacia delante.

Despejo cualquier duda de mi mente y me centro en el ahora. Además, no quiero pensar en ello. No quiero precipitarme. A lo mejor ha pillado una pequeña gripe, mañana se encuentra ya mejor y podemos seguir con nuestro plan.

Mi hermana se levanta de la silla y se acerca a mi madre. Se agarra a su cintura y esconde la cara entre sus pechos. O mi madre está menguando o mi hermana creciendo a pasos agigantados.

Cuando se aparta, le veo el perfil de una triste sonrisa.

—*Te quiero, mamá.* —Mi madre le da un beso en la frente y frota su nariz con la suya antes de apartarse.

Ocupo el lugar de la señora Conway tras despedirme de mi hermana y, cuando salimos a la calle, por suerte el taxi ya nos está esperando. Nos montamos en la parte de atrás y mi madre apoya la cabeza en mi hombro con un suspiro pesado cuando este arranca. Busco su mano y entrelazo nuestros dedos. Sigue ardiendo.

—Siento darte estos sustos —masculla con congoja.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—No digas tonterías.

El taxi va a paso de tortuga. Me dan ganas de coger yo el volante, y eso que no sé conducir.

Tengo las manos sudadas. Suelto un momento a mi madre y finjo quitarme una cosa de los pantalones para que ella no se dé cuenta. Sabe que me sudan cuando estoy nerviosa y lo que menos necesita es preocuparse por mí.

Por suerte, no dice nada. No sé si porque se está haciendo la tonta o porque se siente tan débil que le cuesta hablar.

Y no sé cuál de las dos opciones prefiero.

Cuando llegamos al hospital, me duelen los dientes de apretarlos tanto.

Subimos directas a la cuarta planta, al departamento de oncología, y busco a la doctora Fleming tras dejar a mi madre sentada en una silla con una botella de agua en las manos porque ha vuelto a vomitar nada más bajar del taxi.

Llamo a la puerta de su despacho, pero no me contesta nadie. Intento girar el pomo, pero está cerrada con llave. ¿Y si hoy no tiene consulta? No puede ser, nos había citado aquí. Pero, claro, nos había citado a las dos y son solo las ocho y media de la mañana.

—¿Puedo ayudarte? —me pregunta una voz a mi espalda. Se trata de un chico, de unos treinta años, al que no he visto en mi vida, pero con bata blanca. Me sirve.

—Busco a la doctora Fleming.

—Todavía no ha llegado. —Se me cae el alma a los pies. Señalo a mi madre.

—Hoy teníamos sesión... —Me tiembla la voz. Carraspeo—. Ha empezado a vomitar y tiene fiebre. La doctora Fleming es su doctora.

A mi madre le sobreviene otra arcada. Corro y me coloco a su lado. Le froto la espalda y le pongo una mano en la frente. Por suerte no vomita, aunque su mano en el pecho es señal de que le duele solo del esfuerzo.

—Ya está, mamá. No pasa nada. —Pero no está.

No está ni de lejos.

—¿Evelyn? ¿TJ? —Juro que tengo que contenerme mucho para no echarme a llorar cuando aparece Margaret. Mira a mi madre y veo preocupación en sus ojos—. ¿Qué ocurre?

—Ha empezado a vomitar y tiene fiebre. Ayer estaba bien, se comió un sándwich de queso para cenar y... —Abro los ojos de par en par—. A lo mejor le ha sentado mal. Hace tiempo que no come algo tan graso.

Siento un pequeño rayo de esperanza. Tiene que ser eso.

—Puede ser. —Coge al chico del brazo y le susurra algo al oído. Este asiente y se marcha. La doctora se acerca a nosotras y se pone de cuclillas frente a mi madre—. ¿Te duele algo, Evelyn?

Me mira de soslayo.

—Anoche me acosté con un poco de dolor de barriga, pero no le di importancia. —No le dio importancia porque es algo a lo que está acostumbrada. Me muerdo la lengua.

El chico de antes aparece con una silla de ruedas.

—Nos vamos a urgencias, ¿vale? A lo mejor es solo una gastroenteritis. —La doctora habla con naturalidad, como si no pasara nada si mi madre tuviera una gastroenteritis, una de las enfermedades más comunes de cualquier ser humano. Pero sí que pasa. Mucho.

Hasta una simple conjuntivitis es mucho para mi madre.

Me tiemblan las piernas mientras andamos por el pasillo. Aun así, echo mano de todo mi autocontrol para que mi madre me vea serena y tranquila, cuando la realidad es que siento el corazón a punto de salir despedido por mi boca.

—Ya estamos. —El chico de la bata blanca detiene sus pasos cuando llegamos a las puertas acristaladas y batientes de urgencias. Es la sala que menos me gusta de todo el hospital. Solo hay caos y desorden. La doctora Fleming coloca una mano sobre mi hombro y doy un respingo. No me gusta nada cómo me mira.

—No puedes pasar de aquí, TJ.

¿Cómo que no puedo pasar de aquí

¿Qué tontería es esa?

Me aferro a la mano de mi madre con tanta fuerza que por un segundo temo estar haciéndole daño.

—Voy con ella, doctora. No pienso dejarla sola.

Margaret me mira con lástima. Odio la puta lástima.

—Tienes que esperar en la sala de espera, ahí dentro solo pueden estar los pacientes. Iremos a buscarte en cuanto sepamos algo.

Niego con la cabeza.

—He dicho que no voy a dejarla sola. —Me gusta esta mujer, siempre me ha gustado, pero soy capaz de pasar por encima de ella si me hace separarme de mi madre.

Me sujeta por ambos hombros con delicadeza y me obliga a mirarla a la cara.

—TJ, tu madre estará bien y en buenas manos, pero no puedes pasar. No puedo dejarte pasar. Por favor, no me obligues a hacer algo que no me gustaría, como ponerme a malas contigo, ¿vale?

No me obligues tú a mí a hacer otras cosas.

Estoy a punto de decirle eso mismo cuando siento los dedos de mi madre apretando los míos. Me los acaricia y se lleva mi mano hasta sus labios para dejar un beso en mis nudillos.

Trago saliva con tanta fuerza que estoy segura de que los aquí presentes han podido oírlo.

—Estaré bien, cariño. Te lo prometo. —No hay que hacer promesas que no sabes si vas a poder cumplir. Esa es la regla número uno de la supervivencia.

—Quiero estar contigo. —Ahora no sueno tan firme como hace un momento.

Mi madre me suelta la mano y la coloca sobre su regazo.

—Estaré bien. —Ojalá sea verdad—. Margaret te llamará en cuanto pueda, ¿verdad, doctora?

—Por supuesto.

No me queda otra que dar un paso atrás y hacerme a un lado para dejarlos pasar. A pesar de que quiero estar con mi madre y de que podría estar toda la mañana discutiendo con quien sea hasta hacérselo entender, la realidad es que mi madre sigue teniendo fiebre y ha de ser atendida.

Los veo a los tres cruzar la puerta y desaparecer tras otra que no tengo ni idea de a dónde lleva. El vacío que siento en el pecho en estos momentos es tan grande que no sabría ni ponerle nombre.

Me quedo mirando al infinito. Lo hago durante tanto tiempo que, cuando parpadeo de nuevo, me duelen los ojos y comienzan a llorarme. Me los froto y me limpio las lágrimas, pero estas no desaparecen. Salen más. Y más. Cuando quiero darme cuenta, estoy llorando tanto que la vista se me nubla y el pecho se me contrae por culpa de la congoja.

Quiero golpear algo, lo que sea. Y gritar, mucho y muy fuerte, pero no puedo hacer ninguna de las dos cosas en medio de este pasillo. No si quiero que me dejen quedarme aquí.

Echo un vistazo a la puerta por la que han desaparecido hace un rato y me pregunto cuánto tardarán. Pueden ser minutos u horas y, bueno, teniendo en cuenta cómo se han desarrollado las veces anteriores, me decanto más por lo segundo que por lo primero.

Busco un lugar en el que esperar y, tras dar un par de vueltas sobre mí misma, me decanto por

las escaleras de emergencia. No quiero ir a la sala de espera.

No quiero estar rodeada de otras personas.

Las busco desesperada y empujo la puerta con ímpetu en cuanto las encuentro.

Como suponía, no hay nadie subiendo y bajando.

Solo hay silencio.

Me siento en el primer escalón con el que me tropiezo y, en cuanto lo hago, me rompo. Lo hago en tantos pedazos que no estoy segura de que, cuando logre levantarme de aquí, podré hacerlo con todos los fragmentos pegados. Inclino el cuerpo hacia delante, escondo la cabeza entre las piernas abiertas y lloro. Lloro hasta que no puedo más. Hasta que el pecho lo siento vacío. Hasta que no me quedan lágrimas. Hasta que las mejillas las tengo pegajosas. Hasta que la garganta me pide que pare. Hasta que me clavo los dientes en la mano en un intento de acallar el grito que lucha por salir. Hasta que...

—¿TJ? —Me levanto del escalón y me doy la vuelta.

Unos ojos marrones con mirada suave y cálida me miran preocupados.

—¿Qué te pasa?

CAPÍTULO 22

No quiero soltarla

~Brad~

A la pregunta de: «¿Qué daño puede hacerme una salida con los chicos?», la respuesta es sencilla. Todo el daño del mundo.

Pero no físicamente. No.

Lo que hace una salida con esos descerebrados es dejarte hecho papilla. Para el arrastre.

Tras una salida con Jacob, Marcus y Watt, lo que quieres es arrancarte la puta cabeza y dársela de comer a los patos para que así dejen de sonar trompetas dentro de ella.

—¿Estás bien? —Miro a Héctor a través del espejo retrovisor. Hoy lo he llamado a él para que me acercara a la clínica porque sabía que no me daría la chapa. Espero no haberme equivocado.

Arruga la nariz y compone una cara de asco.

—Tienes muy mala cara, tío. Te agradecería que no vomitases en mi coche. Anoche mi amigo Tommy y yo lo lavamos.

Dejo escapar un suspiro prolongado mientras recuesto la cabeza en el respaldo y miro al techo. Cerraría los ojos, pero, si lo hago, todo da vueltas.

—No tengo intención de vomitar.

—¿Seguro?

Lo único que hay seguro en esta vida es que todos vamos a morirnos. Y que Jacob es lo puto peor.

—Segurísimo.

—Si tú lo dices... —Hay desconfianza en su voz, pero yo también la tendría de un tío que, el color de su cara es entre verde y blanco.

¿Lo peor de todo? Que salí con ellos el sábado y estamos a lunes. En teoría, ya se me tendría que haber pasado la cogerza, y eso que me pasé el domingo vegetando como un animal, pero no lo ha hecho.

¿Qué mierdas me pondría Marcus en la bebida? Ni siquiera me atrevo a preguntárselo.

Y eso que se supone que no puedo beber alcohol porque me estoy medicando. Gérard me va a patear el culo en cuanto me vea, y se lo dirá a mi médico, y este a mis padres, a los que he conseguido engañar diciéndoles que había pillado un virus del estómago. Porque sé que esta excusa no va a colar con mi fisioterapeuta.

—Hemos llegado. —En el poco tiempo que conozco a Héctor, nunca le había escuchado un tono de voz que sonara tan aliviado.

Me arrastro fuera del coche y me concentro en no dejarme caer al suelo y pasear por él cual lagartija. ¿Cómo voy a poder hacer hoy los ejercicios si no consigo tenerme en pie? Lo más triste de todo es que apenas bebí. Un par de copas y un chupito de absenta. Pero supongo que tanto tiempo inactivo, taciturno y *empastillado* es lo que tiene.

Por suerte, llevo puesta la gorra y las gafas de sol que no solo me protegen del sol, sino también de miradas indiscretas.

En cuanto entro en el hospital, me voy directo al ascensor, pero mis pies se desvían hacia las escaleras de emergencia cuando mis ojos ven a lo lejos a Gérard. ¿Qué hace aquí? Esta no es su planta. Además, aún no puedo enfrentarme a él. Es demasiado temprano. Prefiero la multa que me puedan poner por estar andando por unas escaleras que solo debe utilizar el personal autorizado, que enfrentarme a los sermones de mi fisioterapeuta.

Me agarro a la barandilla y comienzo a subir las escaleras. Estoy a punto de sentarme en uno de los escalones a descansar, cuando escucho lo que me parece que es un sollozo. Me asomo por el hueco de la escalera y miro arriba y abajo, pero no veo a nadie ni subiéndolas ni bajándolas. Empiezo a preguntarme si no me lo habré imaginado, cuando escucho otro. Y otro. Y otro más.

Está claro que alguien se ha escondido aquí a llorar.

Debería seguir mi camino. Dar media vuelta y escapar de estas escaleras para darle a la persona que esté llorando la privacidad que necesita. Pero, de nuevo, mis pies tienen vida propia y siguen subiendo escaleras. Llámalo pálpito.

No me he soltado de la barandilla, aunque sí que voy mucho mejor que cuando me he levantado. Como si el malestar se me hubiera ido casi de golpe. Sobre todo, cuando estoy subiendo el último tramo y lo sé, y eso que aún no la he visto. Solo le veo las piernas. Pero lo sé. Puede que sea por su olor, o porque mi cuerpo ha desarrollado una especie de mecanismo para detectarla.

No tengo ni puñetera idea, pero lo sé.

Ella aún no me ha visto, aunque no sé de qué me extraño. Está absorta llorando a mares. Joder, nunca me hubiese imaginado a TJ llorando, y mucho menos así. Porque ese ella. Ese pelo rubio es suyo.

Suelto la barandilla y me muevo indeciso.

La conozco, sé que no me quiere aquí. Cuando te escondes en las escaleras de emergencia es porque no quieres que nadie te moleste. ¡Si lleva pasando de mí dos días enteros! No he olvidado sus palabras la última vez que hablamos. Ni su forma de mirarme. Estoy seguro de que me va a matar cuando se entere de que la estoy viendo llorar.

Sin embargo, no puedo irme porque solo quiero acercarme a ella y abrazarla todo lo fuerte que ella me deje.

—¿TJ? —Se levanta del escalón y se da la vuelta. Esos ojos marrones tan bonitos que tiene están rojos, hinchados y apagados.

Me quedo unos segundos mirándola, esperando que me mande a la mierda y me pida que me largue, pero no dice nada. Tampoco deja de llorar.

—¿Qué te pasa? —me atrevo a preguntar.

Nos separan cinco peldaños.

Ella arriba y yo abajo.

Me fijo en las lágrimas que no dejan de salirle, en cómo le tiembla la barbilla o en cómo se muere el labio.

Esta noche mandan mis pies. Y mis brazos. Porque, cuando quiero darme cuenta, he acortado la distancia que nos separa y nos estoy envolviendo en un abrazo. En uno caliente, suave y lleno de muchas cosas, como a muros rompiéndose en mil pedazos.

Sigo esperando el empujón junto con el guantazo y la patada en las pelotas. Lo que no espero, bajo ningún concepto, son sus brazos rodeando mi cintura y su cara enterrada en mi pecho.

TJ se aferra a mí como te aferrarías a alguien para no caerte.

Y eso voy a hacer. No pienso dejar que se caiga.

Nos muevo hasta sentarnos, yo en el escalón y ella en mi regazo. Su cara ha pasado de estar

en mi pecho a estar enterrada en mi cuello. Yo no dejo de abrazarla.

La verdad es que no podría ni aunque quisiera.

Mejor, porque no quiero.

Podría preguntarle otra vez qué le pasa, pero ¿para qué? Da igual lo que le pase. Lo que está claro es que está hecha polvo y, cuando estás así, lo que menos te apetece es ponerte a hablar, así que me limito a abrazarla como ella me deje el tiempo que ella me deje.

CAPÍTULO 23

No quiero que me suelte

~TJ~

La última persona a la que querría ver en estos momentos es a Brad Hamilton. Sin embargo, a la única persona a la que querría ver en estos momentos es a Brad Hamilton.

Una contradicción, como mi vida.

Cierro los ojos cuando siento su mano en mi pelo y me dejo acariciar mientras sigo llorando. No sé cuánto tiempo llevo llorando.

Ni cuando me enteré de que mi madre tenía cáncer de pecho lloré tanto. Sin embargo, ahora, no puedo parar. Es como si las compuertas se hubieran abierto y no tuvieran ninguna intención de cerrarse.

Me duele la garganta, me escuecen los ojos y me pica el pecho. Pero aquí estoy, agarrada al cuello del chico del que me prometí alejarme, como si fuera un salvavidas, y es que otra vez le he dejado ver demasiado.

Me reiría si no estuviera llorando.

No lo he dejado ver demasiado, se lo he dejado ver todo, porque al dejar escapar la primera lágrima el muro se ha resquebrajado y ya no se va a poder levantar de nuevo. Pero, me da igual. En estos momentos, solo me importa mi madre. El resto del mundo puede irse a la mierda.

Brad sigue acariciándome el pelo y se enreda un mechón en el dedo para después pasármelo por la oreja. Lo hace con delicadeza, como si fuera de cristal. Pero no un cristal de los que se hacen añicos. Un cristal de los que se resquebrajan y cortan.

Su móvil empieza a sonar y lo escucho quejarse, pero no lo coge. Es que ni se mueve. Se dedica a seguir acariciándome como si no hubiera un sonido molestándonos.

El sonido cesa, pero solo para volver a sonar.

Sorbo por la nariz y me separo de su cuerpo con reticencia. Estaba demasiado bien acurrucada en su cuello.

No quiero pensar en el aspecto que debo de tener. Pero, si es horrible, Brad ni se inmuta.

—Hola —me susurra. El móvil sigue sonando así que lo miro.

—Deberías cogerlo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero. —No duda.

Mi estómago siente una sacuda. El móvil deja de sonar y yo le miro el cuello.

—¿Puedo?

—Claro.

Me acurruco de nuevo contra él y él vuelve a acariciarme el cabello sin dejar de consolarme. Lo que más le agradezco es que no esté haciendo preguntas. Cualquier otra persona en su lugar me habría acribillado a ellas para saber qué me pasa, pero Brad no. Brad solo me sostiene y me acaricia.

De repente, reparo en que estoy sentada sobre su regazo.

¿Tendría que darme vergüenza? Probablemente. Pero no me da. Solo me da pánico, porque estoy sentada sobre su rodilla y ya sabemos todos lo que le duele.

—¿Te estoy haciendo daño? —Me aparta el pelo de la frente con el pulgar.

—No.

—Pero te duele la rodilla.

—Ya no. Ha curado milagrosamente este fin de semana.

Contra todo pronóstico, me rio, y es un sonido agradable.

Me gustaría seguir protestando porque los dos sabemos que eso es mentira, pero estoy tan a gusto aquí, pegada a él, dejándome abrazar, que me olvido de mis reticencias. O las oculto bajo los sollozos, que están empezando a remitir.

—¿Qué haces en las escaleras? —Enreda los dedos en mi pelo, y con las uñas me rasca el cuero cabelludo. Amoldo la mejilla en su hombro y coloco una mano sobre su pecho.

—Huir de los ascensores. ¿Y tú?

—Huir de la sala de urgencias.

Brad comienza a tararear una canción. No logro identificarla. Probablemente, porque tengo los oídos taponados.

—¿Qué cantas?

—*I am woman*, de Emmy Meli. —Ahora que lo dice, es verdad.

Rio. Él también se ríe, porque su pecho vibra junto al mío.

—¿Por qué cantas *I am woman*?

Se encoge de hombros.

—Era esa o una de Eminem, pero lo mío no es el rapear y solo habría hecho el ridículo, así que me he decantado por Emmy Meli.

Me seco las mejillas y suelto un suspiro.

Me sigue doliendo la garganta, escociéndome los ojos y picándome el pecho, pero me siento mejor. Por lo menos, ya no quiero gritar.

O no mucho. Me aparto del cuello de Brad y lo miro a la cara. Tiene los ojos tapados por unas gafas de sol y lleva la misma gorra que ha llevado estas últimas semanas. Le quito las gafas y las dejo sobre mi regazo. Cuando lo miro a los ojos... Están llenos de preocupación. Aun así, se esfuerza por sonreírme, y supongo que es esa sonrisa la que me empuja a abrir la boca.

—Mi madre se está muriendo. —Se me rompe la voz y siento que estoy a punto de ponerme a llorar de nuevo—. Le detectaron cáncer de pecho hace un año y es horrible. Primero fue en uno y, aunque le dieron radio y quimio, se le extendió al otro en cuestión de meses. Hoy debía empezar una nueva sesión de quimio y no va a poder hacérsela porque se ha despertado vomitando y con mucha fiebre, y se supone que estaba bien. Que ayer estaba bien. Pero me he enterado de que se fue a la cama con dolor de barriga y no sé si no me lo dijo porque está tan acostumbrada al dolor que ya no le hace ni caso o porque sabía que podía ser algo y no quería preocuparme. Pero tendría que haberme dado cuenta. Ya siempre me doy cuenta de todo y ayer no lo hice porque estaba demasiado centrada pensando en el sándwich de queso que se estaba comiendo y en la película. Una gilipollez, porque ahora no recuerdo ni cuál era. Tendría que haberme dado cuenta.

Me tapo la cara con las manos y me muerdo la lengua para no dejar que esas lágrimas consigan salir, porque no sé si mi cuerpo podría aguantar otra sesión de llantos.

Siento las manos de Brad sobre las mías, pero no me obliga a apartarlas para mirarme. Lo que hace es acariciarlas. Primero con los pulgares y después con los labios.

Brad Hamilton me está acariciando los nudillos con sus labios.

Es solo un roce, uno minúsculo, pero es... Me gusta.

—Es una puta mierda, TJ. Una putísima mierda. —Asiento ante sus palabras porque sí, es una putísima mierda.

Quiero darle las gracias por no decir que todo pasará, que la cosa mejorará, que todo irá bien y que se quedará en un episodio más de nuestra vida y ya está. Uno malo, pero que terminará.

Quiero hacer todo eso porque de verdad que quiero darle las gracias por no decir las típicas palabras de consuelo y utilizar las que nadie se atreve a decir en voz alta; que es una putísima mierda.

Pero no lo hago. Lo que sí hago es esconder de nuevo la cabeza en su cuello, acercar mis labios a su piel y darle un beso. Uno que me sabe dulce. Uno que me hace sentir arropada. ¿Que por qué lo hago? Porque me da la gana.

Brad se tensa bajo mi cuerpo, pero no se aparta, así que sigo. Saco la lengua y le recorro la vena del cuello. Esa que va desde detrás de la oreja hasta la clavícula.

—TJ... —Su tono suena a advertencia, pero yo lo siento como escapatoria.

Necesito escapar de este horror, y necesito hacerlo con él.

Mi mano, que seguía sobre su pecho, se desliza hasta el dobladillo de su camiseta. La cuelo por dentro y le toco la piel.

—TJ... —repite, esta vez siseando.

—Ayúdame, Brad. Hazme olvidar. —No tenía pensado abrir la boca, pero en vista de que no estoy haciendo nada de lo que tenía pensado hacer, opto por no ponerme tiquismiquis.

Siento una mano suya sobre mi espalda y la otra sobre mi rodilla. Ambas se tensan cuando le muerdo el lóbulo de la oreja.

—TJ... Yo... Mierda, TJ... Te ayudo, ¿vale?... Dime qué quieres que haga y te ayudo, pero esto... —Saco la mano de debajo de su camiseta y la llevo a sus labios. Silenciándolo.

Si sigue hablando lo estropeará todo.

—Ayúdame —repito.

La mano que tiene sobre mi rodilla se hace más fuerte. La que tiene sobre mi espalda se desliza hasta mi nuca. Creo que va a arañármela, tal y como ha hecho antes, pero nada más lejos de la realidad, porque de mi nuca pasa a mi hombro y de ahí a empujarme hacia atrás.

Lo hace de forma delicada, pero, joder, me está apartando.

Cuando soy plenamente consciente de lo que está pasando, soy yo la que se aleja de él. No me gusta lo que me dicen sus ojos.

Me levanto de su regazo como impulsada por un resorte y me doy la vuelta. Un calor abrasador se apodera de mi cuerpo, haciendo que se me enciendan las mejillas.

Brad acaba de apartarme.

—TJ. —Su voz me llega en apenas un murmullo lejano, pero suena firme.

Niego con la cabeza y comienzo a mirar a todas partes menos a él, que también se ha levantado.

Joder, Brad acaba de apartarme, y es bochornoso.

—Me marchó —anuncio, porque eso es justo lo que tengo que hacer. Marcharme.

Rápido como un rayo, da un paso al frente hasta apoyarse contra la puerta, bloqueándome el paso.

—Escúchame, TJ.

Sigo mirando al suelo y negando con la cabeza.

A cualquier sitio menos a él.

—Tengo que irme. —Si no me deja usar la puerta, bajaré por las escaleras.

Está claro que Brad sabe cuáles van a ser mis intenciones, porque me agarra de la muñeca y tira de mí.

—No te vayas. Joder, espera. —La desesperación con la que habla debería de hacerme retroceder, pero yo solo puedo pensar en que me ha apartado.

Finjo una sonrisa, aunque continúo sin mirarlo a los ojos.

—Margaret seguro que me está buscando. —Sus dedos sobre mi muñeca me queman—. Tengo que ir con mi madre.

Brad resopla, pero no me suelta.

—No me hagas parecer un capullo por no dejar que te vayas. Solo quiero hablar contigo un segundo. Solo uno. —Mirar al suelo y contar baldosas. Una, dos, tres, cuatro... —Por favor.

Mi muro hace aguas, mi tenacidad se agrieta y mi fortaleza se derrumba por solo dos palabras.

Haciéndole frente a la vergüenza que sigue anidando en mi interior, dejo de mirar baldosas y miro sus ojos marrones.

Ojalá no fueran tan bonitos ni tan expresivos.

Ojalá no me estuvieran pidiendo perdón.

—No quiero que te vayas. Al menos, no así. —Aprovecho que acaba de soltarme la muñeca para llevarme el brazo detrás de mi espalda. Aprieto la mandíbula hasta que me duelen los dientes.

—No pasa nada. Olvida lo que acaba de pasar.

Niega con la cabeza y se pasa una mano por el pelo, frustrado.

—No quiero olvidar lo que acaba de pasar, TJ. Yo... —Sacude los hombros y da un paso hacia delante para después retroceder—. Es decir, quiero besarte —se ríe en una risa carente de humor—. Mi cuerpo sabe bien que quiero besarte. Y que me toques el pecho. Y que me sigas haciendo todo eso en el cuello. Y más. Muchísimo más. Pero no puedo... No me parece...

—He dicho que lo olvides. —No necesito un sermón, y menos uno relacionado con el sexo. Estoy a un tris de que vuelan a subirme los colores a la cara, por lo que me coloco el pelo detrás de las orejas y miro mis dos vías de escape; escaleras o puerta.

Me cruzo de brazos.

—Tengo que irme, decide por dónde.

Brad no se mueve, solo me mira, y a mí tanta intensidad me toca las narices.

Repiqueteo el suelo con el pie y lo fulmino con la mirada.

—¿Vas a apartarte?

—No quiero.

—Me da igual lo que quieras. Tengo que buscar a mi madre, así que será mejor que te hagas a un lado.

Intenta alargar el brazo para tocarme, pero se lo piensa mejor cuando ve mi cara, por lo que se guarda la mano en el bolsillo.

—Déjame ayudarte. Dime qué quieres que haga y lo haré.

Ahora sí que me río con carcajada incluida.

—Lo he hecho, pero no has querido, así que gracias por el ofrecimiento, pero no necesito ayuda de ningún otro tipo.

A Brad comienza a temblarle el párpado derecho.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quería sexo, te lo he pedido y no lo has querido. Me parece bien y no me preocupa, tengo otros sitios en los que buscarlo.

Veo en la mirada de Brad que no le ha hecho ni puñetera gracia lo que le he dicho, también

que tiene la réplica en la punta de la lengua. Por suerte, un móvil empieza a sonar de nuevo, y esta vez no es el de Brad, sino el mío.

Reconozco el teléfono del hospital en cuanto miro la pantalla.

—¿Diga?

—¿TJ? Soy Margaret. —Me llevo una mano al pecho.

—¿Doctora Fleming?

—Sí. —La mano con la que sostengo el teléfono empieza a temblarme—. Hemos subido a tu madre a planta. Tiene gastroenteritis aguda. Estaba un poco deshidratada, por lo que hemos tenido que ponerle un gotero. También le hemos puesto otro para bajarle la fiebre. Cuando ha llegado al hospital tenía treinta y nueve, pero ha remitido.

—¿Puedo verla?

—Claro. Habitación doscientos cinco. Te espero y hablamos.

—Estoy ahí en medio minuto.

Cuelgo el teléfono y me vuelvo hacia la puerta. Por supuesto, me tropiezo con Brad, del que me había hasta olvidado tras la llamada de Margaret. Eso es lo mejor. Eso demuestra que tengo que centrarme en mi madre y que todo lo demás no llega ni a la categoría de secundario.

Por suerte, no tengo que pedirle a Brad que se aparte. Lo hace él por sí solo.

Paso por su lado y salgo por la puerta como una exhalación. Me sé los pasillos de este sitio como la palma de mi mano, por lo que tardo solo medio minuto en localizar la habitación de mi madre.

Cuando entro, me la encuentro tumbada en la cama, con los dos goteros que me había dicho la doctora, uno a cada lado, y con el rostro cansado. La doctora Fleming está sentada en una silla a su lado. Ambas mujeres conversan, pero dejan de hacerlo en cuanto entro en la habitación.

Si no estuviera tan preocupada por mi madre, les preguntaría si pasa algo, porque no me ha pasado desapercibido el suspiro de la doctora Fleming y la súplica en los ojos de mi madre antes de que ninguna de las dos se diese cuenta de que había llegado.

Ahora, tanto ese suspiro como esa súplica han desaparecido y solo hay sonrisas.

—Hola, mamá. —Me acerco a su cama y apoyo mi frente en la suya. Está caliente, pero ya no quema—. Me has dado un susto de muerte. No vuelvas a hacerlo.

—Entendido.

Me vuelvo hacia Margaret.

—¿Qué pasa con la quimio? —La doctora mira a mi madre y luego a mí.

—Hoy no se la puede dar, lógicamente, pero, una vez se le pase la gastroenteritis y la tengamos unos cuantos días en reposo, hablaremos otra vez del tema.

Quiero sonreír.

Es una buena noticia.

Es decir, dentro del horror, es una buena noticia. Significa que no es una negativa total y que hay esperanza. Aun así, siento un vacío en el estómago. Uno que me dice que hay algo más. Que hay algo que se me está escapando. Pero ¿qué?

—Túmbate aquí conmigo, cariño —me pide mi madre. Me olvido de la sensación, solo por un rato, y me tumbo con ella en la minúscula cama. Lo hago de lado y con cuidado de no chafarla—. Ven, dame.

Me coge el brazo y me lo pasa por su estómago.

—Así está mejor —murmura.

—Mucho mejor.

No me doy cuenta de que la doctora se marcha de la habitación. Solo me doy cuenta de que la

respiración de mi madre se va haciendo cada vez más irregular hasta que se queda dormida.

No quiero moverme y despertarla, por lo que cierro los ojos y dejo que Morfeo me lleve a mí también.

CAPÍTULO 24

No quiero que me odies

~Brad~

Estoy furioso. Con la situación, con TJ por marcharse y conmigo por estar furioso con ella, porque encima me siento un egoísta de la hostia. ¿Cómo no iba a marcharse? ¡Tenía que ir con su madre! Pero no quería que se fuera. No así.

Me llevo las dos manos a la cabeza mientras me trago el grito de frustración que lucha por salir.

¿Qué cojones acaba de pasar?

Es decir... ¿QUÉ COJONES ACABA DE PASAR?

TJ me estaba besando el cuello. Ha metido la mano bajo mi camiseta y me estaba acariciando el pecho. Me ha mordido la oreja y ha jadeado. ¡La he oído jadear! Y ha sido muy clara al respecto: «Que quería sexo, te lo he pedido y no lo has querido». ¿Y lo de después? ¿Qué mierdas significa: «Me parece bien y no me preocupa, tengo otros sitios en el que buscarlo»? ¿Tiene otros sitios a los que ir a buscar sexo? ¿Es eso lo que me está diciendo?

No quiero que vaya a otros sitios a buscar sexo. No es que quiera que lo tenga conmigo. O sí, yo qué mierdas sé. Solo sé que me he despertado queriendo matar a mis compañeros de equipo por el desfase del sábado y enfadado todavía con TJ por sus desplantes, y ahora me encuentro frustrado porque quería tener sexo conmigo y la he rechazado.

Pero ¿qué iba a hacer? No podía tener sexo con ella.

Por mucho que mi cuerpo estuviera disfrutando, y vaya si lo hacía, o por mucho que me muriese por besarla, no podíamos ir más allá. No cuando ella no estaba en estas escaleras conmigo, sino muy lejos, en otra parte del hospital, con su madre. No cuando sus lágrimas seguían bañándole las mejillas y sus ojos continuaban rojos e hinchados.

¿En qué clase de persona me hubiera convertido si hubiera aceptado? Me estaría aprovechando de ella y, cuando se hubiese dado cuenta luego, mañana o dentro de un mes de lo que habíamos hecho, se arrepentiría y me odiaría.

Y yo no quiero eso.

Yo solo quiero abrazarla, joder.

El móvil suena y tengo que reprimirme mucho para no estamparlo contra la pared. Lo miro y gruño cuando veo el nombre de Gérard parpadeando en la pantalla. Es la tercera vez que me llama, porque no lo he comprobado, pero sé que las dos anteriores llamadas también han sido tuyas.

Apoyo la espalda y la cabeza contra la pared y descuelgo.

—Dame una buena excusa para no patearte el culo la próxima vez que te vea. —Me encanta la familiaridad con la que Gérard trata a sus pacientes. No sé si sentirme halagado o no.

Suelto un suspiro. Me quito la gorra, que dejo tirada en el suelo, y me paso los dedos por el pelo.

—Se me ha complicado la mañana. —Es una forma como otra cualquiera de llamarlo.

Se ríe, pero su risa da escalofríos.

—Te he visto esta mañana huyendo de mí. —¿En serio? Yo creía que había sabido escabullirme muy bien—. ¿Tú te crees que yo soy idiota?

Está muy enfadado. En todos estos meses que llevamos trabajando juntos, nunca he visto a Gérard así.

La rodilla empieza a molestarme. La flexiono y la estiro un par de veces. Tengo que morderme la lengua para no soltar un quejido. Tener a TJ encima me ha pasado factura, pero ha valido la pena. No tenía ni idea de que me iba a gustar tanto tenerla entre mis brazos. Abrazarla. Sentir los suyos alrededor de mi cuello. Notar su risa vibrando contra mi pecho en consonancia con la mía.

Sacudo la cabeza y opto por apartarme de la pared y sentarme otra vez en el escalón.

—Hamilton, ¿dónde narices estás? —continúa diciendo Gérard, cada vez más enfadado. Aunque no eleva la voz. Habla en tono pausado. Me recuerda al entrenador Jenkins—. Te he llamado dos veces y no me has cogido el teléfono. Hace dos horas que deberías estar aquí. ¡Dos horas!

Me aparto el teléfono de la oreja y miro la hora. Es verdad, han pasado dos horas. ¿Cómo se me ha podido pasar el tiempo tan rápido?

—Por Dios, Brad, ¿y tú dices que quieres mejorar esa rodilla? Pues déjame decirte que saltándote la rehabilitación no lo vas a conseguir. ¿En qué estás pensando? No puedes...

—¿Tú sabías que la madre de TJ está enferma? —No tenía intención de hacerle tal pregunta. De hecho, iba a dejar que siguiera echándome la bronca todo el tiempo que quisiera, pero me ha salido y ahora...

Ahora solo quiero saber la respuesta.

Gérard deja de hablar y se hace el silencio. Uno que me da la respuesta que estaba buscando.

—Hoy no ha podido ir a trabajar —le digo, solo por informarle. No quiero que se meta en líos por no haberse presentado en el centro. Dudo mucho que su cabeza estuviera lo suficientemente cuerda como para acordarse de avisar a nadie.

Gérard suelta un suspiro y sé que ya es conocedor de este hecho.

—Lo sé —me confirma. Asiento, como si pudiera verme.

—¿Y sabes ahora cómo está? ¿Sabes si...?

—No puedo darte esta información, Brad —él suspira y yo gruño. Formamos un tándem perfecto.

—No te estoy pidiendo que me digas dónde está. Solo quiero saber si está fuera de peligro. ¿No puedes, aunque sea, decirme eso?

Entiendo la política de mierda de la protección de datos, pero no le estoy pidiendo el número de su seguro médico. Ni en qué habitación está, si es que está en una habitación, solo quiero saber cómo está. No creo que sea mucho pedir.

Gérard bufa, y sé que he ganado.

—Está fuera de peligro, o eso parece, aunque tendrá que quedarse unos días más en el hospital. No puedo decirte nada más.

—Gracias. ¿Y sabes si TJ va a volver al centro?

—No lo sé. Hoy, desde luego, no. Y mañana tampoco.

—Me lo imaginaba. ¿Y sabes si necesitan algo?

«Quería sexo, te lo he pedido y no lo has querido. Me parece bien y no me preocupa, tengo otros sitios en los que buscarlo». Recuerdo sus palabras y tengo que tragar saliva. No me refiero a ese tipo de ayuda, sino a cualquier otra.

Tendrá a alguien que la ayude, ¿no? Es decir, sé que tiene a Ivy. Si TJ y su madre están en el

hospital, ¿quién se queda con Ivy? O, a lo mejor, TJ se queda con Ivy en casa y otra persona con su madre en el hospital. ¿Y el padre? No sé si existe un padre. O una hermana de la madre. ¿Abuela?

—¡Brad! —El grito de Gérard me hace regresar de golpe a las escaleras de emergencia y a nuestra conversación.

Está claro que me estaba hablando y no le estaba haciendo mucho caso. Carraspeo.

—Perdona, me he ido. ¿Decías?

—Decía que muevas el culo de donde estés y vengas cagando leches a la rehabilitación. — Frunzo el ceño, aunque no pueda verme.

—¿Y TJ?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cómo que qué pasa con ella? —Pasa que está destrozada, eso pasa. No quiero cerrar los ojos porque, si lo hago, solo puedo ver su cara surcada en lágrimas y escuchar sus sollozos. Sentir su cuerpo temblando—. Tenemos que ayudarla.

—No podemos hacer nada.

—Pero...

—No, Brad, escúchame. Ahora mismo no podemos hacer nada. Así que, ven a la rehabilitación porque la necesitas. Si TJ quiere algo, nos lo dirá.

Se nota que no la conoce. Ni aunque se estuviera ahogando porque se ha tirado al mar y no sabe nadar, nos pediría ayuda. Pero Gérard tiene razón. No puedo hacer nada y no voy a quedarme sentado en estas escaleras el resto del día.

Ojalá tuviera su número de teléfono. A lo mejor podría llamarla y ofrecerle mi ayuda. No sexual, de la otra. También podría llevarme como respuesta una patada en las pelotas, pero habría valido la pena el riesgo. El problema es que no tengo su teléfono y no tengo ni puñetera idea de cómo conseguirlo.

Una bombilla se me enciende en la cabeza. Porter. ¿Shawn tendrá su teléfono? ¿Hailey me matará si le pido a su novio el teléfono de una tía con la que antes se acostaba? Porque no tengo pruebas, ni tampoco dudas, de que Porter y TJ antes se acostaban. Shawn es un buen tío, de los mejores, pero no tenía amigas femeninas sin más. Siempre terminaban siendo algo más. A las pruebas me remito con Wallace y él.

La idea de imaginarme a TJ y a Porter juntos me produce un escalofrío, y no de los buenos, lo que es absurdo, pero prefiero correr un tupido vuelo y no pensar en ello. Ya tengo bastante con Scott y Chelsea. Que no es que sea lo mismo, pero...

Bah, a la mierda. Pienso averiguar cuál es el teléfono de TJ. ¿Cómo? Pues ni idea, pero algo se me ocurrirá.

Me pongo en pie y comienzo a bajar las escaleras.

—Llegaré en cinco minutos.

CAPÍTULO 25

Número desconocido

~TJ~

Me recojo el pelo en una coleta, me pellizco las mejillas para darles un toque de color y no parecer una muerta, y me lleno los pulmones de aire antes de dejarlo salir de golpe y abrir la puerta del cuarto de baño. Todo un ritual.

Un ritual al que le recuerdo sonreír.

—¿Han traído la cena? —digo en cuanto veo la bandeja sobre la mesita supletoria. Olfateo el aire—. Hoy huele bien.

Mi madre ladea la cabeza y me mira con suspicacia.

—Huele a pedo.

—Porque te habrán puesto col y la col huele a pedo.

—¿Y te gusta el olor a pedo?

—No, me gusta la col.

Levanto la tapa que mantiene caliente el plato de comida y, efectivamente, hay col hervida y pescado blanco. Cómo se nota que estamos en un hospital.

La verdad es que la comida tiene una pinta horrible, pero no se lo puedo decir a mi madre. Bastante tiene con tener que comérsela. Así que finjo una sonrisa cuando me vuelvo hacia ella.

—Esto tiene una pinta deliciosa.

Mi madre resopla y pone los ojos en blanco.

—Nunca se te ha dado bien mentir, Tayra.

Abro la boca para rebatirla, pero termino cerrándola. ¿Para qué intentar justificarme? Siempre he sido una pésima mentirosa con mi madre. O eso, o es que ella es buenísima pillándome.

Cojo la bandeja y la dejo sobre su regazo. Después, me siento en el borde de la cama, cara a cara.

—¿Quieres que le pregunte a la doctora Fanning si pueden darte otra cosa? A lo mejor puedes tomarte un caldo. O podemos sustituir la col por cualquier otra verdura.

Niega con la cabeza y coge el tenedor.

—Hasta el caldo en este sitio estaría malo. —Pincha un trozo de pescado y se lo lleva a la boca—. ¿Tú qué vas a comer?

Me encojo de hombros.

—Más tarde bajaré a la cafetería. —Me observa con reprobación. Yo finjo no verla. Me levanto de la cama y busco el mando a distancia por el cuarto—. ¿Hacemos un *zapping* a ver que echan por la tele? Estaría bien ver una película.

—Tayra —me llama. Yo sigo buscando.

—Creo que podemos alquilar películas. Después salgo y pregunto en la recepción. —Lo encuentro en el suelo detrás del sillón en el que estoy acampada desde el lunes. ¿Cómo ha llegado hasta ahí?

—Tayra —me vuelve a llamar, pero yo la vuelvo a ignorar. No porque quiera ser desagradable con ella, sino porque sé lo que me va decir y no quiero oírlo.

En cuanto enciendo la televisión, los protagonistas de *Friends* me sonríen desde el otro lado.

—Mira, el capítulo de cuando nadie está listo. —Me siento en el sillón—. ¿Sabes? Creo que no explotaron lo suficiente la relación entre Ross y Rachel. La de Rachel y Joey es absurda.

—Tayra Jordan Baker, me da igual que te pongas a hablar de *Friends* o de las siete maravillas del mundo, no vas a ignorarme. —Cierro los ojos y, con la cabeza gacha, me vuelvo hasta quedar de cara a ella. Cuando levanto la cabeza, Evelyn Baker me está mirando con resignación mezclada con cariño.

Deja el tenedor en la bandeja y suelta un suspiro. Al hacerlo, los hombros le suben y le bajan, y, con él, los dos goteros que tiene en los brazos. Me fijo en su cara. Tiene las ojeras tan marcadas que parece que le hayan dado dos puñetazos. Uno en cada ojo.

Le bajo el volumen a la tele y suelto el mando.

—No te ignoro, mamá. Es solo que sé lo que me vas a decir y no quiero escucharlo. —Mi madre suelta una pequeña carcajada y yo me muerdo el labio inferior.

—Pues, aunque sepas lo que te voy a decir, te lo diré igualmente. —Su pecho sube y baja al coger aire—. Llevas tres días y medio encerrada en esta habitación. Solo has ido a casa para darte una ducha y un beso a Ivy. Ese sillón en el que estás sentada, aunque te encante, tiene pinta de incómodo.

—¡No es cierto! —Enarca una ceja. Frunzo los labios—. Vale, perdona. Ya me callo.

—Aunque te encante, es incómodo. Necesitas dormir en una cama decente. Necesitas un poco de rutina, Tayra. Necesitas pasar tiempo con tu hermana, como tu hermana necesita pasar tiempo contigo, y yo necesito no ser un lastre para mi hija mayor, por lo menos, durante veinticuatro horas seguidas.

Abro los ojos horrorizada.

—¡No eres ningún lastre para mí, mamá!

—Pues demuéstrelame. Márchate a trabajar. Vuelve al centro mañana por la mañana. Estás aquí al lado. Si pasase cualquier cosa, te avisarían. O a la librería. Vete mañana por la tarde a la librería. He hablado con el señor Radhi y sé que te lo agradecería.

Frunzo el ceño.

—¿Has hablado con el señor Radhi?

—Me llamó el martes para ver cómo estaba. Somos amigos.

Si no fuera porque aún estoy intentando asimilar la amistad entre mi madre y un octogenario, me carcajearía.

Estoy a punto de preguntarle cuándo y cómo surgió esa amistad, cuando la puerta de la habitación se abre y un torbellino moreno, muy parecido a Miércoles Addams, entra rauda y veloz, y se lanza a mis brazos.

Envuelvo a Ivy en un abrazo y hundo la nariz en su pelo. La vi el martes por la tarde un momento cuando no me quedó más remedio que ir a casa a ducharme y a por ropa, tanto para mi madre como para mí. Los ojos tristes y preocupados de mi hermana me han acompañado todas las noches desde entonces. No le dejamos venir al hospital porque es muy pequeña para presenciar ciertas cosas. Aun así, está aquí, y tengo que admitir que me encanta.

—¿Qué haces aquí, patito? —le signo una vez se aparta de mi cuello. Le revuelvo el pelo y le doy un golpecito cariñoso en la punta de la nariz.

—Queríamos ver a mamá.

La puerta vuelve a abrirse y esta vez entra la señora Conway. Lo hace con una mano en el pecho y jadeando.

—Hay que ver cómo corre. La perdí nada más se abrieron las puertas del hospital. —Ve la

botella de agua de mi madre—. ¿Puedo? Me ha dejado bajo mínimos.

—Claro. —Ivy se separa de mí y se lanza sobre mi madre, solo que esta vez lo hace con delicadeza y despacio. Puedo ver los hombros de mi hermana temblar. Está llorando.

Miro a mi madre, pero niega con la cabeza. Apoya su mejilla en la coronilla de Ivy y cierra los ojos mientras le pasa una de sus delgadas manos por el pelo.

El nudo que creía que había desaparecido renace de nuevo. Aunque, más que irse, yo creo que estaba dormido. Carraspeo y me acaricio la garganta.

—He traído un poco de sopa de fideos —dice la señora Conway en un tono de voz calmado, aunque se le nota que sigue sofocada. Levanta la bolsa en la que no había reparado. Los ojos de mi madre brillan y juro que la escucho relamerse.

—Mil gracias, señora Conway.

—Tonterías. —Le quita la bandeja a mi madre del regazo y la sustituye por un bol que huele a las mil maravillas.

Esa sopa de fideos no huele a pedo.

Mi madre le da el primer sorbo y juro que la escucho ronronear.

Me recuesto en el sillón y las miro. A las tres. Sobre todo, a mi hermana, que está tumbada en la cama pegada a mi madre y la mira como si fuera una diosa. Y puede que, para ella, lo sea.

También la mira con precaución, como si fuese de cristal y tuviera miedo de tocarla y que pudiera romperse.

Por eso todo esto es una mierda. Porque mi madre no es de cristal, pero como si lo fuera. Porque una niña de siete años no debería temer esas cosas. Debería poder lanzarse sobre su madre sin temer si le va a hacer daño o no. Porque no debería llevar tres noches durmiendo con su vecina porque su madre está ingresada y su hermana está ocupada cuidándola.

Todo este pensamiento me lleva, inevitablemente, a pensar en mi padre. ¿Sabrá que mi madre está enferma? Espero que no. Para mí murió cuando, al año de nacer Ivy, se largó dejándonos a las tres solas, porque se le hacía un mundo tener una hija sorda. Para él, la niña solo tendría problemas y no podría disfrutar de una vida normal, como las demás.

Por eso, lo mejor que podía hacer para ayudarla era largarse, ¿no? Hipócrita.

Me dolió verlo salir de casa como no me había dolido nunca nada en toda mi corta vida, pero no tardé más de dos segundos en eliminar cualquier recuerdo que tuviéramos los dos juntos y reemplazarlo por odio. Si él no nos quería en su vida. Si él no quería a Ivy en su vida, yo tampoco lo quería a él.

Por eso prefería que no supiera nada de mi madre. No me gustaba la idea de tener que enfrentarme a él por cualquier motivo. Cuanto más lejos lo tuviera, mucho mejor.

Mi madre se acaba el caldo y pasa a un yogurt con nueces y miel. Está animada. Tiene mucho mejor aspecto y las ojeras, que hacía unos minutos parecían dos surcos morados grandes y enormes, se han difuminado bastante. Incluso se ríe a carcajadas con Ivy.

El estómago me ruge y lo tomo como una señal para un descanso.

Puedo darme uno, ¿no? No soy peor hija por ello. Ni siquiera voy a dejarla sola.

Odio el sudor frío que me recorre la espalda.

—Oye, mamá. —Me coloco a los pies de su cama y le masajeo los tobillos—. He pensado que voy a ir a buscarme un sándwich o algo de comer. ¿Te parece bien? Porque puedo quedarme si lo necesitas.

Mi madre me sonrío con cariño y niega con la cabeza.

—Estoy bien. Vete y no vuelvas hasta dentro de cinco a seis horas por lo menos —lo dice en tono bromista, pero sé que lo dice en serio.

Abandono la habitación y me voy hasta una de las máquinas expendedoras que hay en el pasillo. Estoy buscando un sitio libre en el que poder sentarme tranquila a comerme mi sándwich de pastrami y, no sé cómo, termino en las escaleras de emergencia.

La idea de irme a la sala de espera con más personas me da dolor de cabeza, y la cafetería no me gusta. No hay silencio. Pero aquí sí que lo hay. Y recuerdos.

Me froto la cara y me pinzo el puente de la nariz. Lo único bueno de haber estado encerrada tres días y medio en esa habitación es que no he tenido que ver a Brad, porque no sé qué hubiera pasado si me lo hubiese encontrado. El bochorno por lo del lunes todavía me escuece. ¿Cómo pude insinuarme de esa manera? Pero no lo pensé. Me sentía tan bien entre sus brazos, tan arropada. Me sentía segura. Como si alguien, por una vez, me estuviera sosteniendo y no al revés. Y cuando sentí sus labios en mis nudillos... No lo pensé, y eso es lo que pasa cuando no se piensa, que se cometen estupideces.

¿Cómo voy a mirarlo a la cara cuando volvamos a coincidir? No puedo. Es imposible. Todavía siento sus manos sobre mí, apartándome. O su voz llamándome.

Nunca he pasado tanta vergüenza. ¿Esto demuestra que Charlie y Benjamin tienen razón? ¿Tan poco me quiero? ¿Me estoy rebajando tanto que cualquiera me sirve? Pero Brad no es cualquiera. Es Brad.

Se me ha quitado el hambre. Dejo el sándwich en el escalón y me pinzo el puente de la nariz con fuerza. Siempre me ha importado una mierda lo que los demás pensasen de mí, en especial tipos como Charlie o Benjamin, pues yo con mi cuerpo y mi vida hago lo que me da la gana. Pero sí que me importa lo que Brad piense de mí, y eso no lo puedo negar. Y su rechazo escuece.

Desbloqueo el móvil con la intención de poner algo de música con la que distraerme un poco, cuando veo que tengo varios mensajes sin leer. Los avisos están en rojo y parpadean como un semáforo a punto de cambiar de color. El corazón me da un vuelco y eso que ni siquiera los he abierto. ¿Quién será? No me caracterizo por tener una agenda telefónica muy extensa. ¿Será Gérard? A lo mejor quiere decirme que no hace falta que vuelva. Abro la aplicación y por poco no se me cae el móvil al suelo. Tengo once mensajes sin leer y todos del mismo número. Un número que no tengo guardado en la agenda.

Número desconocido:

Hola, TJ. ¿Cómo estás?

Número desconocido:

Soy Brad, por cierto. No borres los mensajes sin leerlos, ¿vale? Y tampoco me odies por estar escribiéndote e invadiendo tu intimidad. Solo quiero saber cómo estás.

Número desconocido:

No me estás leyendo, no sé si porque me has bloqueado o por estás ocupada y no has podido leer los mensajes. Supongo que será lo segundo, ni siquiera te ha dado tiempo a bloquearme.

Número desconocido:

He investigado y, cuando bloqueas a alguien, no te aparece su foto de perfil y los mensajes que le envías aparecen con solo un tic. Los míos salen con dos. Eso es que te llegan, pero no los has leído. Eso es bueno. Creo.

Número desconocido:

Sé que te estarás preguntando cómo he conseguido tu teléfono. Te podría mentir, pero no tendría sentido. Así que allá voy. Se lo he robado a Gérard. Nunca me imaginé como un ladrón,

pero mira, no se me ha dado tan mal. Ni siquiera se ha dado cuenta de que se lo he quitado del bolsillo. Tengo que decir que luego se lo he devuelto fingiendo que se le había caído. Se lo ha creído, así que te pido que no le desvelas mi secreto.

Número desconocido:

También te pido que no te enfades conmigo. No más de lo que ya estás, quiero decir. Pero es que llevo pidiéndoselo desde el lunes y no me lo ha querido dar, así que no he tenido más remedio que robárselo.

Número desconocido:

TJ, por favor, habla conmigo. No quería rechazarte. Yo...

Número desconocido:

No me gusta hablar de esto por mensaje, creo que es frío e impersonal, pero lo haré si con ello consigo que no pienses que soy un gilipollas arrogante. Porque no lo soy.

Número desconocido:

¿Quieres que te diga la verdad? Porque lo haré sin problemas.

Número desconocido:

Mierda, TJ, me moría por besarte. Me muero por besarte, de hecho. Pero no quería hacerlo así. No quería hacerlo contigo llorando sobre mi hombro. No quería que te arrepintieses después. Que me odiaras. No soy esa clase de tíos. No me aprovecho de las chicas vulnerables. No me aprovecho de ti.

Número desconocido:

Háblame, ¿vale? Cuando quieras. Me da igual la hora. He dejado las pastillas, así que ya no tengo el sueño tan pesado. Tú, solo, llámame.

La mandíbula se me ha caído al suelo en cuanto he leído el segundo mensaje y todavía no ha vuelto al sitio. Tampoco tengo muy claro si lo hará.

¿Brad me ha escrito?

Me paso los siguientes diez minutos releiendo los mensajes que hasta consigo aprendérmelos de memoria. La cabeza me da vueltas y ya no hablamos de cómo tengo el corazón. Si ahora me tomaran las pulsaciones me ingresarían seguro.

De repente, veo que bajo el nombre de Brad sale el estado «en línea» y me acojono, por lo que lo bloqueo y lo dejo boca abajo a mi lado. Adiós a la idea de poner música. No quiero que Brad vea que estoy en línea y me hable, porque no sé qué decirle. Abro los ojos y los cierro con fuerza; le habrán salido los dos tics azules. Sabrá que le he leído.

Mierda.

Joder.

Me froto la cara y me aprieto la sien con fuerza. Está empezando a entrarme dolor de cabeza. Esto no debería estar pasando.

Nada de esto debería estar pasando.

Para empezar, no tendría que estar en este hospital con mi madre. Ella tendría que estar en casa recuperándose de la sesión de quimio y yo... Yo no tendría que estar pensando en Brad porque es una distracción que no quiero. Tampoco arrepintiéndome y tragándome las ganas de gritar cada vez que pienso en el ridículo que hice el lunes en estas mismas escaleras.

El móvil vibra con la entrada de un nuevo mensaje. Giro la cabeza y lo miro horrorizada. ¿Será él? Tiene que ser él. Habrá visto que lo he leído y querrá saber por qué no le contesto.

Un sudor frío me recorre la espalda y tengo que llevarme la mano a la boca por miedo a que mi corazón salga disparado.

Mi mano tiembla por las ganas que tengo de coger el móvil y contestarle, pero, a la vez, tiembla porque esto no está bien. No puedo tener distracciones. No me las puedo permitir. Mi madre y mi hermana son mi única prioridad. Tengo que centrarme en ellas. No puedo tener la cabeza en otra cosa, y mucho menos en Brad.

Metó una mano en el bolsillo trasero del pantalón y ahogo un sollozo cuando no noto el mechero. No lo he cogido. Lo tengo guardado en el bolsillo pequeño de la mochila, en la habitación de mi madre. Pero lo necesito.

Necesito ese mechero porque siento que me asfixio.

Pero no puedo ir a por él. Si mi madre me ve con él en la mano hará preguntas, y ha quedado bastante demostrado que no sé mentirle. Pero lo necesito porque me estoy ahogando y es la única manera que tengo de conseguir aire para mis pulmones.

La otra es buscar a una persona que me dé ese aire, pero solo de pensar en esa posibilidad me entran ganas de llorar. Hoy más que nunca, porque me siento sucia, impura. Además, ¿qué haría? ¿Pedirle a quien sea que se esconda conmigo en el cuartito de mantenimiento? Solo de pensarlo hace que me piquen los ojos, así que los cierro porque no puedo llorar. Ya lo hice bastante el lunes.

Cojo de nuevo el sándwich y me obligo a comérmelo. El móvil lo dejo donde está.

No más distracciones.

CAPÍTULO 26

Conversaciones con mi mejor amigo

~Brad~

He salido a correr. Sé que es un error y que luego la rodilla me pasará factura, sobre todo porque ya le he dado caña esta mañana en la rehabilitación. Sacudo la cabeza al pensar en ella.

Hoy no he estado con Gérard, sino con Diana, y esa chica es el diablo vestido de mujer menuda y con pecas. Y yo quejándome del francés o de TJ ese primer día. Era porque nunca había probado a Diana. Hay que ver cuántas cosas se pueden esconder tras una sonrisa.

Pero tenía que salir de casa. Solo había dos opciones posibles: o seguir mirando como un gilipollas el móvil o largarme de casa. Podía haber elegido la segunda y pasear. Pero estoy hasta los huevos de pasear. También podía haber llamado a estos y salir con ellos, pero quería estar solo.

Solo para seguir comiéndome la cabeza.

¿Por qué no me ha escrito? ¿Por qué no me ha contestado a los mensajes? Entiendo que no lo hiciera el primer día porque estaba ocupada. De hecho, me habría extrañado que lo hiciera. Pero ayer me leyó. Lo sé porque me salen los dos tic azules, y ya han pasado veinticuatro horas. ¿Tanto me odia?

O, a lo mejor, no es odio, sino indiferencia.

Me llevo una mano al pecho; prefiero el odio a la indiferencia mil veces. Si alguien te odia, eso es que alberga algún tipo de sentimiento hacia ti. Si le eres indiferente, es que le importas una mierda.

Y yo no quiero importarle una mierda a TJ. No sé qué es lo que quiero. No tenía pensado verme en una encrucijada como esta cuando empezó el verano. Ni cuando abrí los ojos en esa cama de hospital. Pero, ahora que la estoy sufriendo, no quiero que TJ se marche. No quiero que tenga que esconderse siempre en unas escaleras de emergencia para llorar. No quiero que llore y punto, joder.

Un trueno suena por encima de mi cabeza y miro al cielo. El azul está desapareciendo para ser reemplazado con un color gris ceniza. Lo que me falta, que se ponga a llover. Que estamos a mediados de agosto.

Aun así, regresar a casa no es una opción, por lo que sigo corriendo. Lo hago con los cascos puestos y dejando que la música me perfore los oídos para así no pensar en el latigazo que me llega hasta la ingle cada vez que la pierna derecha toca el suelo.

Suena otro trueno y yo subo el volumen de la música. Como si el cielo se estuviera riendo de mí, *The real Slim Shady*, de Eminem, comienza a sonar, lo que hace que me acuerde de TJ.

Me rio. ¿A quién quiero engañar? Llevo pensando en esa chica toda la maldita semana. Por lo menos, pensar en ella hace que deje de pensar en el entrenador Jenkins y en su propuesta. Incluso hace que deje de pensar en Scott y Chelsea. Eso es bueno, ¿no?

La música cesa un momento porque acaba de entrarme un mensaje. Detengo mis pasos y pauso la canción. ¿Habrá decidido TJ contestarme por fin?

Eso espero.

Gruño cuando veo que no es TJ, sino Luke.

He estado tan metido en mis propios asuntos que me he olvidado de mi mejor amigo. Espero que esté estudiando francés o juro que no será el entrenador Jenkins quién lo mate. Estaré encantado de hacerlo con mis propias manos.

Miro alrededor, buscando algún sitio en el que pueda apoyarme para descansar un poco —y, ya de paso, relajar la rodilla—, y opto por el tronco de un árbol.

Me dejo caer por el mismo hasta quedar sentado en el suelo. Flexiono la pierna izquierda y dejo la derecha lo más estirada posible. La miro. Está enrojecida e hinchada. Voy a necesitar mucho más que una bolsa de hielo.

Otro trueno. Ya no queda ni una pizca de azul. Maravilloso, estoy a nada que empaparme. Saco el móvil y leo el mensaje de mi amigo.

Luke:

Necesito hacerte una pregunta

Hace años que Luke y yo nos conocemos. Y, a los dos minutos de conocernos, ya nos habíamos hecho mejores amigos. Ha quedado demostrado que es el mejor y que tengo mucha suerte de tenerlo. Que es el único, además de mis padres, que ha estado ahí a mi lado en todo momento. Incluso sé que tenía cierta reticencia a irse a Los Ángeles y dejarme aquí solo. No porque quisiera ser mi niño, sino porque me quiere y no quería dejarme solo porque sabía que terminaría autocompadeciéndome. Por eso ha sido como un grano en el culo desde que se marchó. Más de lo que ya es, quiero decir.

Y por eso sé, con solo una frase, que está idiota.

Brad:

Te has acostado con Helena.

Luke:

Creía que estarías durmiendo.

Pensaba que las drogas que te tomas te dejaban para el arrastre.

Brad:

Las he dejado.

Pensar en esas pastillas me hace fruncir el ceño.

No quería decírselo a Luke. De hecho, no quería decírselo a nadie porque sé que todos pondrían el grito en el cielo por ello, pero no saben lo que es no ser tú cuando te tomas esas bolitas azules. Lo que es estar tan aletargado que solo quieres estar en la cama tumbado en posición fetal.

Puede que me alivien, y puede que me muera por tomarme un puñado cuando llegue luego a casa, porque, ahora que la rodilla se me está enfriando, me duele horrores, pero sus efectos secundarios son horribles, así que prefiero no tomármelas que sentirme un inútil. Ya me siento bastante inútil sin ellas.

Luke:

¿Te ha dicho el médico que lo hagas?

Brad:

¿Me has escrito para darme por culo?

Luke:

Deberías volver a tomártelas.
Te dejaban para el arrastre, pero eras más simpático.

Luke:

A veces.

Gruño al tiempo que la primera gota aterriza en la punta de mi nariz. Las nubes se han unido y Zeus, el dios del trueno, está a punto de entrar en acción. Pero sigo sin moverme. Estoy demasiado agotado para ponerme a luchar con unas gotas de agua.

Brad:

¿Vas a decirme ya qué quieres?

Luke:

Me encanta cuando te pones cariñoso.

Brad:

Y a mí cuando te pones intenso.

Brad:

Que, déjame decirte, es el noventa y nueve por ciento del tiempo.

Luke:

Pienso llamar a tu médico y contarle lo de las pastillas.

Brad:

No me toques los cojones, Fanning.

Luke:

¿Fanning? Qué serio te pones cuando alguien te dice algo que no quieres escuchar.

Brad:

No tengo tiempo para esto. Cuando quieras hablar, llama a Jacob. O a Marcus. No sé, llama a cualquiera menos a mí.

Luke:

¿Por qué has dejado las pastillas?

Luke:

Y no me vengas con evasivas. Te lo estoy preguntando en serio.

Brad:

Y yo también he dicho en serio lo de que no me toques los cojones.

Luke:

Hay cosas que me salen solas y esta es una de ellas.

Brad:

¿Cómo llevas la nariz? Tengo que darle las gracias a Helena por enviarme la foto. Cuando estoy de bajón, la miro y se me pasa.

Luke:

Entonces supongo que te he pillado mirándola.
Y no cambies de tema.

A pesar de que estoy molesto con Luke por estar hablando de las pastillas, no puedo evitar sonreír porque es cierto lo que le he dicho. Creo que lo único que me animó ayer fue la foto que me envió Helena con la cara de mi amigo hecha un poema. No sé qué pasó para que tuviera esa nariz, solo sé que me robó una carcajada y que mejoró una tarde de mierda. Helena. Luke no ha desmentido mi afirmación. ¿Eso quiere decir que se ha acostado con Helena?

Brad:

Eres tú el que ha cambiado. Me has escrito para decirme que querías preguntarme algo y luego te has puesto a darme por saco.

Luke:

Se llama preocuparse por ti.

Brad:

A lo mejor no quiero que lo hagas.

Luke:

No creo que tengas opción. Siempre voy a estar preocupado por ti, Brad. Por favor, ¿puedes decirme qué te pasa?

Brad:

Que tuve un accidente de coche en el que casi me muero.
No sé si te habías enterado.

Luke:

Nunca te ha pegado ser condescendiente.

Brad:

Y a ti nunca te ha pegado ser un entrometido.
¿Puedes decirme ya qué querías?

Me arrepiento de mis palabras y de mi tono, porque sé que Luke no se merece que le hable así porque tiene razón, solo se preocupa por mí. Y sé bien que, si la situación fuese al revés, yo estaría encima de él igual que él está encima de mí. Pero la situación es la que es, y la realidad es que no quiero hablar de las pastillas.

Luke:

Quería hacerte una pregunta, pero acabo de pensar que mejor la dejamos para otro día.

Brad:

¿Tiene que ver con Helena?

Luke:

No.

Brad:

¿Entonces?

Luke:

Me he acostado con Helena.

Brad:

Mira que eres gilipollas.

Luke:

Gracias.

Brad:

De nada.

Lo sabía. Es que lo sabía. No es que me moleste que se haya acostado con Helena. Es una chica maravillosa. Lo que me preocupa es que pierda de vista su objetivo principal porque, cuando Luke se entrega, lo hace hasta el fondo, y si me está hablando de Helena es porque está acojonado. Luke siempre ha sido el humorista. El cínico. El que pica y nunca se queda.

Pero eso solo era una fachada.

¿Para protegerse? Puede, no sé. Pero nunca ha creído que pudiera llegar a gustarle a alguien hasta el punto de quedarse.

No sé qué relación tienen Helena y él. No sé en qué punto están. Pero sí sé que es lo suficientemente importante para él si me está hablando de ello.

Luke:

Ahora, ¿te importaría decirme por qué soy gilipollas?

Brad:

¿Por qué te has acostado con Helena?

Luke:

¿Perdona?

Brad:

Perdonado. ¿Por qué?

Luke:

¿Cómo que por qué?

Luke:

¿Porque los dos queríamos? ¿Porque nos gustamos? ¿Porque llevamos días tonteando y esto al final tenía que estallar? ¿Porque me encanta besarla? ¿Por qué es inteligente? Y preciosa. Y me vuelve loco. No sé, Brad, hay un montón de razones. Elige la que quieras.

Brad:

No soy yo el que tiene que elegirla.

Luke:

Creo que acabo de perderme.

Brad:

Jamás me preguntas nada cuando te acuestas con una chica. Y te lo agradezco. Ahora, sin embargo, ibas a preguntarme algo de Helena, y eso es porque estás asustado. Porque, aunque estás sonriendo como un gilipollas, estás asustado. Por primera vez, Luke Fanning no tiene una respuesta para algo relacionado con una chica y esto lo tiene asustado. ¿Me equivoco?

Luke:

Entonces, ¿no vas a ayudarme?

¿Ayudarlo? ¿Ayudarlo a qué? ¿A saber si Helena le gusta de verdad? Los dos sabemos la respuesta a esa pregunta. Además, si supiera el cacao en el que se ha sumido ahora mi vida, mi cabeza, no me pediría que lo ayudase. De hecho, conociéndolo como lo hago, sería capaz de coger el primer vuelo a Burlington, plantarse en mi habitación y no salir hasta que él considerase que, lo que sea que me pase, está solucionado. Y la realidad es que, lo único que yo quiero ahora, es hablar con TJ.

Otra gota vuelve a caerme en la punta de la nariz, y esta vez no tardan en acompañarlas unas cuantas más. En un abrir y cerrar de ojos, el cielo se ha abierto y está cayendo el diluvio universal sobre mi cabeza.

Me despido de Luke y me levanto dispuesto a encontrar a TJ y hablar con ella. Disculparme. Puede que me lleve una patada en las pelotas, pero al menos tengo que intentarlo. Llamarla por teléfono sé que no va a servir de nada. Si no me contesta los mensajes, mucho menos va a cogerme una llamada, así que solo me queda buscarla hasta dar con ella, y no tengo nada mejor que hacer.

CAPÍTULO 27

¿Qué haces en mi librería?

~TJ~

Miro por la ventana y me estremezco cuando los cristales vibran por culpa de un nuevo trueno. Lo que ha empezado como una ligera llovizna ha terminado siendo una buena tormenta.

¿Cómo puede estar lloviendo tanto? Es como si el cielo se hubiera cabreado y estuviera decidido descargar toda su furia sobre la humanidad. No hay nadie por la calle, y no extraña. Habría que estar loco para salir a pasear con este tiempo. De hecho, la librería está tan silenciosa que, si agudizas el oído, puedes escuchar a las motas de polvo rodar por el suelo.

Suelto un suspiro y me recuesto en la silla giratoria mientras no dejo de mirar por la ventana. No tendría que haberle hecho caso a mi madre. Tendría que haberme quedado con ella en casa, cuidándola, pero ha insistido tanto en que me viniera a la librería cuando por fin hemos llegado a casa del hospital, que no he podido negárselo. Ya le niego bastantes cosas. Además, la señora Conway me ha prometido que se pasaría de vez en cuando a ver cómo estaban ella e Ivy. Aun así, para mí no es suficiente.

Necesito estar ahí.

Necesito comprobar la situación con mis propios ojos.

Cojo la manzana que me he comprado por el camino y le doy un mordisco mientras aparto la vista de la ventana y la centro en los apuntes que me he traído. Si me centro en los papeles, no tengo la cabeza en mi madre y en si debiera o no llamarla para ver cómo está.

Tampoco la tengo en Brad, que mentiría si dijera que no llevo veinticuatro horas pensando en sus mensajes. En sus doce mensajes. Los once que leí primero, y el que me envió cuando vio que los había leído y que no le iba a contestar.

Pero ¿qué le contestaba? «Tranquilo, Brad, solo quería acostarme contigo, pero no pasa nada, todo bajo control».

Es absurdo.

Y no puedo hacerlo. Lo mejor es dejarlo correr.

Al final, el tiempo hace que las cosas terminen perdiendo valor, pues con esto igual. Llegará un momento en el que se dará cuenta de que no vale la pena todo esto y dejará de sentirse culpable. Porque eso es lo que pasa, que es buena persona y que se siente culpable. Pues no debería.

Pienso en el lunes, cuando vuelva al centro y nos encontremos, y me da un escalofrío, pero lo hago a un lado. No puedo preocuparme por cosas que aún no han pasado. Cuando llegue ese problema, ya veré cómo lo resuelvo.

La puerta se abre y levanto la cabeza de los apuntes. Sonríó al ver que es el señor Radhi y no un cliente de esos pesados que vienen a la librería, te preguntan mil cosas, te molestan, y luego no se llevan nada. Lleva en una mano un vaso de cartón y en la otra una bolsa que, por el olor que desprende, me juego mi sueldo del mes a que es un rollito de canela. Dejo de sonreír cuando veo que el pobre hombre va calado hasta los huesos.

—Señor Radhi, ¿cómo sale sin paraguas con la que está cayendo? Está empapado —le

recrimino. Estaba tan ensimismada en mis libros que ni siquiera me he dado cuenta de que salía de la tienda.

—Si he ido justo aquí enfrente —se justifica, tiritando, lo que hace que me sienta aún peor. Porque, además, se podría haber resbalado y a saber qué habría pasado.

Me levanto de la silla y le cojo la bolsa y el café de las manos. Lo dejo en el mostrador y voy corriendo al almacén a por algo con lo que poder secarlo.

—¿Tiene toallas por aquí? —le pregunto gritando, mientras abro armarios, buscando. Me rio yo del caos que hay en el centro de rehabilitación. Juraría que en uno de los armarios acabo de ver una máquina de escribir.

Por lo menos, la parte de la librería está bien ordenada y los libros bien catalogados, porque si no, me daría un síncope cada vez que intentara buscar uno.

—No te preocupes, querida, si no es nada —escucho murmurar al señor Radhi.

¿Nada? Juraría que le he visto agua chorrear de la pernera del pantalón. Sin contar con el pelo pegado a la frente y las gafas empañadas, que no sé ni cómo ha podido ver con claridad.

Suspiro aliviada cuando, en un armario, junto al cubo de la fregona, encuentro una toalla de playa. Salgo del almacén y voy corriendo hasta el señor Radhi, al que cubro con ella mientras le masajeo los brazos para ayudarlo a entrar en calor.

—Estamos en verano, no debería llover así de fuerte. —Le sonrío y sigo frotando.

Me acuerdo del café y el rollito de canela.

—Si tenía hambre, ¿por qué no me lo ha dicho? Habría ido yo a buscarle cualquier cosa.

Niega con la cabeza y hace aspavientos con las manos, como quitándole importancia.

—Me apetecía pasear.

—¿Bajo la lluvia?

Se ríe y yo con él.

—Me encanta la lluvia. Sentirla caer sobre mi cabeza, que me cale los huesos. ¿Sabías que las mejores cosas siempre me han pasado bajo la lluvia? —Aunque habla en voz alta, tiene la mirada perdida, como si estuviera en otro sitio y no aquí. Como si estuviera recordando algo.

Caigo en la cuenta de que sé poco de la vida del señor Radhi. En realidad, no sé prácticamente nada. Solo que antes vivía en Israel y que hace más de cuarenta años se trasladó a vivir aquí, a Burlington. Solo. De hecho, ni siquiera sé si tiene familia, nunca lo he visto con nadie. Tampoco es que lo vea mucho fuera de estas cuatro paredes, pero nunca ha venido nadie preguntando por él, por ejemplo.

Parece que ha dejado de temblar, por lo que dejo de frotarle los brazos y regreso a mi sitio detrás del mostrador.

—¿Por qué no sube a su piso y se da una ducha de agua caliente? —El señor Radhi parpadea, como si estuviera saliendo de su pequeño trance, y se quita la toalla. Se la apoya en un brazo y coge el café y la bolsa marrón.

—¿Podrías cerrar tú hoy? Creo que no me encuentro muy bien.

Lo miro extrañada, pero solo asiento.

—Claro, no se preocupe. Suba y descanse.

Me sonrío una última vez y vuelve a salir de la tienda. Esta vez lo sigo con la mirada para asegurarme de que va al portal de al lado y no a dar más vueltas por ahí. No sé qué le ha pasado. Estaba sonriente y, de repente, parece que se hubiera apagado. Como si le hubieran dado a un interruptor.

Estoy tan absorta mirando por la ventana y pensando en mi jefe, que no escucho la campanilla que hay sobre la puerta y que suena cuando esta se abre o se cierra. Por lo que no me doy cuenta

de que un chico acaba de entrar. Uno que se ha parado detrás de mí y que me observa casi sin pestañear.

No me doy cuenta de que está hasta que carraspea.

Me sobresalto y me giro con la mano en el pecho. Una mano que se cierra en un puño cuando mis ojos reparan en ese color marrón que tanto me gusta.

—¿Brad? —Brad está de pie delante de mí, con el ceño ligeramente fruncido y arrugas alrededor de los ojos. Lleva el pelo mojado, aunque no es lo único. Me fijo en su camiseta y sus pantalones; está empapado. Podría coger su ropa y escurrirla.

—Hola, TJ. —Su voz suena entre dulce y ronca. Juro que reverbera por todo mi cuerpo, cortándome la respiración y poniéndome la piel de gallina.

Tengo que ocultar los brazos tras mi espalda porque no puede darse cuenta del efecto que tiene en mí.

—¿Qué haces aquí? —No sé cómo he conseguido que mi voz sonara tan firme. Si pudiera hacer algo, además de mirarlo, me felicitaría, porque Brad sigue con la vista fija en mí, sin pestañear. Está tan quieto que podría pasar por un holograma. Solo lo delatan las gotas de lluvia que le resbalan por la cara y la intensidad de su mirada.

—¿Por qué no me has contestado a los mensajes? —pregunta tras el silencio más largo de la historia. Una pregunta que hace que tenga que obligarme a llenar mis pulmones de aire para después expulsarlo poco a poco.

Lo miro de arriba abajo. También miro el surco de agua que hay a sus pies. En serio, está calado hasta los huesos. ¿Se puede coger una neumonía en pleno verano?

—Vas a coger una pulmonía —murmuro, en un burdo intento por desviarnos de su pregunta, pero está claro que la cosa me sale mal, porque ladea la cabeza y frunce todavía más el ceño.

—Me da igual —lo dice tan seguro, que está claro que le da exactamente igual coger una pulmonía.

Salgo de detrás del mostrador y, como he hecho con el señor Radhi, voy al almacén a buscar una toalla. La diferencia es que antes lo he hecho tranquila y ahora me tiemblan las manos y el corazón me retumba en el pecho.

¿Ha venido hasta aquí solo para saber por qué no le contesto a los mensajes? ¿Tan grande tiene el ego que no puede soportar que alguien no le haga caso?

Cierro los ojos y niego con la cabeza. No debería pensar eso porque sé que no es cierto.

Pero no debería estar aquí. Además, ¿cómo sabía dónde encontrarme? Si yo misma, hasta hace una hora, no sabía que iba a estar en la librería.

Salgo del almacén y me acerco a Brad. Sigue en la misma posición y con el ceño igual de fruncido. Evito mirarlo a los ojos y le paso la toalla. Al hacerlo, sus dedos rozan los míos y tengo que apartar la mano rápido, como si me hubiese quemado, porque, como me ha pasado cuando ha entrado y ha hablado, he sentido una descarga recorriéndome el cuerpo.

Por el rabillo del ojo veo cómo se seca el pelo y la cara con la toalla. Para secar esa ropa tendría que cambiársela directamente. En serio, está empapado. Y el surco que hay alrededor de sus pies es cada vez más grande. Debería ir a por una fregona, pero opto por volver tras el mostrador y sentarme. Me siento más segura aquí y también me aseguro de que mis piernas no me fallen.

Se hace el silencio entre nosotros y no tengo claro si agradecerlo o no. De normal me gustan, pero no cuando son tan densos y electrizantes. Ni cuando hacen que se te acelere el corazón. Si me concentro, creo que soy capaz de escuchar el tic tac del reloj que hay en la otra punta de la librería.

—TJ, he venido a hablar contigo. Yo... —La puerta vuelve a abrirse, interrumpiendo lo que sea que Brad fuera a decir, y a punto estoy de besar a la pareja que acaba de entrar.

Ignorando a Brad todo lo que puedo —cosa ardua difícil, porque no solo su presencia impone, sino que es imposible no fijarse en él, sobre todo cuando te mira con esa intensidad con la que me está mirando a mí—, le sonrío a los recién llegados.

—¿En qué puedo ayudaros? —Me duelen las mejillas de lo que estoy estirando los labios.

—Estamos buscando unos libros —me dice la chica tras sacar una lista larguísima de la mochila. Maravilloso. Cuanto más larga es, más cosas tendré que buscar, más tiempo perderé y menos rato pasaré mirando a Brad. Ojalá esto último sea verdad—. No sé si los tendréis todos.

—Tranquila, los que no estén los podemos buscar.

—Genial.

Tecleo despacio. Como cuando eres nueva y vas pulsando tecla por tecla.

—Oye, ¿tú no eres Brad Hamilton? —suelta el chico con un deje de emoción en la voz. Miro a Brad a través de la lista. Ha dejado de mirarme para volverse hacia el chico.

—Sí, soy yo.

—Yo soy Soderberg. —El chico le ofrece la mano. Brad se la acepta, consiguiendo que los ojos del chico brillen—. El entrenador Jenkins nos ha dicho que serás nuestro entrenador la próxima semana. Para el equipo es todo un honor.

Brad se tensa. Aprieta la mandíbula y la espalda se le pone tiesa. Está claro que Soderberg no se da cuenta porque sigue sonriendo como si fuera la mañana de Navidad, pero yo sí.

—El entrenador Jenkins es un bocazas. —El chaval tira la cabeza hacia atrás y se carcajea. Brad aprieta más los dientes.

—Estábamos preocupados por si no conseguíamos entrenador, pero nos dijo que no nos preocupáramos porque nos había conseguido al mejor, y no se equivocaba. Para nosotros es un honor, Hamilton.

Cualquiera se sentiría conmovido por las palabras que acaba de escuchar, pero Brad no. Brad está agitado e intranquilo.

La chica resopla, a todas luces molesta por la atención que su amigo o su novio, no sé lo que es, le dedica a Hamilton, pero Soderberg lo ignora.

Es como si solo tuviera ojos para Brad.

—Deberías venir a vernos jugar algún día. Casi todos los chicos del equipo nos hemos apuntado al campamento y entrenamos en el Gutterson Fielhouse.

—Claro, lo pensaré.

—Qué pasada. —Soderberg desvía la atención de los ojos de Brad a su rodilla y frunce el ceño—. Se oyen rumores de que tienes la rodilla bastante fastidiada. ¿Es cierto?

Vale, este chico no tiene filtro. Está claro que admira a Brad, pero que también es un cotilla que no sabe que hay preguntas que no se pueden hacer. Es hora de intervenir.

—Oye, ¿por qué no os vais a dar una vuelta por la librería mientras yo busco todos estos libros? Son muchos, por lo que me llevará un rato. Así no estáis aquí de plantón. También podéis ir a tomar algo. Con la que está cayendo, ¿a quién no le apetece un chocolate caliente?

Tres pares de ojos se vuelven hacia mí: La chica me mira aliviada; el chico, decepcionado; y Brad, agradecido. Incluso me regala una pequeña sonrisa y un asentimiento de cabeza. Yo hago ver que todo eso no me provoca más temblores en las piernas.

—Es una idea maravillosa. ¡Gracias! —La chica tira de Soderberg que, a regañadientes y murmurando quejas, se aleja de Brad hasta salir de la librería.

Esta vuelve a sumirse en el silencio, solo que este no parece tan denso como el anterior. Brad

se pasa una mano por el pelo, enviando gotitas de agua a todas partes, y suelta un suspiro trémulo.

—Gracias.

—No pasa nada. Se notaba que no estabas muy cómodo. —Sonríe cabizbajo.

—Es una forma de decirlo.

—No sabía que ibas a ser entrenador el año que viene. —Levanta la cabeza—. No sé muy bien si darte la enhorabuena o el pésame.

Suelta una pequeña carcajada, pero es pequeñísima.

Se acerca hasta quedar pegado al mostrador. Apoya los codos en él y vuelve a pasarse las manos por el pelo.

—Yo tampoco lo sé. Digamos que es complicado.

—Ya. —Me devuelve la toalla.

—Gracias.

—De nada.

Si me la llevo a la nariz y la huelo, ¿quedaré de perturbada? Probablemente. Así que la dejo en el mueble que hay a mi espalda y devuelvo mi atención a la lista. No me hace falta buscar en el ordenador los libros que tenemos y los que no.

Me lo sé de memoria.

Aun así, la levanto en alto y se la muestro.

—Debería seguir con mi trabajo.

—¿Por qué no me contestaste a los mensajes, TJ? —Dejo caer la mano con la lista sobre el mostrador y suelto un suspiro. Está claro que no va a dejar correr el tema.

Me muerdo el labio y me encojo de hombros.

—No había nada que contestar.

—Oh, vamos, ¿en serio? —Sacude la cabeza y se frota el mentón, molesto—. Tenemos que hablar de lo del lunes. No puedes ignorarme.

Siento como empiezan a arderme las mejillas.

—No te estoy ignorando, es que tengo una vida, y déjame decirte que esta semana la he tenido bastante agitada. Y no hay nada de lo que hablar. Yo estaba mal, lloré por lo de mi madre sobre tu regazo. Algo que, por supuesto, fue bochornoso, y fin. Cada uno con su vida.

Brad se ríe, pero no hay ni pizca de gracia en su risa.

—No fue bochornoso, TJ, no lo fue en absoluto. —Carraspea y me mira a los ojos. Yo quiero apartar la mirada, pero la seguridad que veo en ellos no me lo permite—. No fue bochornoso ni eso, ni lo que vino después.

¿Arderme las mejillas? Están al rojo vivo.

Abandona el otro lado del mostrador y comienza a rodearlo para caminar hacia mí. Me cago en la puta. ¿Qué hace?

—No te rechacé, TJ. Eso quiero dejártelo muy claro. —Menos mal que estoy sentada, porque mis piernas ya no tiemblan, lo que les pasa es algo muchísimo mayor—. No quería que luego te arrepintieses. No por mi culpa.

Sé que tengo que decir algo, pero es como si mi capacidad de habla se hubiera visto mermada, así que no me queda otra cosa que hacer que tragar saliva.

Brad sigue el movimiento de mi garganta.

—Estaría loco si no quisiera tener algo contigo. Eres jodidamente preciosa. —Sigue avanzando. Lo hace hasta que sus rodillas tocan las mías. Tengo que levantar la cabeza para mirarlo, y eso que estoy sentada en un taburete, pero es muy alto. Levanta la mano y me roza la

mejilla con los nudillos—. No pienses mal de mí, por favor. Tú no.

No sé qué quiere decir con ese «tú no». De todas formas, no sé cómo alguien podría pensar mal de Brad, no después de ver la actuación del chaval de antes. Creo que hubiera sido capaz de besar el suelo si Brad se lo hubiese pedido.

Vuelvo a tragar saliva y me arrepiento en cuanto veo los ojos de Brad desplazarse de nuevo hasta mi garganta.

Ahora que lo tengo tan cerca el sentimiento de taquicardia es mucho mayor.

—Tienes razón —me obligo a decir, porque sé que tengo que decir algo. Brad no aparta su mano de mi mejilla—. El lunes estaba muy vulnerable y no actué correctamente. Seguro que hubiese acabado arrepintiéndome.

Brad me mira muy serio, como si estuviera intentando analizar si lo que le digo es verdad o no.

Desplaza sus nudillos de mi mejilla a mi nuca, y enreda los dedos en mi pelo. Se escucha un jadeo. Por favor, que no haya sido mío.

La sonrisilla de Brad me dice que sí, que ha sido mío.

Me levanta la cabeza y se agacha hasta que su frente toca la mía.

El suspiro que suelta me hace cosquillas en la nariz.

—Estoy jodido, TJ. A veces siento que estoy roto, y es una sensación horrible, por no hablar de que estoy enfadado con el mundo. Con todo el mundo, menos contigo. —Cierra los ojos y afianza el agarre de sus dedos en mi nuca—. Porque tú no me juzgas, ni me tratas como si fuese de cristal. No te pasas el rato mirándome con lupa, y me desafías. Porque has hecho que me ría a carcajadas, y había olvidado lo bien que siento. Porque tú no me veneras.

Abre los ojos y yo... Yo ya me he perdido del todo.

—Si de verdad quieres que me aparte, lo haré. Volveré tras el mostrador y seguiremos siendo no amigos, aunque tenemos que discutir ese término porque déjame decirte que es erróneo. Pero, por favor, por favor, no pienses que el lunes te rechacé porque no es así. Yo nunca podría rechazarte. Solo quería que no me odieras, porque no sé si ahora mismo podría con eso. Ha sido una semana muy larga.

Suspiro y dejo pasar los segundos. No sé exactamente cuántos. ¿Cinco? ¿Quince? ¿Cien?

Solo sé que, de repente, mis manos ya no están a ambos lados de mi cuerpo. Sino en el suyo. En concreto, bajo su camiseta empapada. Y que ya no son solo sus uñas las que arañan. Las más también. Y que se escucha una especie de jadeo, y no es mío. Y que la entrepierna me palpita. Y que el corazón está a punto de pedir ayuda.

Me acerco a él, hasta que mis labios tocan la nuez de su garganta. Está dulce. Me gusta.

Sus manos abandonan mi pelo y pasa a mis hombros, y de ahí a mis brazos, que me los acaricia con las yemas de los dedos. Despacio. Tomándose su tiempo.

Yo me desplazo hasta su cuello y, como el lunes, saco la punta de la lengua y lo lamo, y me gusta más que cuando le he besado la nuez, y eso está mal, porque yo nunca he hecho esto. Yo voy a lo que veo. Al grano. La delicadeza no es lo mío, yo soy más de acción. Sin embargo, con Brad no quiero acción. Bueno, mentira, sí que la quiero. Joder, me muero por tener acción, pero también quiero esto. Quiero su nariz haciéndome cosquillas. Quiero sus dedos recorriendo mi cuerpo. Quiero su pecho pegado al mío. Quiero mis dedos arañando su espalda.

Pero no podemos hacer esto. Al menos, no ahora. ¡Estoy en la librería! Podría entrar cualquier en cualquier momento. ¡Podría entrar el señor Radhi! Que estamos pegados a la ventana, cualquiera que esté pasando por delante podría vernos.

Saco las manos de debajo de su camiseta y las coloco sobre su pecho. El ritmo acelerado de su

corazón me hace sonreír. Aun así, le doy un pequeño empujón hacia atrás y aparto mi cuello de sus labios. Brad frunce el ceño.

—¿Pasa algo? —La voz le sale grave. Y jadeante.

—No podemos hacer esto.

Su ceño se frunce más. Tanto, que las dos cejas se convierten en una sola.

Me muerdo el labio y señalo la librería con la cabeza.

—No podemos hacer esto aquí. Ahora —aclaro—. Tengo que trabajar y podría entrar alguien.

El alivio que muestran sus ojos haría flaquear a cualquiera.

A mí no (qué mentirosa puedo llegar a ser).

—De acuerdo.

Aparta las manos de mis brazos y siento frío, pero disimulo, porque bastantes barreras he dejado caer ya. Me aliso la camiseta, que no necesita alisado, y miro al suelo, a las estanterías y a la lista de la chica con los libros. La cojo y me levanto.

—Debería ir a buscarles los libros. No creo que tarden en llegar.

No me da tiempo a ir muy lejos, porque Brad me sujeta de la muñeca y me acerca a él. Sigue con la ropa empapada y está empapando la mía, pero ¿a quién le importa? A mi libido está claro que no.

—¿Puedo quedarme contigo? —Lo miro de reojo.

—Estás empapado.

—No me importa.

—Te importará cuando cojas una pulmonía.

—Estamos en verano. Piensa que he ido a nadar a la playa.

—¿Con los vaqueros puestos?

—¿Por qué no? —sonríe. Deberían prohibirle sonreír—. Venga, ya sabes que soy de gran ayuda. Sin mí no habrías acabado tan pronto con el inventario de la clínica.

La que ahora sonrío soy yo mientras intento ignorar las mariposas de mi estómago.

Brad acerca su nariz a mi cuello y aspira.

Me hormiguea todo el cuerpo, y juro que puedo sentir su sonrisa sobre mi piel.

—Hueles tan bien.

—Es el aceite de coco. —Ni siquiera sé por qué he dicho eso. Probablemente porque mi capacidad de comunicación está ligeramente mermada.

—Pues me declaro fan del aceite de coco. Bueno, ¿qué me dices? ¿Me puedo quedar?

Sí, por favor.

—No, lo siento. Estás poniendo el suelo perdido. Tienes que ir a cambiarte de ropa.

Lo escucho resoplar, así que estoy lista para su réplica, pero me sorprende asintiendo.

—De acuerdo, pero paso a buscarte cuando acabes y te invito a cenar. O a dar un paseo. O a tomar un helado. Marcus trabaja en Ben & Jerry's. Seguro que nos regala los helados.

Mi corazón hace dos cosas a la vez; por una parte, dar volteretas de la emoción. Por la otra, paralizarse ante la perspectiva de no ir a mi casa en cuanto termine mi turno de trabajo. Necesito ir a ver a mi madre. Ver cómo está. Por supuesto, gana la segunda opción.

Me cruzo de brazos y niego con la cabeza.

—Te juro que no te estoy poniendo excusas, pero necesito ir a casa. Hoy le han dado el alta a mi madre y quiero ver cómo está. Lo siento.

La mirada de Brad muestra comprensión. Y calidez. Alarga la mano hasta colocarme un mechón de pelo tras la oreja y aprovecha para acariciarme el lóbulo de la oreja.

—Vale, lo entiendo. No vuelvas a pedirme perdón por algo relacionado con tu madre. Nunca.

—De acuerdo.

Se acerca a mí y vuelve a apoyar su frente sobre la mía.

—¿Tienes mi número o lo has borrado?

—Lo tengo.

Suspira. Yo me río.

—Menos mal. Llámame este fin de semana. Para hablar, para ir a dar una vuelta, para lo que sea. —Lo más sorprendente de todo es que ese: «para lo que sea» no suena a: «para echar polvo». No tiene nada que ver con el mensaje de Ryan de la última vez. De verdad que es un «para lo sea» que lo abarca todo.

—Vale. —Sonríe satisfecho y, de repente, acerca sus labios a mi frente y me da un beso.

Es un beso que transmite afecto, ternura. Protección.

No sé cómo reaccionar. Nadie me ha besado nunca en la frente, solo mi madre. Y mi padre, pero no quiero pensar en sus besos en la frente. No quiero pensar en nada que tenga que ver con él.

Brad me regala una última caricia en la mejilla y por fin se marcha. Lo hace con el semblante sonriente y los ojos brillantes.

No tiene nada que ver con el chico que ha entrado antes. Y yo tampoco. Sigo estando preocupada por mi madre. Me muero de ganas por llegar a casa y ver cómo está. Sin embargo, no puedo dejar de sonreír.

Y eso es peligroso.

CAPÍTULO 28

Acercamientos y perdones

~Brad~

No he dejado de sonreír como un idiota todo el camino a casa. Incluso Héctor me ha mirado raro un par de veces a través del espejo retrovisor. Supongo que porque está acostumbrado a mis gruñidos y a mi ceño fruncido. Pero ha tenido la amabilidad de no decir nada. Por eso me sigue gustando, y por eso lo sigo llamando cuando necesito un conductor.

Cierro la mano en un puño. Todavía siento la piel de TJ en mis dedos. También sus uñas en mi espalda. Y su olor... No bromeaba cuando he dicho que me he vuelto fan del aceite de coco.

Si inspiro, todavía lo siento.

Me paso la mano por el mentón y me froto la cara.

Juro que solo he ido a la librería con la intención de hablar con ella. De sacarme de encima esta sensación de mierda que me ha acompañado toda la semana. De que no pensase cosas raras sobre mí ni sobre la situación del lunes. Que no se sintiese mal o avergonzada. Sin embargo, me he marchado de allí con más. Mucho más. Ni siquiera sabría ponerle nombre.

Solo sé que espero que no se arrepienta.

No me gustaría retroceder en lo que sea que hayamos avanzado.

Me siento cansado y la ropa me pesa mucho cuando salgo del coche justo enfrente de mi casa. Me despido de Héctor y cierro la puerta dando un suave portazo.

Justo antes de meter la llave en la cerradura, una sensación amarga me atenaza la boca del estómago. Es una premonición. Como si algo malo estuviera a punto de suceder.

Miro a los lados, pero no hay nada que me llame la atención. Nada que esté fuera de lugar. Así que, sea lo que sea lo que me esté esperando, está claro que está dentro de casa. Mi primer instinto es dar media vuelta y marcharme, pero termino por meter la llave en la cerradura. Cuando entro, suceden las cosas. La primera, que la sensación se hace tan grande que me echa hacia atrás. La segunda, que esa misma sensación está sentada en las escaleras, esperándome.

—¿Qué haces aquí? —ladro más que pregunto, dándole una bienvenida de mierda a mi primo, lo sé, pero no lo esperaba. Y menos aún esperaba encontrármelo con cara de cabreo en el recibidor de mi casa. Echo un vistazo a mi alrededor, pero no hay ni rastro de mis padres. Tampoco hay ruido. Es como si estuviéramos los dos solos.

Scott se pone en pie, sacudiéndose el polvo imaginario de los pantalones, y me mira con dureza.

—¿Prefieres la versión corta o la larga? —Él también ladra, y eso me toca los cojones. ¿Qué mosca le ha picado a este ahora?

—Preferiría la corta. Estoy cansado y, por si no te has dado cuenta, estoy empapado. Me gustaría darme una ducha y cambiarme de ropa.

Scott desvía la atención a mi rodilla y arruga el entrecejo.

—Está hecha una mierda. —Me la miro. Está roja y muy muy hinchada. No me extraña después del tute que le he dado. Por no hablar del dolor tan intenso que tengo. Necesito sentarme, ponerla en alto y cubrirla con hielo, pero no quiero que Scott vea cuánto me duele, así

que me encojo de hombros, como si solo me hiciera cosquillas.

—Otras veces ha estado peor.

Ahora me arrepiento por no haberme puesto pantalones largos, pero he salido a correr y con los largos me muero de calor.

Scott se cruza de brazos y me mira durante unos segundos muy fijamente.

—Te duele. —No pregunta, afirma.

—No más que otras veces.

—¿De dónde vienes?

—¿Perdona?

—Que de dónde vienes. ¿Has ido a correr?

Yo también me cruzo de brazos. Está empezando a actuar como un padre y por ahí sí que no paso.

—¿A qué viene tanta pregunta? ¿Qué haces exactamente aquí, Scott? ¿Por qué últimamente vienes siempre sin avisar?

—Porque siempre lo he hecho. ¿Ahora tengo que pedir audiencia para venir a ver a mi primo?

Suelto una carcajada carente de humor y dejo caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo.

—No me toques los cojones. He tenido un buen día y no estoy para que me lo estropees.

Intento concentrarme en TJ. En su mirada cuando me ha permitido acercarme a ella. En su olor. En su aliento haciéndome cosquillas. En lo bien que me hace estar cerca de ella. En ella y solo en ella, pero Scott me lo está poniendo difícil.

—Mira, Scott, de verdad, no tengo tiempo para esto. Te lo repito, estoy cansado y tengo los huevos como pasas por culpa de lo mojados que tengo los calzoncillos. Así que, si has venido a pasar lista para sentirte mejor contigo mismo, te libero de tus responsabilidades.

Mi primo no se amedraña antes mis palabras.

Al contrario.

Levanta la cabeza y cuadra los hombros.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Has salido a correr?

Suelto un suspiro hastiado y me paso la mano por el pelo.

—No eres idiota, sabes que sí.

—Tú tampoco eres idiota y sabes que no puedes hacerlo. —Pongo los ojos en blanco.

—Corro en la cinta, en rehabilitación. ¿Cuál es el problema?

—El suelo, para empezar. Los golpes que recibe tu rodilla por correr en asfalto no tienen nada que ver con los golpes que recibe cuando corres en la cinta. En la cinta podemos aumentar o disminuir la velocidad según tu esfuerzo y cómo te encuentres. Y, lo último, y más importante de todo, es que en la cinta estás supervisado. —Descruza los brazos y menea la cabeza—. ¿Y si te da un tirón y no puedes continuar? ¿Y si se te resiste y te caes? No puedes hacer sobreesfuerzos, joder. ¿Es que no eres consciente de la lesión que tienes?!

Echo la cabeza hacia atrás y tenso los hombros.

—¿Te crees que no soy consciente de la lesión que tengo?! ¡La sufro todos los putos días! ¡¡Por supuesto que soy consciente!! —La sensación de paz y sosiego con la que he salido de la librería ha volado por los aires—. ¿De qué coño vas?

—¿Y por eso has dejado las pastillas? —Y ahí está el porqué de la visita de mi primo.

Entrecierro la mirada y ladeo un poco la cabeza hacia la derecha. Siento la confusión burbujeándome en el pecho.

—¿Cómo sabes que...? —Luke. El nombre de mi mejor amigo me viene a la cabeza, iluminado con luces de neón y banderitas rojas a los lados.

Aprieto los puños. ¿Cuánto hace que he hablado con él? ¿Dos horas? ¿Se ha chivado? Me reiría si la cosa no tuviera ni pizca de gracia.

Me ha traicionado.

Mi mejor amigo me ha traicionado.

El único en el que creía que podía confiar. Ahora sí que me he quedado completamente solo.

Cierro los ojos con fuerza y me pinzo el puente de la nariz. Está empezando a entrarme dolor de cabeza. Por no hablar de cómo me sube y me baja el pecho por culpa de la alteración que llevo.

El silencio se adueña de nosotros. Uno que es asfixiante y que no tiene nada que ver con el silencio que surge cuando estamos TJ y yo juntos. Por eso me gusta estar con ella. Porque ella no me da dolor de cabeza.

«Ayúdame» me dijo en las escaleras antes de empezar a tocarme. Como si necesitara resguardarse en mí para mitigar el dolor que la enfermedad de su madre le producía.

Cómo me gustaría pedirle yo ahora a ella que me ayudase.

—Brad... —Abro los ojos y fulmino a mi primo con ellos. Se ha movido un paso hacia delante, así que levanto la mano, deteniéndolo. Nunca le he pegado. Jamás. Ni cuando me dijo lo de Chelsea. Y he tenido ganas. Pero ahora... Ahora soy una olla a punto de explotar.

—No te acerques ni un paso más —siseo cuando lo veo levantar la pierna. Mi primo la baja, aunque sus ojos siguen estando igual de tensos que cuando he llegado.

—Si crees que voy a alejarme de ti y a dejarte, estás muy equivocado, primo.

Ahora sí que me rio.

—Ya me alejaste, Scott. Ya me dejaste. ¿De qué cojones estás hablando ahora? ¿Te crees que puedes aparecer de repente en mi casa y comerme la oreja? ¿Te crees que puedes hablar de mi rodilla y de lo que hago o dejo de hacer con mi vida? Te lo resumiré de una forma muy sencilla. No. No puedes.

Sé que mis palabras le duelen, pero no disminuye ni un ápice la intensidad de sus ojos.

—Sé que lo hice mal, sobre todo con Chelsea. Y lo siento, joder. ¡Lo siento muchísimo! Pero lo que te dije en el coche el otro día era cierto. No voy a rendirme contigo.

La rodilla me duele muchísimo. Y el pecho. Y la cabeza.

Aprieto los puños y también la mandíbula, hasta que me duelen los dientes.

—No lo entiendes, ¿verdad? —siseo entre dientes. Es una pregunta retórica, así que continúo—. Me dolió lo de Chelsea. ¡Me dolió muchísimo, joder! ¡Era mi novia! ¿Tú sabes lo que es despertarse de un coma y enterarte de que tu primo se ha follado a tu novia?

Los ojos empiezan a picarme, pero no me importa. Tengo demasiadas cosas por controlar como para intentar controlar también las ganas que tengo de echarme a llorar. Así que dejo que los ojos me brillen. Y lloren. Porque lo hacen. Lo noto en la punta de la lengua.

Sacudo la cabeza y reprimo las ganas de estirarme del pelo.

Me llevo una mano al pecho, justo a la altura del corazón.

—Eso me duele aquí, pero es un dolor que sé que pasará, porque no puedes obligar a la gente a que te quiera o a que se queda contigo. No puedo obligar a Chelsea a que siga enamorada de mí. Y no puedo obligarte a que tú no la quieras. —Cierro la mano en un puño y me golpeo el pecho—. Mierda, Scott. Si alguien me hubiese preguntado, les habría dicho que no hay mejor tío para Chelsea que tú, joder. Así que sí, lo de Chelsea me duele, pero se me pasará. Lo que no se me pasará tan rápido es que te largaras. Que me dejaras. Porque me abandonaste. ¡¡Me abandonaste!! Y eso sí que no puedo ignorarlo, porque no se abandona a la familia. ¡No se abandona a tu hermano! Porque tú lo eras todo para mí, joder. Mi primo, mi hermano, mi mejor

amigo, mi puto pilar, Scott. ¡¡Si el pilar en el que siempre te has apoyado no está, te caes!! Y eso es lo que hace que aquí —me señalo el corazón— tenga un agujero enorme que no tengo ni puta idea de cuando cerrará. Así que, sí, lo de Chelsea me jode, pero lo tuyo me rompe.

Ya está. Lo he dicho y no hay vuelta atrás. Tampoco creo que quiera que la haya. Estoy cansado de fingir, de las sonrisas educadas y de las charlas inútiles.

¿Quieren verdades? Aquí tienen la más grande de todas. La que me quema el pecho desde que me enteré de que Scott se había marchado, porque el muy cabrón ni siquiera vino a despedirse. Me lo dijo mi madre. Y así es como mi puto pilar se rompió.

La rodilla me da un latigazo y ya no puedo fingir más. Me dejo caer al suelo y me la sujeto con las manos, haciendo presión, mientras me muerdo la lengua para no chillar.

Lo siento antes que lo veo. Una sombra sobre mí y unas manos sobre las mías. Quiero quitármelo de encima, pero me duele tanto la rodilla que el dolor me bloquea todo lo demás.

—¿Dónde tienes las pastillas?

—No pienso tomármelas.

—Brad...

—He dicho que no.

—Que tu odio por mí no te haga hacer gilipollices.

Frunzo los labios y me llevo la rodilla al pecho.

—Lo creas o no, no todo gira a tu alrededor. No he dejado las pastillas por algo que tenga que ver contigo. Las he dejado porque estoy cansado de ir medio zombi cada vez que me las tomo. Hoy he forzado la rodilla más de lo que debería y ya está. Una ducha, hielo, pomada y estoy como nuevo.

No es cierto.

No soy tan idiota como para creerme esto, pero no pienso tomarme las pastillas. No quiero volver al letargo de antes, y tampoco quiero obsesionarme con ellas. No quiero que mi vida gire en torno a esas pastillas.

No cuando cada vez estoy más seguro de que este dolor va a quedarse conmigo toda la vida.

Intento levantarme, pero la pierna me falla, así que acabo otra vez en el suelo. Maldigo por lo bajo, sobre todo cuando noto las manos de Scott en las axilas. Lo miro, dispuesto a decirle que me suelte, pero algo en sus ojos me impide hacerlo. A pesar de que estoy enfadado con él, de que todo lo que le he dicho es cierto, la súplica de su mirada me impide pedirle que se aparte, por lo que no me queda más remedio que dejarme ayudar.

Scott se pasa uno de mis brazos por sus hombros una vez consigo mantenerme en pie, apoyado en la pierna izquierda, y me ayuda a subir las escaleras hasta mi habitación. Me tumba en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, y me coloca una pila de almohadas bajo la pierna. Me toca las mejillas. Aunque he dejado de llorar de golpe, las tengo mojadas, así que me las seco mientras veo a mi primo dar vueltas por mi habitación.

Echo la cabeza hacia atrás y me tapo los ojos con el antebrazo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto cuando lo escucho trastear en mi armario. Suspira.

—Te voy a preparar un baño. —Me rio y levanto el antebrazo.

—Las sales de baño las tiene mi madre en su baño —digo en tono burlón. Scott deja un pantalón de chándal y una camiseta blanca sobre la cama y me mira de reojo.

—Ríete si quieres, pero te lo voy a preparar igual.

Me fijo en sus ojos. Están rojos.

—No hace falta. Puedo prepararme un baño yo solo.

—Lo sé. —Saca unos calzoncillos y unos calcetines del cajón y los deja junto al pantalón y la

camiseta—. Pero quiero hacerlo. Y antes de que sueltes una bordería tipo: «Lo haces porque te sientes culpable» o alguna mierda parecida, déjame decirte que sí, que me siento la hostia de culpable, y que una parte de mí lo hace por eso, porque quiero, con un puñetero baño, arreglar toda mi cagada, pero también porque eres mi hermano y quiero estar aquí. Y sé que el baño no es suficiente, y tampoco lo pretendo, pero es el principio, porque no pienso irme a ninguna parte. Voy a ser tu puñetero grano en el culo te guste o no, y voy a empezar por dejar de ir de puntillas contigo.

Desaparece en el baño que tengo en mi habitación y no tardo en escuchar el agua correr.

Scott entra de nuevo en mi habitación y da una palmada.

—Vamos —gruño, pero me dejo hacer. Scott me ayuda otra vez a levantarme y casi me lleva en volandas hasta el baño.

—¿También me vas a desnudar? —Se encoge de hombros.

—No sería la primera vez que te veo las pelotas.

Por primera vez desde que he entrado en casa y he visto a mi primo en las escaleras, me rio y, aunque lo intenta disimular, a él también se le escapa una sonrisa.

Me apoyo en el lavabo y me cruzo de brazos. Scott suelta un suspiro prolongado y da un paso atrás tras dejar la ropa de cambio a mi lado. Nos quedamos en silencio durante un rato y, por sorprendente que parezca, no es incómodo ni molesto.

Cuando la bañera ya está lo suficientemente llena, Scott cierra el grifo. Es entonces cuando me doy cuenta de que le ha puesto jabón.

—Con espuma y todo. Qué maravilla.

Scott se da la vuelta y mete las manos en los bolsillos. Me mira a la cara muy serio.

—Lo que te he dicho antes iba en serio. No pienso moverme ni irme a ningún lado.

—Yo también te lo he dicho en serio. Estoy muy cabreado contigo.

—Lo sé. —Asiente y se muerde el labio inferior—. Y sé que ahora mismo me quieres lejos, pero eso no va a poder ser. Prefiero estar a tu lado, aunque me odies, que mantenerme lejos y esperar a que me llames, porque tengo miedo de que nunca lo hagas. Así que, date ese baño, relaja la pierna y descansa. Iré abajo a preparar un sándwich y, cuando acabes, subiré a ponerte la crema.

Se separa de la bañera y se dirige a la puerta. Me echa un último vistazo por encima del hombro antes de salir.

—Eres mi hermano, Brad, y me importas más de lo que me importa nadie en este mundo. Siempre lo has hecho.

Podría preguntarle si le importo más de lo que le importa Chelsea, pero ¿para qué? El amor es infinito y muy variado. No es cuestión de quién te importa más, es cuestión de demostrarlo, y conozco lo suficiente a mi primo como para saber que habla en serio y de que se arrepiente de haberme hecho daño.

—Espero que ese sándwich lleve mucho queso —añado, provocándole una pequeña carcajada. Una que había echado muchísimo de menos.

—Le pondré también mermelada de fresa.

Le saco el dedo corazón y él se marcha entre risas escaleras abajo.

Me desnudo, dejo el móvil lo más cerca posible de la bañera, conecto la lista de reproducción, y suspiro de placer cuando mi pie toca el agua caliente. Tenía pensado darme una ducha rápida, pero tengo que reconocer que esto es mucho mejor.

No tenía ni idea de cuan entumecido me sentía. Y no solo por la lluvia. Por todo.

Apoyo la cabeza en el borde y cierro los ojos.

El día no ha resultado como esperaba, aunque, últimamente, parece que ningún día termina como esperaba. Lo que sí tengo claro es que, a pesar del momento de tensión vivido con Scott al principio, no puedo dejar de sonreír, y toda la culpa la tiene cierta rubia que me vuelve loco. Los dedos todavía me hormiguean de cuando la he tocado, y es una sensación que no quiero que termine.

Hundo la cabeza en el agua y al sacarla me paso las manos por la cara, salpicándolo todo.

Pienso en Luke y en que debería estar enfadado con él, pero la verdad es que no lo estoy.

Si fuese al revés, si él estuviese en mi situación, yo habría hecho lo mismo, y esa es una realidad que no puedo negar. Sin embargo, no voy a escribirle, aunque sé que se muere porque lo haga. Dejar preocupado a Luke es uno de mis pasamientos favoritos, y se lo merece por tocarpelotas. Hundo de nuevo la cabeza en el agua y me concentro en la única persona en la que quiero pensar ahora. TJ.

CAPÍTULO 29

¿Una cita?

~TJ~

Hace una hora que llegué a mi casa y sigo con el revoltijo que la visita de Brad le ha provocado a mi estómago. Un revoltijo que ha impedido que pueda acabarme el plato de espaguetis que mi madre ha preparado para cenar, pero es que sigo sin terminar de procesar qué narices ha pasado con Brad.

Porque hemos estado a punto de besarnos, y yo no beso. Nunca. No en la boca. Es una señal de intimidad a la que no quiero llegar. El sexo puede convertirse en un acto físico sin más, pero cuando juntas tus labios con otra persona te estás entregando a ella de alguna manera. Le estás diciendo que hay algún tipo de sentimiento o afecto.

Por eso nunca beso a nadie. Me limito a disfrutar del cuerpo de la otra persona y que esta disfrute del mío. Pero con Brad... Con Brad me moría por besarlo. Se estaba convirtiendo en una necesidad, y eso puede llegar a ser algo muy peligroso.

—¿No vas a comer más? —me pregunta mi madre, sacándome de mi ensoñación y haciendo que me centre en ella, cosa que agradezco.

Miro el plato y me encojo de hombros con arrepentimiento.

—No tengo mucha hambre... —Me siento una desagradecida. Ha hecho un esfuerzo por cocinar esta noche y yo, ¿qué hago? Ignorarlo. Pero no puedo comerme ni un espagueti más. Tengo el estómago cerrado, como si alguien hubiese decidido ponerle un candado y tirar la llave al río.

Mi madre, como si supiera cómo me siento, alarga la mano por encima de la mesa y palmea la mía.

—No tienes que comer si no tienes hambre, Jordan. No me voy a sentir ofendida.

—Están buenísimos.

Se levanta y recoge mi plato. Estoy a punto de quitárselo de las manos, cuando me mira por encima del hombro y me lanza una de esas miradas de: «ni se te ocurra mover el culo de la silla», así que devuelvo mi mano a mi regazo y la miro sonriente.

—Te veo bien, mamá. —Y lo digo muy en serio. La veo muy muy bien. Es como si le hubieran dado un chute de energía en el hospital.

Sigue teniendo los ojos un poco saltones y los pómulos hundidos, pero hasta que no gane algo de peso eso no va a poder cambiar.

—Me siento bien, cariño. Te lo juro. —Me duele un poco que tenga que jurármelo, como si yo no terminara de creérmelo si no lo hace. Y me lo creo. Aunque agradezco que me lo jure—. ¿Estás muy cansada?

Estoy agotada. La tensión de esta semana, las noches en un sillón de hospital, la preocupación, Brad... Mi cuerpo me pide a gritos que descanse durante cuarenta y ocho horas como mínimo. Pero no le digo nada de eso, por supuesto. Me limito a sonreír y a negar con la cabeza.

—No. Nada. ¿Tienes algún plan interesante que ofrecerme?

Se ríe y se seca las manos en el trapo de cocina.

—Había pensado que podíamos ver una película. Ivy se ha quedado a dormir en casa de su amiga Miri y hace mucho que no tenemos una noche para nosotras dos. ¿Qué te parece?

Decir que el pecho se me ha calentado, sería quedarme corta.

Tengo que esforzarme mucho para no echarme a llorar.

—No se me ocurre ningún plan mejor.

Salimos de la cocina y nos dejamos caer en el sofá tras apagar la luz y encender la lamparita de la mesita. Mi madre se tumba en el sofá y coloca los pies sobre mi regazo. A pesar de llevar puestos unos calcetines gordos, los tiene fríos, así que cojo la manta y le tapo las piernas con ella. Me sonrío y a mí el pecho se me vuelve a hinchar. Qué asustada estaba el lunes. A punto estuve de sufrir un infarto. Sin embargo, ahora está aquí tumbada, sonriéndome, y a punto las dos de ver una película como cuando era una niña.

—¿*La proposición*? —Hemos visto veinte veces la película de Sandra Bullock y Ryan Reynolds, pero no me importa volver a verla, así que asiento.

Llevamos media hora de proyección cuando siento que mi pierna vibra. Me meto la mano en el bolsillo y palpo el móvil. Son más de las diez de la noche. ¿Quién me escribirá a estas horas?

Un suspiro entrecortado se me escapa de entre los labios cuando veo el nombre de Brad parpadeando en la pantalla. Miro a mi madre de reojo. Está absorta en la película, algo que yo también debería estar haciendo, pero me encuentro sacando el teléfono del bolsillo y desbloqueándolo con urgencia para ver su mensaje. ¿Lo peor? Que ni siquiera he abierto aún el mensaje y sé que estoy sonriendo, porque mis mejillas son unas chivatas. Relajo el rostro y me muerdo el labio inferior.

Brad:

Te juro que no soy un acosador, solo quiero saber cómo has llegado a casa.

TJ:

Bien. El autobús ha tenido la amabilidad de recogerme en una parada frente a la librería y dejarme en la de al lado de mi casa, casi media hora después, sin problemas.

Brad:

Para ser alguien que suele tener siempre el ceño fruncido, puedes resultar también muy graciosa.

Brad:

Y me refería a si todo bien en casa.

Y por tu tono deduzco que sí.

TJ:

Todo muy bien.

Brad:

Me alegro.

Estoy nerviosa, joder. ¡Estoy nerviosa! Me suelto el labio solo para volver a mordérmelo. Me quedo quieta, con los dedos sobre la pantalla, mirando su nombre y ese «en línea» que tiene debajo. No escribe. ¿Será que no sabe qué escribir? ¡Yo no sé qué escribir!

Esto es nuevo para mí. Muy nuevo. Y no sé cómo hacerle frente, sobre todo por culpa del revoltijo del estómago que parece que cada vez se está haciendo más grande.

Abro los ojos y noto el corazón latiéndome muy fuerte en el pecho cuando el «en línea» pasa a un «escribiendo».

Brad:

Desde que me contaste que nunca habías probado un videojuego, ni siquiera una máquina recreativa, no dejo de pensar en esa pobre niña, sin infancia, y he decidido que tengo que ponerle solución.

Suelto una carcajada, una que acallo enseguida con la mano. Miro a mi madre, que me mira y me guiña un ojo. Supongo que pensará que la carcajada viene por la película. No es que quiera ocultarle a mi madre lo de Brad. No lo hago porque, en verdad, no hay nada que ocultar porque no hay nada. Solo es que... No sé. Estoy tan confundida que ahora mismo no sé ni siquiera sumar dos más dos.

Me deslizo un poco en el sofá hacia abajo y estiro las piernas hasta apoyarlas en la mesita de centro, justo después de secarme las palmas de las manos en el vaquero y apretar el móvil con fuerza.

TJ:

¿Soy una obra benéfica?

Brad:

No has probado una máquina de gancho.
Eso tenemos que solucionarlo.

TJ:

¿Y qué propones?

Brad:

Te recojo mañana y nos vamos a las recreativas.

TJ:

No tenemos quince años.

Brad:

Nunca es tarde para jugar a las recreativas.

TJ:

¿Me lo estás diciendo en serio?

Brad:

Totalmente. Y, si lo haces bien, te invito a un cucurucho.

Ignoro el enrojecimiento que están sufriendo mis mejillas al leer la palabra «cucurucho». A lo mejor sí que tengo quince años.

Miro a mi madre. Hoy ha salido del hospital, no puedo irme mañana y dejarla sola. Aunque, por otra parte, está bien. Mejor que bien. Y mañana Ivy no llega hasta la tarde. ¿Puedo irme? ¿De verdad me apetece decirle que sí a Brad? ¿De verdad me estoy planteando pasar el sábado con

otra persona que no sean mi madre y mi hermana? Creo que la última vez que hice algo así iba al instituto. ¿Tan patética es mi vida?

Sacudo la cabeza. No voy a dejar que mi mente vaya por esos caminos.

Ni de coña.

—Deja de mirarme y suéltalo ya. —Mi madre pausa la película y se gira hacia mí—. ¿Qué te ronda por la cabeza?

Dejo el móvil bocabajo sobre mis piernas.

—Nada. Solo quería ver cómo estabas.

—Estoy bien, pero no es eso lo que estabas haciendo. Quieres preguntarme algo.

—No es verdad.

Mi madre suelta una risita por lo bajo.

—Te he parido, Tayra. Te conozco muy bien. Además, ¿sabes qué? Que no dejas de sonreír.

Me toco la cara. Malditas mejillas.

—Estoy feliz por ti, mamá —me apresuro a decir. Mi madre suelta un ligero suspiro y pone los ojos en blanco.

—Lo sé, hija, pero esa sonrisa es por lo que sea que llevas media hora haciendo con el móvil. O, mejor dicho, con quién sea que estés hablando. Y no se te ocurra mentirme.

No sé cómo sigo intentando ocultarle cosas a mi madre.

Cuando se recupere del todo, voy a buscarle trabajo en el FBI.

—Me han invitado mañana a jugar en las recreativas. —Me paso la mano por la frente y me rio yo sola al escucharme—. Suena ridículo, ahora dicho en voz alta, así que nada. Olvídalo.

—¿Quién te ha invitado? ¿Un compañero de trabajo?

—Algo así.

Mi madre se me queda mirando.

—¿Por qué no ibas a ir?

—Porque prefiero quedarme contigo.

Juro que siento el suspiro de mi madre reverberándose en el pecho.

Baja las piernas de mi regazo y se incorpora hasta quedar sentada. La melancolía que demuestran sus ojos hace que el corazón se me encoja en el pecho.

—Cariño, no tienes que basar tu vida en la mía. No tienes que estar siempre tan pendiente de mí.

—No es estar pendiente de ti, mamá. Me gusta estar contigo.

—Y a mí me encanta estar contigo, pero tienes que hacer tu vida. No soy tu responsabilidad. —Abro los ojos, horrorizada, y comienzo a negar con la cabeza de forma enérgica.

—Yo nunca he dicho que seas mi responsabilidad. No lo siento así en absoluto.

—Vale, porque no quiero que lo pienses. Me rompe el corazón que te lo puedas plantear en algún momento. Yo... Mi enfermedad... Ya os he robado bastantes cosas a ti y a tu hermana.

—No nos has robado nada, mamá. El cáncer es quién nos ha robado cosas. Tú no tienes la culpa.

A mi madre se le empañan los ojos, pero hace un esfuerzo por no dejar caer ni una sola lágrima. Señala mi móvil con la cabeza.

—Pues espero que le digas que sí y que mañana te diviertas.

Trago con fuerza el nudo que tengo en la garganta y asiento.

—Claro, mamá.

—Te quiero, cariño.

—Y yo a ti.

Mi madre vuelve a recostarse en el sofá y pone de nuevo la película en marcha. Yo cojo el móvil y abro la conversación con Brad, aunque tengo que tragar con fuerza un par de veces más antes de contestarle.

TJ:

Dame la dirección y nos vemos allí.

Brad:

Puedo pasar a por ti. Bueno, Héctor y yo podemos pasar a por ti.
El otro día me preguntó que qué tal estabas.

Puede que esté actuando de forma infantil por no dejarle venir a mi casa a recogerme, pero bastante me estoy abriendo ya con este chico como para abrir también la compuerta de la cita. Porque esto no es una cita. Somos dos personas pasando una mañana juntos. Que su sola presencia me haga sentir cosas, es irrelevante.

Así que sí. Mejor poner cierta distancia.

TJ:

Prefiero el autobús.

Brad:

De acuerdo. Es en The Archives.
¿Lo conoces?

TJ:

Sí. ¿A qué hora?

Brad:

¿A las diez?

TJ:

Hasta mañana a las diez, Hamilton.

Brad:

¿Hamilton? ¿En serio? Yo creía que ya éramos amigos. Por cierto, ¿cuál es tu apellido?

CAPÍTULO 30

Guerra de pistolas

~TJ~

No es justo. Son solo las diez de la mañana y está impecable con ese vaquero negro, la camiseta gris, el pelo despuntado, recién afeitado, y esos ojos marrones que tanto me gustan mirándome divertido. Aunque lo que más llama la atención es su sonrisa.

La sonrisa de Brad Hamilton debería estar prohibida.

Yo, en cambio, parece que acabe de meter los dedos en un enchufe o que me acabe de pegar con alguien en el autobús. Y eso que me he esmerado a conciencia para vestirme, aunque jamás lo admitiré.

Ladeo la cabeza y frunzo el ceño cuando llego hasta él.

—Das un poco de miedo cuando sonríes así, ¿lo sabías? —No es el saludo más elocuente del mundo, pero es el único que se me ha ocurrido.

Brad echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Hola a ti también. —Su olor llega hasta mis fosas nasales. También debería estar prohibido cómo huele—. ¿Todo bien en casa? Espero no haberte causado problemas con mi plan.

Ignoro el pinzamiento que he sentido en el pecho.

No es una pregunta banal, de verdad quiere saber si va todo bien en casa.

Pienso en mi madre y en su cara emocionada cuando me ha despedido en la puerta.

—Todo perfecto.

La sonrisa se le engancha tanto que los dos hoyuelos que se le forman en las mejillas cuando sonrío se vuelven enormes.

—No sabes cuánto me alegro.

—Yo también.

Estira la mano, con la palma hacia arriba, y me la ofrece.

—¿Lista para tener otra vez quince años?

¿De verdad me está pidiendo que le dé la mano? ¿Por qué?

Los segundos pasan y no sé qué hacer. Me he quedado bloqueada mirando su mano como si fuera una granada a punto de explotar.

Pero Brad no la retira. Tampoco dice nada. Y esa es otra de las cosas que me gustan de él, que no presiona. Como ayer, cuando le dije que prefería coger el autobús. No insistió. Como tampoco insiste con la enfermedad de mi madre.

A lo mejor es porque él sabe lo que es sentirse presionado. De cualquier manera, eso me gusta, por lo que acabo poniendo mi mano sobre la suya y esperando que la palma no me sude.

Me guiña el ojo y tira de mí para comenzar a correr hacia la puerta de los recreativos. Ahora que lo pienso, puede que sí que parezca un poco raro que sea la primera vez que piso este lugar.

Cruzamos la puerta de los recreativos y no me da tiempo a mirar las máquinas porque Brad sigue tirando de mi brazo hacia el fondo del local. Aunque veo por el rabillo del ojo, a lo lejos, la máquina de gancho, y no puedo evitar sonreír.

—¿A dónde vamos? —pregunto. Brad me mira por encima del hombro y me guiña un ojo.

—Ya lo verás.

No sé si debería preocuparme por su entusiasmo.

Por lo menos, las palmas de las manos me han dado una tregua y no me sudan.

—Llegamos —dice Brad, parándose en seco frente a una puerta negra con los ribetes en rosa fosforito.

—¿Qué es...? —empiezo a decir, pero me callo cuando veo sobre la puerta, en un cartel de neón también rosa, las palabras: *Laser Game*. Miro a Brad, que sigue sonriendo, y luego al cartel —. Estás de coña.

Brad niega con la cabeza y abre la puerta. No me ha soltado la mano, así que sigue tirando de mí.

—No me lo has dicho, pero seguro que nunca has echado una partida al *laser game*.

—Claro que no he echado nunca una partida al *laser game*. Jugar a las pistolitas es ridículo.

Brad vuelve a pararse en seco, solo que esta vez, cuando lo hace, mi pecho choca contra su espalda. Podría decir que me mareo por culpa del golpe. Brad tiene la espalda muy ancha y tiene músculo, cosa que quedó clara cuando lo vi sin camiseta, pero no. Me mareo por culpa de su olor. Huele tan bien que solo quiero enterrar la nariz en su cuello y aspirar. Así que hago lo contrario; doy un paso atrás y me alejo.

—¿Por qué te has parado tan brusco? —Me froto la nariz, que es donde me he golpeado, y levanto la cabeza para fulminarlo con la mirada, pero no puedo, porque él ya me está fulminando a mí—. ¿Qué?

—¿Acabas de decir «pistolitas»?

Puede.

—No.

Ladea la cabeza y tira de mí hasta que me pega a él. Hasta que su pecho toca el mío. Hasta que me suelta la mano y la coloca en mi cadera. Hasta que solo puedo pensar que esto está mal, pero me da igual.

—Déjeme decirle, señorita «me quejo de todo», que el *laser tag* fue creado para entrenar a los soldados en situaciones de combate, y que es un juego tan divertido que, cuando acabe de darte una paliza ahí dentro, me pedirás repetir.

Vale. ¿Por qué ese «repetir» me ha sonado muy guarro? ¿Por qué tengo la necesidad de juntar las piernas? ¿Por qué huele tan bien? Preferiría que oliese a estiércol.

—Lo dudo —lo reto. Sonríe, y ahí está esa maldita sonrisa.

—Ya lo veremos. —Contra todo pronóstico, porque no me lo esperaba para nada, se inclina y me da un beso en la mejilla. Uno por el que tengo que hacer muchos esfuerzos por no acariciármela cuando se aparta.

Se va hasta un chico que hay detrás de un mostrador y yo lo sigo como una autómatas. Una autómatas que no quiere reconocer que está emocionada por jugar con pistolas.

Es de locos.

El chico del mostrados nos explica las reglas, nos enseña los chalecos, las pistolas y cómo disparar, algo que se me da francamente mal, cosa que compruebo en la sala de entrenamiento. Elegimos la opción de juego «captura la bandera», porque es la única que conozco, y los dedos me hormigean cuando Brad me ayuda a ponerme el chaleco, me pasa la pistola, y me da mi bandera roja.

—Escóndela muy bien.

—Estás muy pagado de ti mismo, Hamilton.

Suspira y arruga la nariz.

—Hagamos una apuesta. Si yo gano, me dices de dónde viene TJ.

Me tenso, aunque no lo nota. O disimula.

Niego con la cabeza.

—Te digo mi apellido.

Suspira de forma muy melodramática, pero termina asintiendo.

—Trato hecho. ¿Qué pasa si yo gano?

Me muerdo el labio inferior y me llevo un dedo a la barbilla. No había pensado en esto. ¡No sé qué pedir!

Le miro la rodilla y se me ocurre una idea. Me va a odiar, pero lo hago por su bien. Además, los dos sabemos que no voy a ganar, así que no tiene de qué preocuparse.

—El lunes harás la tabla de ejercicios de Gérard solo de tronco inferior sin quejarte. No valen gruñidos ni lamentos. Cuando lo haces, la fuerza se te va por la boca y por eso te cuesta más. Por supuesto, tampoco valen ceños fruncidos. Cambiarás tu actitud frente a la rehabilitación y dejarás de autocompadecerte. Lo que te ha pasado es una putada, pero estás vivo, así que eso es lo único que importa.

A Brad se le borra la sonrisa. Se pone tan serio que por unos segundos temo haberme pasado de la raya. Pero, entonces, las comisuras de la boca se estiran hacia arriba en una sonrisa aún más bonita que la de antes, y eso es difícil.

Estira la mano y me la ofrece. Yo la acepto, estrechándosela.

—Trato hecho —dice.

El chico nos abre la puerta y juro que viajo a otra dimensión. A una muy oscura llena de luces fosforescentes de todos los colores y música disco.

—¿Lista? —me pregunta Brad gritando. Tiene su bandera azul en la mano y la agita en el aire —. Tú roja, yo azul.

Siento la sangre corriéndome por las venas.

No me da tiempo a decir nada, porque una alarma comienza a sonar y Brad sale corriendo. Yo pego un bote, grito y echo a correr en dirección contraria con la pistola en una mano y mi bandera roja en la otra.

Menos mal que estamos los dos solos, porque está a punto de darme un infarto, sobre todo porque no puedo dejar de sonreír.

Miro a mi alrededor buscando dónde esconder la puñetera bandera, pero estoy demasiado nerviosa. Nerviosa es quedarse corta. ¡Estoy histérica!

—¿Ya la has escondido?! —Escucho gritar a Brad a lo lejos—. ¡¡Porque ya voy a por ti!!

¿En serio?

Chillaría, pero entonces me escucharía, sabría dónde estoy y adiós juego. Me da en la nariz que Brad Hamilton es muy competitivo. Eso es porque no sabe lo competitivas que podemos llegar a ser las Baker.

Dejo la bandera escondida tras una especie de armario y echo a correr. El corazón cada vez me va más rápido y siento las piernas muy ligeras. Salto entre los bloques y escaló hasta situarme en lo alto de un poste para ver dónde está Brad.

Es difícil dar con él con todas estas luces a nuestro alrededor, pero veo algo moverse en el lado sur y no tardo en dar con su cabellera castaña. Él a mí no me ve. Va con la vista fija al frente y el ojo en la mirilla de la pistola. Cualquiera diría que es un francotirador profesional. Me coloco como él y apunto a su pecho. O lo intento, porque mi coordinación es nula, así que fallo.

Y no una, sino varias veces. Cada vez que disparo, Brad se mira el pecho y luego alrededor, intentando buscarme, pero no consigue dar conmigo, y eso solo me crea más adrenalina.

No quiero, al terminar, tener que reconocerle que me lo he pasado genial, pero seguro que es obvio por la sonrisa de oreja a oreja que tengo.

Me bajo del poste y casi repto por entre las paredes en busca de otro escondite. Uno que me permita estar más cerca de él para que la puntería sea mejor. Sé que el objetivo del juego es capturar la bandera, pero necesito dispararle para quitarle vida, aunque solo sea una vez.

Bajo el arma, asomo con cuidado la cabeza para ver si lo veo y lo escucho. El disparo en mi espalda. Lo escucho y lo siento, porque el chaleco que llevo vibra contra mi pecho.

Me giro reticente para toparme con un Brad sonriente y muy pagado de sí mismo.

—Uno cero y diez puntos para mí, además de mis cinco segundos de ventaja. Me encanta este juego. —Me guiña un ojo, me lanza un beso y desaparece.

—¡Eres un fanfarrón! —gruño, frustrada, porque tiene razón en todo. Tengo que quedarme cinco segundos quieta y se me hacen como cinco horas.

Reanudo la marcha y voy tras él.

Lo alcanzo a unos pocos metros, pegado a una pared, como si se estuviera mimetizando con ella. No me ve. Está mirando a la derecha y yo le aparezco por la izquierda. Cojo aire, y con los pulmones bien hinchados, apunto y... ¡Diana!

—¡JA! TOMA YA, SABELOTODO —chillo emocionada. Brad se gira anonadado, mirándose el pecho y luego a mí. Como si fuera una vaquera del lejano oeste, me acerco el cañón a la boca y soplo sobre él mientras le guiño un ojo a Brad—. Uno a uno y diez puntos para mí, además de mis cinco segundos de ventaja. Me encanta este juego.

Su carcajada me acompaña en todos y cada uno de esos cinco segundos, y tengo que admitir que es un sonido maravilloso.

El juego, en teoría, es de una hora. Una hora que se me pasa rapidísimo entre disparos, risas y sustos. En una de las veces, Brad ha pensado que era mejor abalanzarse sobre mi espalda y darme un susto de muerte que dispararme, por eso me ha soplado al oído mientras yo estaba agachada tras una especie de muro, me ha cogido de la cintura cuando me he puesto de pie de un brinco, y ha dado vueltas conmigo hasta que he tenido que cerrar los ojos y pedirle que parase si no quería que le vomitase las tostadas que había desayunado.

Tengo que admitir que no sé las veces que me ha disparado y las que le he disparado yo, solo sé que han sido unas cuantas en ambos casos, y que cada una de ellas me sabía mejor que la anterior.

Pero lo que mejor me sabe de todo llega con el final. Cuando me deslizo cual lagartija hasta meter la mano bajo una cajonera y dar con la bandera azul de Brad. Levanto el brazo en alto, agitándola, mientras aprieto un botón que llevo en el chaleco para anunciar que he ganado el juego.

¡HE GANADO EL JUEGO!

—¡No la tienes! ¡Mentira! —vocifera Brad mientras escucho sus pasos acercándose. El sonido que anuncia mi victoria sigue sonando a tono volumen, acompañado de mis carcajadas.

Brad aparece unos segundos después con el ceño fruncido, los labios apretados y los ojos bien abiertos. El pelo lo lleva pegado a la frente y juro que soy capaz de verle las gotitas de sudor en la punta de la nariz. Aun así, a pesar de estar jadeando y con el pecho subiéndole y bajándole a un ritmo que no debería considerarse normal, está guapísimo, lo que es injusto. Yo no me quiero mirar porque debo de ir hecha un cromo. ¡Si a mitad de partida me he tenido que hacer un moño en lo alto de la cabeza porque el pelo se me pegaba a la nuca y me daba un calor que me moría! Por no hablar de este chaleco, que se ha convertido en una segunda piel para mí.

Pero Brad no. Brad está jadeante, pero guapísimo.

—¿En serio has conseguido mi bandera? —Me acerco a él a paso lento y le doy con la punta de la bandera en la nariz.

—Bingo. —Sus ojos cambian y su semblante también. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero en un abrir y cerrar de ojos mis pies dejan de tocar el suelo. Y no solo eso, sino que mi cabeza acaba colgando porque me ha colgado sobre su hombro. ¡Sobre su hombro! Como si fuera un pequeño saco de patatas de menos de medio kilo—. ¡Bájame, Brad!

—Ni de coña —anuncia, sonriente, mientras se pone a saltar y a dar vueltas conmigo como una peonza.

¿Él no se marea? ¿Cómo puede cargar conmigo? ¿No le peso? ¿No se está haciendo daño en la rodilla?

—¡Tu rodilla!

—Mi rodilla está de puta madre. —Me está mintiendo, lo sé, pero no puedo dejar de reír por la situación y porque él también se ríe y su risa, además de ser preciosa, es contagiosa—. No me puedo creer que me hayas ganado.

—Y yo que tengas tan mal perder.

—No es mal perder, es competitividad.

Por fin deja de dar vueltas y me deja espacio en el suelo. Tengo que sujetarme a sus hombros para no besar el suelo con los dientes. Me aparta un mechón de pelo de la frente y me acaricia el lóbulo de la oreja en el proceso.

Como pasó cuando lo pillé sin camiseta en el centro de rehabilitación, está sudado, pero no huele mal, y no es justo, porque yo debo de oler como el culo.

—Admítelo —susurra. Me quita la pistola de la mano y la deja en el suelo.

—¿El qué? —Intento no perderme en sus ojos, pero es un poco difícil.

—Que te has divertido.

Aprieto los labios y lucho por no sonreír.

—No puedo.

—¿Tanto te cuesta admitir la derrota?

—Aquí, el único que ha sido derrotado has sido tú, pero, independientemente de eso, no puedo decir cosas que solo hagan que tu ego sea aún más grande. Imposible. Va en contra de mis principios.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

¿Cuándo, la nuez de un hombre, me ha parecido sexi? Nunca. Jamás. Hasta ahora.

—No lo admitas —dice una vez ha conseguido tranquilizarse un poco, aunque los ojos le siguen brillando divertidos—. Tu sonrisa te delata, y también tus ojos. Me quedo con eso.

Vale, estar con este chico es peligroso, pero divertido. Y emocionante. Y diferente.

No puedo verme la sonrisa ni tampoco los ojos, pero sé que está diciendo la verdad. No recuerdo cuándo fue la última vez que me reí tanto y tantas veces seguidas. Puedo decir que tengo la cabeza despejada y que me encuentro bien. Tranquila. Serena. Y eso es gracias a él. Solo espero que tenga más cosas preparadas porque no estoy lista para que el día termine.

CAPÍTULO 31

La máquina del gancho

~Brad~

Soy competitivo. Es una de las cosas que tiene practicar un deporte. Porque hay una cosa que está clara, y es que cuando juego, lo hago para ganar. Si quiero jugar por diversión, cojo a Luke y nos vamos, los dos solos, a la pista a patinar un rato y a entrenar el pase de disco. Y, aun así, espero meter más goles que él. Va en mi naturaleza y no me avergüenzo por ello.

Ahora bien, parece que no soy el único, porque TJ también es competitiva.

Y mucho. Tanto, que temo por mi integridad y por la de la máquina de gancho, que está sufriendo más golpes que Jacob en un día de partido.

Le pongo a TJ una mano en el brazo y me trago una sonrisa cuando se gira hacia mí con los ojos rojos y el ceño fruncido. Está cabreada. Diría que con la máquina y no conmigo, pero tengo mis dudas.

—¿Quieres que vayamos a probar otra?

—No. Necesito conseguir ese estúpido peluche. Le he prometido a Ivy que le llevaría un regalo. —Se vuelve hacia la máquina y, si yo fuera la máquina, me cagaría de miedo.

—Pero, sabes que hay más cosas que podemos probar, ¿verdad?

Intento señalarle el resto de las máquinas del local, pero no hay manera. Sus ojos están fijos en el gancho y no creo que los vaya a apartar de ahí. No hasta que consiga el dichoso peluche.

Al salir del *laser game*, en el que, por cierto, me ha dado una paliza que me ha puesto de un cachondo de la hostia, nos hemos ido a desayunar y luego le he enseñado el santuario de cualquier *friki* de quince años obsesionado con los videojuegos; las recreativas.

Ha fingido que no le llamaban la atención, igual que sigue fingiendo que no se ha divertido con las *pistolitas*, como ella las llama. Pero a mí no me engaña. Sus risas han sido la mejor melodía durante toda la partida, y sus ojos emocionados o su sonrisa radiante va a ser difícil de olvidar. Aunque tampoco es algo que quiera, así que ni lo voy a intentar.

La cuestión es que lo ha fingido antes y lo sigue fingiendo ahora, y eso me encanta.

La cojo por los dos hombros y la vuelvo hacia mí. Tengo que esforzarme mucho por no perderme en sus ojos.

Joder. Hoy tengo que esforzarme mucho por no perderme en TJ de mil y una maneras diferentes. Todavía me cuesta creer que me dijese que sí a venir aquí hoy conmigo a pasar el día. Sé que es una persona reservada y que todo lo que he ido descubriendo de ella lo he hecho por mi cuenta y por descuidos suyos, pero sé que eso, de alguna manera, la hace sentir vulnerable, y eso la asusta. Lo sé porque a mí ella también me asusta. Por eso la entiendo, y por eso sigo flipando con que esté aquí conmigo. La miro fijamente a los ojos y la obligo a que ella también me mire a mí.

—¿Quieres el peluche? Podemos ir a la juguetería que hay en el centro y comprarle a Ivy un peluche igual que ese o más grande.

Me mira como si fuera idiota y no me estuviese enterando de nada, lo cual es cierto. Entiendo que sea competitiva, pero hace diez minutos que dejé de contar las monedas que lleva gastadas

en esta máquina.

—No, jeso es imposible!

—Aún a riesgo de perder la vida, ¿puedo saber por qué?

Se cruza de brazos y se pone tan seria que haría temblar al mismísimo Thanos.

—Porque eso sería hacer trampas, y yo no hago trampas.

Acercaría mis labios a los suyos y me la comería a besos. Lo juro. Porque me lo está diciendo en serio. De verdad cree que, por ir a comprar un estúpido peluche, estaría haciendo trampas, y eso es adorable.

El esfuerzo que tengo que hacer para no reírme es titánico. Lo último que quiero que piense es que me estoy burlando de ella.

—No estarías haciendo trampas.

—Claro que sí. Cada vez que viera ese peluche pensaría: «no conseguiste el peluche y por eso tuviste que recurrir a este».

¡Sí que es más competitiva que yo!

No lo puedo resistir más y rompo a reír. Me rio tanto que tengo que soltarla para poder sujetarme el estómago. Como suponía, a TJ no le hace ni pizca de gracia, porque coloca ambas manos en las caderas y comienza a repiquetear el pie contra el suelo en un ritmo constante.

—Lo siento —intento decir, pero la risa no se me termina de ir—. Te juro que no quiero reírme.

—Se nota.

—Es que no te tenía por una persona tan competitiva.

—Y no lo soy. —La miro y vuelvo a romper a reír—. Oye, ¡que no lo soy!

—¡Sí que lo eres!

—¡Qué no!

Me seco los ojos, que empezaban a llorarme, y dejo de sujetarme la barriga.

—Podemos estar así todo el día, no tengo problema, pero a la única conclusión a la que llegaremos es que eres competitiva. Y cabezota.

Abre la boca solo para volverla a cerrar. Al final bufa y mira de reojo la máquina.

—Una última vez y nos vamos. Ya es por orgullo.

Lo entiendo, sé lo que es el orgullo, y sé que, si yo estuviera en su lugar, estaría haciendo lo mismo, por eso asiento y saco un puñado de monedas del bolsillo. Le entrego una a TJ y me quedo yo otra antes de guardarme el resto.

—Dos intentos. Uno tú y otro yo. —Puedo ver en sus ojos que no le hace mucha gracia que yo lo intente. Sé que, para ella, si gano sería que «ha hecho trampa», pero también sabe, en el fondo, que eso es una soberana gilipollez, por lo que al final resopla y se encoge de hombros.

—Yo primero.

—Por supuesto. —Hago una reverencia y ella murmura un: «sabelotodo» que solo me provoca otro pequeño ataque de risa.

Esto solo demuestra que TJ me hace bien. Que es bueno para mí estar con ella. Que me hace, en cierta forma, ser ese Brad de antes.

No soy tan idiota como para no saber que nunca podré volver a ser el Brad de siempre. Que una parte de mí se quedó bajo los escombros de ese coche. Que esa parte no despertó del coma. Aunque volviese a jugar al *hockey*, sé que no volveré nunca a ser el mismo. Pero, por primera vez desde que soy consciente de este hecho, no me horroriza la idea. No tengo ganas de gritar y mandarlo todo a la mierda. No mientras siga riéndome como lo hago ahora. Mientras mi pecho siga agitándose como lo hace ahora. Mientras mi dolor de rodilla no ocupe todo mi pensamiento.

Puede resultar absurdo que haya llegado a esta conclusión por una chica. Una con la que, en realidad, he discutido más que reído, pero para mí no es absurdo. No lo es en absoluto. Porque esta chica ha sido la única que ha hecho que me olvide de mi lesión. Ha sido la única que no me ha tratado como si fuese de cristal. Que no me ha mirado con lástima. Que me ha desafiado y me ha provocado.

Es la única persona que hace que la sonrisa me dure más de medio minuto en los labios.

Por la única por la que he tenido que agarrarme la barriga por culpa de la risa.

Si alguien te provoca esas cosas, no lo sueltes.

TJ introduce la moneda en la ranura y yo me coloco a su espalda, con las manos en su cadera. Nos hemos tocado antes; la cogí de la mano cuando llegó para arrastrarla hasta la sale de *laser game*, la agarré de la cintura cuando me arrebató la bandera, y la volví a coger de la mano cuando salimos de allí para venir aquí. Sin embargo, mis manos ahora en su cadera las siento diferentes, y parece que ella también, porque da un respingo y me mira de reojo por encima del hombro. Casi espero que me pida que me aparte, y prometo hacerlo si es así, pero no lo hace. No dice nada. Solo me mira a los ojos unos segundos para después pasar de nuevo a la máquina.

Mi pecho suelta un suspiro y grita victoria. Mis manos se aferran a su camiseta y mis pies dan un paso hacia delante.

—¿Quieres que te vaya guiando? —le susurro al oído, con mi nariz casi enterrada en ese moño desaliñado que se hizo jugando a las pistolas y que aún no se ha deshecho, y que espero que no se lo deshaga.

Sonrío. Huele al aceite ese de coco que ayer me volvió loco en la librería. ¿Se lo habrá puesto por mí? ¿Porque le dije que me gustaba? Mi parte racional me dice que no. Mi entrepierna que sí.

—¿Qué te hace pensar que tus indicaciones me harán ganar?

¿Se enfadará si pongo mis labios en su cuello? Solo un roce.

—A que soy la hostia de bueno.

Se ríe con ganas y, al hacerlo, se tira ligeramente hacia atrás, hasta que su espalda toca mi pecho.

—¿De verdad eres capaz de convivir con ese ego tan grande que tienes? Tu habitación tiene que ser muy grande para poder albergaros a los dos.

—¿Me estás pidiendo ver mi habitación? Que sepas que por mí no hay problema. Sigue en pie lo de bañarte en mi piscina.

En serio, ¿se enfadaría mucho si le beso el cuello?

—Deja de ser tan fanfarrón y apártate. Me estás distraendo. —Lo último lo dice en apenas un susurro. Uno que no estoy seguro de si quería o no que lo escuchase, pero lo he hecho, y mi ego está alcanzando cotas inimaginables.

TJ aprieta el botón que da comienzo al juego y agarra el *sticker* con las dos manos. Lo mueve hacia atrás, después hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Está claro que quiere ir a por el muñeco que está pegado al cristal, pero eso es un error. Siempre hay que ir a por el que está en el centro. Si vas a por el de la esquina, aunque esté más elevado, fallarás, porque el cristal te bloqueará.

—Olvídate de ese peluche, mueve el *sticker* ligeramente hacia la derecha.

—No. Este es el más fácil de conseguir.

—Hazme caso, TJ. Mueve hacia la derecha.

—Voy a por el que está más elevado.

—Vas a por el que te va a hacer fallar. Otra vez. —Los segundos pasan a la velocidad de la luz—. Deja de ser tan cabezota y hazme caso. Ya te he dicho que soy la hostia de bueno.

Refunfuñando, mueve el *sticker* hacia dónde yo le digo. Me rio y ella vuelve a refunfuñar.

—Como falle, le diré a Gérard que te ponga doble sesión de estiramientos esta semana, con lo que sé que te gustan.

—Qué vengativa, pero acepto. —No va a fallar, pero como sus manos tiemblan un poco, una de las mías abandona su cadera para subir hasta sus manos y cubrírselas.

Juntos controlamos el mando, moviéndolo arriba y abajo, derecha e izquierda. Colocamos el gancho justo encima del peluche y esperamos.

—Hay que apretar el botón.

—Aún no.

—¡Pero los segundos están pasando! ¡Se acaba el tiempo!

—Confía en mí. —Pone los ojos en blanco, pero no me rechista, lo cual es bueno y hace que el pecho se me hinche, para qué voy a mentir, aunque ahora a eso no le hago mucho caso.

—Brad, me estoy empezando a poner nerviosa.

—Espera. —Miro el tiempo. Cuando quedan solo seis segundos, sonrío—. ¡Ahora!

TJ le da al botón con todas sus fuerzas y el gancho baja. Roza el peluche y, como suponía, lo agarra de la cabeza.

Juro que escucho a TJ aguantar la respiración.

El gancho se mueve con el peluche hasta el agujero, se abre y suelta el peluche.

—¡¡¡¡¡SIIIII!!!! —El chillido de TJ dejaría sordo a cualquiera, pero a mí me hace aullar de la risa. Se agacha, abre la trampilla y agarra el peluche como si fuera *Gollum* con el gran anillo de poder—. ¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido!

Se vuelve hacia mí y sus ojos brillan como nunca he visto brillar unos ojos. Decir que hay emoción en ellos sería quedarme corto. Se lanza de un salto a mi cuello y me rodea los brazos con él. Aprieta, y yo no dudo en rodearle la cintura con los míos y elevarla en el aire. Tampoco en dar vueltas sobre nosotros mismos mientras los dos reímos. Ella de alegría y yo por ella.

Su risa es contagiosa.

—¡Lo he conseguido, Brad!! ¡He conseguido el peluche! —vuelve a chillar en mi oreja. Dejo de dar vueltas, aunque no la suelto. Ni de coña voy a soltarla. Tampoco la dejo en el suelo.

Está emocionadísima por un estúpido peluche. ¿Puede hacerme eso más ilusión?

Se separa apenas de mí, lo justo para poder mirarme a la cara, aunque no me suelta el cuello.

—He conseguido el peluche. —Esta vez, cuando habla está muchísimo más calmada.

Levanto una mano y le acaricio la mejilla con los nudillos.

—Bueno, técnicamente, yo he conseguido el peluche. —Su sonrisa se desvanece y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué dices?

—Que yo he conseguido ese peluche. Deberías darme las gracias.

Si las miradas matasen, yo debería de estar muerto.

La mirada de TJ se entrecierra tanto que seguro que acaba dándole dolor de cabeza.

—Eso no es verdad. Yo he conseguido el peluche.

—Con mi ayuda. —No sé por qué, pero pinchar a TJ me gusta. Me gusta mucho, joder.

Frunzo los labios e intento ponerme serio, aunque es una tarea ardua difícil.

—Esto solo demuestra, una vez más, el buen equipo que hacemos. De nada —digo esto último con una ligera inclinación de cabeza, como si fuera una especie de reverencia, lo que solo hace que la saque más de quicio.

Los ojos de TJ resplandecen y no de alegría, precisamente.

—Eres... eres... —Chasqueo la lengua contra el paladar y le paso un mechón de pelo detrás

de la oreja. No me pasa desapercibido el estremecimiento que sufre su cuerpo cuando le acaricio el lóbulo con los dedos.

—Puedes agradecermelo con un gofre de chocolate. Me muero de hambre.

Como antes, cuando quería rebatirme con lo de que no era competitiva, abre la boca dispuesta a replicarme, pero acaba cerrándola.

Es preciosa. Esta chica es preciosa.

—En serio, Hamilton, deberías revisarte ese ego tan grande tuyo que tienes.

Me acerco a ella y pego mis labios a su oreja.

—No es lo único que tengo grande.

La cojo de la mano y tiro de ella mientras ignoro sus ojos abiertos de par en par y sus mejillas sonrosadas para ir a por ese gofre, porque es eso o darle un bocado a ella.

CAPÍTULO 32

No beso en la boca

~TJ~

Me duelen las mejillas.

Joder, me duelen las mejillas de reírme tanto, y la última vez que me dolieron así fue... Ni me acuerdo, pero tengo que admitir que es una sensación maravillosa.

—Te toca —me dice Brad tras meter la mano en la bolsa de almendras garrapiñadas que hemos comprado, sacar una, lanzarla al aire y atraparla con la boca.

Hemos salido de los recreativos hace casi dos horas, cuando ya empezaba a atardecer, y nos hemos ido paseando dirección a mi casa sin prisas, con calma, hasta acabar en un banco del parque Oakledge, el que está al lado de mi casa. La idea ha sido mía porque, por primera vez en muchísimo tiempo, no tengo prisa por volver a casa. Quiero seguir aquí. Quiero pasar más rato con este chico. Y no voy a decir que eso no me asuste, porque me asusta muchísimo, pero las ganas me pueden y por eso he pillado este desvío.

Miro su nuez cómo sube y baja antes de meter yo también la mano y coger otra almendra. Solo que yo no la lanzo porque acabaría en el suelo.

Suspiro y me paso una mano por el pelo. Sigo llevando el moño ese cutre que me hice mientras jugábamos a las pistolas. Me lo tendría que haber quitado al terminar la partida, más que nada por un poco de decoro y para que no pareciera que llevaba un nido de pájaros en la cabeza, pero no lo he hecho porque voy cómoda con él y porque hace mucho calor.

Sonrío para mis adentros; Brad me hace sentir cómoda.

—¿Por qué te gusta tanto jugar a esto de las preguntas? —Como ya pasó la primera y única vez que me llevó en coche, a Brad Hamilton le gusta hacer preguntas. Me ha preguntado qué me gusta desayunar por las mañanas o si pienso que la pizza con piña es bien o un sacrilegio. ¿Quién hace esas clases de preguntas? Yo odio responderlas. Cualquiera pregunta, de hecho. Me gusta ser hermética con mi vida. Sin embargo, a Brad se las respondo todas. ¿Por qué? Porque con él me siento segura y porque, si yo contesto a sus preguntas, él contesta a las mías y me he dado cuenta de que me gusta saber cosas de Brad Hamilton.

—Porque me gusta saber cosas sobre ti. —Esto también me gusta de él. Que es sincero tanto para lo bueno como para lo malo.

Meto de nuevo la mano en las bolsas y me como otra almendra mientras rezo para no ponerme roja, ni por sus palabras ni por cómo me mira cada vez que habla.

Tengo la sensación de que me he puesto roja delante de este chico más veces que en toda mi vida en general.

—Te podría acusar por acosador. —Pone los ojos en blanco y resopla, haciendo que un mechón de pelo vuele sobre su frente.

—Podrías, pero eso no evitaría que siguiera preguntando. Y haz ya una pregunta o volveré a hacer yo otra.

Tiene salidas para todo.

Me llevo el dedo índice a la barbilla y pienso. Está claro que vamos a jugar a esto, así que

mejor jugar con fundamento.

—La tengo. —Me coloco de lado en el banco, con la pierna izquierda flexionada debajo del culo, y sonrío—. Momento más bochornoso. De esos de: «tierra, trágame y escúpeme muy lejos de aquí».

Brad sonrío y da una palmada en el aire.

—No soy mucho de abochornarme, he de decir, peero me acuerdo una vez, con ocho años o así, que mi padre se había ido de viaje por trabajo casi un mes y yo lo echaba terriblemente de menos. El día que sabía que volvía, lo esperé pegado junto a la puerta principal como un halcón. Así que, cuando sonó el timbre, no dudé en abrir la puerta de un tirón y lanzarme sin pensar sobre él. Solo que no era él. Era el repartidor de la leche, con una caja llena de botellas de leche. Botellas que, obviamente, acabaron sobre el pobre repartidor, sobre el suelo y, por supuesto, sobre mi cabeza. Mi madre me duchó dos veces ese día. ¡Dos veces! Pero, si me hueles, aún huelo a leche. Mira. —Acerca su cabeza a mi nariz para que huela, como si de verdad su pelo fuese a oler a leche después de casi quince años.

—¡No hueles a leche! —grito, muerta de risa, porque lo tengo prácticamente encima.

—¡Claro que huelo! Se me quedó incrustada en el cuero cabelludo. ¡Tú no sabes la cantidad de leche que había en esa caja!

Me restriega la cabeza por la cara y el cuello y yo no puedo parar de reír. He acabado tumbada sobre el banco con él encima. Y debería darme vergüenza o algún tipo de reparo. Sí, vale, ya está anocheciendo y la luz en este parque brilla bastante por su ausencia, pero ¡estamos en un lugar público! Y, sin embargo, solo puedo reír, reír y seguir riendo.

—¡Para, Hamilton! —le pido, aunque, claro, si lo hago muerta de risa, pues entiendo que es difícil que me tome en serio.

—Pero ¿me has olido o qué? —Entierra la cara en mi cuello, abre la boca y me da un mordisco. Es uno pequeño, pero que yo he sentido en todas partes.

—¡Me acabas de morder!! —Lleva sus manos a mis costillas y empieza a hacerme cosquillas. Yo no tengo cosquillas, o eso creía, porque comienzo a retorcerme bajo su cuerpo cual lagartija.

¿Y qué pasa cuando te retuerces? Que notas cosas, tanto en tu cuerpo como en el suyo. Cosas grandes y duras. Muy duras.

Parece que no soy la única que se da cuenta de los cambios que están sufriendo nuestros cuerpos, porque Brad deja de moverse, aunque no se quita de encima de mí.

—¿Te hago daño? —Su voz es grave.

—No.

—Vale.

Todavía puedo sentir sus labios sobre la piel de mi cuello y su pecho subiendo y bajando acorde con el mío. ¿Qué está pasando? ¿Dónde están las risas? Han desaparecido de golpe.

Aparta la cara de mi cuello, despacio, y me mira a los ojos. Sigue sonriendo, aunque esta sonrisa no tiene nada que ver con la sonrisa de antes. Esta... Esta provoca cosas. Muchas cosas.

—Eso que has contado no es bochornoso —consigo decir. No sé cómo me ha salido la voz tan normal. ¿Notará cómo me late el corazón? Porque yo lo noto a él. Vaya si lo noto.

—Claro que es bochornoso —susurra—. Estuve todo el día llorando. Fue traumático.

Si no estuviera tan excitada, volvería a reírme.

Porque estoy excitada, joder. Muy excitada.

Y aún me excito más cuando acerca su cara a la mía, hasta que nuestras narices se tocan en la punta. Hasta que veo sus ojos desplazarse hacia mis labios. ¿Va a besarme? ¿Va a besarme en la

boca? Porque yo no beso en la boca.

—No beso en la boca —digo con la voz más firme que puedo. Brad echa ligeramente la cabeza hacia atrás para que sus ojos conecten con los míos.

—¿Por qué?

Porque es íntimo. Porque, cuando besas a alguien en la boca, es porque hay algo más que pura atracción física. Porque los besos en la boca son intimidad. De esa que pellizca el corazón. Porque, cuando besas en la boca, es porque hay cariño, hay deseo. Hay confianza.

Porque, cuando beso en la boca, es porque me entrego, y entregarte a otra persona es muy peligroso.

—Porque no. —Sé que es una respuesta de mierda, pero es la única que puedo darle.

El corazón comienza a latirme muy rápido, sobre todo cuando Brad se me queda mirando. Lo hace durante tanto rato que no sé qué pensar.

—Esa no es una razón. —Si no estuviera tan paralizada, sonreiría. No me esperaba otra respuesta por su parte.

—Es mi razón. ¿Te vale?

Es mi única regla cuando estoy con un chico. Una a la que nadie me ha puesto pegas jamás. Y siempre lo había agradecido. Ahora, por primera vez, no tengo claro si quiero que me rebatan o me respeten.

Se inclina hasta que tengo su boca pegada a la oreja.

—Por ahora.

Me da un beso minúsculo tras la oreja, uno que es apenas un roce, y se aparta.

—¿Nos vamos de aquí?

Parece que se acaban de terminar los juegos.

—Sí.

—Vaya, vaya. ¿Esa no es nuestra TJ, Ben? —Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando una voz asquerosamente familiar llega hasta mis oídos. Una voz que hace que sienta como si acabasen de tirarme encima un cubo lleno de agua con cubitos de hielo.

—Sí que lo es. ¡Qué agradable casualidad!

Mi cuerpo se tensa y Brad lo nota, porque sus ojos cambian y la expresión de su cara también.

Vuelvo la cabeza hacia la izquierda solo para encontrarme con dos de las personas que más odio en este mundo. Mi exjefe Charlie y su amigo Ben. Los dos me miran sonriendo y con la malicia reflejada en sus ojos.

Me fijo en la nariz de Charlie. No hay ni rastro del cabezazo que le di. Una pena.

—¿No vas a saludarnos? —No sé cuál de los dos me da más asco.

Brad se quita de encima de mí y yo me incorporo hasta quedar sentada. Siento los ojos de los otros dos sobre mi cuerpo y solo me dan ganas de vomitar.

—¿Podemos irnos? —le susurro a Brad. Este me mira con rabia contenida.

—¿Iros? No podéis iros, si acabamos de llegar. —Fulmino a Benjamin con la mirada, lo que solo le provoca una carcajada—. Ay, rubia, no sabes cuánto he echado de menos esa mirada de tigresa.

Van los dos solos y están borrachos. El hedor que desprenden da fe de ello, así como la postura medio torcida de sus cuerpos y la voz pastosa con la que hablan.

Ben achina los ojos y los posa sobre Brad. Le da una palmada a Charlie en el pecho, llamando su atención.

—¿Ese no es Hamilton? —Achina más los ojos y se inclina hacia delante. O lo intenta, porque su cuerpo se tambalea y por poco se cae.

—Vámonos —me dice Brad con los dientes apretados y los hombros tensos. Me coge de la mano y me ayuda a levantarme.

—Ay, sí que es él —masculla Charlie tras un hipido—. No sabía que eras amigo de nuestra TJ.

Como vuelta a decir «nuestra TJ», le vuelvo a romper la nariz.

Brad me aprieta la mano y los ignora, aunque sé que le está costando mucho. A mí también.

Por el rabillo de ojo veo cómo los dos amigos rodean el banco para acercarse a nosotros. Aunque van borrachos y su coordinación es desastrosa, se plantan frente a nosotros demasiado rápido.

—No son amigos, Charlie —empieza a decir Ben con sus ojos fijos en mí—. TJ no tiene amigos, ¿o no te acuerdas? Solo tiene tíos a los que se folla y hoy le ha tocado al chico del coma.

Brad me suelta la mano y va hasta Ben, al que coge del cuello de la camiseta y lo levanta unos centímetros del suelo.

—¿Qué acabas de decir, gilipollas? —escupe con odio. Los ojos de Ben cambian porque no se esperaba una reacción así. Y juro que me muero de ganas porque Brad le parta la nariz o cualquier otra cosa, pero no merece la pena, así que voy hasta él y lo cojo del brazo con el que tiene sujeto a Ben.

—Vámonos, no merecen la pena.

Aunque en los ojos de Ben hay un pelín de temor, la malicia sigue en primer lugar.

—Solo te estoy poniendo sobre aviso, amigo. Nos tenemos que ayudar entre nosotros, y esta tía se tira a todo lo que tenga polla.

El *pum* que se escucha a continuación resuena en todo el parque. También el grito de Ben.

Brad lo suelta de muy mala gana y lo deja caer al suelo tras darle un puñetazo en la mejilla. Ben cae al suelo de rodillas y se tapa la cara con las manos, gruñendo por culpa del dolor.

—¡Me has pegado!

Brad sacude la mano con la que le ha dado el puñetazo en el aire y se cubre los nudillos con la otra.

—Vuelve a hablar de ella en el término que sea, y te juro que la próxima vez te parto la nariz y la boca.

Brad no espera a que este replique, me coge de la mano, recoge el peluche que hemos ganado para Ivy en los recreativos, y tira de mí hacia el fondo del parque sin mirar atrás, dejando a Ben en el suelo y a Charlie paralizado a su lado, de pie.

Aunque voy con él y me tiene cogida de la mano, parece que vaya a miles de pasos por delante, por lo que solo puedo verle la espalda, que está rígida. Sin contar con que va tan rápido que estoy empezando a notar la falta de aire. Aun así, lo dejo seguir andando sin abrir la boca, porque tampoco sé qué decir.

¿Acaba de defenderme? ¿Le ha dado un puñetazo a Ben por meterse conmigo? Porque no ha sido por llamarlo «chico del coma». Ha sido por mí.

«Vuelve a hablar de ella en el término que sea, y te juro que la próxima vez te parto la nariz y la boca».

¿Está mal si sonrío?

—Brad, ¿podemos parar? —pregunto casi susurrando tras unos minutos de carrera.

No sé si es que Brad no me escucha o me ignora, porque sigue andando. Lo hace con la cabeza gacha y a paso rápido. ¿Sabe, acaso, hacia dónde va? ¿O está andando sin rumbo fijo?

—Brad, por favor, para un momento —le suplico, esta vez dándole un tirón en el brazo para llamar su atención. Funciona, porque se para y se da la vuelta.

Jadea, y sus ojos están rojos y llenos de ira.

—¿Qué?

Esta vez soy yo la que tira de él. Miro hacia abajo, hacia la mano con la que le ha dado el puñetazo a Ben y que ahora sujeta el peluche, y veo que tiene los nudillos rojos. Se la cojo, dejo el peluche en el suelo, y me llevo los nudillos a los labios.

Se los beso uno a uno.

—¿Te duele?

—¿Quiénes cojones eran esos tíos, TJ? —La dureza es patente en su voz. Le suelto la mano solo para colocársela en el pecho. Le va muy rápido.

—Al que le has pegado era mi compañero en la cafetería en la que trabajaba. El otro, mi jefe.

Aunque sigue jadeando, parece que su pecho empieza a pausarse.

No hay casi luz a nuestro alrededor, lo que me dificulta un poco saber dónde estoy, aunque eso ahora no es relevante, porque toda mi atención está en el chico que tengo delante.

Brad levanta el brazo y posa la palma abierta sobre mi mejilla.

Es un gesto tan dulce, tan tierno, que me desarma.

—¿Por qué te han llamado puta? —Me estremezco, y no por su caricia. Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—No lo sé.

—No me mientas, por favor.

Abro los ojos y lo miro.

—No me lo preguntes, por favor.

Jamás me he arrepentido de acostarme con nadie. Nunca he considerado que eso fuese un error. Entiendo que es mi cuerpo y que puedo hacer con él lo que me dé la gana. Sin embargo, no me siento cómoda explicándoselo a Brad.

Aunque veo en sus ojos que no le gusta mi respuesta, la respeta, porque suelta un suspiro y sacude la cabeza, y yo se lo agradezco y admiro por ello, porque no quiero hablar de eso. No con él.

«Vuelve a hablar de ella en el término que sea y te juro que la próxima vez te parto la nariz y la boca».

Que me haya defendido es lo único que me importa.

Me agarra de las trabillas de los vaqueros y tira de mí hasta pegarme a él. Me pasa los brazos por la espalda y me empuja a su pecho como si este fuera un saco salvavidas. Y puede que lo sea.

—No quiero que nadie hable así de ti nunca. Jamás. —Hunde los dedos en mi pelo. Pego la frente a su pecho y suelto un suspiro.

—Vale.

—Promételo, TJ. Prométeme que no dejarás que nadie hable así de ti nunca. —Si antes pensaba que este chico me ponía nerviosa, ahora sé con seguridad que es así. Asiento.

—Si te sirve de consuelo, antes de despedirme de la cafetería le di un cabezazo a Charlie en la nariz y se la rompí. O eso creo, porque empezó a salirle un montón de sangre.

Su carcajada hace que el pecho le vibre y, por ende, el mío.

Me coloca un dedo baja la barbilla y me obliga a mirarlo a la cara, aunque sus ojos siguen estando enfadados, también desprenden mucha ternura.

—Eres increíble, chica sin apellido. —Suelto una risita por lo bajo y sacudo la cabeza.

—Eso se lo dirás a todas.

Suelta mi barbilla y pasa a acariciarme el contorno de mi cara con el dedo. También me acaricia las mejillas, los párpados y los labios. Primero el inferior y después el superior.

—A las demás solo les digo que están buenas y que me gustan sus tetas. Lo de increíble lo dejo para cuando espero pillar cacho. —Le doy una palmada en el brazo fingiendo estar molesta, aunque mi sonrisa me delata. También la suya.

Lo miro a los ojos, pero no me encuentro con su mirada, porque esta está fija en mis labios.

Si alguien me dijera que tengo una llama en el pecho y que está ardiendo, me lo creería.

Inclina la cabeza y se acerca a mí. Sus labios están sobre los míos, aunque no los toca, pero los siento. Y quema. Quema muchísimo.

—No voy a besarte en la boca —susurra con la voz ronca—. Si eso es lo que quieres, no lo haré, pero que sepas que me muero por probarte.

La muralla que tanto me estoy esforzando por mantener intacta tiene muchas grietas, aunque no me da tiempo a pensar en ellas, porque Brad abandona el calor de mis labios para adentrarse en esa parte de mi anatomía que me he dado cuenta de que adoro que acaricie, mi cuello.

Se escucha un jadeo en el silencio de la noche cuando sus dientes vuelven a estar sobre mi piel. Me besa una parte del cuello, el lóbulo de la oreja y la clavícula con calma, despacio, mientras que con una mano me deshace el moño para colar los dedos entre la maraña de enredos que es mi pello y con la otra me acaricia el borde de la camiseta. Mis manos no se quedan quietas. Se cuelan por el bajo de su ropa para tocarle el vientre y también la espalda.

Está ardiendo. Puede que no sea la única que tiene una llama en su pecho.

—Estamos en medio de un parte —murmura sobre mi piel, haciéndome cosquillas cuando habla. Echo la cabeza hacia atrás cuando noto la punta de su lengua en la base de la garganta.

—Lo sé. —Porque sí, lo sé, pero no puede importarme menos.

—Quiero hacerte cosas, TJ —jadea, y me recorre la piel hasta pasar al otro lado del cuello. Yo subo mis manos hasta sus hombros y me agarro a ellos.

—Y yo quiero que las hagas. —Se aparta para mirarme y lo que veo en sus ojos hace que me palpite la entrepierna.

—Vámonos. No tengo ni idea de a dónde, pero vámonos antes de que acabe desnudándote en este parque.

Miro alrededor. No se ve a nadie, y tampoco se escucha nada más allá de los animales que nos rodean, pero tengo los oídos taponados y el corazón me late sin control, lo que dificulta mi capacidad auditiva. Pero Brad tiene razón. Como no nos larguemos ya de aquí vamos a tener un problema.

Sigo mirando alrededor, y entonces caigo. La casita en el árbol. Esa casita a la que llevé a Ryan hace unos días. Pensar en él hace que el estómago me dé un vuelco, aunque no de los buenos. Pero este vuelco me dura apenas un suspiro.

No quiero pensar en Ryan ni en ningún otro tío. Solo quiero pensar en Brad y en cuánto lo necesito.

—Sé de un sitio. Vamos. —Esta vez soy yo la que lo cojo de la mano y tira de él.

Esta mañana, cuando me ha ofrecido la mano, la he mirado como si fuera algo de otro planeta. Ahora, sin embargo, solo quiero sentirla sobre mi palma y sobre cualquier otra parte de mi cuerpo que encuentre a su paso.

No tardo más que unos minutos en encontrar la casita. Llego hasta la escalera y comienzo a subirla a paso rápido. Brad me pisa los talones. Cuando llego arriba y la encuentro completamente vacía, como siempre, sonrío por mi victoria.

—¿De dónde has sacado este sitio? —Me doy la vuelta. Brad está parado en medio de la estancia, jadeante. No sé si por la carrera, por las ganas que nos tenemos o por un poco de todo.

Mis ojos se desvían hacia su entrepierna como un imán.

Definitivamente, es por las ganas.

No sé si es él el que acorta la distancia o si soy yo. Solo sé que nuestros cuerpos están pegados otra vez y que nuestras manos vuelan solas por ellos.

Soy la primera en deshacerse de su camiseta. Ya he tocado bastante su pecho. Ahora quiero verlo. Deleitarme en él.

Cuando lanzo su camiseta por los aires y por fin lo hago, me muerdo el labio hasta casi hacerlo sangrar. Me acerco a él y lo beso, justo a la altura del corazón.

Después, saco la lengua y lo saboreo.

—Me toca —gruñe Brad antes de darme la vuelta y pegar su espalda a mi pecho. Entierra la nariz en mi cuello y tira de mi cabeza hacia atrás, hasta que la apoya sobre su hombro.

—Me vuelves jodidamente loco. —Cuela los dedos bajo mi camiseta y trepa con ellos por mi estómago hasta llegar a mi pecho. Me levanta la copa del sujetador y me toca los pezones con las dos manos, a la vez, pellizcándolos primeros y acariciándolos después.

—Oh, joder... —Cierro los ojos y me abandono. A sus caricias, a su tacto. A él.

Levanto los brazos para que pueda quitarme la camiseta y también el sujetador. Sus gemidos en mi oído me ponen a mil.

—Necesito más luz. Necesito verte entera.

Yo lo prefiero así. Me gusta la oscuridad. Es como una especie de escudo protector.

Llevo mis manos a su cabeza y enredo los dedos en su pelo. Lo agarro con fuerza, y ahora soy yo la que gime cuando vuelve a pellizcarme los pezones.

Tiro el cuerpo hacia atrás y lo noto contra mi trasero. Duro. Largo.

Quito una de mis manos de su pelo y la abajo hasta ponerla en su entrepierna. Si no tuviera los ojos cerrados se me pondrían del revés.

Lo acaricio por encima de los pantalones hasta que no puedo más. Hasta que la necesidad de desabrochárselos es tan grande que duele.

Me giro en sus brazos y quedamos cara a cara. Desvía la vista por mi cuerpo, se detiene en mis tetas y se muerde el labio.

—Son increíbles.

—Tú sí que eres increíble. —No lo digo por decir. Y no me estoy refiriendo solo al cuerpo que tiene.

Me refiero a él como persona.

Los preliminares nunca han sido mi fuerte. Me gustan, pero no me apasionan. Sin embargo, ahora, podría estar disfrutando del cuerpo de Brad durante horas sin cansarme.

Me acerco de nuevo a él y le beso el cuello, los hombros y el pecho mientras le desabrocho el cinturón, los pantalones, y dejo caer estos al suelo. Lo palpo por encima de la tela de los calzoncillos y no puedo hacer otra cosa que sonreír.

—¿Estás sonriendo? —me pregunta. Ha posado sus manos sobre mi trasero y lo está masajeando como si fuera una lámpara mágica y estuviera esperando a que salga el genio.

Me muerdo el interior de la mejilla y comienzo a jugar con el elástico de sus calzoncillos. Sí, la luz aquí es una mierda, pero puedo distinguir sus ojos, y están llenos de deseo.

Estoy jugando con él, lo sabe, por eso él no tarda en jugar también conmigo. Lleva sus manos hasta el botón de mis vaqueros y me los desabrocha, todo sin dejar de sonreírme de esa forma que debería estar prohibida.

—No estoy sonriendo —digo, contestando así a su pregunta—. Ni se me ocurriría hacerlo. No puedo hincharte más el ego.

Ladea la cabeza y cuela una mano en mis pantalones y en mi ropa interior.

Abro la boca como un pececillo cuando, de golpe, introduce un dedo en mi interior.

—No lo hagas. Con notar lo mojada que estás tengo más que suficiente.

—Serás... —no puedo decir nada más. No me deja. Porque su dedo empieza a moverse y a mí ya todo el autocontrol se me va a tomar por saco.

Le bajo los calzoncillos hasta las rodillas y le cojo la polla con la mano para, como él, comenzar a moverla arriba y abajo a un ritmo lento, pero constante. Le paso el dedo por la punta y, sin apartar mis ojos de los suyos, me lo introduzco en la boca y chupo.

—Me cago en la puta... —sisea con los dientes apretados y los ojos al rojo vivo.

Yo no estoy mucho mejor. Siento que ardo. En mi vida había estado tan excitada. Jamás. Y eso, probablemente, debería asustarme, pero no puedo sentir nada más que unas ganas enormes por tenerlo aún más cerca.

Brad cuela un segundo dedo en mi interior mientras yo vuelvo a tocarlo y a echar la cabeza hacia atrás ofreciéndole mi garganta, porque necesito sentir sus labios sobre mi piel.

Estamos durante unos minutos más masturbándonos, hasta que ya no puedo más. Hasta que tengo que contraer los dedos de los pies porque estoy a punto de correrme. Y quiero hacerlo, pero quiero hacerlo con él.

—Dime que has traído un condón —jadeo, con los ojos casi en blanco. Brad traza círculos en mi clitoris con el dedo pulgar.

—¿Qué? —Bajo la mano por su polla hasta llegar a los testículos y apretárselos. No mucho, lo suficiente para que Brad tenga que esconder la cara en mi cuello y maldecir.

—Preservativos. Dime que has traído uno.

Yo siempre llevo uno encima.

Siempre.

Pero esta vez se me han olvidado. Estaba tan nerviosa por quedar con él para ir a los recreativos que se me ha olvidado meterme uno en la cartera.

Brad me besa el cuello y se aparta, sacando la mano del interior de mis bragas. Me cuesta un mundo no protestar. También no quedarme embobada mirándole la entrepierna. Como su sonrisa, es hipnótica.

—Sí que llevo.

Menos mal.

Me quito las zapatillas de una patada y después paso a los vaqueros y las bragas. Todo bajo su atenta mirada. Bajo su calor.

Cuando estoy completamente desnuda, coloco las manos sobre la cadera y ladeo la cabeza.

—¿A qué esperas?

—Al suelo. Ahora. —No tenía yo a Brad Hamilton como un mandón, pero me pone a mil.

Me tumbo, con las plantas de los pies apoyadas en el suelo, y me abro de piernas. Brad manda su ropa bien lejos, no sin antes rebuscar en su cartera y sacar el tanpreciado preservativo, y se pone de rodillas entre mis piernas abiertas. Me mira de arriba abajo y sacude la cabeza.

—Eres un regalo, TJ. —Mis mejillas se enrojecen y me incorporo hasta quedar apoyada en los antebrazos.

—No hace falta que me regales los oídos.

Coloca ambas manos sobre mis rodillas y me mira muy serio.

—No te estoy regalando nada, te estoy exponiendo un hecho. Estar contigo así, o de la manera que sea, es un regalo.

Sé que lo dice por lo de antes con Ben y Charlie, y quiero decirle que me da igual lo que hayan dicho, que no quiero hablar de eso, pero la verdad es que no me da igual. A nadie le gusta

que le insulten, por muy dura que vayas por la vida.

—No te detengas ahora, Hamilton. —Puede que no sea eso lo que quiere oír, pero es lo único que ahora mismo puedo ofrecerle.

Brad me mira unos segundos más, pero al final abre el preservativo con los dientes, se lo pone, y vuelve a cogerme de las rodillas.

—Eres increíble. —Y así, con esta última frase, y sin dejar de mirarme a los ojos, Brad entra en mí y el resto del mundo desaparece.

Gemimos a la vez y empezamos a movernos. Apoyo la espalda en el suelo y me pierdo en las sensaciones, en nuestros jadeos y en el cosquilleo que siente en el centro del estómago. Brad me folla con ganas, con ansia, como si hubiera estado esperando esto mucho tiempo y, ahora que lo tiene, no lo quisiera soltar.

Yo estoy a punto de correrme. Debería darme hasta vergüenza de lo rápido que voy a hacerlo, pero estoy tan perdida en nuestros cuerpos y en todo lo que me provoca que no hay lugar para la vergüenza, solo para el disfrute.

Lo miro a la cara y me dejo llevar por el placer que estoy sintiendo. Por sus embestidas. Por sus jadeos. Por los suspiros que se le escapan de entre los labios entreabiertos. Por la vena que se le marca en la frente. Por el agarre de sus manos sobre mi piel.

Pongo mis manos sobre las suyas, entrelazo nuestros dedos y me dejo llevar. Exploto. Él lo nota y dice una palabrota mientras arremete más fuerte. Con más rabia. Con ganas. Yo no puedo dejar de moverme, de seguir cayendo en el abismo.

Brad no tarda en correrse. Lo hace con un grito y con sus dedos entrelazados con los míos. Cuando llega a la última embestida, deja caer su cuerpo sobre el mío y me abraza, y yo lo abrazo a él. Con las piernas y con los brazos. Con todo lo que tengo a mi alcance. Incluso dejo que entierre la cara en mi cuello. Me abrazo a Brad y dejo que él me abrace a mí, y, como viene siendo habitual cuando estoy con él, no tengo prisa por vestirme y marcharme.

CAPÍTULO 33

Baker

~Brad~

Sigo cabreado con esos dos gilipollas. Un puñetazo en la mejilla no era suficiente.

Tendría que haberle roto la puta nariz y los dientes.

Sin embargo, no puedo pensar en eso. No cuando sigo dentro de TJ, cuando tengo su cuerpo pegado al mío. Cuando acabo de echar el mejor polvo de mi vida.

Pensar eso me lleva a pensar en Chelsea. En la última persona con la que me acosté. Con la que creía que viviría los mejores orgasmos de mi vida. Y me siento como una puta mierda por pensar en ella en este momento, pero supongo que la cabeza va por libre y a veces no la podemos controlar.

Lo que sí sé es que no estoy pensando en Chelsea porque la eche de menos o esté haciendo comparaciones. Supongo que estoy pensando en ella porque me acabo de dar cuenta de que no la echo de menos. No cuando estoy con TJ.

De hecho, solo pienso en Chelsea cuando pienso en Scott porque van en un pack. Porque la traición estaba ahí y era a lo que mejor podía agarrarme. Pero no estoy pensando en Chelsea porque necesito tenerla a mi lado. No de la forma en la que me he dado cuenta de que necesito a TJ. Porque, hoy, ha sido un día cojonudo, y no por cómo ha terminado, sino por cómo ha empezado.

Tengo que salir de ella, lo sé, pero tengo miedo. Tengo miedo a que, si lo hago, la situación se enrarezca y vuelva al hermetismo que la acompaña. Me ha gustado mucho la TJ de hoy. La despreocupada. La de las carcajadas. La que se ha manchado la cara de chocolate con el gofre y le ha dado igual. La del moño en la cabeza. Le del paseo hasta el parque. La de las preguntas y respuestas.

Tras coger aire con fuerza hasta llenarme del todo los pulmones y soltarlo poco a poco, me retiro de su interior y me tumbo a su lado, con la vista fija en el techo.

Me da miedo mirarla a ella.

Me da miedo ver algo que no me guste.

—Ha sido genial —dice, de repente, sorprendiéndome. Me giro para mirarla y me encuentro con su sonrisa. Una que me muero por besar. ¿Por qué no me dejará besarla en la boca?

Dejo de mirarle los labios, porque no quiero hacerla sentir incómoda, y la miro a los ojos. Me coloco de lado, con la cabeza apoyada en una mano, y le acaricio la base del cuello y la clavícula con la otra.

—¿Cómo conocías este lugar? Es una pasada.

Aparta sus ojos un momento de los míos y agacha la mirada, como si estuviera avergonzada. ¿He dicho algo fuera de lugar? Estoy a punto de preguntárselo cuando se incorpora hasta quedar sentada. Flexiona las rodillas y apoya la mejilla en ellas, con la cabeza ladeada hacia mí.

—Este parque está al lado de mi casa. Vengo mucho a pasear por aquí. A veces sola y otras con Ivy. Le gusta darle de comer a los patos.

Su voz desprende ternura solo con pronunciar el nombre de su hermana. Le doy un beso en la

espalda y otro en la nuca.

—¿A qué hora tienes que volver a casa? No quiero que te vayas, pero sé lo importante que es para ti y no quiero que me odies por haberte robado todo el día. —No quiero que se vaya. Si por mí fuera, me quedaría en esta cabaña con ella hasta que saliera el sol, pero no hay nada más importante para TJ que su hermana y su madre.

Y de verdad que no quiero que me odie.

Echa un vistazo a la cabaña, supongo que buscando su teléfono. Gatea hasta sus vaqueros y lo saca del bolsillo delantero.

—Vaya, es muy tarde. Debería irme ya a casa. —Me mira por encima del hombro—. Eres una distracción malísima, Hamilton.

No está enfada, así que no me odia. Bien.

Me muevo hasta donde está y le dejo otro beso en su espalda desnuda. No me deja besarla en la boca, pero pienso besarla en cualquier parte del cuerpo que me encuentre.

—Te acompaño. Vamos.

La ayudo a levantarse y no dejo de observarla mientras se viste. No sé si he dicho que es preciosa. Y cuando le he dicho que es un regalo estar con ella, lo decía de verdad.

Aprieto los puños y sacudo la cabeza. No quiero pensar en los dos tipos de antes. No quiero que me fastidien el día que he tenido.

TJ se pone la camiseta y, cuando se está subiendo los pantalones por las piernas dando saltitos, algo cae al suelo. Nos agachamos los dos a la vez a recogerlo. Es un mechero.

—¿Fumas?

Me quita el mechero de las manos y se lo guarda en el bolsillo trasero. ¿Lo ha llevado ahí todo el rato? Porque no se lo he notado.

Se sienta en el suelo y se pone las zapatillas.

—No fumo.

—¿Entonces?

No quiero ser entrometido. No es que sea algo raro que lleves un mechero en la mano. Es su forma de quitármelo de las manos o de evitar mi mirada de repente lo que me mosquea.

—Entonces nada. Me gusta llevarlo. ¿Es un delito? —Y a lo de antes le añadimos su ataque defensivo de ahora.

Me abrocho el cinturón y me pongo las zapatillas.

—No es un delito. Solo he hecho una pregunta porque me ha llamado la atención, nada más. Perdona si te ha molestado.

TJ se levanta y se sacude el polvo en los pantalones.

—No pasa nada, perdona tú también. Estoy nerviosa porque mi madre no me ha llamado en todo el día y estoy preocupada.

No me lo creo. No me lo creo una mierda, pero lo dejo estar porque de verdad que no quiero que el día de hoy se estropee por esto.

Bajamos de la cabaña y comenzamos a caminar por el parque hasta salir de él. Hemos pasado por el banco donde nos hemos dejado antes a los otros dos y ya no estaban. Mejor.

Caminamos uno al lado del otro en silencio.

No podría definirlo como tenso, porque no lo es, aunque no tiene nada que ver con el ambiente sobre el que hemos sobrevolado todo el día.

¿Por qué es tan importante ese mechero? ¿Tendrá algún sentimiento familiar? ¿Por qué ponerse tan a la defensiva?

TJ detiene sus pasos y es entonces cuando me doy cuenta de que hemos llegado a la puerta de

su casa.

Une las manos por delante del cuerpo y se balancea sobre los pies.

—Gracias por el día de hoy. Lo necesitaba. —El pecho se me hincha como un maldito hombre de las cavernas.

A pesar de que parece que hay una especie de tensión, o vete tú a saber qué es, entre nosotros, doy un paso al frente y le acaricio la mejilla con los nudillos. Apoyo mi frente en la suya cuando TJ levanta la cabeza.

—Gracias a ti por sacarme de casa. Me gusta estar contigo, TJ.

Me gustas, pero esto último no se lo digo.

Pone las manos en mis caderas y me regala una media sonrisa.

—A mí también me gusta estar contigo, Hamilton. Sobre todo, cuando pierdes a las pistolitas. —Niego con la cabeza y le doy un beso en la frente.

Ojalá no tuviera que subir. Ojalá yo no tuviera que irme.

—Tienes mucho peligro.

—Lo que tú digas, pero acuérdate de la apuesta. No puedes quejarte. —La miro haciendo un puchero.

—Deja que me queje. Es lo único que me queda.

TJ se encoge de hombros y da un paso atrás, soltándose y alejándose de mí.

—Una apuesta es una apuesta, Hamilton.

—En serio, prefiero que me llames Brad.

—Lo sé.

Me guiña un ojo y sale corriendo hacia su portal. No voy a negar que me quedo embobado mirándole las piernas y el culo. Ese culo que he podido tocar y que espero repetir. Meto las manos en los bolsillos y me doy la vuelta. Estoy bastante lejos de casa. Debería llamar a un Uber para que venga a buscarme, pero lo cierto es que me apetece caminar. A lo mejor no todo el trayecto hasta casa, pero sí un trozo.

—¡Hamilton! —me llama TJ a lo lejos. Me giro. Está apoyada en la puerta del portal—. Baker. Me llamo Tayra Jordan Baker.

Tras esto, se mete dentro del edificio y desaparece. Yo me quedo un buen rato parado sonriendo como un completo gilipollas. Me ha dicho su apellido. No solo eso, me ha dicho también su nombre.

Comienzo a andar hacia casa y lo hago como en una especie de nube. Una en la que no hay problemas ni tensiones. En la que todo parece estar volviendo a su sitio.

Saco el móvil del bolsillo y escribo un mensaje. Uno que no sé si debería o no escribir, pero que siento la necesidad de que debo hacerlo. Por ella, por mí y, sobre todo, por él. Porque vivir en el rencor es una mierda, y TJ tiene razón, estoy amargado, ¿y de qué me ha servido eso? De nada, porque eso solo sirve para alejar a la gente que quieres, y estar solo es una mierda.

No es que de golpe quiera o espere que todo vuelva a ser como antes, porque todos sabemos que eso es imposible. Pero quiero avanzar. Quiero saltar las piedras que el camino me ha puesto. Quiero andar ligero de hombros. No quiero tensiones. Quiero recuperar mi vida.

Quiero dar gracias por seguir teniendo vida.

Brad:

Te quiero. Siempre lo he hecho y sé que siempre lo haré, porque se quiere de muchas formas distintas y yo no puedo dejar de querer a lo que una vez amé. Y a ti te amé muchísimo, Chelsea. Lo hice con el corazón, con el alma y con la cabeza. Pero supongo que ese sentimiento se quedó bajo los escombros de ese coche junto a otras muchas cosas que solo tú y yo sabemos. Porque ya

no somos los mismos que se subieron a ese coche camino a Ottawa, y ahora sé que eso no es malo, es diferente. Te quiero porque eres mi morena favorita, la chica de la sonrisa eterna, mi amiga y mi hermana. Porque él es mi hermano y lo será eternamente. No te odio, como tampoco puedo odiarlo a él. Ni quiero. Sois dos de mis personas favoritas y, si pienso en quién podría ser la mejor pareja para mi hermano, solo puedo pensar en ti. Te quiero, chica Wallace. Cuídamelo, sé que estaría perdido sin ti.

Le doy a enviar y dejo que el nudo que tengo en la garganta se haga igual de grande que un balón de fútbol. No espero a ver si Chelsea me responde porque prefiero que no lo haga. Al menos, no ahora. Tenía que enviar ese mensaje y lo he hecho, pero ya está. Las cosas poco a poco y de una en una.

Me guardo las manos en los bolsillos del vaquero y sigo caminando mientras algunas lágrimas se deslizan por mi mejilla. Llevo tiempo intentando retenerlas y, de verdad, estoy cansado. No puedo más. Porque lo que le he dicho a Chelsea es verdad. No somos los mismos chicos que se subieron a ese coche. Muchas cosas se quedaron en ese accidente, y ya es hora de reconocerlo y dar un paso adelante. De cambiar. O, más bien, de avanzar.

Y sé que ya estoy listo para dar ese paso.

CAPÍTULO 34

Cambio de suerte

~TJ~

La suerte sí que puede cambiar. No es un mito. Es un hecho y yo lo estoy viviendo.

Lo vivo con mi madre, a la que veo más fuerte que nunca, y eso que aún no hemos empezado con la quimioterapia. Lo vivo con Ivy, que está comportándose como una niña real de siete años y no alguien a la que le ha tocado madurar muy rápido y de golpe. Lo vivo en el trabajo, en los dos. Lo vivo con el señor Radhi, quien se ha convertido en una pieza fundamental de mi día a día, y lo vivo en el centro, que se ha convertido en mi pasión. Y sí, qué narices, lo vivo con Brad; en su forma de mirarme, sonreírme, hablarme y tocarme. En sus bromas, guiños de ojos y tomaduras de pelo. Lo vivo en que me hace ser diferente, en que me hace olvidar. En que, desde hace una semana, no llevo ningún mechero escondido en los bolsillos de mis pantalones. Pero no por miedo a que me lo pille, sino porque no lo necesito.

Estaba tan enganchada a ese trozo de metal, a su llama naranja, que estaba convencida de que nunca iba a poder desprenderme de él. Pero lo he hecho, y no lo echo de menos.

El timbre suena, anunciando el fin de las clases, y me aparto de la valla para acercarme todo lo que pueda a la puerta. Ivy no tarda en aparecer. Lo hace con su sonrisa perfecta y desdentada y sujetando contra su pecho sus inseparables blocs de dibujo.

Levanta la mirada del suelo y no tarda en encontrarme. Cuando lo hace, los ojos le brillan, a juego con esa sonrisa. La saludo con la mano y ella viene corriendo hacia mí. Abro los brazos y se lanza a ellos sin dudarle. La estrecho con fuerza contra mi pecho antes de separarme.

—*¿Qué tal hoy las clases?* —le signo. Se ha apuntado a clases de dibujo un par de horas por la mañana. Normalmente, es mi madre quién viene a recogerla acompañada de la señora Conway, porque yo estoy trabajando en el hospital. Pero hoy he querido venir yo, por eso he salido una hora antes. Quiero llevármela a comer por ahí y luego a la librería. No hay cuentacuentos, pero le encanta hacerme compañía, así como arreglar los libros conmigo.

Deja los libros en el suelo antes de contestarme.

—*Hoy nos han enseñado a hacer caricaturas.*

—*¿Y has hecho una?*

Se ríe, tapándose la boca con la mano, y asiente.

—*¿Quieres verla?*

—*Claro.*

—*Pero no te enfades.*

—*¿Por qué iba a enfadarme?*

Se muerde el labio con inocencia y se quita la mochila de la espalda. Abre la cremallera y saca una carpeta. La abre y me tiende un folio bocabajo. En cuanto le doy la vuelta, una carcajada brota de lo más hondo de mi pecho.

Ya lo creo que es una caricatura. Sobre mí, para ser exactos.

Me ha hecho de frente, con el ceño fruncido y una nariz enorme, cara alargada y labios finos.

—*¿Te has enfadado?* —me pregunta, con las mejillas ligeramente enrojecidas. La atraigo

hacia mí y le doy un beso enorme en la mejilla.

—¿Estás de broma? ¡Me encanta!

—¿Seguro?

—*Segurísimo, aunque hubiese preferido que me no me hubieses hecho con el ceño fruncido.*

Me gusta más cuando me haces sonriendo.

Se muerde la uña del dedo meñique y arruga esa naricita tan pequeña y fina que tiene.

—*Bueno, la profesora nos ha dicho que en las caricaturas hay que exagerar las cualidades de las personas, y tú tienes muchas veces el ceño fruncido. Pero, si no te gusta, lo puedo cambiar.*

Si me paro a analizar con detenimiento la explicación de mi hermana pequeña, me pondría a llorar, porque es muy triste que la primera cualidad que le viene a la cabeza al pensar en ti sea tu ceño fruncido, pero supongo que no puedo hacer nada cuando está diciendo la verdad. Y eso que me esfuerzo por sonreír siempre que estamos juntas, pero parece que no lo he conseguido.

Le revuelvo el pelo y la ayudo a recoger los libros del suelo.

—¿*Me lo puedo quedar?* —digo, señalando el dibujo. Se encoge de hombros y luego asiente.

—¿*De verdad que no te has enfadado?*

Guardo el dibujo en la mochila y me agacho hasta quedar frente a sus ojos.

—*Es el dibujo más bonito que he visto en mi vida. Te lo prometo. ¿Me crees?*

—Sí.

—*Te quiero, patito.*

—*Y yo a ti. Con todo mi corazón.*

—*Con todo mi cariño.*

—*Con todo lo que tengo.*

—*Con todo lo que soy.*

La cojo de la mano y nos vamos a la parada del autobús.

Al llegar, nos sentamos a esperarlo y me cuenta cosas de su clase, sus compañeros y su profesora, a la que se nota que admira muchísimo. El trayecto en bus pasa rápido y, cuando llegamos, vamos directas a una pequeña cafetería que hay al lado de la librería. Las tripas rugen, y no sé si son las mías o las suyas. Nada más abrir la puerta, me encuentro con algo que no esperaba encontrarme. O, mejor dicho, con alguien.

—Brad, ¿qué haces aquí?

No me molesta verlo. De hecho, de los seis días que han pasado desde que nos acostamos en esa cabaña, lo he visto cinco. Incluido esta mañana. Pero no esperaba encontrármelo ahora, y menos aquí.

Hamilton, que estaba sentado en una silla, se levanta de forma torpe, haciendo que la silla en la que estaba sentado se caiga, provocando un fuerte estruendo. No hay ni rastro del chándal de esta mañana. Ahora lleva unos pantalones de pinza, una camiseta negra y, sobre esta, una camisa vaquera.

—Supongo que acosarte —dice, contestando a mi pregunta. Sonríe, aunque se nota que está nervioso.

Brad Hamilton está nervioso. ¿Por qué?

Me mira un segundo y después mira a Ivy. Levanta la mano derecha, con la palma frente a Ivy, y se lleva los dedos a la frente. Luego la dirige de forma ascendente hacia fuera.

Me llevo una mano a la boca y ahogo un gemido. Acaba de decirle hola a Ivy en lengua de signos.

Ha sido solo una palabra, y puede parecer una tontería, pero no lo es. Es algo enorme.

Ivy sonríe y le saluda de la misma manera. Brad suspira aliviado. Sigue sin mirarme, pues tiene toda su atención puesta en ella.

Brad cierra las manos en dos puños, con los pulgares hacia arriba, y se los lleva al pecho. Desliza estos sobre el mismo y los mueve hacia delante. Despu es, señala arriba.

Oh, Dios mío, acaba de preguntarle cómo está.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos y s  que no voy a ser capaz de resistirme. Ivy me suelta la mano y le dice que est  bien. Brad asiente y entonces me mira.

—Ha dicho que est  bien,  verdad? No me gustaría meter la pata. —Asiento, porque está claro que no puedo hablar.

Se pasa una mano por el pelo y la deja descansando en la nuca.

—No s  decir mucho más. A excepción de buenos días, buenas tardes y buenas noches. —La risa se me escapa de entre los dedos.

— Por qué? —carraspeo—.  Cu ndo has aprendido a hablar en lengua de signos?

Se saca el móvil del bolsillo y me lo señala.

—YouTube es el mejor invento del siglo veintiuno, aunque tenía miedo de que me estuvieran mintiendo. Pero he visto varios vídeos y todos hacían los mismos gestos, así que he pensado que no podían ser todos unos mentirosos.

Vuelvo a reír, me trago la lágrima antes de que esta salga y me lanzo a su cuello para abrazarlo, porque necesito abrazarlo. Porque Brad no es consciente de lo que acaba de hacer.

Sus brazos me reciben y me estrechan con fuerza contra su cuerpo.

— Est s enfadada? —me pregunta al oído. Me aparto para mirarlo, aunque no lo suelto.

— Esta te parece la cara de alguien que esta enfadada?

—No, pero preferiría o rtelo decir.

Cojo aire y lo suelto muy despacio.

—No estoy enfadada contigo, Hamilton.

— Ni aunque me haya presentado aquí sin avisar?

—Ni aunque te hayas presentado aquí sin avisar.

—Puedo irme si quieres. Solo... —Mira un segundo a Ivy y luego vuelve a mí—. Sí lo importante que es ella para ti, y s  que no tuvimos una primera presentación muy buena. Y te juro que entiendo lo de que la gente te observe demasiado o te mire con lástima, pero no yo haría eso. Nunca. Y solo quería que lo supieras.

A la mierda la batalla por retener las lágrimas. Estas ya han salido y se deslizan por mis mejillas.

Ivy tira de mi brazo, reclamando mi atención.

— Est s bien?

Me suelto de Brad y le digo que sí con la cabeza.

—Estoy muy bien. —Señalo a Brad—. Ivy, él es Brad. Es un amigo mío. Nos llevó en su coche hace unos días.  Te acuerdas?

—S . Hola de nuevo, Brad.

Le doy un codazo a Brad.

—Dice que hola de nuevo.

Se vuelve hacia Ivy.

—Encantado.  Te importa si me quedo a comer con vosotras?

—Dice que si te importa si se queda a comer nosotras. —Arrugo la nariz y pongo los ojos en blanco—. Por favor, di que sí. Este t o es un coñazo.

Ivy se ríe y Brad me fulmina con la mirada.

—¿Qué le has dicho?

—*Nada*. —Le guiño un ojo a Ivy y está se ríe aún más. Brad me clava un dedo en un costado y me da un pellizco.

—Eres un peligro, Baker.

Vuelvo a poner los ojos en blanco. A qué mala hora le dije mi apellido, ahora solo sabe llamarme por él.

—Entonces, ¿puedo quedarme a comer con vosotras?

Suspiro de forma melodramática y aparto la silla para sentarme. Ivy lo hace a mi lado. Brad continúa de pie.

—Qué remedio. Ya estás aquí.

Se lleva una mano al pecho y finge sentirse muy ofendido, lo que solo hace que parezca más mono de lo que ya es.

Brad Hamilton, eres un peligro.

Se sienta con nosotras y ojea la carta que tiene delante. Ivy y yo también la ojeamos, aunque ambas sabemos lo que nos vamos a pedir: sándwich de pastrami con una montaña enorme de patatas fritas con bacon y queso. Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

Brad se acerca a la barra a pedir y yo no puedo, ni quiero, evitar seguir sus movimientos. Es como si hubiera un hilo tirando de mí y que me prohíbe dejar de mirarlo.

No me puedo creer que se haya presentado en la cafetería.

No me puedo creer que le haya hablado a Ivy en lengua de signos.

Siento un tirón en el brazo. Me vuelvo hacia Ivy. Señala a Brad con la cabeza y sonrío de oreja a oreja.

—*Es muy guapo*. —Sonrío y sacudo la cabeza.

—¿*Tú crees?*

—*Sí, y tú también*.

Lo miro de reojo.

—*Supongo que sí*.

—¿*Es tu novio?*

—*¡No!* —señalo con énfasis. Ivy alza una ceja.

—*Lo miras como si quisieras que fuera tu novio*.

—*No es verdad*.

—*¡Claro que sí!* —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe—. *Y él te mira como si quisiera que fueras su novia*.

Me paso una mano por la trenza ladeada que llevo. Ivy me mira fijamente, sin pestañear, como si estuviéramos teniendo la conversación más importante y trascendental del mundo.

No me puedo creer que esté manteniendo esta conversación con mi hermana pequeña.

Vuelvo a mirar a Brad. Como si supiera lo que estamos hablando o que estamos hablando de él, mira hacia nosotras y nos guiña un ojo. Escucho un suspiro. Un suspiro que viene de mí.

Aparto la mirada y la centro en Ivy, que parece más seguro. Aunque ahora que la miro bien, no lo tengo tan claro. Nunca le había visto a mi hermana una sonrisa tan pícara.

—*Te gusta un montón* —no lo pregunta, lo afirma.

Me cruzo de brazos y la apunto con un dedo.

—¿*Y qué sabes tú de gustar? Tienes solo siete años*. —Ivy pone los ojos en blanco.

—*Cumple ocho en diciembre. Y soy mayor*.

No podemos seguir hablando porque Brad aparece con nuestra comida. Se ha pedido el mismo sándwich que nosotras.

Lo observo de reojo porque no quiero mirarlo muy fijamente. Y no quiero porque Ivy tiene razón. Me gusta un montón. Me gusta por todas las cualidades positivas que tiene. Si hasta me gusta cuando se frustra y se queja. Y me gusta, sobre todo, porque me respeta y me entiende. Y no hablo del plano sexual, hablo de cualquier plano en el que estemos juntos. Incluso como fisioterapeuta. Cuando trabajamos juntos, como volvimos a hacer el martes y el miércoles, respeta mis órdenes. No me hace de menos por estar de prácticas. Me respeta igual que respeta a Gérard.

Pero es complicado. No es tan sencillo dejarse llevar. No cuando cargas con una mochila a la espalda.

Y no me molesta la mochila con la que cargo, pero es una mochila cargada de tratamientos, dolores, angustias, miedos, incertidumbre, temores, desconfianzas y amenazas. Es una mochila que pesa y a la que no puedes ignorar.

Por eso no me gusta mezclar placer con sentimientos. Porque estos últimos te hacen desviarte del camino y yo tenía el mío muy bien trazado. Sin curvas ni baches.

Una mano aparece en mi campo de visión. Una que hace que me sobresalte. Brad me mira con el ceño un poco fruncido y la preocupación reflejada en sus ojos.

—¿Va todo bien? —Cojo mi sándwich, que sigue en la bandeja, y le quito el envoltorio.

—Sí, me he despistado, pero ya está.

Miro a Ivy. Ya se está comiendo el sándwich mientras hace trazos en su bloc de dibujo con un lápiz.

—¿Le gusta dibujar?

—Le encanta. Quiero comprarle una caja de rotuladores que se mojan en agua por su cumpleaños.

—¿Cuándo es?

—En diciembre.

Le damos a la vez un bocado a nuestros respectivos sándwiches. A Brad se le queda un trozo de mostaza pegado a la barbilla. Resisto el impulso de quitárselo con el dedo. A ese nivel me gusta. Es patético.

Yo soy patética.

Cojo una servilleta y se la paso.

—Tienes mostaza en la barbilla.

—Gracias. —Se limpia sin dejar de mirarme. Yo hago un esfuerzo titánico por no sonrojarme.

¿Por qué me sonrojo tanto delante de este chico?

Lo dicho. Estar con él empieza a no ser muy sano.

—Si quisieras que me fuera, me lo dirías, ¿verdad? —Me aparto el sándwich de la boca, al que estaba a punto de darle un bocado, y lo miro ceñuda.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque estás tensa. Y antes de que me rebatas, porque te encanta rebatirme, tu actitud ha cambiado de golpe y ahora tienes los hombros tan tensos que la que va a necesitar ir a fisioterapia vas a ser tú y no yo. —Deja la comida sobre el plato y junta las manos—. Sé que esta mañana, cuando me has contado tus planes con Ivy, yo no estaba incluido en ellos, que me he autoinvitado, pero lo he hecho porque me encanta estar contigo. Contigo siento que puedo ser yo mismo. Sé que no del todo, porque he aprendido que nunca podré volver a ser el chico que era antes del accidente, pero puedo ser un Brad que me gusta. Uno que no está todo el rato a la espera de qué le dirán, de cómo le mirarán los demás o de qué preguntas le harán. Estoy cansado de ser ese Brad, TJ, y tú no me haces serlo. Y dicho en voz alta suena egoísta porque parece que

esté pensando en mí y no en ti, y puede que así sea, por eso te pido perdón y, si quieres que me vaya, te prometo que lo haré.

A la mierda todos mis anteriores comederos de cabeza.

Si Brad me sonríe, flaqueo. Y si Brad me habla como lo acaba de hacer, flaqueo por dos.

Alargo la mano y le cojo la suya en un gesto que nos sorprende a los dos.

—Me has sorprendido, pero no me molestas.

—Es bueno saberlo. —Me acaricia el dorso con un dedo—. Me gusta estar contigo, Tayra Jordan Baker.

No debería haberle dicho mi nombre.

No cuando va a pronunciarlo así.

Trago saliva.

—Supongo que a mí también me gusta estar contigo.

CAPÍTULO 35

Piezas que encajan

~TJ~

Ivy coge el trozo de papel que le pasa Brad para leerlo. En cuanto lo hace, se tapa la boca y se ríe.

Me cruzo de brazos y fulmino a Brad con la mirada.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. —Intenta mirarme con inocencia, pero Brad no tiene nada de inocente.

Mira a Ivy y le guiña un ojo.

Tiene a mi hermana en el bote. El tío ha sabido ganársela con solo un pestañeo y un par de halagos. Bueno, y porque ha sido muy simpático y atento con ella desde que nos hemos encontrado, pero eso es irrelevante.

Brad le pide de nuevo el papel a Ivy y esta se lo da. Escribe otra cosa rápido y se la enseña. Ivy me mira y asiente de forma enérgica con la cabeza.

—Vale, se acabó. Dame ese papel.

Intento quitárselo a Ivy de las manos, pero esta es más rápida que yo y ve mis intenciones, así que hace una bola con él y se la pasa a Brad, que la coge al vuelo sin problemas. Me planto frente a Ivy y la miro muy mal.

—*Soy tu hermana.*

Ladea la cabeza y me mira con esos ojazos verdes que tiene, como los de nuestra madre, y que te hacen pensar que no ha roto un plato en su vida.

—*Me cae bien.*

Tras salir de la cafetería, nos hemos ido a la librería porque yo tenía que trabajar. Creía que Brad se iría, pero no. Ivy le ha preguntado si podía hacerle un autorretrato y él, claro, pagadísimo de sí mismo, ha aceptado. Ha posado para ella como si fuese un modelo de Calvin Klein, solo que con la ropa puesta —una pena—, y ha admirado su trabajo como si se tratase de una verdadera profesional y no de una niña de apenas siete años, por muy bonito que dibuje.

Y ahí ha sido cuando mi hermana se ha enamorado de él, algo de lo que no la puedo culpar.

El tema de la comunicación no ha sido ningún problema, porque Brad se ha hecho rápidamente con papel y boli para hablar con ella, además de ver vídeos en la aplicación *Spread the sign* sobre la lengua de signos mientras Ivy ejercía de profesora.

Si con eso a una no le palpitan todas las partes del cuerpo, ya no sé con qué puede hacerlo.

Tras terminar, Brad nos ha propuesto ir a jugar una partida de bolos, y aquí estamos; ellos ganando y compinchados contra mí, y yo perdiendo.

Levanto las manos en el aire con las palmas hacia arriba, a modo de rendición, y vuelvo a mi sitio. Brad dobla el papel en cuatro trozos y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿A quién le toca?

Lo señalo.

—A ti.

Choca los cinco con Ivy y se va a por la bola. Se coloca en posición, dándonos la espalda, con

ese culo que se ajusta perfectamente a los pantalones vaqueros, y yo aprovecho para salir corriendo, meter la mano en su bolsillo y sacar la nota.

—¡Eh! —chilla, dándose la vuelta mientras yo corro hacia el otro lado de la pista.

—¡Ya debería haberte quedado claro lo competitiva que soy, Hamilton! —Desdoblo el papel y leo las últimas anotaciones.

«Tu hermana es malísima a los bolos».

«¿Siempre tiene tan mal perder? Una pena».

Los miro a los dos y los apunto con el dedo.

—*No soy mala a los bolos* —signo a la vez que hablo en voz alta para que los dos puedan entenderme.

Se miran entre sí y fruncen los labios.

—*Eres muy mala, Tayra. Llevas solo treinta puntos. Brad lleva casi cien. Son muchos puntos de diferencia.*

—No sé qué te está diciendo, pero sé que ha dicho mi nombre y lo ha dicho como algo bueno, porque ella está sonriendo y tú pareces a punto de explotar. —

Le enseño el dedo corazón y él, lejos de ofenderse, se parte de risa.

La tarde sigue entre más risas, más pullas y más juegos. El corazón se me hincha en el pecho cada vez que miro a Ivy a los ojos.

Está feliz.

Está tan feliz, que me entran ganas de llorar.

Le hago muchas fotos y se las paso todas a mi madre. Quiero que ella también sea testigo de la felicidad de su hija pequeña. Quiero que ella también pueda verla con los ojos brillantes y la boca abierta muerta de risa. Me contesta con muchos emoticonos de risa y me promete que, a la próxima partida de bolos, ella también estará presente.

Había escuchado el término: «explotar de pura felicidad», pero yo hacía tiempo que había olvidado lo que quería decir exactamente. ¿Será esto?

En cuanto pillo a Ivy bostezando por cuarta vez de forma disimulada, sé que ha llegado la hora de volver a casa. Esta vez no pongo ninguna excusa cuando Brad se ofrece a llevarnos en el Uber que acaba de pedir.

—Deberías contratarlo y que sea tu chófer oficial —le digo a Brad en cuanto entramos en el coche y me encuentro a Héctor frente al volante.

—No creas que no lo he pensado. Tenemos un vínculo muy especial.

Como ya pasó la otra vez, Brad se sienta detrás con nosotras en vez de copiloto para ir más anchos, solo que ahora no estamos pegados el uno al otro, pues Ivy se ha sentado en medio de los dos, como si fuera una barrera.

«¿Te lo has pasado bien hoy?» le escribe Brad a Ivy en una nueva hoja de papel. Ivy asiente con la cabeza de forma enérgica. Aunque solo le puedo ver la coronilla, sé que está sonriendo. Se lleva cuatro dedos a la barbilla y los mueve hacia delante.

—Dice que...

—Sé lo que me ha dicho —me corta Brad de forma dulce. Mira a Ivy y repite el gesto para terminar señalándola a ella.

—*Gracias a ti.*

Diría que tiene a mi hermana en el bote, pero no es a la única.

Ivy se gira hacia mí y vuelve a bostezar.

—*Tengo sueño.* —Los coches siempre han sido una especie de somnífero para ella.

Abro el brazo y le señalo el hombro. Ivy no tarda en acurrucarse en mi pecho para que la

abrace. Se queda dormida casi al instante.

—Es increíble —susurra Brad. Pues parece que él también se ha quedado prendada de esta pequeña diablilla.

Le acaricio el pelo a Ivy y le doy un beso en la frente.

—Sí que lo es. Tengo mucha suerte de tenerla.

—Y ella de tenerte a ti.

La noche está empezando a bañar la ciudad y las farolas todavía no han sido encendidas, así que el coche está bastante en penumbra, pero eso no evita que pueda apreciar sin problemas la sonrisa con la que me mira Brad. Se coloca de lado en el minúsculo coche, con la cabeza apoyada en una mano. Yo apoyo la cabeza en el reposabrazos.

—Gracias por el día de hoy —lo digo en serio. Hoy ha sido increíble, y él tiene mucha culpa—. Gracias por dejar que Ivy te dibujara.

—¿Bromeas? Ha sido increíble. Nunca había posado como modelo y me ha gustado. Ahora que mi carrera como jugador profesional de *hockey* está casi acabada, creo que me voy a buscar una agencia que me represente. ¿Cómo lo ves?

Arrugo la nariz y miro su rodilla.

—¿No te duele? Hacer bromas sobre tu lesión. ¿No te duele?

Brad suspira y mira el techo. Termina encogiéndose de hombros.

—Creo que estoy cansado de estar enfadado. Tenías razón el otro día con la apuesta. Se está mejor cuando no estás todo el rato con el ceño fruncido y gritando. Se te suaviza la garganta bastante. —Se ríe bajito para no despertar a Ivy. Hay regocijo en sus ojos, pero también tranquilidad y calma, y esto último es lo más determinante de todo. Se mira la rodilla y la flexiona un par de veces, lo que le provoca una pequeña mueca de dolor—. Me duele, y eso es un hecho, como es que necesitamos el aire para seguir respirando. La tengo hinchada el noventa por ciento del tiempo y, cuando la fuerzo más de lo necesario, me da un tirón que me recorre la pierna entera y me hace flaquear. Lauerzo en rehabilitación y he salido a correr porque soy un inconsciente que necesita ese toque de dolor para seguir sintiendo. Como dejar las pastillas. Sí, me dejan aletargado y me siento un inútil cuando me las tomo, pero es como si, al no tomármelas, no sé, le estuviera haciendo una peineta al accidente. —Se ríe y se frota los ojos—. No tiene ningún sentido nada de lo que digo.

—Sí que lo tiene —le aclaro. Alargo el brazo con el que rodeo a Ivy y le toco el hombro—. A veces, creemos que, si sentimos dolor, si recurrimos a él, será la única forma que tenemos de sentirnos vivos. De llevar las riendas de una vida que se nos ha escapado de entre los dedos y que no tenemos manera de controlar.

No puedo evitar pensar en el mechero. En las llamas que salen de él. En las cicatrices que tengo en los muslos.

Me gustaría decirle que entiendo perfectamente lo que dice. Que lo entiendo mejor que nadie. Pero no lo hago, por supuesto. No quiero que sepa esa parte de mí, así que entierro la cabeza en el pelo de Ivy para esconderme de su escrutinio y me empapo de su olor, que es casa.

—¿Sabes lo que no me he atrevido todavía a hacer? —me pregunta Brad al cabo de un rato. Lo miro y niego con la cabeza. Sonríe con tristeza—. Ponerme los patines. Porque sé que, si me los pongo, me deslizo por la pista y me duele, que me dolerá, acabaré tan hecho polvo que me aterra que, entonces sí, sea incapaz de volver a levantar la cabeza. Por eso evito la verdad y me centro en estar enfadado con todo el mundo; mis padres, el entrenador, Gérard, los médicos, Luke... Prefiero estar enfadado con ellos que darles la razón y enfrentarme a la verdad.

—¿Y ahora sí que estás preparado para enfrentarte a ella?

Vuelve a encogerse de hombros.

—No sé si preparado es la palabra correcta, pero, como te he dicho, no quiero seguir enfadado. Odio estar enfadado.

No hay ni rastro del chico divertido y risueño de esta tarde, eso está claro, pero el que tengo ahora delante me gusta incluso más que ese, porque es sincero, valiente, y me apuesto lo que sea a que ni siquiera lo sabe.

Hay que ver lo equivocados que podemos estar con respecto a una persona y, sobre todo, cuánto nos puede llegar a sorprender. Ya no hay ni rastro del chico que me gritó ese primer día. Ese que, como él mismo ha dicho, parecía estar enfadado con el mundo. El Brad de ahora es un Brad completamente nuevo, dispuesto a superarse y a enfrentarse a cualquier cosa que se le presente por delante, y eso es de admirar.

—¿Y qué hay de ti? —Su pregunta me pilla por sorpresa. Dejo de mover los dedos por el pelo de Ivy y lo miro extrañada.

—¿De mí? ¿Qué quieres decir?

—¿Estás enfadada? —Vaya. Esa pregunta es... Vaya.

Nadie me ha hecho nunca una pregunta parecida. Podría fingir que no sé la respuesta, pero si algo he aprendido de Brad es que pilla las mentiras igual de rápido que mi madre.

—Se podría decir que vivo en un estado de enfado constante. —La que sonrío ahora con tristeza soy yo. Miro a Ivy; duerme plácidamente sobre mi hombro, con la cara relajada, y sin signos de preocupación en su rostro.

Ojalá siempre durmiera igual.

—Es muy pequeña —murmuro—, no es justo que pase por lo que está pasando. Por todo lo que ha pasado.

—Tú tampoco. —Trago con fuerza y niego con la cabeza.

—Yo me puedo apañar, soy fuerte, pero ¿ella? No es justo que vea a su madre consumirse. No es justo que, con siete años, su madre no pueda llevarla al parque y jugar con ella al escondite. O que se vaya con ella a la playa un día de verano. O que tenga que ser su hermana mayor quién la recoja del colegio el primer día de Navidad porque su madre está dándose quimioterapia y no puede levantarse de la cama. No es justo que su madre no pueda preparar galletas con ella porque se cansa enseguida. O que se pierda el festival del colegio de verano porque está ingresada por una infección. No es justo que nos pille en el baño mientras su madre se corta el pelo al cero y que nos pida, con solo seis años, que se lo cortemos a ella también para ir las dos iguales. Para que así su madre no tenga celos porque ella tenga un pelo bonito. No es justo, joder. No lo es.

Entierro de nuevo la cabeza en su pelo cuando noto la primera lágrima acariciándome los labios.

Si llego a saber que, al subirme a su coche, empezarían las confesiones, habría cogido el autobús. Aunque tendría que haberlo supuesto. Si a alguien le gusta hacer preguntas, ese es Brad.

Siento una mano acariciándome la cabeza con cariño y aprieto los ojos. No puedo levantar la cabeza. No puedo enfrentarme ahora a su mirada. No cuando, lo único que quiero hacer, es llorar hasta llegar a casa.

—Tayra, mírame —me pide Brad. No sé si me rompe más derrumbarme delante de él o que me haya llamado Tayra. Entierra los dedos en mi pelo y me acaricia con mucho cariño. No puedo hacerme esto. No puede—. Por favor, mírame.

Aprieto los dientes y me resisto, pero al final lo hago.

Los ojos de Brad se me clavan en el pecho y hacen que me falte el aire con el que poder

respirar.

—Nuestro padre nos abandonó al año de nacer Ivy —suelto de pronto, como si acabase de abrirse una compuerta y no tuviera fuerza para cerrarla—. Dijo que la vida no estaba hecha para una niña discapacitada y que él, como padre, no podía quedarse de brazos cruzados para ver cómo sufría su hija. Así que prefirió coger la maleta y marcharse para no volver. Ese día me juré a mí misma que nunca dejaría que nadie volviera a hacerle daño a mi hermana ni tampoco promesas vacías, porque mi padre me había jurado que me quería y fue mentira, porque me abandonó sin mirar atrás. Nos abandonó a las tres y no le tembló el pulso al hacerlo. Eso nos hizo más fuertes y también diferentes. Nos unió más como familia, como si fuéramos una unión inquebrantable las tres juntas y, a la vez, nos hizo alejarnos de los demás. Por lo menos a mí. Me hizo ser desconfiada, ir siempre con un paso por delante y, sobre todo, no fiarme de nadie.

—¿Por eso no te gusta deberle nada a nadie? —dice Brad, recordando nuestro primer viaje en coche.

Aunque sigo llorando y tengo la piel de gallina, mis labios se curvan hacia arriba en una minúscula sonrisa.

—Cuando mi padre se marchó, nos quedamos las tres solas. Muy poca gente empatizó con nosotras, sobre todo con mi madre. Muchas parejas de amigos dejaron de serlo porque estaba ella sola. Ya no eran los dos, era solo una, y parecía como que ya no encajaba. En el instituto yo también estuve bastante sola, y en la universidad más de lo mismo. En el trabajo... —sacudo la cabeza recordando a Benjamin y a Charlie—, siempre que pedía algún favor, tenía que devolverlo. Aprendí que la gente no es desinteresada. A que, si quieres algo, luego tienes la obligación de devolverles el favor. Por eso prefiero no pedir nada. Si quiero algo, lo busco yo.

—¿Sigues pensando igual?

Me muerdo el labio y me encojo de hombros. La imagen de la señora Conway aparece en mi cabeza y también la del señor Radhi. Una parte de mí me dice que ellos son buena gente, que siempre han estado ahí cuando los hemos necesitado, pero otra parte me grita que lo hacen porque les damos lástima, y yo odio la lástima.

—No me gusta abrirme a la gente. No me gusta sentirme vulnerable, y temo haberme abierto demasiado contigo.

Brad dibuja el contorno de mi cara con el dedo, perfilándome las cejas y acariciándome las mejillas.

—He sido más sincero contigo estos días que con cualquier otra persona. Si eso me hace ser vulnerable, adelante. No me importa. Porque la realidad es que me gusta estar contigo. Te lo dije, TJ. Confío en ti. Me gustas. Me gustas de muchas maneras diferentes. Me gustan tus partes buenas y también las malas.

—Gustar es peligroso. Y yo no tengo partes malas. —Suelta una risilla por lo bajo.

—Pues será que por eso me gustas tanto.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Él no sé qué pensará. Yo, en que todo está estallando por los aires y que yo no había planeado esto. No entraba en mis planes.

Brad Hamilton no estaba en mi esquema organizativo. Sin embargo, aquí estoy, mirándolo mientras algo parecido a unas mariposas revolotean por mi estómago, y preguntándome cómo hacer que encaje, lo que es una completa locura.

Estoy a punto de hacerle esa misma pregunta cuando mi móvil comienza a sonar. Con cuidado de no despertar a Ivy, me muevo hasta sacarlo de la mochila. Me quedo bloqueada cuando veo el nombre de mi madre en la pantalla.

—¿TJ? ¿Pasa algo? —me pregunta Brad en tono preocupado, pero yo no le presto atención.

Un regusto amargo ha empezado a quemarme la garganta. Como cuando sabes que está a punto de suceder algo malo y no sabes qué es.

Desbloqueo el móvil y me lo llevo a la oreja.

—¿Mamá? ¿Va todo bien? Estamos a punto de llegar. —Silencio al otro lado. Un silencio que me pone los pelos de punta—. ¿Mamá?

—¿TJ? ¿Eres tú?

—¿Señora Conway? —Si no estuviera abrazando a Ivy con la otra mano, me la llevaría a la boca porque estoy a punto de vomitar.

—TJ, es tu madre. Se ha... Se ha desmayado —solloza. Porque es ella la que solloza, ¿verdad? ¿O soy yo?—. La he encontrado en el suelo de la cocina al subirle la cena. He llamado, pero no contestaba nadie, así que he entrado con la llave que me diste y ahí estaba. Tenía sangre en la cabeza, supongo que del golpe y...

No escucho nada más. No porque no quiera, sino porque no puedo. Porque todo se vuelve gris y después negro. Porque mis oídos dejan de escuchar y mi cuerpo de responderme. Porque no sé si sigo con el móvil pegado a la oreja o se me ha caído. Porque mi corazón acaba de pararse y no sé si podrá volver a funcionar.

CAPÍTULO 36

Tienes que ayudarme

~Brad~

Pánico.

Si tuviera que escoger una palabra para describir la mirada de TJ, elegiría esa. Sé que hay alguien al otro lado hablándole, porque oigo la voz, pero sé que TJ no le está prestando atención porque está ida. Ausente.

Le pido a Héctor que se detenga y me acerco a TJ todo lo que puedo sin despertar a Ivy. No podemos despertarla, no puede ver así a su hermana. No hasta que sepa qué está pasando.

—TJ. TJ, ¿me oyes? —la llamo, pero nada. Sigue con la vista fija al frente, sin parpadear. Estoy empezando a asustarme

Le coloco la mano en la mejilla y eso parece hacerla reaccionar por fin, porque parpadea y se gira hacia mí. No es pánico lo que gritan sus ojos, es terror.

—Por favor, dime qué pasa. —Vuelve a parpadear y, al hacerlo, varias lágrimas comienzan a deslizarse por sus mejillas.

—Mi... mi madre... Ella...

No pienso, actúo. Le quito el teléfono de la mano y me lo llevo a la oreja.

—¿Hola?

—¿TJ? —me contesta una voz de mujer.

—Soy un amigo de TJ. ¿Eres su madre?

Escucho un sollozo. La mujer está llorando. El corazón se me encoge en el pecho y la piel se me pone de gallina.

—No, soy Amanda Conway, una vecina. Evelyn se ha desmayado. Va camino del hospital en una ambulancia.

Deduzco que Evelyn es la madre de TJ. Sin colgar el teléfono, devuelvo mi atención a TJ. Le acaricio la mejilla y la obligo a que me mire. A que sus ojos conecten con los míos. Cuando lo hacen, intento sonar lo más sereno posible, aunque el corazón me bombea tan fuerte que casi es lo único que escucho.

—Tu madre está en una ambulancia camino del hospital. ¿Entiendes eso? —TJ asiente y la barbilla empieza a temblarle. No dejo de acariciarla mientras vuelvo a la llamada—. Amanda, ¿vas con ella en la ambulancia?

—Sí. No quería que fuera sola.

—Eso es bueno, Amanda. Gracias. ¿Te quedarás con ella hasta que llegue TJ?

—Claro, por supuesto.

—Gracias. —La cabeza me va a mil por hora.

Cuelgo el teléfono y se lo guardo de nuevo a TJ en la mochila. Esta vez, le cojo de la cara con ambas manos. Quiero limpiarle las lágrimas con los pulgares, pero es imposible. Hay muchísimas.

—TJ, ¿me oyes? ¿Estás aquí conmigo? —Asiente—. Vale, esto es lo que vamos a hacer. Nos vamos al hospital. He hablado con vuestra vecina y está con tu madre en la ambulancia. Se

quedará con ella hasta que lleguemos. ¿De acuerdo?

Asiente, para después comenzar a negar.

Mira a Ivy y la barbilla vuelve a temblarle.

—No puedo ir con ella al hospital. No puede... —Le falta el aire, se lo noto. Le coloco una mano en el pecho.

—Respira.

—No puedo.

Le masajeo el pecho en pequeños círculos mientras abro y cierro la boca. Intenta imitarme, pero le cuesta porque solo puede llorar.

Mira de nuevo a Ivy.

—No puedo llevarla al hospital —tartamudea—. No sé si mi madre... No sé si ella... Oh, Dios mío. —Se tapa la cara con las manos y los hombros comienzan a temblarle por culpa de los sollozos.

Quiero abrazarla. Quiero hacer algo. Me siento tan impotente.

—Yo me quedaré con Ivy. —Se aparta las manos de la cara.

—¿Qué?

—Héctor te llevará al hospital. Yo me quedaré con Ivy. Me quedaré el tiempo que haga falta, ¿de acuerdo? Yo cuidaré de ella.

—¿Lo...? ¿Lo harás?

—Lo haré. Te lo juro. —Cojo su mochila del suelo y se la doy. Miro por la ventana. Estamos a dos manzanas de su casa—. Busca tus llaves. Me llevaré a Ivy en brazos hasta tu casa y me quedaré allí con ella. Tú vete ya.

Se queda unos segundos mirándome, como si estuviera debatiéndose consigo misma si es o no buena idea, hasta que mete la mano en el bolsillo delantero y saca un manojo de llaves. Me señala la más grande, que es de color negro, y la plateada pequeña que tiene al lado.

—Del patio y de casa. Segundo c. ¿Te acuerdas de dónde es?

—Sí.

—Pero Ivy pesa. No puedes cargar peso. Tu rodilla...

—TJ, mírame. —Lo hace. A regañadientes, pero lo hace—. Yo no importo y mucho menos mi rodilla. Tienes mi teléfono, llámame para cualquier cosa. Estaré en tu casa con Ivy.

Le digo los nuevos planes a Héctor y abro la puerta del coche. Me deslizo fuerza, cojo a Ivy con mucho cuidado de los hombros y tiro de ella hasta poder cogerla en brazos.

Está tan dormida que no se entera de nada. Le apoyo la cabeza en mi hombro y le doy un beso en la nuca.

—Llámame —le recuerdo a TJ antes de cerrar la puerta y comenzar a andar hacia la casa. Escucho a mi espalda cómo el coche se marcha y es entonces cuando respiro.

TJ tiene razón. No es justo que Ivy esté pasando por esto, pero ella tampoco. Y no es justo que no pueda quitarle esa tristeza de los ojos.

«Por favor, que no sea nada».

Con ese pensamiento, llego a casa de TJ e Ivy. Subo con Ivy en brazos los dos tramos de escalera y, al abrir la puerta y entrar, me invade un sentimiento que no sé bien cómo clasificar. Por una parte, siento que estoy invadiendo algo que no me corresponde y, por otra, que no podría estar en ningún otro lugar.

La casa no es grande, por lo que no tardo en dar con la habitación de Ivy. La acuesto en la cama, le quito los zapatos y la arropo hasta la cintura. No sé si duerme con la luz de la lamparita encendida, pero, por si acaso, yo se la dejo. Le aparto el pelo de la cara y le doy un beso en la

frente.

—Todo irá bien. Tiene que ir bien.

En cuanto salgo de la habitación, apoyo la espalda en la pared y me dejo caer hasta quedar sentado en el suelo. La vida ya me enseñó hace unos meses que todo puede cambiar en apenas unos segundos. Los míos fueron cinco. Cinco segundos desde que vi esos faros hasta que los noté impactarse contra nosotros.

No sé cuántos segundos han pasado esta vez, pero el sentimiento es el mismo; impotencia. Rabia.

Doblo las rodillas y escondo la cabeza entre ellas.

Tengo que poder hacer algo más. Estar aquí, no saber nada, no poder ayudarla, estar con ella, me está matando. No quiero que esté sola. Hoy no.

Saco el móvil cuando una idea me sacude. Tecleo su número antes de que me dé por arrepentirme.

—¿Brad?

—Necesito que me hagas un favor. —No tengo tiempo para saludos y formalidades. Me paso una mano por el pelo y reprimo el impulso de estirarme de él hasta quedarme calvo.

—Lo que sea.

—Sabes quién es TJ, ¿verdad? —Si Shawn la conoce, Scott también. Se hace el silencio al otro lado. Puedo imaginar la cabeza de mi primo funcionando a mil por hora.

—¿La TJ de Shawn? —pregunta Scott con tiento. Apago el fuego que se genera en mi interior al escuchar esa pregunta y me concentro en lo que importa.

—Su madre está en el hospital. Se la han llevado hace un rato en ambulancia y TJ se ha ido para allá, sola. Necesito que vayas al hospital y te quedes con ella.

—¿Quieres que vaya al hospital a quedarme con TJ?

—Sí.

—¿Pero ha pasado algo? ¿Está enferma su madre? Te noto la voz rara, Brad, y no quiero asustarme.

—No puedo darte detalles, solo necesito que vayas. No puede estar sola. No quiero que esté sola.

—¿Puedo preguntar por qué no vas tú? —Cierro los ojos antes de echar un vistazo a Ivy, que duerme plácidamente en su cama.

—No puedo, estoy en su casa cuidando de su hermana.

—¿TJ tiene una hermana? No lo sabía. Tampoco sabía que conocías a TJ. ¿Cómo...?

—Scott —lo corto. Cojo aire de forma brusca y lo dejo escapar de la misma manera—. Ahora no puedo darte explicaciones. Solo te pido que vayas con ella, por favor.

¿Habrà llegado ya al hospital? ¿Habrà podido ver ya a su madre? ¿Estará bien? Su vecina me ha dicho que se ha desmayado. Creía que estaba mejor.

Me llevo una mano al pecho mientras me obligo a respirar con más calma. Si yo estoy así. Si la angustia me pesa a mí de esta manera, no me quiero ni imaginar cómo le pesará a TJ.

Solo puedo pensar en su cara cuando hablaba con Amanda. En sus ojos desorbitados. En el miedo que había en ellos.

Quiero estar con ella. Necesito estar con ella. Pero no puedo. No puedo dejar a Ivy sola ni tampoco con otra persona. Quiero estar aquí cuando despierte. Quiero que TJ vea que puede confiar en mí. Pero sí que puedo estar con ella a través de Scott.

—Scott...

—Ya estoy sentado en el coche. —Ojalá pudiera decir que siento cierta ligereza en el pecho,

pero no es así. Sigo sintiendo un nudo que me asfixia—. Te llamaré en cuanto llegue. La encontraré y cuidaré de ella, te lo juro.

Me aprieto los ojos y asiento.

—Gracias.

Al colgar, me doy cuenta de que las manos me tiemblan. Dejo el teléfono en el suelo y apoyo la cabeza en la pared mientras cruzo los dedos para que todo vaya bien. Ni Ivy ni TJ se merecen pasar por todo esto, y su madre tampoco. Nadie se merece pasar por algo así. Pero ellas... joder, ellas no.

Espero que Scott la encuentre pronto. También espero que TJ no me mande a la mierda por enviarle a mi primo y entrometerme, pero no pediré perdón. No hay que pedir perdón por ayudar a quién te importa, lo que me lleva a acordarme de Luke.

No he vuelto a hablar con él desde la semana pasada. Desde que Scott apareció en mi casa porque Luke le había dicho que había dejado las pastillas.

Mi cabeza sabía que lo había hecho por mi bien, o porque él consideraba que era mi bien y estaba preocupado por mí, y lo entendía, aunque estaba resentido y no quería hablar con él por, no sé, hacerlo sufrir de alguna manera por su «traición».

Ahora se me encoge el corazón solo de pensar en que TJ pueda hacer lo mismo conmigo, lo que me lleva a pensar que he sido un cabrón con Luke. Que soy un cabrón con Luke, en presente, y que no se lo merece.

Cojo de nuevo el móvil y los ojos se me llenan de lágrimas cuando releo sus últimos mensajes. Esos que ni siquiera me he molestado en responder y que ahora me arrepiento.

Luke:

Sé que estás enfadado conmigo, pero no pienso pedirte perdón. Es hora de que entiendas que te quiero y que seguiré haciendo cosas que te cabrean si eso significa que puedo ayudarte, porque ya probé lo que es no tenerte en mi vida y no me gustó.

Luke:

No estoy dispuesto a ver cómo mi mejor amigo se autocompadece y se perjudica a sí mismo. Si me odias, lo siento, pero seguiré siendo ese grano en el culo que soy siempre.

Luke:

Tú puedes darme de lado si quieres, Brad, pero yo jamás te daré de lado a ti.

Estoy llorando. No sé si por TJ, por Luke o por mí. Solo sé que el pecho me quema y que estoy apretando tanto los labios para que mis sollozos no despierten a Ivy que me duelen.

Escondo la cabeza entre las piernas y sigo llorando. Es como si se acabara de abrir una compuerta y no pudiera detenerla. Puede que, por fin, esté dejando ir todo ese sufrimiento que no he dejado que saliera a la superficie todos estos meses y que me he tragado pensando que así lo llevaría mejor.

Qué equivocado estaba.

Tragarte el miedo o el dolor es de las peores decisiones que podemos tomar. No eres más valiente por guardarte esos miedos para ti. Lo eres si dejas que los demás los vean y te ayuden.

Sentirte arropado no es de débiles, es de fuertes. Me limpio las lágrimas y me pongo en pie. No quiero mandarle un mensaje de texto a Luke. Los mensajes pueden ser demasiado fríos e impersonales. Y es bonito decirle a la otra persona que le quieres y que esta te escuche.

Echo un vistazo a mi alrededor y mis pies me llevan solos hacia una puerta que está a unos pasos de distancia. Es como si ellos supieran dónde tienen que ir. Y vaya si lo saben.

Estoy en la habitación de TJ.

Lo sé por la cama perfectamente hecha, por el blanco de las paredes, por la cantidad de cuadros con dibujos de Ivy que hay colgados por todas partes, por el corcho con fotografías de las tres mezcladas con entradas de cine, tickets de la bolera o servilletas de papel. Lo sé por la bola del mundo con miles de chinchetas clavadas en ella.

Lo sé porque este sitio huele a ella. A ese olor a coco al que me he vuelto tan adicto.

Me quito las zapatillas y me acerco a la cama. Me tumbo en ella e inspiro con fuerza.

Espero que Scott haya dado con ella.

Necesito que haya dado con ella.

Desbloqueo la pantalla y me llevo el auricular a la oreja. Solo suena dos veces.

—No puedes vivir sin mí, ¿eh? —Es escuchar la voz de Luke y rompo a llorar como un crío. Me coloco de lado y dejo que las lágrimas me empapen la cara mientras me llevo una mano al pecho y dejo que este se encargue de encontrar la manera de llenarse del aire básico que necesito para no morirme. Luke, por supuesto, no dice nada. Se queda en silencio porque sabe que eso es lo único que necesito ahora.

A veces, sobran las palabras. Todo ser humano cree que los silencios son malos, yo el primero. Llevo meses huyendo de ellos. Y no podía estar más equivocado. Lo que hacen los silencios es mostrarnos esas cosas de las que intentamos escapar, por eso no nos gustan. Porque nos enseñan lo que no queremos ver u oír.

—Lo siento —digo cuando parece que consigo controlar el sollozo, aunque mi voz no la reconozco.

No le veo la cara, pero puedo intuir la sonrisa de Luke al otro lado.

—Lo sé. —No va a decir que no tengo de lo que disculparme porque sabe que no es verdad, y nunca va a decir algo solo por regalarme los oídos.

En eso es igual que Scott.

—He dejado las pastillas porque no puedo más con ellas. Todos creéis que cuando me las tomo soy yo mismo, pero es todo lo contrario. Hacen que me pierda. Me siento un inútil, Luke, por eso las he dejado, pero prometo no dejar nada más. —Cojo aire y lo suelto—. No voy a ser el mismo de antes, no puedo, y tampoco quiero. Soy diferente y eso no es malo. He tardado en entender eso, pero ahora lo hago. Os prometo que voy a ser mejor.

—No quiero que seas mejor, Brad. Quiero que seas feliz. Quiero que no sientas que no deberías haber despertado de esa cama.

—No lo hago. Ya no.

¿De verdad había llegado a pensar eso solo por no poder jugar al *hockey* este año? Aprieto los labios y me trago un quejido.

—¿Sabes? Últimamente sonrío mucho.

—Me gusta tu sonrisa, y tus hoyuelos. Los echo mucho de menos.

—Yo también, aunque están ahí. Los he visto en el espejo estos días. ¿Y sabes cuándo fue la primera vez que me salieron? Cuando Helena me envió la foto de tu cara destrozada. Creo que no he terminado de apreciarla como tocaría.

—¿Te acuerdas todas las veces que te he dicho que te quiero? Lo retiro.

Suelto una pequeña carcajada que Luke no tarda en seguirla.

Los ojos empiezan a pesarme y a querer cerrarse, pero yo no quiero. No puedo dormirme hasta saber que TJ está bien. Pero es como si mis párpados fueran por libre. De repente, me siento tan pesado que me cuesta un mundo mantenerme despierto.

—Luke.

—¿Sí?

—Voy a entrenar al equipo junior de *hockey* la próxima temporada.

Mi amigo suelta una carcajada que me hace sonreír, aunque tenga los ojos cerrados. Cómo me gusta la risa de Luke.

—Pobres chavales. ¿El entrenador Jenkins está seguro?

—Supongo que no, pero no voy a preguntárselo. No quiero que cambie de idea. Creo que me apetece hacerlo.

Y es verdad. Quiero entrenar a esos chavales. No sé si algún día podré volver a ponerme unos patines, pero eso no significa que no puedo ayudar a otros a ponérselos.

—Tengo que decirte otra cosa.

—Dispara.

—Hay una chica.

Mi amigo se ríe.

—Siempre hay una chica.

—Pero esta es especial.

—No esperaba menos de ti.

Intento abrir los ojos, pero los párpados no colaboran, por lo que opto por dejarlos cerrados. Así puedo visualizar mejor a TJ.

Qué guapa es.

Por favor, que Scott la haya encontrado.

—Me gusta mucho —continúo diciendo en tono bajito—, pero ella tampoco sonríe.

—Seguro que tú la haces sonreír.

—No le gustan las promesas.

—¿Y tú le has hecho alguna?

—Aún no.

—¿Y quieres hacérsela?

—Sí. Quiero la promesa de un nosotros.

Luke no dice nada, o a lo mejor es que me he quedado dormido. No tengo ni idea, pero estoy muy cansado y los párpados me pesan como dos toneladas.

—Scott, por favor, encuentra a TJ. No quiero que esté sola.

CAPÍTULO 37

No quiero estar sola

~TJ~

He vomitado en una papelera antes de entrar en el hospital y estoy a punto de volver a vomitar, pero esta vez en el suelo bajo mis pies, como no me digan pronto cómo cojones está mi madre.

He llegado al hospital apenas unos segundos después de que lo hiciera la ambulancia. Lo sé porque me lo ha dicho la señora Conway nada más llegar, cuando me la he encontrado dando vueltas por la sala de espera. También me ha dicho que mi madre había abierto los ojos en la ambulancia y que había preguntado por nosotras, lo que es buena señal. No ha perdido la memoria y está consciente.

Pero no sé nada más. Solo que se la han llevado tras esas puertas abatibles de urgencias que tanto odio y que no me dejan traspasar.

Soy su hija. ¿No lo entienden?

He ido corriendo a la consulta de la doctora Fleming, pero no estaba. No sé si porque está con mi madre o porque está en su casa. He ido a llamarla por teléfono, pero me he quedado sin batería, al igual que el teléfono de mi madre. Es como si el universo quisiera aislarme y no dejar que me comunique con nadie. Porque tampoco puedo comunicarme con Brad, y si no puedo comunicarme con Brad, no puedo comunicarme con Ivy, y necesito saber cómo está.

¿Se habrá despertado? ¿Le habrá dicho algo Brad? ¿Se habrá asustado al verlo a él en casa y no a nosotras? Esta última pregunta es la única que tengo clara. No, no se habrá asustado. Ivy confía en él, y la verdad es que yo también.

Podría haberle pedido a la señora Conway, cuando la he obligado a marcharse a casa, que se fuera a la mía a quedarse con Ivy, pero sé que estará bien con Brad.

Esa es la única certeza que tengo en esta noche de mierda.

—¿TJ? —Me levanto sobresaltada de la silla en la que estoy sentada cuando escucho mi nombre. Miro a mi alrededor buscando a un médico, enfermero o quién sea que me haya llamado.

Lo que no me esperaba era encontrarme a Scott Hamilton parado frente a mí, mirándome.

—¿Scott?

—Hola, TJ.

Scott es el mejor amigo de Shawn, por lo que hemos coincidido alguna vez cuando iba a la casa que compartían los dos. Nunca hemos sido amigos, pero sí cordiales. Hace tiempo que no lo veo. Y no es que no me alegre de verlo, o lo que sea, es que ahora mismo no tengo tiempo de conversaciones cordiales.

—Mira, Scott, ahora mismo no puedo hablar contigo. Yo...

—Me envía Brad. —Cierro la boca de golpe y lo miro ladeando la cabeza.

—¿Has dicho que te envía Brad?

—Sí. Somos primos. ¿Lo sabías?

Sí. No porque los dos se apelliden Hamilton, sino porque todos en Burlington conocen a Scott

y a Brad Hamilton. Lo que no entiendo es todo lo demás.

Scott suspira y se mete las manos en los bolsillos.

—Está en tu casa con tu hermana. —Ivy. Mi barbilla empieza a temblar y no hago nada por detenerla.

Da un pequeño paso hacia delante. Brad es alto, pero Scott lo es más. Sonríe. Mierda, tiene la misma sonrisa que su primo.

—Me ha pedido que venga aquí contigo.

No entiendo nada.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y vuelve a sonreírme.

—Supongo que porque le importas. —Me llevo una mano al pecho. Me falta el aire. Scott frunce el ceño y me sujeta del brazo—. Vamos a sentarnos.

Hago lo que me pide. Vuelvo a sentarme en la silla en la que estaba sentada y él lo hace a mi lado.

La presencia de Scott me aturde, pero no porque sea mala o me moleste, sino porque significa muchas cosas.

Brad lo ha llamado. Brad le ha pedido que venga.

Agacho la cabeza y me miro las manos. Me siguen temblando, así que las escondo bajo las piernas.

Brad le ha pedido a Scott que venga.

—¿Scott?

—¿Sí?

Ladeo la cabeza y lo miro de reojo.

Se parecen los dos primos en los ojos y la sonrisa. También en el color de pelo, aunque el de Brad es un poco más oscuro.

También se parecen en que los dos te hacen sentir segura. Como si al tenerlos cerca todo fuese a salir bien. No sé cómo no me había dado cuenta de eso con Scott en todo este tiempo. A lo mejor es porque ahora, lo que más necesito, es sentirme abrigada por alguien.

—No quiero estar sola. —Scott alarga la mano y la coloca sobre mi pierna con la palma hacia arriba.

Una lágrima se desliza por mi mejilla cuando saco la mano de debajo de mi pierna y la pongo sobre la suya.

—No dejaré que lo estés.

Trago saliva.

—Me llamo Tayra Jordan.

Scott entrelaza nuestros dedos y me da un ligero apretón.

—Encantado de conocerte, Tayra Jordan. Yo soy Scott. Me gusta mucho tu nombre.

—A mí también.

CAPÍTULO 38

Sois lo mejor que me ha pasado

~TJ~

Tengo diez años y estoy montada sobre una bicicleta morada con una cesta en el manillar y un claxon al lado. Todas las niñas de mi clase saben ir en bici con solo dos ruedas, pero yo no. Me da miedo. Lo intenté el verano pasado, pero me caí contra el asfalto y me hice una buena herida en la rodilla y en la barbilla, así que decidí que no volvería a montar nunca más. Pero la verdad es que me dan mucha envidia Caroline y todas las demás. Además, sé que pasan por delante de mi casa en su bicicleta para que las vea.

Las niñas pueden ser muy crueles.

Por eso he decidido tragarme mi miedo y volver a intentarlo. Y no conozco a nadie mejor para enseñarme que mi padre. Estando con él, sé que no puede pasarme nada malo.

—¿Lista, pequeña Tayra? —me pregunta mi padre tras ajustarme el caso en la cabeza y comprobar que no me tiemblan las manos.

Me fijo en su sonrisa y me centro en ella.

—Sí. —Intento sonar convincente, aunque no sé si lo he conseguido. Me muerdo el labio y miro la acera a nuestro alrededor—. Papá, ¿qué pasa si me caigo?

—Que te levantas.

—¿Y si me hago daño?

—Que te curo.

—¿Y si me subo otra vez y me vuelvo a caer?

Mi padre se pone de cuclillas frente a mí y pone sus manos sobre las mías, que se sujetan tan fuerte a los manillares que tengo los nudillos blancos.

—No importa las veces que te caigas, patito, yo siempre estaré aquí para ayudarte a levantarte.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Confío en él. Mi padre jamás ha roto una promesa.

Asiento y él se coloca a mi espalda. Siento sus manos sobre la parte trasera de la bici y comienzo a pedalear. Lo hago despacio al principio y después más rápido.

Echo un pequeño vistazo a mi espalda, para ver si sigue ahí, pero no hay nadie. Mi padre no está. Estoy sola.

Me entra el pánico e intento frenar, pero las piernas no me responden y los frenos han desaparecido. También la cesta y el pito.

Hasta el sol ha desaparecido y ha sido reemplazado por unas nubes negras que avecinan lluvias.

—¿Tayra? —Escucho mi nombre.

Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie. Estoy sola en este parque.

Quiero abrir la boca para pedir ayuda, pero las cuerdas vocales han dejado de responderme.

—Tayra, despierta.

Siento una mano rozándome el brazo con suavidad. Quito la mía del manillar para intentar coger esa mano, pero pierdo el equilibrio y me caigo al suelo. El golpe me hace abrir los ojos. Miles de luces comienzan a quemarme los ojos.

Parpadeo.

—¿Tayra? —Aparto la cabeza del hombro de alguien. Me duele y todo me da vueltas—.

¿Tayra? Soy yo, Scott.

¿Scott?

Enfoco la vista y entonces lo veo. Scott Hamilton sentado a mi lado. Me coge por los brazos y me mira fijamente a la cara.

—Tayra, tranquila, soy yo. Te has quedado dormida.

—¿Scott?

—Sí. —Asiento y me sonrío. Su sonrisa es como la de Brad.

¡Brad!

—Ivy. ¿Dónde está Ivy?

—Está con Brad en casa. He hablado con Luke. Ha hablado con él y está bien. Se han quedado los dos dormidos.

Brad está en mi casa con Ivy porque yo estoy en el hospital con mi madre.

—¡¡Mi madre!! —Me levanto de un salto y tropiezo con una mujer que me mira raro.

—Tayra, es la doctora Collins. Ha venido a buscarte. —Siento como si la voz de Scott estuviera a miles de kilómetros de distancia y no justo a mi lado.

Me centro en la doctora Collins.

—Mi madre. ¿Puedo ver a mi madre?

La doctora me sonrío, pero es la sonrisa más falsa de la historia, y eso que de sonrisas falsas sé un rato.

—Sí, se ha despertado hace un rato. —El corazón debería empezar a ralentizarse, ¿no? Mi madre se ha despertado. Sin embargo, sigo teniendo ganas de vomitar.

—¿Dónde está la doctora Fleming?

—Con ella en la habitación. ¿Quieres que subamos?

—Sí, por favor. —La doctora Collins comienza a andar hacia esas puertas que odio y yo la sigo. Me acuerdo de Scott, así que paro en seco y me vuelvo—. Scott, yo...

—Estaré justo aquí. No voy a ninguna parte.

Aprieto los labios y asiento. No puedo hablar, tengo que guardarme toda la energía para cuando esté con mi madre, pero tengo que atesorar este momento para más tarde. Tengo que acordarme de decirle cuánto significa que para mí que se quede por aquí.

La doctora desaparece por las puertas del infierno y yo la sigo.

No miro a lo que tengo a mi alrededor. Solo me centro en dar un paso detrás de otro y en que mis piernas no decidan fallarme.

No sé qué hacer con las manos. Me sudan muchísimo. Da igual cuánto las restriegue contra los pantalones vaqueros, el sudor no se va.

La doctora se detiene y a poco estoy de chocar con ella. Me sonrío una última vez y me señala una puerta.

Voy a vomitar.

Levanto la mano para coger el pomo, pero esta me tiembla muchísimo, así que es la doctora quién abre la puerta por mí.

Lo primero que siento nada más poner un pie dentro es el olor de mi madre. El olor a casa. Así que me permito cerrar los ojos solo un segundo y pensar que estamos allí, en casa, y no aquí,

en el hospital, pero los pitidos de las máquinas no me dejan.

Abro los ojos y entonces la veo. Está tumbada en la cama, rodeada de cables que le salen por todas partes; la nariz, los brazos... Y un vendaje en su cabeza.

La doctora Fleming está sentada a los pies de la cama, pero se levanta en cuanto me escucha entrar y se da la vuelta. No puedo jurarlo porque solo tengo ojos para mi madre, pero me ha parecido ver que tiene los ojos rojos.

Yo busco los de mi madre, y un ligero suspiro se escapa de entre mis labios cuando veo que los tiene abiertos. También cuando veo que está sonriendo.

—Hola, cariño. —La voz le sale rasgada, pero es su voz, y yo... Yo me rompo en un millón de pedazos.

—Mamá. —Intento ser fuerte, siempre lo intento cuando estoy con ella, pero esta vez no puedo. No tengo fuerza.

Voy hasta ella y me dejo caer sobre su cuerpo. Procuro hacerlo con tiento para no hacerle daño, pero es tan difícil. Tengo tantas ganas de abrazarla.

—Eh, cariño, ya está. —Su voz me hace cosquillas en el cuello. Siento su mano sobre mi cabeza y vuelvo a romperme.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi amor.

La aprieto contra mi cuerpo todo lo fuerte que puedo y me quedo ahí, quieta, dejando que me abraze, que me dé calor.

Que sea mi madre.

Lo hacemos durante tanto rato que, cuando me aparto y miro a nuestro alrededor, me doy cuenta de que estamos solas. La doctora Fleming ha desaparecido.

No me cuestiono dónde está, tampoco pienso en esa sensación que me pinzó el estómago la última vez que estuvo mi madre ingresa. Cuando entré en el cuarto y la vi junto a Margaret. Supe que las dos me estaban ocultando algo, pero hice como si nada y me centré en ella. Como ahora, porque ¿qué voy a conseguir recriminándole cosas? ¿Preguntándole que por qué no me contó que la cosa había empeorado? No voy a conseguir nada, solo sufrimiento, y yo no quiero hacerla sufrir. Yo solo quiero a mi madre.

Porque la cosa ha empeorado. Solo hay que ver su cara. Le sonrío, o eso espero estar haciendo, y la toco suavemente en la mejilla.

—Menudo susto me has dado.

—Lo siento mucho.

—No te disculpes. —Le acaricio el vendaje con mucho cuidado y arrugo la nariz—. ¿Te duele?

—Ahora no. Me han metido tantas drogas que no siento nada.

Una pequeña risa lucha en mi pecho por salir y yo le dejo que lo haga. Mi madre me acompaña.

—¿Qué tal en los bolos?

Finjo un puchero.

—He perdido. Ivy y Brad me han dado una paliza.

Mi madre palmea la cama y yo me tumbo a su lado.

Parece tan pequeña a mi lado. Tan frágil.

—¿Es tu novio?

—Ya le gustaría a él. —Mi madre se ríe y apoya la mejilla en mi frente—. Somos amigos, o eso creo.

—¿Eso crees?

—Es complicado.

—Las cosas son tan complicadas como nosotras queramos que lo seas. ¿A ti te gusta?

—¿Me gusta Brad? Sí. Mucho. Muchísimo.

—Puede. —Coloco una mano sobre su vientre—. Está en casa con Ivy. Se ha quedado con ella para que yo pudiese venir aquí contigo.

—Si le has dejado entrar en tu mundo de esa manera, es que te gusta más de lo que quieres admitir.

Cierro los ojos y muevo la mano de su vientre a su cintura.

Si pudiera, me mimetizaría con ella.

—Me gusta mucho —confieso, porque es absurdo tener secretos con mi madre.

Me da un beso en la frente y desliza su mano por mi brazo.

—No sabes cuánto me alegra oír eso, cariño. —La voz se le rompe al decirlo y yo cierro los ojos intentando detener las lágrimas que están a punto de salir a la superficie—. Tayra, he hablado con un abogado.

Me muerdo la lengua y siento el sabor de la sangre.

—Mamá...

—Déjame hablar. —No puedo. No quiero—. Por favor.

Sigo con los ojos cerrados, pero es inútil. Siento las lágrimas deslizándose por mis mejillas. También las de mi madre en mi mejilla.

—Se ha puesto en contacto con tu padre —empieza a decir al ver que no digo nada—. Ha renunciado a la custodia de Ivy a tu favor.

Siento una mezcla de rabia, alegría y pena.

Sacudo la cabeza.

—No quiero hablar de eso, mamá.

—Pero tenemos que hacerlo, Tayra. Tengo que hacerlo.

Me aprieta todo lo fuerte que puede contra su cuerpo cuando ve que el mío empieza a temblar. Escondo la cara en su cuello, mezclando sus lágrimas en las mías.

—Prométeme que te dejarás ayudar, que no estarás sola, porque no tienes que estarlo, cariño. No tienes que encargarte tú siempre de todo, y pedir ayuda no es de débiles. No he conocido a nadie más valiente que tú.

—Tú sí que eres valiente, mamá.

—Porque os tengo a vosotras. —Quiero taparme los oídos. Suena cruel, pero no quiero seguir escuchando a mi madre.

No quiero que suene a despedida.

Sin embargo, me agarro a ella con todo lo que tengo. Ya no me importan los cables, solo necesito tenerla cerca.

Necesito respirarla.

—Tu hermana y tú sois lo mejor que he hecho en la vida. Lo mejor. Tengo tanta suerte de poder ser vuestra madre.

—Nosotras sí que tenemos suerte contigo, mamá. Gracias por querernos y no abandonarnos nunca. Gracias por cumplir todas tus promesas, mamá.

Ya ninguna de las dos ocultamos nuestras lágrimas. Porque esto es una despedida. Una puta despedida.

Recuerdo hace solo unos días, cuando la traje con fiebre. Recuerdo cuando entré en la habitación y la vi hablando con la doctora Fleming. Recuerdo la cara de las dos. Recuerdo que

pensé que había algo raro. Algo que se me escapaba.

Quiero gritarle. Quiero saber desde cuándo sabe que esto es una despedida. Pero no puedo, porque ya nada de eso importa. Me da igual. Solo quiero aferrarme a mi madre con uñas y dientes. Solo quiero que sepa cuánto la quiero. Solo quiero que sepa que, cuando sea mayor, quiero ser como ella.

Solo quiero que sepa que es mi heroína.

—Tayra.

—¿Qué?

—¿Puedes traer a Ivy? Necesito estar con mis dos chicas.

CAPÍTULO 39

Un beso que sabe a todo

~Brad~

Me incorporo sobresaltado y abro los ojos cuando siento que alguien me palmea la cara. Miro a mi alrededor y me encuentro con un par de ojos azules como el cielo que me observan asustados.

—¿Ivy? —Por una milésima de segundos me pregunto por qué está la hermana pequeña de TJ frente a mí mirándome de esa manera, hasta que todo cobra sentido en mi cabeza y erupciona como un volcán.

Se aferra al peluche que le conseguimos el otro día en los recreativos como si fuera un escudo protector.

Miro por la ventana. Está oscuro, pero no tengo ni idea de qué hora es. Tampoco de cuándo me he quedado dormido.

—¿Estás bien? —le pregunto, asegurándome de pronunciar cada palabra despacio para que me lea los labios. Se limita a asentir, aunque los ojos siguen estando asustados y la barbilla le tiembla. Todo normal. Se estará preguntando por qué estoy tumbado en la cama de su hermana mayor.

Me siento en el borde y palmeo la rodilla para que se siente en ella. Por un momento creo que va a salir corriendo, pero se acerca y hace lo que le pido. Deja el peluche a nuestro lado en la cama y comienza a mover las manos.

Me siento cómo un completo gilipollas porque no entiendo nada de lo que me dice y no puedo ayudarla.

Palmeo a mi alrededor hasta que doy con el teléfono móvil. Lo desbloqueo y el teléfono se me para en el pecho cuando veo que tengo mensajes de Luke. También de Scott.

Luke. Estaba hablando con él cuando me he quedado dormido. Ni siquiera recuerdo qué ha sido lo último que le he dicho. Paso de mi mejor amigo y voy hasta mi primo.

Siento el corazón tronándose en los oídos.

Scott:

Estoy con TJ.

Scott:

Estamos en la sala de espera. No sabemos nada, pero se acaba de quedar dormida, así que la voy a dejar descansar.

Scott:

Brad, esta chica está rota. La conozco desde hace un tiempo y me acabo de enterar de que se llama Tayra Jordan. Me siento como un completo gilipollas.

Scott:

No te llamo porque acabo de hablar con Luke y me ha dicho que te has quedado dormido

hablando con él. TJ sigue dormida. En cuanto sepa algo más te aviso. Te quiero.

Scott:

Acaba de entrar a ver a su madre. Le he dicho que no me iba a mover de aquí.

El corazón se me hincha en el pecho. Por Tayra, porque no quiero ni imaginar por lo que está pasando, y por Scott, por quedarse.

Ivy me da un toque en la mano, llamándome, y se encoge de hombros cuando la miro. Supongo que es su forma de preguntarme dónde están su madre y su hermana.

¿Debo decirle que su madre ha sufrido un desmayo y que se la han tenido que llevar al hospital? ¿Es muy pequeña para saber eso? ¿TJ querría que lo supiera? No sé qué hacer. Quiero ayudar, pero ahora mismo me siento como un completo inútil.

El móvil me vibra en la mano y a punto está de darme un infarto cuando veo el nombre de mi primo parpadeando en la pantalla.

Descuelgo al primer tono.

—Scott, por favor, dime que va todo bien.

—Hola, Brad. —El corazón se me para al oír la voz de TJ. Scott tiene razón, está rota. Cierro los ojos y aprieto los labios.

—Eh, hola. —No sé qué decirle. ¿Cómo estás? ¿Va todo bien? Dime qué quieres que haga y lo haré.

—¿Ivy sigue dormida?

—Se acaba de despertar.

Miro a Ivy y le sonrío.

—Es Tayra —murmuro moviendo los labios. Sonríe, aunque la barbilla le sigue temblando.

Puede que tenga solo siete años, pero ha vivido lo suficiente como para saber cuándo se avecinan tormentas.

Escucho un sollozo procedente de TJ.

—¿Me podrías hacer un favor? —tartamudea.

—Por supuesto.

—¿Podrías traerla al hospital? Mi madre quiere estar con las dos.

Asiento, aunque no pueda verme. Insto a Ivy a ponerse en pie y me levanto yo también.

—Ya vamos para allá.

—Tu primo dice que ha enviado un Uber a recogeros.

Le señalo a Ivy sus pies descalzos y luego mis zapatillas. Asiente y sale corriendo camino a su habitación.

—¿Necesitas que te lleve alguna cosa de tu casa? —Echo un vistazo a mi alrededor, nervioso—. Estoy en tu habitación. ¿Quieres que te coja algo? Te puedo llevar comida. Mierda, no hemos cenado. ¿Tienes hambre? Puedo pillar algo de camino.

—Brad —me interrumpe, y menos mal, porque podría ponerme a divagar como un idiota—, no necesito nada. Solo a Ivy.

Salgo de la habitación y voy a la de Ivy. Ya está con las zapatillas puestas, esperándome. Le ofrezco la mano y ella me la coge.

Su mano es minúscula en comparación con la mía.

—En quince minutos estamos allí.

—De acuerdo. Y, Brad.

—¿Qué?

—Gracias. Por todo. Millones de gracias.

Cierro los ojos y tengo que pararme un momento para no derrumbarme. Ojalá pudiera hacer algo para que su voz no sonase tan rota.

Quiero decirle que haría por ella casi cualquier cosa, pero no quiero asustarla. No creo que sea el momento más apropiado para decirle algo así. Suspiro. Hay que ver la vida cómo es capaz de sorprendernos. Unas veces para bien y otras para mal.

—Ahora nos vemos. —Patético, pero es lo único que se me ocurre decir.

Cuando colgamos, tengo que darme unos segundos para tranquilizarme y ordenarle a mi pecho que respire con normalidad.

Si yo estoy así, no me quiero ni imaginar cómo estará ella.

Ivy se agarra a mi mano como si le fuera la vida en ello cuando se la ofrezco, y juntos salimos a la noche de Burlington. Tal y como me ha dicho TJ, ya tenemos un coche esperándonos en la acera al bajar. Nos subimos a él e Ivy se arrima a mí hasta tener su cuerpecito tan pegado al mío que parecemos uno. Está temblando aferrada a su peluche. Cuando la miro a la cara, veo que está llorando en silencio.

La arropo entre mis brazos y cruzo los dedos para que todo quede en una horrible pesadilla. Para que podemos salir de ese hospital con la madre de TJ e Ivy lo más pronto posible. Para que esta sensación tan horrible que me carcome por dentro no se cumpla.

Llegamos al hospital casi en un pestañeo. Ayudo a Ivy a bajar y no dudo en cogerla en brazos cuando veo que no puede dejar de llorar.

No sé si es ella la que se agarra a mi cuerpo o soy yo el que se agarra al suyo.

Si pudiera, me llevaría a esta niña conmigo y la metería en una burbuja para que nada malo pudiera pasarle.

Subimos a la planta que me ha indicado Scott en un mensaje. Al llegar, mis pies se paran en seco justo antes de cruzar unas puertas que para mí son peor que el infierno. Aspiro por la nariz. Odio el olor de este sitio.

Odio este sitio en general.

Cruzo la puerta y avanzo unos pasos hasta que veo a mi primero de pie apoyado en una pared y con las manos metidas dentro de los bolsillos. Como si nos intuyese, levanta la cabeza y se gira en nuestra dirección. Se le dibuja una sonrisa tirante en los labios y me saluda con las manos. Avanzo hacia él hasta quedar cara a cara. Miro la puerta que tiene al lado.

—Gracias por venir. —Sacude la cabeza, quitándole importancia, y me da un apretón en el hombro—. ¿Está ahí dentro?

—Sí.

Ivy aparta la cara de mi cuello y mira a Scott. Este le regala una sonrisa muy parecida a la mía.

—Hola, Ivy. —Ivy se pega a mí y vuelve a esconder la cara en mi cuello. Le acaricio el pelo y señalo la puerta.

—Voy a llamar, ¿vale?

—Adelante.

Con el corazón en la garganta, golpeo el marco lo más flojo que puedo. La puerta se abre y TJ aparece por ella. Una TJ que no tiene nada que ver a la chica con la que he estado pasando estos últimos días. Esta TJ tiene los ojos tan rojos e hinchados que han perdido ese color marrón tan característico suyo.

En cuanto Ivy la ve, se suelta de mí y se lanza a sus brazos. TJ la recibe con el cuerpo entero. Tengo que morderme el labio al ver a las dos hermanas abrazas, aferradas la una a la otra,

llorando sin consuelo. TJ la aparta solo para darle besos por toda la cara y después volver a abrazarla. Le señala a su izquierda y no lo veo, pero sé que ahí está su madre.

Me parece una escena demasiado íntima y familiar de la que ser testigo, por lo que doy un paso atrás.

TJ deja a Ivy en el suelo y esta sale corriendo. Después, se vuelve hacia mí. Quiero acercarme a ella y estrecharla entre mis brazos. Acunarla y decirle que todo saldrá bien. Susurrarle que estoy ahí para lo que necesite. Prometerle cosas, lo que sea, aunque sé que las odie. Quiero hacer lo imposible para que la pena desaparezca de esos ojos marrones. Quiero hacerla brillar. Quiero hacerla reír.

Pero me limito a encogerme de hombros y a señalar la sala de espera que está a mi espalda.

—Estaré ahí.

TJ niega con la cabeza y se pasa una mano por la mejilla.

—No hace falta, ya has hecho bastante.

—¿Quieres que me vaya?

Suspira y se vuelve a pasar la mano por la mejilla.

—No es eso, es que no sé lo que voy a tardar y no hace falta que te quedes. De verdad. — Saco fuerzas y le sonrío. Lo hago de la forma más sincera que puedo.

—No pienso irme a ninguna parte, TJ. Si te parece bien.

La barbilla le tiembla y veo cómo se le cae una lágrima.

—Me parece muy bien.

Le guiño un ojo y me doy la vuelta. No puedo dar ni un paso, pues sus brazos alrededor de mi cintura me lo impiden. Me doy la vuelta y le doy ese abrazo que me moría por darle. TJ apoya la frente en mi pecho y se deja ir. Lloro mientras yo solo me limito a abrazarla. A que sienta el calor de mi cuerpo, porque el suyo está helado. Cuando se aparta, se pone de puntillas y junta sus labios con los míos.

La sujeto por las mejillas y profundizo el beso. Solo mis labios sobre los suyos. Nada más. Un beso que, visto desde fuera, puede no significar nada, pero que, visto desde dentro, lo significa todo.

Cuando nos apartamos, le paso los pulgares por debajo de los ojos y le doy un beso en la frente.

—Estaré justo aquí. Todo el tiempo que haga falta. Te lo prometo.

Me da otro beso y se marcha.

Cuando TJ cierra la puerta a su espalda, giro sobre mis talones y cabizbajo me voy a buscar la sala de espera, aunque lo que más me gustaría es sentarme en el suelo de este pasillo y esperar a que TJ me necesitara.

En cuanto encuentro la sala, que está vacía, voy directo a una de las sillas y me dejo caer en ella. Siento el brazo de Scott sobre mis hombros casi al segundo.

Me paso las manos por el pelo y enredo los dedos en él.

—¿Sabes algo? —le pregunto. Inclino la cabeza ligeramente y lo miro—. ¿Sabes cómo está su madre?

Niega y se encoge de hombros a la vez.

—No sé nada. TJ no me ha contado mucho. Nos hemos limitado a quedarnos sentados en silencio hasta que se ha quedado dormida. La última vez que la vi fue para pedirme el teléfono para llamarte. Pero su cara cuando ha aparecido... Ella...

Intento tragarme el nudo de ansiedad que tengo en la garganta, pero es imposible. Es demasiado grande.

—Estábamos pasándonoslo tan bien los tres —empiezo a decir, con la cabeza gacha y dándome vueltas—. ¿Cómo ha podido estropearse todo tanto en apenas un pestañeo?

Cierro los ojos y unos faros de coche me ciegan.

Sacudo la cabeza antes de abrir los ojos y poner la espalda recta.

—No sé de qué me sorprende. Yo sé lo que es que tu vida cambie en apenas unos segundos.

Scott me da un apretón en el hombro, pero no aparta la mano. Sino que la deja ahí en señal de apoyo. De soporte.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Gracias por venir aquí. No quería que estuviera sola y yo no podía venir.

Por el rabillo del ojo veo a mi primo quitarle importancia a mi comentario con un aspaviento de la mano.

Nos quedamos en silencio. Mirándome fijamente esas puertas abatibles que conducen al infierno. Rezándole a un ser divino, al que sea, que este solo sea otro susto como el de la semana pasada. Que esto no sea el preludio de algo más gordo. Que estuviese equivocado y que los ojos de TJ no me estuviesen gritando que esto era el final.

—Se llama Tayra —dice Scott de pronto, rompiendo el silencio y, sobre todo, rompiendo el derrotero al que mi cabeza se estaba lanzando en picado.

Suelta una risa carente de humor.

—La conozco desde hace meses y no sabía cuál era su nombre.

Pienso en TJ. Tan fría. Tan inalterable. Tan perdida. Tan bonita. Tan asustada.

—Es hermética. No deja a nadie traspasar las barreras que ha alzado a su alrededor.

—A ti te ha dejado.

Me paso la lengua por los labios y pienso en nuestro beso. En nuestro primer y único beso.

Nunca les había dado importancia a los besos en la boca. Para mí, era un acto sexual más. Como algo que hacías sin más porque era lo que tocaba. Cuando TJ me dijo que no besaba en la boca no le di una importancia real. En esos momentos, solo pensaba en que me moría por besarla porque la verdad era que me moría por hacer cualquier cosa con ella y, como digo, besar formaba parte del acto sexual en sí. No me paré a pensar en por qué ella no quería eso.

Pero ahora que lo he sentido, ahora que he sentido sus labios sobre los míos en el beso más casto y, a la vez, más puro e intenso que he tenido, sé por qué no quería besos en la boca. Porque, para TJ, simbolizan confianza. Representan que, de alguna manera, eres importante para ella. Que, como dice Scott, ha abierto una puerta en esa barrera y te ha dejado colar la cabeza por ella.

Y a mí me ha dejado.

La vida es una continua montaña rusa de emociones, sentimientos y situaciones. No nos damos cuenta de lo que tenemos a nuestro alrededor hasta que este no empieza a cambiar. Hasta que no nos damos de bruces contra esos cambios y vemos que no podemos hacer nada por frenarlos o dejar que avancen porque escapan a nuestro control. Solo podemos limitarnos a que estos se detengan y comprobar cómo han quedado.

Y eso es lo único que yo puedo hacer ahora. Esperar a que esas puertas se abran, salga TJ y, entonces, pedirle que me deje acompañarla en el nuevo camino que se le esté trazando. Sea el que sea.

—¿Crees que puedes enamorarte de una persona a la que apenas acabas de conocer? —me encuentro preguntando en voz alta.

Cuando me vuelvo hacia Scott, no sé muy bien cómo me está mirando, si aterrorizado o muerto de risa.

—No sé si quieres que te conteste a esa pregunta.

Apoyo la espalda en el respaldo, haciendo que quite el brazo sobre mis hombros.

Repiqueteo el suelo con el pie y asiento.

—Claro que quiero que me lo cuentes.

Se pasa una mano por la cara y se frota la barbilla.

—Creo que me enamoré de Chelsea cuando la vi por primera vez, tras la ventana de clase, corriendo tras una bufanda y escalando un árbol para poder alcanzarla. Así que sí. Creo que puedes enamorarte de una persona a la que acabas de conocer.

Sé que hace apenas unas semanas esta confesión me habría, de alguna manera, destrozado por dentro. Ahora, sin embargo, solo siento añoranza y algo parecido a la calma. Y, lo más importante, que no tengo ganas de darle un puñetazo a mi primo en la nariz ni en ninguna otra parte de su cara.

—TJ me hace respirar. Había olvidado cómo se hacía. —Me gusta esto. Hablar con Scott. Sincerarme con él.

Lo había echado muchísimo de menos.

Me sonrío, y es una sonrisa auténtica. No hay tristeza en ella.

—¿Vas a decirme ya dónde la has conocido?

Suelto una risita por lo bajo al recordar nuestro primer encuentro de verdad en rehabilitación. No cuando la vi en la cafetería hablando con Shawn ni cuando me usó de escudo para esconderse de aquel chico en los baños de The Beat. Sino cuando me retó a levantar esa maldita pesa y yo le gruñí.

—Sabes que le grité a una enfermera, ¿no? En rehabilitación.

Scott abre los ojos y sonrío enseñando los dientes.

—¿Era ella? ¿TJ es la chica a la que gritaste?

—Sí. Y tengo que decir que no es enfermera, es auxiliar de fisioterapia, y que tenía mis motivos para gritarle.

Scott suelta una pequeña carcajada y yo pongo los ojos en blanco.

Sí. Lo echaba mucho de menos.

Mi primo carraspea y se acomoda en el asiento.

—Sabes que TJ y Shawn estuvieron juntos, ¿no?

Resoplo porque sí, lo sé, pero es algo en lo que no quiero pensar. No porque sea un hombre de las cavernas, sino porque con Scott y Chelsea he tenido suficiente.

—Lo sé. No es algo de lo que TJ y yo hayamos hablado jamás, pero sí, lo sé —confieso.

—No eran nada. Me refiero en plan pareja ni todo eso. Ellos solo...

—Scott, cállate.

—Mejor.

Volvemos a quedarnos en silencio. Miro el reloj y veo que ya han pasado dos horas. ¿Nadie puede decirme nada? ¿Es que nadie trabaja en este hospital?

Una luz se ilumina en mi cabeza: ¡Gérard! Puedo preguntarle. A lo mejor sabe algo. O, a lo mejor, me manda a cagar diciéndome que él no puede contarme nada, como sé que pasará.

Pero necesito saber algo. Esta espera está acabando conmigo.

—Me ha dicho Luke que vas a aceptar la oferta de Jenkins.

Vuelvo la cabeza. Resoplo como si fuera un toro al que acaban de dejar suelto.

—Este tío es un bocazas.

—Te quiere. Se preocupa por ti.

—No lo defiendas.

Levanta las manos. Intenta esconder una sonrisa, pero es difícil. Sobre todo, cuando esta te

llega a los ojos.

—Ni se me ocurriría.

Baja las manos y yo vuelvo a resoplar. Cuando lo vea pienso darle ese puñetazo que tendría que haberle dado a Scott y no he hecho.

Mi primo golpea su hombro con el mío.

—Entonces, ¿vas a aceptar?

—Puede.

No le veo la cara, pero sé que está sonriendo de oreja a oreja.

—Esos chicos tienen mucha suerte de tenerte. Vas a ser un gran entrenador.

—No me hagas la pelota.

—Ni se me ocurriría.

Estoy a punto de soltarle algo más cuando las puertas del infierno se abren y TJ, junto con Ivy, salen por ella. Me levanto de un salto y las miro. No hace falta que digan nada, sus caras ya hablan por ellas.

—Mierda.

CAPÍTULO 40

Un nuevo comienzo

~TJ~

Mi madre se marchó para siempre un veinte de agosto. Lo hizo tumbada en la cama, abrazada a sus dos hijas, con los ojos cerrados y sonriendo por una canción absurda que me cantaba cuando era pequeña y que me había obligado a cantarle para ayudarla a dormir. Lo hizo en silencio, sin dar problemas y sin sufrir. Lo hizo tranquila y con la certeza de que dejaba a dos personas que la querían con locura a salvo y que la iban a seguir queriendo por el resto de sus vidas.

Porque Evelyn Baker era la mejor madre del mundo y es imposible olvidar a la mejor madre del mundo.

Desde que la máquina dejó de pitar y entró la doctora Fleming corriendo a la habitación, tengo que reconocer que todo está un poco confuso.

Me movía como una autómatas, aferrada a la mano de mi hermana, intentando darle fuerza y, a la vez, dejando que ella me diera fuerzas a mí, porque ya no podía seguir haciéndome la fuerte. Al menos, no esa noche. Esa noche necesitaba ser solo una chica que acababa de perder a su madre y que estaba rota por el dolor.

Recuerdo salir de la habitación e ir a buscar a Brad. No mentiré al decir que, una parte de mí, creía que no lo encontraría, que se habría marchado cansado de esperar. Pero no solo lo encontré a él, también a Scott. Los dos se habían quedado, como me habían prometido.

Por lo visto, hay promesas que sí que se cumplen.

A partir de ese momento, todo fue muy confuso. Scott nos acogió a mi hermana y a mí, y cuidó de nosotras mientras Brad se encargaba de todo. Juro que quería levantarme de la silla y sentirme útil, pero no podía. Ya no solo era el dolor en el pecho lo que me impedía moverme, sino que mis piernas no querían funcionar. Cada vez que intentaba ponerme de pie, me caía. Además, Ivy se agarraba con tanta fuerza a mi cuello que era imposible hacer que me soltara.

Así que, por primera vez desde no sabía cuánto tiempo, dejé que nos cuidaran. Que me cuidaran. Que otra persona que no era yo se encargase de todo.

Brad no nos llevó a nuestra casa, sino a la suya. No nos lo preguntó. Podría haberme molestado, pero no lo hizo, porque en mi interior sabía que ese día, al menos, iba a ser imposible que yo pudiera cruzar ese umbral. Así que, con Ivy entre mis brazos y yo entre los de él, entramos en su casa.

Ojalá pudiera decir que le sonreí a su madre cuando nos encontramos en la cocina o que saludé a su padre cuando nos lo cruzamos en las escaleras. O que le di las gracias a Scott antes de bajar de su coche. A lo mejor hice todo eso, pero no lo sé. No tengo ni idea. Tengo todas esas horas muy borrosas en la cabeza. Pero de lo que sí que me acuerdo es del dolor en el pecho, de la quemazón, y de las lágrimas cayéndome por las mejillas. Y de Ivy. De ella sí que me acuerdo. De sus brazos alrededor de mi cuello. De su nariz enterrada en mi pelo. De sus temblores. De su manita acariciando la mía cuando nos tumbamos juntas en la cama de Brad y nos quedamos dormidas.

Me gustaría decir que los días posteriores fueron mejores, pero no es verdad. Fueron igual de automáticos. Sobre todo, cuando llegó el momento de decir adiós. De despedirnos de ella.

Me siento estúpida pensando esto, pero he de confesar que una parte de mí esperaba ver a mi padre en esa iglesia. Esperaba, en una de las veces que giré la cabeza hacia la puerta, encontrármelo ahí de pie, triste, sufriendo, como estábamos sufriendo sus dos hijas. Pero no apareció. No dio señales de vida. Solo la firma estampada sobre un papel que me dio el abogado de mi madre en el que renunciaba a cualquier tipo de tutela sobre Ivy.

Quién sí estuvo en todo momento ahí, a nuestro lado, haciendo de soporte en el que apoyarnos, de hombro sobre el que llorar y de mano sobre la que agarrarnos, fue Brad.

No se ha separado de nosotras. De ninguna de las dos. Ha dormido a los pies de nuestra cama, se ha asegurado de que mi madre tuviera las mejores flores del mundo, se ha encargado de que comiéramos e, incluso, de que Ivy sonriera. Aún no sé cómo lo hizo, pero Ivy sonrió. Entre tanta tristeza, sonrió, y no solo una vez, muchas, y eso es algo que no olvidaré jamás.

También se aseguró de hacerme ver que no estaba sola. Y no con palabras, con hechos. Me hizo ver que la señora Conway no era solo una vecina que se quedaba con Ivy de vez en cuando por hacernos un simple favor; que el señor Radhi no solo era alguien que me daba un sobre con dinero al finalizar la semana; o que la doctora Fleming era una mujer que no pensaba que mi madre era un número más en su apretada agenda. Sino que era su amiga, y que había hecho todo lo que había podido por ella, incluso cuando las dos se dieron cuenta de que poco más se podía hacer.

Brad me enseñó que Ivy y yo le importábamos a esas tres personas lo que nunca me imaginé que podíamos llegar a importarle a alguien que no fuéramos alguna de nosotras tres.

Y no solo ellos. Cuando cruzamos la puerta de la iglesia Ivy, Brad y yo juntos de la mano, vi que estaba hasta los topes. Personal sanitario, antiguas compañeras del trabajo de mi madre, compañeros míos de la universidad o del instituto, clientes de la librería, Gérard, Diana e, incluso, Annie y la señora Marie. También estaban Scott con Chelsea Wallace, Luke Fanning con una chica pelirroja que ahora no recuerdo su nombre, y hasta Shawn Porter con esa chica a la que él se empeñaba en llamar Julieta.

Todos estaban en esa iglesia para apoyarnos, para acompañar. Intenté buscar entre sus caras signos de lástima, incluso de aburrimientos. Algún pequeño gesto que me dijera que estaban ahí por obligación o compromiso. Incluso por morbo. Pero no encontré nada. De nadie. Solo vi cariño, afecto y comprensión, y lo vi hasta en la gente que no conocía.

—No estáis solas, Tayra Jordan —me susurró Brad al oído cuando me paré en seco en mitad del pasillo—. No necesito que dejes caer hoy esas barreras que crees que te protegen. Tampoco mañana o pasado. Bájalas cuando quieras, como si es dentro de un mes o dentro de un año. Solo quiero que las dos veáis que no estáis solas.

Todavía se me hace un nudo en la garganta cuando pienso en esas palabras. En ese momento no pude decir nada, solo seguir andando por ese pasillo e intentar prestar atención a lo que los demás nos decían. Ahora tampoco sé muy bien qué decir.

Lo único que sé es que he tenido suerte de que Brad Hamilton se cruzara en mi camino.

Tres golpes en la puerta me sobresaltan. Me incorporo de la cama a la vez que abro los ojos y miro hacia la puerta. Ivy me sonríe con esa sonrisa que me vuelve loca y a la que le haría una foto para guardarla y poder verla siempre que lo necesitara.

Me toco las mejillas en busca de lágrimas y suspiro cuando no encuentro ninguna. Bien. Poco a poco.

Me hago a un lado en la cama, en una clara invitación para que Ivy se tumbe conmigo. Mi

hermana pilla la indirecta enseguida. Nos tapo con la manta que he rescatado de una caja y nos cogemos la mano. Nos quedamos un rato en silencio, mirando al techo, hasta que Ivy se suelta y se sienta.

—*¿Nos vamos mañana?* —Arruga la nariz y mira a su alrededor antes de volver su atención hacia mí.

—*Sí. Creo que es lo mejor. ¿Tú qué opinas?*

—*Que voy a echar de menos esta casa.*

—*Yo también.*

Voy a echar terriblemente de menos la casa en la que he vivido con mi madre. Está en cada estancia, su olor todavía flota en el aire, y por eso tenemos que irnos. Porque no quiero que Ivy siga creciendo en una casa que ha visto tanto sufrimiento. Tanto dolor. Además, mi madre no es un lugar, es una persona, es un recuerdo, es unas fotografías, y estará con nosotras allá donde nosotras estemos.

—*¿Crees que me gustará la nueva casa?*

Sonrío de forma feaciente y me incorporo en la cama hasta apoyar la espalda en el cabezal.

—*Es genial. Tiene una cocina enorme, con muchas ventanas y mucha luz, un jardín con columpios y, lo mejor de todo, piscina.*

Ivy abre tanto los ojos que no sé cómo no se le salen de las órbitas.

—*¿Tiene piscina?*

Asiento entusiasmada.

—*Es pequeña, pero es una piscina. ¡Para las dos!*

Ivy aplaude y se abalanza sobre mí. Rodamos por la cama y por poco nos caemos. Le hago cosquillas y ella se retuerce, hasta que me da un pellizco en el brazo y yo me aparto. Nos colocamos de lado. Frente a frente. Le acaricio la mejilla y le paso un pelo detrás de la oreja.

—*La echo de menos* —signa. Le cojo las manos y le doy un beso en los nudillos. En los diez. Como mi madre hacía conmigo.

Después la suelto.

—*Yo también. Te quiero, patito.*

—*Con todo mi corazón.*

—*Con todo mi cariño.*

—*Con todo lo que tengo.*

—*Con todo lo que soy.*

Nuevos golpes en la puerta, solo que esta vez en la principal. Inflo el pecho de aire y lo dejo escapar poco a poco.

—*Creo que vienen a buscarnos.*

Ivy asiente y se levanta de la cama. Da una vuelta sobre sí misma, y yo la imito. En silencio, miramos la que fue la habitación de nuestra madre y que ahora está completamente vacía, a excepción de la cama y del armario.

Cuando miro a Ivy, tiene los ojos llenos de lágrimas.

—*Echaré de menos esta casa. ¿Los nuevos dueños la querrán igual que nosotras?* —Me agacho hasta quedar a su altura.

—*Eso es imposible, porque nosotras la queremos muchísimo, pero estoy segura de que van a ser muy felices aquí.*

—*Nosotras seremos felices en la nueva casa, ¿verdad?* —Pienso en la casa a la que estamos a punto de mudarnos. Esa que Brad me ha ayudado a conseguir a pesar de mis reticencias iniciales, porque luego me recordó que ya no estoy sola, que ya no soy la única que tiene que encargarse

de todo. Que él está a mi lado. Que somos un todo. Una promesa.

Sonríó y le aparto un pelo rebelde de la frente.

—*Vamos a ser muy felices.*

Me da un pequeño abrazo y un beso en la mejilla.

—*Tengo mucha suerte de que seas mi hermana* —le signo, mientras intento no ponerme a llorar. Quién me ha visto y quién me ve. Antes me daba urticaria llorar y ahora parece que no sé hacer otra cosa.

Ivy meneaba las pestañas de forma inocente.

—*Lo sé.*

Abro la boca, sorprendida, y entre risas echa a correr hacia la puerta. Yo me quedo unos segundos sola en la habitación de mi madre. Aspiro con mucha fuerza y sonrío con tristeza cuando su olor me inunda las fosas nasales. Es increíble que, después de cinco meses, su olor siga estando en todas partes. O, a lo mejor, es que nunca se va a ir del todo.

Espero que sea esto último.

Me meto la mano en el bolsillo del pantalón y saco un puñado de mecheros. Los vuelvo a contar. Cinco, están todos. Los dejo sobre la cama junto con el móvil, ese en el que guardaba más números de los que nadie debería guardar y que ya no necesito para nada.

Me quedo un rato mirando el móvil y los mecheros. Una lágrima traicionera se me desliza por la mejilla. Me la seco rápido y me llevo una mano al muslo. Aunque está tapado por los pantalones, puedo notar la cicatriz. Esa que sé que se quedará conmigo para siempre, recordándome que, en una vida pasada, necesitaba el fuego para aliviar el dolor. O a todos esos números de teléfono. Ahora, solo necesito a esa niña que acaba de salir escopetada de este cuarto y al chico que ha hecho posible que nosotras sigamos sonriendo.

El chico que, al ver por primera vez mi cicatriz del muslo, no hizo preguntas, ni tampoco juzgó. Se limitó a besarla una, y otra, y otra vez, hasta que mi pecho se contrajo y me di cuenta de que ya no necesitaba nada de eso.

—Seremos felices —digo en voz alta—. Te lo prometo.

Ahora sí que me gusta hacer promesas.

Salgo del cuarto y me reúno con Ivy en el comedor. No está sola, Chelsea, Hailey y Helena están con ella. Frunzo el ceño y las miro a las tres, extrañada.

—¿Qué hacéis aquí? Que no es que no me alegre de veros —me apresuro a decir, lo que hace que las tres se rían—, pero esperaba a Brad. Me dijo que vendría a recogernos.

Hailey chasquea la lengua contra el paladar.

—Digamos que la cosa se le ha complicado.

—Más bien, se le ha ido de las manos —añade Chelsea.

Las miro a las tres más confusa todavía. Después, me centro en Hailey y en Helena.

—Por cierto, ¿qué hacéis vosotras aquí? Tú tendrías que estar en Londres y tú en Nueva York. —Helena se acerca hasta mí, se agarra de mi brazo y me da un beso en la mejilla.

—¿De verdad creías que nos íbamos a perder vuestro gran día?

No digo nada, aunque las tres saben cuál es la respuesta.

Hailey coge a Ivy en brazos, que se deja mimar encantada, y se acerca a Helena y a mí acompañada de su hermana. Las tres me miran con una ternura infinita.

—Tayra Jordan, sé que tu novio te dijo que daba igual si esperabas un mes, un año o una década en darte cuenta de que no estás sola, pero eso es mentira. Tienes que darte cuenta ya. Te queremos. Os queremos a las dos. Formáis parte de nuestra vida y, por ello, vamos a formar parte de cada paso que deis, ya sea malo o bueno.

Mierda. Cuando las conocí habría puesto la mano en el fuego porque Chelsea era la hermana sensible, la voz de la razón, la cuerda. Y puede que Hailey sea alocada, pero, cuando abre la boca, consigue sacudirte entera.

—¿*Lista para tu nueva travesura?* —le pregunta Chelsea a Ivy en la lengua de signos, haciendo que tenga que concentrarme muchísimo para no ponerme a llorar.

Todos han empezado a aprender lengua de signos para poder comunicarse con Ivy. Todos. No solo Brad, Luke, Shawn, Scott, Chelsea, Hailey y Helena. El resto del equipo de *hockey* también. Brad me dijo que eran una familia, y que Ivy y yo también formábamos parte de ella, y que tenían que poder comunicarse con Ivy siempre. Que nunca dejaría que mi hermana se sintiera excluida.

Que me lo prometía.

La verdad es que Brad no hace otra cosa que empeñarse en prometerme cosas. Lo bueno es que las cumple todas.

Ivy se tapa la boca con la mano y comienza a reírse. Chelsea se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué he dicho?

—Travesura —gruñe, y lo intenta de nuevo. Esta vez más despacio y con cara de concentración.

—¿*Lista para tu nueva aventura?*

—¡Sí! —exclama Ivy feliz.

—Yo lo que quiero es verte la cara cuando veas a Brad. —Intento preguntarle a Helena qué ha querido decir con eso, pero ya está arrastrándome hacia la puerta.

Me da tiempo a echar un último vistazo al que ha sido mi hogar toda mi vida.

No estaba segura de que fuera una buena idea marcharnos. La verdad es que no me lo parecía porque estaba aterrada. Los cambios me asustan, siempre lo han hecho y, además, una parte de mí temía por si a mi madre le molestaba que lo hiciéramos. Por si pensaba que, marchándonos, la estábamos abandonando, pero fue Ivy la que me hizo ver que no. Que mamá solo querría que fuésemos felices. Dónde, era decisión nuestra. Y cuando me dijo eso me di cuenta de algo; esta casa guarda recuerdos preciosos, pero también horribles. Está claro que nunca los olvidaremos del todo, pero puede mitigar el dolor no ver constantemente la cocina donde mi madre se desmayó, el baño donde vomitaba o la habitación donde pasaba las horas.

Suelto un suspiro trémulo y sacudo la cabeza.

—Te quiero muchísimo, mamá —susurro antes de cerrar la puerta a mi espalda.

CAPÍTULO 41

La promesa de un nosotros

~Brad~

Estoy muy agobiado, pero no lo pienso admitir, y menos aún delante de los cabrones que se supone que son mis amigos.

¿Tayra me matará cuando llegue, como dice Luke? Espero que no.

Suspiro. La verdad es que creo que me he pasado comprando cosas para la casa. En mi defensa diré que solo quiero que mis chicas estén bien y se sientan cómodas en su nuevo hogar.

Alguien me da una palmada en la espalda que me corta la respiración. Me giro enfadado y fulmino a mi mejor amigo con la mirada, que me observa divertido.

—No te agobies. Está quedando todo muy bonito.

—Cállate. Llevas dándome el coñazo y riéndote de mí dos horas.

—Porque tienes una cara de agobio monísima.

—Yo no... —bufo y me callo de golpe cuando Luke alza una ceja y se le escapa la risa por la nariz. Le enseño el dedo corazón, y él, como respuesta, me da un sonoro beso en la mejilla.

—Porque mi pelirroja me tiene loco, si no, me casaba contigo.

—Capullo...

Me separo de él y abandono la cocina para entrar en el comedor, donde está montada la fiesta más grande que ha montado nunca nadie en el mundo entero. Joder, si hasta hay una máquina para hacer algodón de azúcar.

Miro al frente y resoplo. Todo el equipo está reunido alrededor una máquina de inflar globos. Y cuando digo todo, es todo. No ha faltado ni uno.

Miro el jardín. Está precioso con la nieve cubriéndolo todo. Eso no ha sido cosa mía, sino del tiempo, aunque estoy seguro de que, si no hubiese nevado, hubiese comprado una máquina para hacer nieve.

—Les va a encantar todo esto. A las dos. —Mi primo se coloca a mi lado y me mira divertido. Todavía le brillan los ojos por culpa del ataque de risa que le ha dado antes cuando ha visto llegar a Jacob con un perro en brazos. Un carlino de color marrón y nariz chata.

Es un regalo para Ivy. O, al menos, espero que lo sea.

Scott tiene razón, tendría que haberlo consultado con Tayra antes de recogerlo de la perrera, pero es que los ojos de Ivy brillan tanto cuando ve algún perro... ¿Cómo no voy a regalarle uno? Entiendo que antes no pudieran tener uno, pero esta casa es enorme. Y, joder, se merecen tener todo lo que quieran.

Me paso una mano por el pelo y la dejo descansar sobre la nuca.

—Me va a matar, ¿verdad?

—No. —Miro a mi primo y pongo los ojos en blanco.

—Mientes como el culo.

Escucho un coche acercándose a la casa y juro que los huevos se me ponen de corbata. En mi vida había estado tan nervioso.

Scott me palmea la espalda y me guiña un ojo.

—A por ella, campeón.

—Capullo.

—¿Ahora qué he hecho?

—Respirar.

Me alejo de él y de su carcajada, y me acerco con paso indeciso a la puerta principal. Mis ojos no tardan en encontrar los de TJ. Siempre lo hacen. Es como un imán. Da igual dónde esté o quién esté a nuestro alrededor. Mis ojos siempre van a por ella y, por supuesto, la encuentran.

La saludo con la mano y ella me saluda de vuelta.

¿Está sonriendo? ¿Está triste? Pues claro que está triste, idiota. Pero ¿está enfadada? ¿Está frunciendo el ceño? Creo que acaba de darse cuenta de la pancarta que hay colgada en la fachada. Bueno, habría que estar ciega para no verla. Es enorme.

A pesar de los metros que nos separan, la veo abrir la boca y luego cerrarla. No sé si acercarme a ella o esperar a que haga alguna señal.

Ivy sale del coche y corre hacia mí. Me agacho y abro los brazos para que se tire sobre ellos. Adoro a esta niña.

—*Es enorme* —me signa una vez me ha soltado.

—¿*Te gusta*?

—*Me encanta*. —Suspiro. Por lo menos a una de las Baker la tengo en el bote.

Miro por encima de su hombro. Tayra sigue parada frente al coche con la boca abierta.

—¿*Crees que se enfadará conmigo*? —No sé si he hecho bien la pregunta. Espero que sí. Estoy estudiando lengua de signos todos los días a todas horas. No quiero que Ivy vuelva a sentirse excluida de ningún sitio jamás.

—*Te quiere. Y yo también*.

Eso no contesta a mi pregunta, pero no me importa. Me derrito como un azucarillo cada vez que esta niña me dice que me quiere.

Una sombra se cierne sobre nosotros. O un montón de sombras. Todos han salido al patio, no sé si para ver la cara de sorpresa de las hermanas Baker o para ver cómo la mayor me asesinaba.

—¿*Lista para ver el interior*? —le pregunta Shawn a Ivy. Tiene la misma expresión que un niño el día de su cumpleaños.

Los miro a todos. Qué suerte tengo de tenerlos.

Normalmente, son como un enorme grano en el culo, pero no hay nadie más fiel que ellos. Todos.

Ivy y todos los demás desaparecen dentro de la casa, dejándonos en el exterior solo a Tayra a mí. Por supuesto, ignoro la sonrisilla que me echa Hailey Wallace antes de desaparecer detrás de su novio. Es entonces cuando me doy cuenta del frío que hace y de que solo voy con un suéter. Aun así, avanzo por el camino de entrada hasta el coche y, de ahí, hasta Tayra.

¿Escuchará lo rápido que me va el corazón?

—Hola —mascullo, con tiento. Tayra señala la casa y luego a mí.

—Esto es... Brad, hay un letrero enorme en la fechada dándonos la bienvenida.

Me rasco la nuca y suelto un pequeño carcajeo.

—Está toda amueblaba, por si te lo estabas preguntando. Hay una barbacoa en el jardín, una máquina para hacer palomitas, otra de perritos calientes y una para hacer algodón de azúcar. Además de que los chicos han llenado el comedor de globos —empiezo a decirlo todo de carrerilla—. Ah, y un perro.

Tayra me mira a mí, a la casa, a mí otra vez y luego a la casa. Todo mientras abre y cierra la boca como un pececillo.

—¿Has dicho un perro?

—Sí.

—¿De peluche?

—No. De los que mean y cagan, y hay que sacarlos a pasear.

Sí, definitivamente nunca había estado tan nervioso.

Juro que no tengo ni idea de qué piensa Tayra. Mierda, sí que me he pasado. Ya no es una creencia, es una realidad.

Me acerco a ella y la cojo de las manos. Sonreiría si no estuviera tan nervioso al ver que no se aparta.

—Los chicos tienen razón, me he pasado, pero en mi defensa diré que sé que hoy es un día de mierda para vosotras y solo quería que estuvierais bien. Y lo del perro es que ya sabes cuánto le gustan a Ivy, y yo no puedo negarle nada, y pensé que le iría bien tener uno. Que la ayudaría con la ansiedad por la separación. Puedo deshacerme del castillo hinchable. —Levanta la cabeza y abre los ojos. Caigo en que no le había dicho lo del castillo. Sacudo la cabeza—. Sí, definitivamente voy a deshacerme de él. No lo podemos poner con la cantidad de nieve que hay en el jardín. Es una estupidez. También puedo deshacerme de la máquina de perritos, de la de palomitas, o de...

Tayra deja de mirarme y agacha la cabeza. Empiezo a ver sus hombros temblar y escucho el primer sollozo.

La ansiedad me aprieta el pecho.

—Tayra, lo siento, joder, me he dejado llevar, pero me lo llevaré todo. Le diré a la gente que se marche. —Comienza a negar con la cabeza. No sé qué significa eso. Coloco un dedo bajo su barbilla para que levante la cabeza y me mire, pero sigue negando, y a mí la ansiedad me sigue consumiendo—. Tayra, mírame.

—No puedo —solloza.

—¿Cómo no vas a poder? Mírame, por favor.

—No puedo —repite—. No puedo porque, si lo hago, me enamoraré más de ti de lo que ya lo estoy y no creo que pueda. Mi corazón no está preparado para quererte más de lo que ya lo hago. Hostia puta. Ahora sé lo que es que te dé un infarto.

La acerco a mí y la abrazo con fuerza. Empapándome de ella. Amándola. Le pongo las manos en las mejillas y la obligo a que me mire. Le sonrío y, cuando ella me sonríe de vuelta, solo entonces, empiezo a respirar.

—Eso no me preocupa, yo tengo suficiente amor por los dos.

Chaqueea la lengua contra el paladar y pone los ojos en blanco.

—No dejes que ese ego tuyo aparezca, lo estropearía todo.

Enarco las cejas y la miro picarón.

—Te encanta mi ego, pequeña. Vives por y para mi ego.

—Eres imposible.

—Pero me quieres.

Se encoge de hombros.

—A veces.

—Con eso me vale. —Acerco mis labios a los suyos, pero, antes de llegar a tocarlos, Tayra se aparta.

—No beso en la boca, ¿recuerdas?

Le paso el pulgar por el labio inferior y me vuelvo a acercar.

—Eso no te lo crees ni tú.

La beso. Lo hago bajo el frío de Burlington. Bajo la nieve que está empezando a caer sobre nosotros. Bajo los vítores y las risas que llegan desde dentro de la casa. La beso como llevo haciendo desde que la besé por primera vez y ya no he sabido parar, incluso cuando tenía miedo de que saliera corriendo en dirección contraria.

La beso aferrándome a su cintura mientras ella se aferra a mis hombros. Y la sigo besando cuando mi lengua encuentra la suya. Cuando su jadeo se enreda con el mío. Cuando su aliento me hace cosquillas. Cuando me obligo a separarme antes de que mande a todo el mundo a tomar por culo y me encierre con ella en una de las habitaciones.

—¿Crees que me he pasado? —le pregunto sobre los labios, provocándole una carcajada.

—Claro que te has pasado, Hamilton. Un perro. ¿En serio le has comprado un perro a Ivy?

Le acaricio la cintura y ronroneo cuando ella lleva sus manos a mi nuca y me la araña con las uñas.

—Pues claro que le he comprado un perro a Ivy. Le prometí que le daría todo lo que quisiera. Os lo prometí a las dos.

—Nunca tendría que haberte dicho lo de las promesas. He aprendido que no todas pueden cumplirse.

—¿Cómo que no? Tú pide por esa boquita y verás.

Me da otro beso.

Yo la beso por todas partes; la barbilla, las mejillas, los párpados...

—Te hice una promesa; La promesa de un nosotros, de los tres. Ivy, tú y yo. Y esa promesa no pienso romperla jamás. Ni esa, ni ninguna. Mientras esté en mi mano, las cumpliré todas, y no vas a poder impedírmelo.

Tayra se aferra a mi cuello y, de un salto, enreda sus piernas en mi cintura. Tiene el pelo bañado en pequeños copos de nieve, y, la nariz y mejillas, rojas por el frío.

Está preciosa y es mía, y yo soy suyo. Es mi luz en medio de la oscuridad. Es lo que me hace respirar.

—Le habrías encantado a mi madre. —La voz le sale rota por la emoción. Me encanta que haya bajado esa barrera. Que ya no le dé miedo mostrarse tal y como es. Que me deje verlo todo de ella.

—Lo sé. No todo el mundo le compra una máquina para hacer perritos calientes a su chica.

Su carcajada nos acompaña todo el camino hasta la casa. Justo antes de entrar, dirijo la vista al cielo.

«Voy a cuidar de ellas, te lo prometo».

EPÍLOGO

~TJ~

No sé qué me parece más mono, si Brad o Galleta, la perra que duerme acurrucada entre sus brazos en mi cama. Esa que se suponía que era un regalo para Ivy y que ha terminado siendo un regalo para Brad. Pero, claro, Galleta está enamorada de Brad. Todas las chicas de esta casa lo están, lo que hace que el ego de este hombre sea tan grande como la pancarta que colocó el día que nos mudamos.

Me llevo la taza a los labios, dejando que el chocolate me caliente la garganta, y miro por la ventana. La nieve cae con fuerza. Lleva haciéndolo toda la noche. Me encanta este tiempo, pero espero que no estropee el viaje. Hoy es un día importante.

Un gruñido me hace volver la cabeza hacia el bulto sin camiseta que está empezando a desperezarse. Un bulto que, en cuanto abre un ojo y me ve, me sonrío de esa manera que, hoy en día, me sigue derritiendo por dentro.

—Buenos días, dormilón —lo saludo antes de sentarme en la cama y dejar la taza de café en la mesita. Brad estira el brazo, me agarra de la cintura y tira de mí hasta tumbarme en la cama. El movimiento hace enfadar a Galleta, que gruñe, ladra y salta de la cama.

—Creo que se ha enfadado.

Brad se ríe contra mi cuello. Me pasa una pierna por encima y me inmoviliza en la cama con su cuerpo.

—Todas las chicas Baker quieren un trocito de mí.

Intento pellizcarlo, pero su barba me hace cosquillas en el cuello cuando empieza a restregar su cara contra mí.

—¡Para! —chillo, muerta de risa.

—Ni de coña. —Brad se sube sobre mí e inmoviliza mis brazos por encima de mi cabeza. Por el rabillo del ojo veo cómo la nieve sigue cayendo sobre la casa.

—Vamos a llegar tarde. —Me da un mordisco en el hombro y después me lo cura con un beso.

No pienso describir la excitación que siente mi cuerpo. Solo diré que soy una olla a punto de explotar.

—Tampoco es un partido tan importante.

—Como Fanning te escuche, te mata.

Brad me ignora. Comienza a repartir besos por mi escote. Tengo que morderme el labio con fuerza.

—Le diré que he llegado tarde por tu culpa.

Ojalá pudiera protestar, pero Brad me lo está poniendo muy difícil.

Un toque en la puerta nos sobresalta.

Brad me da un beso en la boca, desciende por mi cuerpo y me da otro en el muslo, ahí donde una vez hubo dolor y ahora solo queda un ligero recuerdo. Se levanta sonriente, sin importarle que acaben de interrumpirnos, y abre la puerta de un tirón. Lo veo levantar los brazos en alto y gritar eufórico. Cuando se hace a un lado, entiendo por qué.

Ivy va vestida con la equipación de *hockey* del equipo de los Boston Bruins, el equipo que acaba de fichar a Luke. Hoy es su primer partido y, por supuesto, todos nos vamos a Boston a verlo.

Y cuando digo todos, es todos.

—*Estás increíble.* —Ivy le sonríe a Brad tras dar una vuelta sobre sí misma. Nos mira y nos señala con un dedo.

—*Han llegado Scott, Chelsea, Jacob y Marcus. Dicen que os esperan solo cinco minutos. Que nos iremos al aeropuerto sin vosotros.*

—*No podéis ir al aeropuerto sin nosotros.*

—*Claro que podemos.* —Me mira a mí muy seriamente y sacude la cabeza—. *Se supone que tú eres puntual.*

—*He subido a despertarlo.*

—*¿Y qué haces en la cama?*

Brad suelta una carcajada y le revuelve el pelo a Ivy, que lo mira muy mal.

—*No me despeines. Y daos prisa* —dicho esto, se da media vuelta y desaparece escaleras abajo. Brad suelta un suspiro y cierra de nuevo la puerta.

—¿Crees que le gusta alguien? —me pregunta de repente muy serio. Abre el armario y empieza a sacar su ropa. Me levanto de la cama y lo imito.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Lleva brillo de labios y sombra de ojos.

—A muchas chicas les gusta maquillarse con nueve años. —Brad me mira entrecerrando los ojos.

—¿Es alguien de su clase?

Me quito el pantalón del pijama y me pongo los vaqueros.

—No te comportes ahora como un gruñón cascarrabias.

Se mete la camiseta por la cabeza y me apunta con el dedo de forma amenazante.

—¡Lo sabía! ¿Quién le gusta? Y no me pongo de ninguna manera. Solo quiero saberlo.

—Te lo contará cuando ella quiera. —Me pongo el doble calcetín y después las botas. Saco una chaqueta y la sudadera con la cara de Luke que Helena nos diseñó a todos para llevar en un día como hoy. No es tan vergonzosa como la que diseñó para mi graduación. Luke está guapísimo, yo parecía que acababa de llegar de fiesta.

Me rio cuando me vuelvo hacia Brad y lo veo con la suya puesta.

Se mira el pecho y resopla.

—Estoy pensando en cambiar de amigos. A lo mejor me quedo con los chavales a los que entreno. Son mejores que toda esta panda de descerebrados.

Echo un pequeño vistazo a la rodilla de Brad sin que él se dé cuenta. No va a volver a jugar al *hockey*. Es una realidad que los dos sabemos y que, aunque ha dolido, ha aceptado con entereza y valentía.

Nunca le estaré lo suficientemente agradecida al entrenador Jenkins por ofrecerle entrenar a esos chicos. Por darle una forma de vida que Brad ni sabía que necesitaba y que iba a amar tanto. Por hacerlo tan feliz. Porque solo hay que verlo entrenar para darte cuenta de cuánto ama a esos chicos y a ese deporte.

Me gusta que no tenga que desprenderse de él por completo. Que pueda seguir ligado a él. Como entrenador y, por supuesto, como mayor fan de Luke Fanning.

Mi móvil vibra con la entrada de un mensaje. Suelto una carcajada nada más desbloquearlo. Helena nos ha enviado una foto al grupo donde estamos Chelsea, Hailey, ella y yo desde el

aeropuerto de Nueva York con una camiseta que reza: «Yo me tiro al número veintidós y tú no».

Helena:

¿Creéis que le va a gustar?

Chelsea:

¡Me encanta!

Hailey:

¡Yo quiero una! Joder, la mía es sosísima comparada con esa.

Helena:

Tú no te tiras al número veintidós.

Hailey:

¿Y qué? La gente no tiene por qué saberlo. De hecho, piénsalo bien. Eso le daría caché. Lo mirarían como a un Dios. Dos tías cañonas como nosotras suspirando por un mismo tío.

Hailey:

Por cierto, en Boston hace un frío de la hostia. Prefiero la lluvia de Londres.

Chelsea:

Tayra, por favor, dime que ya bajas. No tengo energía todavía para aguantar a estas dos. ¡Es muy temprano!

Helena:

Hailey, vete a la mierda.

Helena:

Tayra, deja de babear mirando a Brad y baja de una vez. Como lleguéis tarde Luke os mata y yo lo ayudaré encantada a esconder vuestros cuerpos.

Tayra:

No estoy babeando. Ya no. Y ya voy.

Tayra:

Por cierto, no le digáis a Brad que a Ivy le gusta Jacob.

Temo por el chico si se entera.

Me guardo el móvil en el bolso y sigo a Brad escaleras abajo. Están todos en el comedor, esperándonos. Chelsea me mira y me guiña el ojo, cómplice, mientras me señala con la cabeza a Ivy, que se ríe coqueta mientras habla con Jacob. Se está riendo como te ríes cuando el chico que te gusta te presta atención. A veces me da mucho miedo por lo rápido que crece.

—Ya era hora. Temía hacerme viejo esperándoos. —Brad le enseña el dedo corazón a su primo y juntos salen de la casa mientras discuten sobre quién conduce la furgoneta hasta el aeropuerto.

Yo soy la última en abandonar la casa. Lo hago con una sonrisa en los labios viendo al grupo con el que voy a compartir vuelo discutir. La felicidad me vibra en el pecho. Miro al cielo y me llevo una mano al corazón.

—Te echamos de menos, pero somos muy felices, mamá. Y no estamos solas. Nunca lo

estamos.

NOTA DE LA AUTORA

Me enamoré de la lengua de signos después de ver la serie Cambiadas al nacer (Switched at birth). Me pareció fascinante y, desde entonces, supe que alguna vez escribiría un personaje sordo.

Cuando comencé la serie Vermont y cerré en mi cabeza la historia de Brad y TJ, supe que nuestra chica tendría una hermana pequeña y que ella sería ese personaje sobre el que anhelaba escribir.

No soy una experta en lenguaje de signos ni mucho menos. He tenido que recurrir a Youtube y a otras fuentes para asegurarme de que lo estaba haciendo bien y espero haberlo conseguido. Si no ha sido así, pido perdón y, por favor, decidme en qué me he equivocado y lo solucionaré.

Ivy, gracias por dejarme hablar de ti. Eres de los mejores personajes que he escrito.

AGRADECIMIENTOS

No puedo empezar esta parte sin nombrar a Chelsea, Scott, Hailey, Shawn, Luke, Helena, Brad y Tayra Jordan. Como os he dicho en la dedicatoria, siempre seréis una parte muy importante de mi vida, porque me habéis hecho crecer como escritora y me habéis dado tantas alegrías que van a ser imposibles de olvidar.

Gracias por regalarme los helados Ben & Jerry's, por hacer que conozca el hockey sobre hielo y por acercarme a una ciudad tan bonita como Burlington. Gracias por hacerme sentir tantas emociones. Me va a costar mucho dejar de soñar con vuestras historias.

A las chicas del club de lectura de Valencia, gracias por ser un pilar tan importante para mí desde el minuto uno. Por muchas más lecturas juntas. Mención especial a Elena y a Alba por leer a Brad y a TJ y por ayudarme a crear esta historia que me parece tan bonita y a Vilmont por aguantarme.

Helena, Adriana y Emma. ¿Qué os puedo decir que no sepáis? Que sois la pera y que me encanta teneros siempre al otro lado de la pantalla cuando os necesito.

Gracias a Tamara Marín por ser tú y a Nerea por crear una cubierta tan bonita.

Tengo que darle un GRACIAS enorme y en mayúsculas a mi loca favorita. Ella ha sido mi gran descubrimiento de este año. Ese soplo de aire fresco que no te das cuenta que necesitas hasta que lo encuentras. Esa persona que te enseña que en este mundo tan competitivo y duro existen personas que son la pera limonera. Gracias, Nerea, por ese podcast tan maravilloso, por los mil mensajes que nos enviamos al día, por los GIFs, por los audios, los consejos, los vídeos tutoriales y los ánimos.

Por supuesto, no puedo olvidarme de mi familia. Gracias a mi marido por animarme a seguir y a no tirar la toalla, a mis padres por apoyarme en cada paso que doy. A mis hermanas, porque siguen siendo mi Hailey especial, y a mis hijos, por entender el trabajo de mamá y saber que no hay que molestarla cuando está frente al ordenador.

Y, por último, a ti. Por llegar hasta aquí y por seguir aguantándome. Si no lo hicieras, mis hijos no podrían decir que su madre es escritora. No sabéis lo importante que es para mí que elijáis mis libros para leerlos, la ilusión con la que lo hacéis y el amor que les dais.

¡Nos vemos en mi siguiente locura!